

DIMITRA
MANTHEAKIS

YO, LA
MUJER
DEL
TALIBÁN

Lectulandia

Maraima, hija de una rica familia de Afganistán, lejos de su país y de las asfixiantes condiciones de vida que en él padecen las mujeres, encuentra el verdadero amor en la persona de un inglés. Pero ese amor le traerá el sufrimiento y la conducirá de nuevo a su patria. Con la guerra civil y el régimen absolutista talibán como telón de fondo, Maraima se ve atrapada en un matrimonio de pesadilla. La trascendental presencia de Peter se convierte en la única luz de su vida, y por él transgredirá todas las convenciones sociales de su cultura. La historia real de una mujer valiente y profundamente enamorada, tal como ella misma se la reveló a la escritora.

Lectulandia

Dimitra Mantheakis

Yo, la mujer del talibán

ePub r1.0

Titivillus 09.08.2017

Título original: Ego, yo gynaika tou talimpan
Dimitra Mantheakis, 2013
Traducción: Rosario Carrillo Donaire

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de mis padres, Chrisanthi y Sotiris.
A mi marido, Alexis, a mi hija, Marina, y a mis hermanos.

Kabul, 1999

El lugar de la ejecución... El estadio... Los furgones en que nos trasladan atraviesan en estos momentos la puerta y se dirigen hacia donde se encuentran los *Knan*, es decir, los Jerarcas. La multitud se agolpa, se mueve en masa de atrás hacia delante, de izquierda a derecha. Turbantes y burkas de muy distintos tipos. A quién le importa nada...

Me siento como si estuviera en el ojo del huracán. El vértigo me ha subido el estómago a la boca. Noto los labios secos. A lo largo de la primera grada han puesto pequeños montones de piedras. Alguno de estos inanimados pedruscos será el arma que me provocará una dolorosa muerte, arrebatándome definitivamente la vida. Con un nudo en el corazón, me doy cuenta de que estoy viviendo los últimos instantes de mi terrible destino.

Los guardias nos hacen bajar en mitad del estadio, a corta distancia de las gradas reservadas a las autoridades. Se oyen ráfagas que atraviesan el aire y se quedan prendidas de los cuerpos en tierra de los sentenciados. La plebe vitorea triunfalmente. El terror me hace temblar. Las mujeres que hay conmigo se ponen a gemir y a gritar como animales salvajes. Huyen sin saber dónde ir, locas de angustia por salvarse. Violentos empujones, patadas, bastonazos y culetazos de los guardias las llaman al orden.

Yo, petrificada cual estatua, sigo con mis ojos la abominable escena, atenazada por el miedo y muda. En mi desesperación, dirijo una mirada al cielo y suplico a Dios que nos ayude.

Como respuesta, nos alcanza un disparo de piedras acompañado de escupitajos, maldiciones e insultos. La primera me da en la barriga. Mi cuerpo se retuerce de dolor. La segunda en el costado. Grito una y otra vez, haciendo movimientos espasmódicos para esquivar las siguientes. Las mujeres que hay conmigo ya están caídas de rodillas. Las piedras les habrán dado en la cabeza. Han tenido más suerte...

La lapidación continúa aún unos segundos más. Se apodera de mí la sensación de que todo eso le está ocurriendo a otra persona. La desesperación y el dolor me aniquilan por completo.

Sé que de un momento a otro todo habrá terminado. Siento ya el ardiente aliento de la muerte en mi rostro.

Y de repente, como si se tratara de una protesta divina, un brillo terrible parte en dos el cielo. Un ruido ensordecedor se impone sobre los demás ruidos y hace temblar el estadio como si fuera un terremoto.

Se oye muy cerca un rumor de artillería. Bombas y balas de mortero destrozan

todo a su paso y aterrizan en diferentes puntos del estadio, reventando la arena y las gradas, haciendo saltar por los aires cuerpos, tierra y chapas de metal.

El gentío, aterrorizado, envuelto en nubes de polvo, huye despavorido lanzándose a la estampida entre tropiezos y aullidos.

Herida y casi desmayada, al girar a la izquierda para tratar de escabullirme aprovechando la enorme confusión, una piedra me golpea la sien junto al oído. Y como anticipo del mañana futuro, que era ya un ayer, pierdo la conciencia del mundo, pierdo mi propia vida...

Llegué al restaurante de la plaza Bosam con la lengua fuera, jadeante y presa de un nerviosismo que me cortaba la respiración. No me cabía en la cabeza que Bill, siempre tan cumplidor, no hubiera ido a buscarme tal como habíamos acordado. Ni siquiera se había tomado la molestia de llamar por teléfono para decirme si es que le había pasado algo. Ya iba con veinte minutos de retraso por lo menos, ¡qué vergüenza!, ¿quién iba a recibir a mis invitados? Ojalá Peter, mi novio, hubiera llegado ya. A la carrera, temiendo dar un tropiezo con las sandalias de tacón alto, atravesé los pocos metros de pérgola que había hasta la entrada del restaurante. Levantando por un extremo mi vestido de noche no debí de parecer ni mucho menos la personificación de la elegancia con mi irrupción. Alcé la barbilla y ralenticé el paso unos segundos para recuperar el ritmo de las pulsaciones o, al menos, dar tregua al violento bombeo con que el corazón me latía en el pecho. Me alisé con las manos el vestido y traté de poner en su sitio un mechón rebelde que me caía sobre los ojos. En ese instante noté que el portero me hacía una reverencia al tiempo que saludaba cortésmente y abría la puerta del comedor. Correspondí apresuradamente al saludo y respiré hondo antes de pasar al recibidor.

Al momento la decoración hogareña y discretamente lujosa del salón hizo que me sintiera a gusto, como en un sitio extraordinariamente familiar. El *maître*, con su cortés sonrisa de siempre, me condujo por entre las espléndidas mesas ya ocupadas. La gente me lanzaba miradas de asombro o de curiosidad y las mujeres en especial me pasaban revista de la cabeza a los pies con su característico y molesto afán de encontrar defectos en las otras para satisfacer así la propia vanidad. A mí, en cambio, me daban exactamente igual.

Llevada por el camarero, llegué al fin a la mesa que nos habían asignado. Ya estaban allí todos, charlando alegremente. Con cierto disgusto, noté que Peter no había llegado todavía, ni tampoco Bill. Me disculpé ante mis amigos por el retraso, pero no parecía que les hubiera importado. Entre risas y bromas me saludaron y me felicitaron por mi cumpleaños. Las primeras bebidas habían empezado a hacer su efecto y a ponerlos de muy buen humor. El brillo de sus ojos se reflejaba en los cristales de las copas con las que brindaban, vaciándolas con sorprendente rapidez y dando al ambiente el toque de despreocupación y exaltación que suele ir ligado al mucho alcohol y a la buena, amistosa compañía.

Con indirectas y comentarios jocosos me pusieron a presidir la mesa y me colmaron de regalos con la petición de que los abriera más tarde tranquilamente en casa, para no llenar todo de envoltorios. Acepté a todo sin poner objeción. Nina, mi

amiga chipriota, me cogió cariñosamente de la mano mientras oía decir a Richard desde la otra punta de la mesa: «Seguro que a los chicos les ha cogido algún atasco; al venir yo para acá había un tráfico horrible». Me hubiera gustado decirle: «¿Y cómo es que tú has llegado a tiempo?», pero en lugar de hacerlo me limité a asentir con una sonrisa.

Un extraño malestar empezó a apoderarse de mi estómago. Di dos tragos de vino con la esperanza de calmarme, echando miradas disimuladas al reloj de oro de la pared de enfrente. Las ocho y media. «Qué falta de respeto, Dios mío, qué maleducados». Oí que sonaba un teléfono al fondo del restaurante. Clavé en él mi mirada, confiando en que sería Peter preguntando por mí para informarme de que estaba llegando, que no me preocupara, pero no fue así.

El camarero colgó sin venir a pedirme que contestara, sencillamente se acercó a la mesa para preguntarme amablemente si quería que empezaran a servir la cena. Me sentía incómoda contemplando a mis invitados. Aún no sabía cuánto tardarían Peter y Bill, así que decidí acceder a que la sirvieran. Además, los camareros estaban empezando a impacientarse. Según me informó el jefe de camareros, los platos habían sido elaborados con esmero y previamente elegidos en función de las preferencias de cada comensal.

Las primeras bandejas de plata que hicieron su aparición fueron recibidas por todos con exclamaciones de alegría, sobre todo cuando cada cual veía que le ponían por delante su plato preferido exquisitamente preparado acompañado de una abundante guarnición de hortalizas frescas. Todos se abalanzaron sobre la comida con evidente apetito, aparentemente indiferentes a la ausencia de Peter. Yo, en cambio, más que nada por educación, picaba sin ganas y me dedicaba a dar grandes sorbos de vino. La preocupación empezó a convertirse en ansiedad. En mi interior me atormentaba un presentimiento incontrolable que sólo lograba acelerarme el pulso. Sujetando con entereza mi copa, me esforzaba por ocultar el temblor de mis manos ante los demás. Cada vez que algún cliente abría la puerta daba un brinco deseando de todo corazón que fuera Peter, pero nunca era él el que venía. Capté una mirada de Nina, que me hacía señales cómplices para que me calmara.

Las nueve y cuarto. Hacía rato que sentía cómo el asiento me provocaba una sensación angustiosa de estrechez, como de aprisionamiento sin posibilidad de huida. No soportaba más la espera. Tenía que hacer algo, pero sin dar a mis amigos ocasión de andarse con comentarios, así que con el pretexto de ir al servicio, me levanté lo más lentamente posible y me dirigí hacia el fondo. Yendo hacia allí, me puse aún más nerviosa al sentir sobre mí las miradas de los habituales. Al pasar junto a un grupo de chicos jóvenes oí decir a uno: «Mirad que chica más exótica, ¿de qué nacionalidad será?».

Por una décima de segundo sentí el impulso de dejarle cortado respondiéndole: «Soy afgana. ¿Pasa algo?». Sin embargo, preferí hacer caso omiso del comentario y seguir mi camino. En vez de ir hasta el servicio, giré rápidamente a la izquierda,

donde sabía que había un teléfono público. Ocupado. Un individuo de talla mediana hablaba y gesticulaba al tiempo que se pasaba nerviosamente la mano por la cabeza llena de canas. Tan pronto se sentaba en el taburete como se levantaba y estiraba alternativamente las piernas. No parecía haberme visto, o si me había visto me ignoraba descaradamente. Su demora me estaba poniendo de un humor de perros; me entraban ganas de abrir la puerta de la cabina, cogerlo por los pelos y echarlo fuera a patadas. Él seguía hablando sin inmutarse, sin darse cuenta de mi impaciencia. Al fin, tuvo a bien colgar el teléfono y darme paso libre.

Entré y cerré con cuidado la puerta de la cabina. Con dedos temblorosos marqué el teléfono de la oficina de Peter. Tres veces me equivoqué de número. Maldiciendo de boca para adentro, me concentré como pude para volver a intentarlo. Oí cómo sonaba el teléfono en el otro extremo de la línea, una y otra vez.

«¡Que lo coja alguien, por Dios!» murmuré totalmente fuera de quicio.

Después de quince timbrazos por fin alguien descolgó. Confirmé que era la oficina de Peter y pregunté por él. El desconocido me informó de que a esa hora ya se habían ido todos y añadió que Peter no había ido ese día a trabajar. Atónita, pregunté por Bill y supe que tampoco él había aparecido por allí. Colgué rápidamente e intenté pensar. El pánico había empezado a bloquearme el cerebro y a cegarme la razón.

«¡Pero qué estúpida!», dije para mí. «¿Cómo es que no he llamado a su casa?».

Bill y Peter vivían juntos en Hamsted, en un apartamento alquilado por la organización para la que trabajaban. Con renovada esperanza, marqué el número y esperé a que contestaran. Una, dos, tres, diez, veinte veces hice sonar el teléfono. Colgaba convencida de estar equivocándome y marcaba de nuevo diciendo el número en voz alta. Cada llamada que quedaba sin respuesta tenía en mí el efecto de una ola que chocara contra mí y me ahogara. Imágenes disparatadas de accidentes, hospitales y otras circunstancias terribles se iban apoderando de mi cerebro hasta explotar en forma de grito interior, de insoportable angustia e infortunio, martilleando sin piedad mi imaginación. Mis temores reptaban como serpientes en el silencio de la cabina, enturbiándome el sentido común. En su lugar había ya un vacío incapaz de pensar o de tomar una decisión respecto a lo que se supone que haría. Oía un murmullo que salía de mis labios como si se tratara de un comentario ajeno, no sé si maldiciones, quejas, o simplemente desesperación. Una lágrima me aguijoneó los ojos y empañó mi primoroso maquillaje. Saqué corriendo un pañuelo con que secarla.

Un ligero toc-toc en el cristal me hizo volver en mí. Una señora mayor sonriente y elegante estaba esperando para llamar por teléfono. Me disculpé y salí de la cabina para volver a la mesa. Qué no daría por ver a Peter con la pared anaranjada de fondo, cenando con los demás, en lugar de llevarme otro desengaño. No había ni rastro de ellos.

Me volví a sentar como robotizada, comprobando que mis invitados no se daban cuenta de mi trastorno. Quien más quien menos ya estaban medio bebidos todos y no parecían dispuestos a estropear su bienestar porque un invitado no hubiera hecho acto

de presencia. No tenían ninguna intención de dedicar tiempo de su diversión o de interrumpir sus animadas conversaciones para preguntarse por la identidad o la importancia de los ausentes. En definitiva, nada les importaba un pimiento.

Dirigí la vista por milésima vez a la puerta. De la puerta, al reloj. Las diez y cuarto. Sentía cómo la alteración nerviosa iba derivando en un estado de *shock*. Me esforzaba lo indecible por hacer que mi voz resultara natural cuando se imponía tener que contestar a mis amigos. La intensidad del esfuerzo me causaba mareos. Hasta las palabras más inocentes yo las recibía como disparos, pero no tenía el arrojo suficiente para ignorar a mi interlocutor dejándolo de lado. No estaba acostumbrada a perder de esa manera el autocontrol y el habla, a que mi pensamiento y mi conducta rozaran el límite de la mala educación utilizando frases que en otro contexto resultarían inaceptables para un musulmán y me harían sonrojar de vergüenza. Era la primera vez que me pasaba algo así y por eso precisamente tenía tanto miedo. ¿Cómo es que no podía afrontar el problema racionalmente y con calma? ¿Por qué me sentía absolutamente incapaz de abordar la cuestión a sangre fría?

Sin embargo, no había nada a mi favor. Incluso el espacio a mi alrededor empezó a desentenderse súbitamente de las leyes de la razón. El impecable parqué se perdía entre sombras, las paredes parecían torcerse y ablandarse, la mesa daba vueltas y hacía extraños chirridos dando saltos con invisibles sacudidas, el reloj de pared me hacía señas descaradamente, y hasta los cristales de los lujosos candelabros me transmitían humillantes mensajes sarcásticos de abandono. «Ya está. Me he vuelto loca», pensé. Sacudí la cabeza como para recuperar la cordura. A lo mejor era por el vino de más que había bebido sin darme cuenta. No podía evitar que me viniera a la cabeza el gato negro que había visto por la mañana ni dejar de sentirme presa de la superstición.

Vi de reojo a algunos invitados disimular con la mano los bostezos. Con la comida y la abundante bebida había empezado a entrarles sueño; seguro que ya estarían deseando ir a descansar entregados al calor del lecho.

Las doce y media. Ya apenas había clientes en el restaurante. Era tarde. Los camareros parecían cansados, seguramente deseosos de que nos marcháramos para poder irse a sus casas. Había llegado el momento de pedir la cuenta y, entonces, comprobé pálida de asombro e impotente que no tendría suficiente dinero para pagar el sin duda alguna elevado precio de la cena. Me volví aterrorizada hacia Nina, quien, tras darse cuenta de la preocupación que intentaba disimular con una estúpida sonrisa, había estado toda la noche entreteniendo a nuestros amigos con asombrosa maestría. Muerta de vergüenza, le susurré al oído mi problema.

«No te preocupes», me tranquilizó sonriendo. «Para eso llevo siempre conmigo la visa oro».

Aliviada, llamé al camarero para pedir la cuenta. Él me miró como si lo hubiera puesto en un aprieto.

«Señora, todo está arreglado», me respondió. «Espero que hayan disfrutado de la

cena. Les quedamos muy agradecidos».

Después, haciendo una ligera reverencia, se alejó para acompañar hasta la puerta a los clientes que se iban, dejándome con la extraña certeza de que había gato encerrado en esta historia, o tal vez algo sospechosamente organizado a mis espaldas de antemano.

Súbitamente lúcida, vi claramente ante mí a qué se debía el doloroso, invisible malestar de toda la velada. Una sospecha de la que aún no tenía pruebas daba fundamento a la pesadilla que había vivido todas esas horas. La levísima esperanza de que fuese por algo que yo desconocía no podía acabar con el desasosiego que me dominaba. Dejé de lado la duda que amenazaba con poner freno a mis pensamientos desbocados, a la certeza de que las cosas eran como menos quería yo aceptarlas. Precisamente aquello que más me temía vino sin compasión a sacudir hasta los últimos restos de seguridad y confianza en mí misma que me quedaban. Eran los recuerdos de cuanto había sucedido esa misma mañana: una a una las malditas imágenes ponían de manifiesto su verdadera razón de ser, totalmente diferente de la dimensión que les había dado yo por la mañana, y adoptaban definitivamente el matiz que les correspondía. El del engaño, la irresponsabilidad y la traición. Todas estas horas me había comportado como el ciego que con su bastón guía intenta alejar los obstáculos a su paso. Y sin embargo, eso era lo que había. Hurgando en mi agitada conciencia, retomé el hilo de los acontecimientos desde el principio de ese día, poniéndome dieciséis horas atrás. Seguía como a una sombra, sin perder detalle, a la protagonista de la escena que no era otra que yo misma, la afgana Maraima. Mis palabras y frases, cuidadosamente formuladas, y la reacción de Peter ante ellas, adquirirían al fin una secuencia coherente dándome a entender el verdadero sentido de todo el conjunto, o más bien, de la humillante, deshonrosa maquinación de la que había sido víctima, que salía a la luz forzada por el inevitable descubrimiento de la verdad.

¿Estaba preparada para que desvelar el misterio que a cada momento se iba convirtiendo a mis ojos en irrefutable realidad? ¿Podían soportar mis piernas temblorosas ver catapultados mis sueños, asumir el sufrimiento y la deshonra del plantón de hoy y el dudoso mañana de mi relación amorosa? Había empezado a evidenciarse la otra cara de las cosas. La opuesta, la opaca, la desgarradora. Por mucho que me esforzaba, no conseguía apartar el rostro de la tempestad sentimental que amenazaba no sólo con sacudirme, sino aún más, con destrozarme.

«Hace veinte días que no me viene la regla», dije con voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos por evitar que se notara.

Llevaba varios días ya dando vueltas en mi cabeza a las palabras y las frases, intentando encontrar el mejor modo de decirlas. Algo en mi interior me creaba inseguridad, impotencia, incluso desazón. No se trataba de algo concreto y por supuesto no se basaba en manifestación alguna por parte de Peter. Sencillamente, sentía que algo se me escapaba, que parecía haber perdido el dominio de la situación. La vacilación con que había hablado confirmaba mis profundos, indefinidos temores. Clavé la mirada inquisitivamente en el rostro de Peter, queriendo registrar cualquier reacción, cambio de expresión, sorpresa, desagrado o tal vez incluso enfado. Pero más allá de un imperceptible asombro, siguió tranquilo y correspondió a mi mirada con la misma seriedad que tenía también su voz al responderme.

«No te preocupes, cariño. No creo que estés embarazada. Pero, de estarlo, lo arreglaríamos sin problema. Pide cita a tu ginecólogo para el lunes que viene que estoy libre y vamos juntos».

Inmediatamente después, cruzó la habitación y se me acercó, medio tumbada como estaba en la cama deshecha. Puso su mano sobre mí, me acarició el pelo y me besó suavemente en los labios. Después sirvió el café que acababa de traer de la cocina, dio dos o tres sorbos y se dispuso a terminar de arreglarse frente al espejo del baño. Su reflejo en el cristal me permitía ver su imagen ya tan conocida, tan amada; la imagen del hombre alto, fuerte, que se inclinaba para apañárselas en un mueble tan inapropiado a su medida. Al estirar los brazos para ponerse la camisa, se estiraron los músculos de su terso abdomen y su espalda ancha. Incluso semejantes movimientos cotidianos, tan comunes, casi rutinarios, le aportaban una gracia felina, una agilidad que me seducía y me asombraba como si las viera por primera vez. Su mirada se cruzó con la mía. Me llegaba su risueño azul, más intenso por las sombras de su fino rostro y el celeste de la camisa. Con un movimiento preciso, corrigió un mechón travieso que se salía de las ondas de su brillante pelo negro. Después de atarse la corbata, se me acercó de nuevo y se sentó a mi lado.

«He reservado mesa para esta noche a las siete y media en el restaurante que te gusta, en la plaza Bosam. Como hoy es tu cumpleaños he pensado que podíamos celebrarlo entre amigos. Yo iré directamente desde la oficina porque tengo una reunión importante hasta tarde; le he dicho a Bill que pase a recogerte a las siete, porque a mí no me da tiempo. Dime que no te importa, amor mío».

Mi corazón rebotaba de alegría. La pena que me daba pensar que no se había acordado de mi cumpleaños y la inseguridad que me provocaba dudar de la importancia que tendría yo para él se esfumaron dejándome avergonzada por haberlas sentido. No sólo sí se había acordado, sino que encima lo había organizado todo para celebrar juntos un día tan especial. Estaba pletórica de felicidad y mis dudas

quedaban dulcemente disipadas. Pero lo más importante, lo crucial para mí, era sentirme tranquilizada por el modo en que había reaccionado cuando le mencioné mi posible embarazo, su serenidad y la aceptación de semejante eventualidad como si se tratara de una nimiedad. Me había dejado claro que era algo que, en caso de concernir a alguien, nos concerniría a nosotros dos. Su aplomo tuvo el efecto de un bálsamo en mí, tranquilizándome de mis preocupaciones de todos aquellos días atrás. Lanzándome un beso, cogió su chaqueta y me dijo al salir: «Ponte si quieres el vestido verde que te queda tan bien. Quiero verte guapísima esta noche».

Tras cerrar la puerta la habitación se quedó en silencio. No quería quedarme más tiempo en la cama, así que me puse a ordenar el cuarto con un entusiasmo infantil, deleitándome en el tono cariñoso con que me había hablado, en sus caricias y sus besos, olfateando con placer el perfume de la crema de afeitar que se había quedado en el aire.

Canalicé la natural actividad que bullía en mi interior haciendo con esmero la cama de matrimonio, acariciando una vez más el espléndido cobertor de seda pura color pastel, idéntico a las cortinas que decoraban los dos inmensos ventanales desde donde se divisaba el parque. Combinaban a la perfección con la cabecera de la cama, de oscura madera labrada, así como con la superficie reluciente del impecable mobiliario clásico tan primorosamente elegido por mi madre, Sardi, y por mi abuela Wida. Me encantaba este apartamento de Holland Park; me sentía muy afortunada por el hecho de que mi madre me lo hubiera dejado a mí mientras estuviera estudiando medicina en Londres, renunciando así a percibir dinero en concepto de alquiler.

Si hay algo que me llamara la atención era que mi padre ignorara la existencia de ese apartamento. Mi abuela y mi madre me habían hecho prometerles que jamás revelaría a mi padre que el piso donde vivía era propiedad de mi madre. La verdad es que me extrañaba bastante, pero cuando se es joven uno no da tanta importancia a esas cosas y no se preocupa en exceso por cuestiones que conciernen a la vida privada de los mayores. Además, había sido un regalo de mi abuela a su adorada hija única, mi madre, que, según ella misma me había dicho, le aseguraba un techo seguro e independencia en el caso de que por alguna razón tuviera que huir de Kabul si algo se torcía en su vida. El cómo y el porqué era asunto sólo de ellas. A mí me bastaba con disfrutar de esa estupenda casa con sus cuatro habitaciones, un salón amplio con cómodos sofás blancos y una enorme alfombra iraní Naín de color azul en el centro, acompañada de otras algo más pequeñas procedentes de Afganistán en los demás rincones, que con sus vivos colores y su inigualable técnica daban relieve a la estética del conjunto. La abuela, con su fino gusto, lo había decorado con mucho cariño y evidentemente con bastante dinero. Me encantaba la modernísima cocina con su encimera de granito y sus muchos armarios lacados en gris. Los baños de mármol convertían el aseo diario en una celebración fastuosa de comodidad y placer. Sí, me sentía afortunada, o más bien particularmente privilegiada.

Puse la radio y la vieja melodía de Yesterday inundó el dormitorio. Después, fui a la cocina, donde con movimientos rutinarios a fuerza de repetirlos cada día, puse café recién molido en la cafetera y me preparé el desayuno.

Desde la puerta abierta veía las cortinas del salón —una nube de blanco— moverse satisfechas con la caricia del aire matinal alzándose con virulencia si la corriente de aire arreciaba. Masticando la última tostada, me puse a pensar en lo que iba a hacer en ese día tan especial para mí.

«Lo primero es bajar la basura», me dije comprobando que no cerraba bien la tapadera del cubo de lata.

Cogí rápidamente la bolsa negra en una mano y echándome por los hombros un jersey negro de lana bajé a la calle. Una vez allí, tras cerrar el contenedor, me detuve como de costumbre a contemplar los árboles que tanto me gustaban. Mojados por la lluvia de la noche pasada, mecían sus ramas al contacto de la brisa matinal y me daban así con su frescor los buenos días. Las coquetas petunias se estiraban para captar los primeros rayos de sol. La verdísima hierba retenía con tesón las gotas del relente de la noche como si fueran preciosos diamantes de los que de ninguna manera quisiera desprenderse. Fijé la mirada en las blanquísimas fachadas de los imponentes edificios impecablemente restaurados, observando cómo se iban abriendo las ventanas para expulsar el rancio ambiente de la noche y dar la bienvenida al nuevo día con una sonrisa. Los poquísimos transeúntes que había caminaban despacio, como disfrutando de la belleza y el perfume de este rincón paradisíaco en el interior de la ruidosa metrópoli.

Y de pronto, ¡allí estaba! Un enorme gato negro saltó desde el contenedor de basura y se deslizó por entre los oscuros barrotes hasta el patio de la casa de enfrente. Su presencia me trastornó y revivió en mí el temor de diferentes supersticiones. Como si no fuera suficiente con las de mi país, Afganistán, en mis tres años de estancia en Londres había asimilado también las de los ingleses, para quienes un gato negro es señal de desgracia.

«¡Qué mala suerte, por Dios!», dije entre dientes. «¡Tenía que topármelo tan de mañana al muy maldito!».

Me noté alicaída de repente. Sentí cómo una remota espinita de desdicha me creaba un invisible malestar. No era capaz de determinar si era fruto de mi inseguridad, si un presentimiento o una tontería sin más.

Rezando en mi interior para ahuyentar los malos augurios, intenté expulsar de mí tan desagradable sentimiento dedicándome únicamente a pensar en mí misma, en cómo estar deslumbrante en día tan señalado.

Me pasé las horas que faltaban para la cita de la noche dando vueltas por la calle, recorriendo tiendas hasta comprar un bolso de vestir que fuera bien con las elegantes sandalias de tacón y el vestido de noche que había sugerido Peter. Cuando volví a casa agotada de tanto caminar, aunque totalmente satisfecha con mis compras, me recogí el pelo cuidadosamente con rulos, lo enrollé en una toalla para que no se me

estropear con el vapor del agua y me di un delicioso baño reparador. Las esencias y aceites empañaban la atmósfera atravesando mis poros con sus delicados perfumes. Zambullida hasta los hombros en el agua caliente, me deleitaba admirando el trabajo de la manicura en las uñas de los pies y de las manos y el color primorosamente elegido del barniz.

Eran ya las cinco y cuarto cuando terminé. «Ya es hora de ir vistiéndome. ¿Cómo es que se ha pasado el día tan deprisa?». Abrí el enorme armario del dormitorio y saqué el vestido verde. Acaricié con los dedos la finísima seda, admirando su sobrio diseño y la extraordinaria calidad de la tela. Elegí la ropa interior adecuada y me senté, así medio desnuda, para maquillarme delante del espejo del baño. Dediqué bastante tiempo y esmero a esta ceremonia femenina, cuyo resultado me hizo sonreír de satisfacción. Me cepillé el pelo y corregí con el secador las pequeñas imperfecciones y algunos mechones rebeldes.

«¡Estupendo!», dije felicitándome a mí misma con inocencia infantil.

Tarareando la tonadilla de la radio, me puse el vestido y las sandalias y me planté ante el espejo de cuerpo entero del armario. La imagen de la chica alta y esbelta que me sonreía desde el espejo me hizo estremecerme de felicidad. El traje verde oscuro cubría el cuerpo poniendo discretamente de relieve sus curvas, dejándose caer en anchos pliegues. El atrevido escote de la espalda quedaba cubierto hasta la cintura por la abundante melena color cobrizo tan primorosamente peinada. Los ojos verdes, sabiamente realzados, iban a juego con el verde de la seda. Me gustaba lo que veía. Mi vanidad femenina se encontraba plenamente satisfecha después de tanto esfuerzo por conseguir con tan importante logro confianza en mí misma.

Al contemplar la incuestionable elegancia de semejante figura, de repente, como si fuera un espejismo, vi al fondo del espejo otra imagen. Una mujer envuelta en un oscuro chador, descuidada, sin gracia, un bulto igual por arriba que por abajo. Sólo sus ojos, idénticos a los míos, se dejaban ver clavando su mirada en mí. Con el vello de punta por tan extraña visión, tal vez una mala jugada de mi imaginación, no pude sino comparar a esas mujeres que eran una sola con mi propio rostro, una y otro versiones de dos culturas diferentes. La una, la islámica, no dejaba margen alguno a contemplaciones hacia una misma ni a vanidades, lapidaba bajo esa prenda el ser, la personalidad y sus deseos. La otra, desenvuelta, cosmopolita, europea, no sólo dejaba ver su natural constitución, sino que dejaba al descubierto mil y un detalles sobre sus rasgos a través de sus expresiones y las preferencias libres y expeditas con que los sacaba a la luz. La comparación me aterrorizó, pero pensé convencida que no iba a dejar que me estropear el humor el contraste entre esos dos mundos. Yo, Maraima, era una persona en Kabul y otra completamente diferente en Londres. Prefería, por supuesto, a la segunda. Con un movimiento de cabeza expulsé del espejo y —al menos eso deseaba— de mi vida el anacrónico fantasma.

Cerré la puerta del armario con un portazo involuntario y me dirigí a la cocina para beber un poco de zumo de naranja pues sentía la boca totalmente seca. El reloj

de encima de la nevera me avisó de la hora: las siete menos cinco. «Bill debe de estar al caer», pensé. Pero pensar en Bill y ponerme de mal humor fue todo uno. Ese tipo me causaba malestar con tan sólo estar a su lado. A pesar de su buena presencia y sus aparentemente buenos modales, percibía en su forma de mirarme bastante insolencia y algo parecido al deseo. Al saludarme, me cogía la mano más tiempo del preciso y siempre me rozaba como por accidente, cosa que me desagradaba y me ponía furiosa. Nunca le dije nada a Peter, no sé por qué, quizá por cobardía, o tal vez porque no quería crear tensiones entre ellos, que compartían piso y oficina, por algo que por el momento parecía inocente. Sólo tenía que fingir que no me daba cuenta y ya está.

Las siete y cinco.

«Pero, ¿qué pasa?, ¿no sabe que hemos quedado a las siete y media?» murmuré.

Empecé a dar vueltas por todo el piso, mirando a ratos por la ventana por si acaso lo veía venir. Nada. Esperaba con impaciencia oír el timbre del telefonillo para bajar corriendo. No sonó. Mi impaciencia contaba los minutos como siglos. Estaba en ascuas, con el chal por los hombros, el bolso y las llaves en la mano. Empecé a ponerme francamente nerviosa y a perder la calma.

«Tranquila», me decía a mí misma regañándome. «Estamos en Londres; aquí hay muchísimo tráfico, no es raro que se haya encontrado algún atasco».

«Sí, pero los invitados están esperando», me contestaba a mí misma mentalmente.

Esperé pacientemente un par de minutos más, pero nadie apareció. Pensé en llamar a la oficina, pero enseguida deseché la idea..., seguramente estaría de camino.

Las siete y veinticinco.

«Ya no espero más», exclamé enfadada.

Cerré la puerta rápidamente con llave y bajé corriendo en busca de un taxi. A los pocos minutos paró uno. Me senté a toda prisa en el asiento de atrás. Pedí por favor al conductor que fuera lo más rápido posible. Me llevó por calles menos transitadas que él conocía, pero aun así llegué tarde a una fiesta de cumpleaños que habría de ser desastrosa, tal como se hizo patente al final de la noche. Pero lo peor sería encontrarme frente a frente con mis mayores miedos. No podía evitar que se me viniera a la cabeza el gato negro de por la mañana. «Ya ves que el mal presagio se ha hecho realidad», me dije sintiéndome profundamente desdichada.

A la entrada del restaurante, mientras despedía a mis amigos, sentí cómo el frío de la noche me calaba en el alma. Mi reducido mundo se centraba únicamente en un solo hecho: la ausencia de Peter, que ahora me parecía explicable por mucho que me doliera. Su parte de responsabilidad en mi posible embarazo lo había asustado tanto que había decidido no afrontarla. No tenía intención alguna de venir, por eso había pagado la cena por anticipado. Naturalmente, tampoco había razón para esperar que se presentara Bill. Se habían compinchado a la perfección ignorando, claro está, el deber de dar explicaciones. Una cosa era ser su amante y otra muy distinta ser la madre de un hijo no buscado que sin duda reivindicaría sus derechos. A lo mejor resultaba que un hombre como él, con tanto mundo, guapo, rico y muy solicitado en

el fondo me consideraba inferior por ser asiática. Porque, en verdad, ¿qué era yo para él?, ¿la dócil y cariñosa enamorada hasta ayer mismo, capaz hoy de sacar a la superficie su racismo, o quizás también su desprecio, abandonada y ridiculizada ante amigos y conocidos?

Noté cómo la vergüenza me enrojecía las mejillas y cómo me encendía de humillación. Seguro que el muy bastardo, el muy traidor, el muy hipócrita, vio en ésta la ocasión ideal para desaparecer de mi vida. Me lo tengo merecido, por caer en sus brazos ciega de amor, prendada de su físico, su inteligencia, su saber de buen amante y su exquisita conducta hacia mí me habían engañado como a una idiota.

Era la primera vez en mi vida que mi ingenuidad me había conducido a una crisis personal tan grande, imposible de superar por el momento. El sufrimiento, la humillación y el abandono se cebaban en mí, empañándome de lágrimas los ojos y el corazón.

Ni siquiera me di cuenta de que habíamos llegado a casa de Nina. Mi amiga, que estaba también muy preocupada, trataba sin embargo de distraerme hablando sin parar, lo que si en otro momento me hubiera podido resultar divertido, esa noche seguro que no. Se ofreció a quedarse por la noche conmigo, pero me negué, educadamente pero con firmeza. Cuando vi las luces traseras de su coche torcer la esquina hice de tripas corazón para subir a mi apartamento en el segundo piso. Abrí la puerta y me fui directamente al dormitorio, me dejé caer vestida sobre la cama, hecha trizas, con la dignidad por los suelos, con una herida sentimental que iba ahondando cada vez más en el sentimiento de pérdida, de abandono, de absoluta soledad.

El amanecer del día siguiente me sorprendió en la ventana mirando hacia fuera sin darme cuenta siquiera de lo que veía, con la única compañía del resplandor lejano de los astros en los distantes límites de un cielo olvidado, testigos involuntarios de mi dolor, del hundimiento de mi amor en el fondo oscuro de la desesperación. Distraída, inmersa en los mismos terribles pensamientos de la noche anterior, intentaba reunir valor para dejar de lado una parte al menos de mi angustia y relajar la tensión nerviosa de los miembros, que temblaban como presas de un tic. Durante el tiempo que el insomnio me había impedido cerrar los ojos y descansar en cuerpo y espíritu, me había encerrado herméticamente en mí misma, absorta en mi drama interior, de forma que ante cualquier contacto con la realidad me arriesgaba a naufragar en un mar convulso y de una inestabilidad aún mayor.

Triste, confusa, desencantada de mi propia idealización, sin saber qué hacer o cómo reaccionar, me arrastraba dolorosamente de la cama a la ventana y viceversa, buscando en mis movimientos de autómatas no sé si consuelo, o tal vez una respuesta a los interrogantes que la cruel e impasible razón me planteaba no ya como dudas sino como verdades como puños que mi corazón enamorado y mi egoísmo de mujer se negaban a aceptar.

Haciendo un esfuerzo ímprobo, me arrastré hasta la cocina para preparar un poco de café por ver si así revivía un poco. Al pasar frente al espejo del baño eché una mirada fugaz a mi imagen. Con sorpresa, comprobé que mi rostro no tenía rastro alguno de maquillaje y que llevaba puesto un cómodo vaquero y un jersey blanco. «¡Qué curioso!», pensé. Era incapaz de recordar cómo me había desvestido, desmaquillado y vuelto a vestir con ropa de andar por casa. El pelo algo mojado que me caía sobre el cuello me dio a entender que además me había dado una ducha. Mi cuerpo había hecho todos esos movimientos mecánicamente, sin ninguna ayuda de mi conciencia, de tan deprimida como estaba.

Me parecía que el café sabía a veneno, a moho. Arrastrando una silla que estaba coja y no tenía intención de equilibrarse, eché el contenido de la taza en el fregadero, sin fregarla a continuación como era mi costumbre. No sabía dónde meterme. Mi cabeza era un inmenso vacío. Ni siquiera podía recordar del todo mi propio nombre. Algo así debían de sentir los animales salvajes enjaulados, yendo de acá para allá en los estrechos receptáculos donde los encierran, lanzándose con rabia contra las rejas de acero inquebrantable, como las que ahora cerraban el callejón sin salida en que me encontraba sin resquicio alguno por donde huir.

Inútilmente intentaba borrar de mi mente la imagen amada del hombre que había llenado mi vida los últimos tres años. Su presencia se palpaba en cada rincón de la casa, en cada célula de mi cerebro, en cada fibra de mi cuerpo. Ansiaba desesperadamente que viniera a sacarme de la pesadilla que me tenía atrapada desde la noche anterior, a calmar mi enfado con argumentos firmes e irrefutables, a decirme

que nada había cambiado entre nosotros, que el lamentable incidente no había sido fruto de su voluntad sino consecuencia de una fuerza mayor inapelable. Eso era lo que necesitaba en mi impotencia, en el enfado conmigo misma que iba aumentando a medida que me veía más y más incapaz de asumir los acontecimientos.

¿Cómo podía poner freno a mis anhelos, a mi ansiedad, a mi enfermiza dependencia del hombre que había sido mi ídolo y que me había conducido por senderos de inagotable dicha y plenitud espiritual, formándome como si fuera de arcilla con sus hábiles manos? ¿Cómo creer que todo lo que habíamos planeado cogidos de la mano, perdidos el uno en los ojos del otro, no era sino pura estrategia del macho para vencer con falsas promesas las resistencias de la hembra y hacer presa en ella, siendo como era diferente de sus anteriores conquistas a causa de mi origen, engañándome astutamente con palabras aduladoras? ¿Por qué mi credulidad no se resquebrajó en ningún momento y tomaba al pie de la letra todo lo que me decía, con la firme convicción de que no había ningún motivo para poner en tela de juicio la actitud de entrega y el cariño de semejante traidor como resultó ser? ¿Porqué no había sonado ni una sola vez el teléfono en toda la noche? ¿Por qué no había ni un solo mensaje en el contestador?

«¿Por qué, por qué, por qué?...», cientos de preguntas sin respuesta. «Porque no tenía ningún interés en dar explicaciones», contestaba sarcásticamente una vocecita en mi interior.

Seguro que pensaba que no estaba obligado a dar cuenta de sus decisiones o a justificar ante nadie su desaparición. Al parecer era tan poca cosa, tan insignificante para él, que no le importaba lo más mínimo lo que pudiera hacer yo en un futuro, le bastaba con quitarse él de enredos y problemas. Por primera y última vez se hacía visible a mis ojos su cinismo. Yo sola toqué el fondo del pozo, sin tener a nadie cerca que me sacara de sus tenebrosas profundidades.

En mitad del absoluto silencio el teléfono sonó y yo salté como un resorte para llegar a tiempo de contestar antes de que colgaran. Temblaba sólo de pensar que fuera él. La voz de Nina al otro lado del auricular echó por tierra todas mis esperanzas. Llamaba para preguntarme cómo me encontraba y para decirme que pasaría a hacerme una visita cuando terminara un par de cosas urgentes que tenía que hacer.

Tuve que hacer un esfuerzo para responderle. Mi voz parecía ajena, imperceptible y ronca, como si no tuviera una pizca de fuerza en mi interior. Al colgar el teléfono me pasó por la cabeza una idea. «¿Y si llamara de nuevo a la oficina de Peter? A lo mejor podían decirme algo». Dejando a un lado mi orgullo, marqué el número. Salió una voz fresca y juvenil que me dijo que Peter no estaba en su despacho y que no iría tampoco en los próximos días. Pregunté entonces por Bill. Tampoco él estaba. Al pedirle por favor que me informara de cómo contactar con ellos me respondió sin muchas ganas que se encontraban fuera de Londres y que no podía proporcionar ninguna información sobre sus movimientos. Decepcionada, probé a llamar a su casa. No había nadie.

Entonces, una sospecha, o más bien una certeza, me atravesó el alma como una flecha. Los dos estaban en la oficina y sencillísimamente habían dado órdenes de que no les pasaran ninguna llamada para evitar ser molestados por algún impertinente, es decir, por mí. Una mezcla de rabia y de humillación me llenó de veneno la boca y el espíritu.

Estaba clarísimo: no existía la más remota posibilidad de volver a contactar con ninguno de ellos. La cuestión quedaba zanjada. El capítulo «Peter» había terminado definitivamente. Ése y no otro era su deseo. Ya no volvería a molestarle, no iba a caer más bajo de lo que ya había caído.

Sobre mediodía Nina me sacó de mi abotargamiento con un timbrazo prolongado como era su costumbre. Tras abrir la puerta, miré con extrañeza su rostro despejado, sus ojos azules llenos de brillo, la elegancia con que iba vestida. Ni rastro de cansancio aun habiendo trasnochado; por el contrario, estaba rebosante de vitalidad y belleza. A su lado yo parecía una vieja, cansada, destrozada por la desdicha y el fracaso. Me abrazó con su efusividad de siempre y me preguntó si había alguna novedad, como si no viera la respuesta grabada en mi expresión huraña y la amargura de mi rostro. Le abrí mi corazón contándole todo lo ocurrido. Pareció coincidir conmigo en que por lo menos podían haber dejado uno u otro algún mensaje en el contestador. Era lo mínimo que debía hacer Peter, pero, a la luz de los acontecimientos, estaba claro que él no tenía la misma opinión. Una cosa era segura: era él el que había elegido, y no yo, apartarme de su vida, así que lo único que podía hacer yo era recoger mis pedazos, tragarme mi dignidad pisoteada y seguir mi camino.

«¿Pero de qué camino estoy hablando?», dije con un silencioso gemido interior.

El de la infelicidad, la inseguridad y el de quién sabe qué otros infortunios que depararía el futuro en caso de que mi sospecha de embarazo se hiciera realidad. Sólo de pensarlo me ponía enferma. ¿Y si las cosas se torcían y mi mala suerte hacía que mi padre se enterara de algo así? Me estrangularía con sus propias manos, no me cabía la menor duda. En Kabul, todos me volverían la espalda como expresión de su desprecio y su repulsa por haber infringido tan vilmente los preceptos del Corán. Y encima ¿por quién?..., por un inglés de otra religión, ajeno a nuestras tradiciones y al Islam, ignorante de nuestra cultura, de nuestras normas de conducta y las rígidas costumbres de una civilización totalmente distinta.

Yo había descuidado con total ligereza mis principios, había incumplido los preceptos de mi religión, me había expuesto irremisiblemente, cegada por mi evidentemente efímera felicidad. Y ahora llegaba el momento de ver y de padecer la otra cara de la moneda. Era el momento de pagar por mi irreflexión, mi frivolidad, mi falta de respeto a normas ancestrales. Tenía plena conciencia de los hechos. Sólo me faltaba saber el alto precio que habría de pagar por ello.

Pasé al menos dos horas con Nina, dando vueltas a lo mismo y sin llegar a ninguna conclusión válida. Aunque también ella criticaba tan duramente como yo el inaceptable comportamiento de Peter, intentaba, delicada y compasiva como era, comedirse a la hora de calificarlo para no herirme o irritarme aún más, diciendo a cada momento «a lo mejor», «tal vez»...

¡La pobre Nina! Era tan sincero y patente su enfado por la evidente encerrona que había planificado hipócritamente el hombre al que tanto amaba que no era capaz de ocultarlo. Con la sensibilidad y el sentido de la responsabilidad que la caracterizaban, sin duda se estaría culpando a sí misma de que yo hubiera conocido a Peter; seguramente le asaltaba el sentimiento de culpa sólo de pensar que fue a partir de un encuentro provocado por ella como yo, sin duda alguna su mejor amiga, me había convertido física y psíquicamente en una infeliz.

Me empecé a sentir mal por poner a mi buena amiga en situación tan comprometida por culpa de mi desgracia y mi falta de autocontrol. Mi comportamiento no era propio de la persona madura y civilizada que yo creía ser en tanto que repercutía sobre quienes no tenían ninguna culpa. De ahí en adelante, me abandonaría al sufrimiento sólo cuando estuviera sola.

Respiré hondo y tomé la decisión de guardar para mí mis sentimientos, empeñada en conseguir tranquilizarme. Era hora de reconstruir poco a poco mi autoestima, de recuperarme física y psíquicamente y, sobre todo, de comportarme con seriedad y dignidad. No era ni la primera ni la última mujer en el mundo en ser traicionada.

«Estas cosas suceden todos los días, es parte ineludible de las relaciones humanas», sentenció Nina.

Y tenía razón, era razonable verlo así. Debía aceptarlo.

Percibiendo el gélido brillo de una incipiente resolución en mi mirada e interpretando correctamente el lenguaje no verbal, mi buena amiga planteó sus propuestas. Era inútil quedarme sin hacer nada y dejarme deprimir encerrada en casa. Si querían encontrarme no tenían más que dejar un mensaje en el contestador. Nosotras podíamos ir a la casa de campo de su familia en Brighton; tendríamos a nuestra disposición toda la casa, sin nadie que nos molestara, mar y piscina para darnos todos los baños que quisiéramos y bares agradables donde pasarlo bien.

Acepté la invitación con mayor facilidad de la que seguro esperaba Nina. Con una rapidez que me sorprendió a mí misma, ya que no me creía con fuerzas para nada, bajé del armario una bolsa de viaje y me puse a llenarla con lo imprescindible. Le pregunté a Nina cuántos días pasaríamos allí.

«Los que queramos», contestó contenta de verme revivir.

En menos de veinte minutos estaba preparada. Eché una ojeada a la cocina no fuera que con lo mal que estaba hubiera dejado algo encendido, cerré bien las ventanas, cerré la puerta con llave y al momento ya estaba sentada junto a mi amiga

en su potente *jeep*, camino de su casa.

Tras llegar me quedé esperándola en el coche los escasos minutos que tardó en entrar y salir de la casa con una carísima maleta Gucci de color azul. No podía dejar de sonreír ante la atención constante que prestaba esa chica a su aspecto, no sólo en los encuentros sociales sino incluso cuando se pasaba el día en casa sin ver a nadie. Era de una coquetería innata, acorde con un gusto exquisito que la hacía destacar siempre y ser un auténtico punto de referencia en cuestión de elegancia y estilo así como un constante elemento de comparación para nosotras las demás mujeres.

Con la agilidad propia de una chica joven, se puso al volante y de un acelerón el formidable vehículo se lanzó a la carretera. Como apenas había tráfico, íbamos dejando atrás los kilómetros a gran velocidad.

Había empezado a oscurecer cuando llegamos. Las primeras luces trémulas brillaban como luciérnagas en la humedad de la atmósfera, dando una nota romántica a las hermosas casas desperdigadas entre frondosos jardines, guardadas por soberbias y elevadas verjas. La casa de Nina era cualquier cosa menos una casa de campo propiamente; en realidad era un chalé inmenso de estilo georgiano, situado en lo alto de una verdísima colina, equipado con una piscina interior y otra exterior y dotado de una vista espectacular hasta donde se perdía el horizonte en la línea de unión con la inmensidad del mar azulado.

La urbanización, alejada como estaba del centro de la ciudad, ofrecía un refugio ideal a sus habitantes, sin tampoco restarles facilidades para acceder a las necesidades del día a día, dado que había sido edificada intencionadamente cerca de la costera Brighton. Tres guardeses y dos jardineros trabajaban desde hacía años para el padre de Nina, manteniendo en excelentes condiciones la casa y los impecables jardines llenos de flores. Me encantaba ese lugar ni céntrico ni aislado de la región y recordaba con placer los ratos de ocio relajado que tanto había disfrutado en él, sola o con mi amiga, o acompañada de amigos rebosantes de juventud, que con su humor y su alegría eran capaces de una diversión sin límite.

Poquísimas veces coincidíamos allí con los padres de Nina, quienes, con una exquisita discreción, se retiraban a sus aposentos privados o se iban a Londres o algún otro destino por no molestar a su queridísima hija única limitando su libertad y su albedrío con su presencia. El «señor Embajador», como lo llamaba cariñosamente mi amiga, estaba siempre ocupadísimo, era muy activo y tenía una intensísima vida social, ya que repartía su tiempo entre sus deberes diplomáticos y la administración de negocios de la familia, que se habían expandido internacionalmente a lo largo de cuatro generaciones.

A pesar de sus múltiples obligaciones, el centro de su atención era su guapa y bondadosa hija, a quien él y su mujer tenían entre algodones y adoraban, manifestando bastante tolerancia ante su inocente locura juvenil. Era de las pocas familias que conocía cuya riqueza material estaba en total equilibrio y armonía con la sentimental. Esa rara combinación de señorío y humildad me hacía sentirme muy

cómoda en su casa, donde su extremosa y cálida hospitalidad me daba siempre una sensación de tranquilidad hogareña y protección, como si me apoyara en un hombro amigo.

Tras abrir la cancela con el telecontrol, Nina recorrió el sendero de castaños silvestres, magnolias y mimosas, hasta la sobrecubierta donde aparcaban los coches. George, Vicky y la señora Owen, la administradora, salieron a recibirnos a la puerta principal de la casa, que habían abierto de par en par para darnos su calurosa bienvenida. Habían encendido todas las luces como si fuera a haber una fiesta. George subió volando nuestro equipaje a los dormitorios y Viky se encargó de deshacer nuestras maletas y de colocar la ropa en los cajones. Sus atenciones me hicieron sentirme encantada al tiempo que el calor de hogar empezaba a desentumecer mis miembros y a relajarme.

Poco después Nina me llamó a su habitación. Quería mostrarme una fotografía de un álbum que estaba sobre la mesita cuidadosamente abrillantada, delante de un cómodo sofá color celeste. El joven de la fotografía le estaba echando los tejos insistentemente los últimos días. A ella le gustaba físicamente, según me dijo, y le encantaba sentirse cortejada por él, pero quería contar con mi opinión antes de nada. ¡Ay, la Nina de siempre, de tan franca incapaz de disimular su inseguridad! Antes de decidirse a empezar una relación necesitaba siempre ponderar las circunstancias y las personas implicadas, además de contar con la opinión conjunta de todos sus seres queridos y de tener en cuenta sus propias intenciones e impulsos.

La tomé cariñosamente por los hombros y me incliné para ver a Paul, el candidato. La fotografía había sido tomada en la fiesta de Navidad de hacía unos tres años en casa de Nicole, una amiga común. En ella, un chico muy guapo sonreía a la cámara de oreja a oreja, con aspecto de ser divertido y de saber disfrutar alegremente de la vida. Sí, me gustaba un tipo así, de mirada diáfana y directa, y así se lo dije a Nina. Ella brincó infantilmente de alegría por aprobación y bajó a ultimar los preparativos de la cena con la señora Owen. Mientras, yo me quedé un rato más mirando la fotografía.

En ello estaba, observando la cara de algunos buenos amigos con expresión de estar pasándolo muy bien o posando ante la cámara haciendo el signo de la victoria con los dedos, cuando mis ojos se sintieron imantados por una figura al fondo de la fotografía que miraba con una misteriosa expresión. Mi corazón se disparó. Era Peter, guapísimo vestido con un traje de chaqueta azul oscuro y camisa blanca, sosteniendo en la mano indolentemente una copa de vino.

Al verlo sentí un malestar físico y las piernas, flojas, dejaron de sostenerme en pie. Me dejé caer en el sofá. Volví como loca a buscar con la mirada su seductora presencia en un instante del pasado, precisamente en la fiesta navideña en la que conocí a ese hombre, que habría de ser tan importante en mi vida por hacerme sentir una felicidad desconocida hasta entonces pero también por abrir muchas heridas incurables. Por él haría caso omiso sin resistencia alguna de las normas de la moral

musulmana y me dejaría anular la voluntad o la cautela interior debido a la profunda influencia que tendría sobre toda mi existencia.

La cascada de luces brillantes que salía hacia fuera desde el interior de la enorme casa blanca de tres plantas con rejas negras en las ventanas y persianas totalmente levantadas confirmaba que ése era el sitio adonde me dirigía. Una música moderna, a todo volumen, hacía temblar las paredes y se diluía por el frío aire de la noche, arremolinando las pocas hojas secas del invierno que quedaban caídas por el suelo, como si a su ritmo hicieran alocadas figuras de baile sobre la acera y el asfalto mojado. Tiritando de frío, pagué al amable taxista y avancé hasta la entrada principal.

Era la primera vez que iba a esa casa de Chester Square en Belgrevia. Nicole no era exactamente amiga mía, sino amiga de Nina, y quizá a mí me había invitado precisamente por ser la íntima amiga de Nina o tal vez porque supiera que iba a pasar sola la Noche Buena ya que mi amiga celebraría con ellos la Navidad. Sea como fuera, yo me sentía feliz de ser recibida en su casa, teniendo en cuenta que la alternativa era una solitaria velada en casa, lejos de mi familia y mis amigos, ya que la Navidad no es fiesta para los musulmanes.

La puerta de entrada a la casa estaba abierta de par en par, como si la casa recibiera a los invitados con los brazos abiertos. Dos sirvientes recogían los abrigos de los caballeros o las lujosas pieles de las damas para llevarlas a un espacioso guardarropa a la derecha de la entrada, mientras que una chica bajita y sonriente asignaba números a cada uno. Experimenté cierta timidez al ver a mi alrededor un ambiente tan alegre pero desconocido para mí. Me embargó una especie de impotencia, de entumecimiento, al darme cuenta de que era la única mujer sin acompañante.

Atravesé el vestíbulo indecisa hasta toparme con un gigantesco árbol de Navidad. Las bombillitas encendidas competían con la luz irisada de los candelabros que se reflejaba en los preciosos cristales, dando un aspecto de auténtico oro a las bolas doradas y los lazos bellamente entrecruzados. En lo alto, una enorme estrella que cambiaba de orientación según se la mirara desde distintos ángulos, parecía indicar el camino hacia el inmenso salón. A los pies del precioso árbol, una valiosísima alfombra persa Kirman de centro bermellón daba un toque especial a la estancia, mientras que en la pared de enfrente un espejo antiguo, colosal, de madera excepcionalmente labrada, atraía las miradas de todas las mujeres que pasaban frente a él y echaban un último visto bueno a su impecable aspecto antes de hacer la gran entrada en el baile. Yo misma no fui una excepción. Sin tanta coquetería, tal vez, lancé una ojeada a la brillante superficie del espejo, más por insegura que por presumida. Me pareció elegante mi vestido largo de color marfil que dejaba al descubierto los hombros, los brazos y el escote; a juego, dos largos guantes hasta el codo ponían el broche de oro a mi atuendo, completado con collar y pendientes de blancas perlas auténticas. Cuánto le había agradecido a mi abuela estos regalos de incalculable valor que me hizo para inaugurar mi nueva vida en Londres y cuya

compra sin duda había merecido la pena. Me fijé en que mi pelo reflejaba con la luz y daba la sensación de tener mechas doradas que resaltaban sobre su oscuro color cobrizo.

Sonreí satisfecha y seguí en dirección al salón abarrotado de jóvenes pulcramente arreglados. Habían arrinconado todos los muebles con el fin de dejar la gran sala despejada para el baile. Las mesas estaban cubiertas con manteles de elegante lino blanco; finísimas copas de cristal de Bohemia y carísimas porcelanas conferían un toque de lujo al conjunto. Mujeres hermosamente vestidas, la mayoría con vestidos de noche color negro, relucientes joyas y grandes sonrisas, se apoyaban ligeramente sobre el pecho de sus apuestos acompañantes, moviéndose al compás de la música, con manifiesta desenvoltura y familiaridad. Unas daban pequeños sorbos a sus bebidas, otras acercaban graciosamente el oído a sus interlocutores para entender lo que decían o bien examinaban disimuladamente la ropa de las otras mujeres para compararla con la suya.

De repente, sentí que se esfumaba la confianza en mí misma de unos segundos antes. En el momento en que buscaba entre los rostros desconocidos el de mi amiga Nina, Nicole salió de no sé qué rincón de detrás del abundante y delicioso bufé y se acercó a mí para darme calurosamente la bienvenida con un sonoro beso en la mejilla. Sentí que en ese momento alguien me cogía de la cintura. Era Nina, que se abrazaba a mí llena de entusiasmo.

«¡Hola, Maraima!, ¡qué guapísima estás!» me dijo cariñosamente, sin rastro de envidia. «Venga, vamos a sentarnos con los demás».

Dándome un ligero empujón, me llevó al fondo de la sala hasta una gran mesa donde ya había sentadas unas diez personas charlando en voz alta, riendo y bebiendo un vino exquisito. Conocía a algunos, que me recibieron con sincera alegría, diciéndome piropos en tono admirativo. Nina trataba de presentarme a los demás, cosa nada fácil por el volumen de la música y el natural bullicio.

Uno de los jóvenes me ofreció su asiento, pero apenas estuve un momento sentada, porque los chicos de la pandilla no se cansaban de invitarme a bailar. Venciendo mi inicial timidez, enseguida me hice parte inseparable de la fiesta y de la tremenda animación de mis divertidos amigos. Algunos me arrastraban hasta el bufé para tomar algo de lo que con tanta atención y cuidado habían preparado los cocineros y después otra vez bailes, risas y bromas. Un par de ellos me mostraron abiertamente su interés pidiéndome el teléfono e insistiendo en que no perdiéramos el contacto y en que volviéramos a vernos algún día. Los esquivé con delicadeza y con cierta dosis de frivolidad que no pareció molestarles, tocados como estaban ya por el alcohol, que de alguna manera los predisponía a aceptar de buen grado mi negativa. Nina, abrazada fuertemente a Tony, su amor por aquel entonces, me hacía señas intentando averiguar si me gustaba alguien. Le di a entender que no con la mirada.

Alrededor de las diez, dos hombres hicieron su aparición. De un vistazo al vuelo localizaron a Nicole y a Nina que estaban charlando alegremente y se acercaron a

ellas para saludarlas como amigos.

Justo a continuación, Nina vino con ellos hacia donde yo estaba.

«Te presento a Peter y a Bill, unos viejos amigos», dijo mirándome fijamente.

El azul intenso de los ojos de Peter me hizo sonrojarme hasta la punta del cabello, lo cual me enfadó porque estaba segura de que lo había notado. Por el contrario, Bill tenía una expresión algo rara y una pizca de insolencia en su mirada o al menos eso me pareció. Me cayó mal inmediatamente.

Estuvimos intercambiando algunas frases de cortesía hasta que el novio de Nina, Tony, me sacó a bailar. Durante todo ese rato sentí cómo Peter seguía con la mirada fija en mí y cada vez que podía lo miraba yo también de reojo. Me gustó desde el primer momento. Tendría unos treinta años; era alto, de porte atlético, moreno de pelo abundante y extraordinarios ojos azules. Vestido de etiqueta como iba, parecía aún más atractivo. Todo él lo hacía aparecer ante mí como el hombre ideal, por eso deseaba con todas mis fuerzas gustarle también a él y que no dejara de prestarme atención.

No me desengañó. Cuantas veces me volví para mirarlo sin que se diera mucha cuenta, me topaba, para mi gran satisfacción, con su mirada puesta en mí.

Sedienta y cansada de bailar, me dirigí a la mesa en busca de algo de beber, pero él me tomó la delantera y vino hacia mí con una copa de champán para mí. Me miraba embobado (o al menos eso me pareció a mí) y sonreía sin que apenas él mismo lo notara. Habían bajado el volumen de la música; ahora sonaban suaves baladas en lugar de temas más bailables. Las parejas se abrazaban al ritmo de la música o se hundían en los mullidos sofás.

Con una ligera reverencia como de otra época, que a mí en cambio me halagó especialmente, Peter pidió bailar conmigo. Sentí su mano firme sobre mi espalda desnuda sin poder evitar un súbito estremecimiento. Sin querer, se me pasó por la cabeza que en mi país un contacto así de íntimo con una persona desconocida de sexo masculino no sólo sería inconcebible sino que acarrearía graves consecuencias. Nuestros dedos entrelazados me hacían sentir un profundo bienestar y placer. Las hermosas facciones de su cara, apoyada ligeramente sobre mi mejilla, me estaban haciendo enloquecer. Intenté mantener el control de mis sentimientos, pero no podía contener mis reacciones. Sentía cómo mi cuerpo respondía a la llamada de su indiscutible atractivo y deseaba con toda mi alma que no acabara nunca la canción. *Lonely Table Just for One*, decía con voz grave y melodiosa el cantante, aunque la letra nada tenía que ver conmigo en aquel momento. Abandonada en sus brazos, que me llevaban con maestría y buen sentido del ritmo, me sentía como un viajero que hubiera conseguido llegar a un nuevo y desafiante destino. Un viajero que se inclina para ver con detenimiento un mapa mundi y que descubre en una región lejana un lugar de nombre exótico que despierta su imaginación decide que tiene que ir allí y no a otro sitio. Eso mismo quería yo entonces: encontrarme única y exclusivamente entre sus brazos, que representaban el sendero virgen, el paso nunca dado, por mi

inexperiencia, hacia el repentino conocimiento instintivo, que por primera vez a mis dieciocho años sentía que ejercía sobre mí tan irresistible miembro del sexo masculino.

Por lo visto la atracción era mutua, pues al momento Peter me apretó aún más contra su pecho y yo me dejé llevar, protegida y segura, abierta como una flor a los primeros flechazos de un sentimiento que abría un nuevo capítulo a atrayentes experiencias.

La canción llegó a su fin por mucho que yo no lo deseara. Inevitablemente, tuvimos que deshacer nuestro abrazo con la sensación de que algo había ocurrido entre nosotros. Seguimos cogidos fuertemente de la mano y mirándonos fijamente, en un intento de explorar cada uno los más remotos pensamientos y sentimientos del otro. No sabía que a ese tipo de enamoramiento se le llama «flechazo», pero ahí estaba el mío, sin duda, y respondía al nombre de Peter.

Mi razón intentaba abrirse paso pero yo se lo impedía, decidida a no dejar que interviniera y echara a perder tan insólito magnetismo. El contacto con ese hermoso desconocido que en un momento se había vuelto más conocido y deseable que todos cuantos conocía, puso en funcionamiento mecanismos de deseo hasta entonces inexplorados por mí, haciéndome vibrar en todo mi ser y sacando hábilmente a la superficie ocultos sentimientos naturales en una chica joven, pero reprimidos hasta entonces por los muchos «no» y «no se debe» de mi religión y de la educación que había recibido.

Tomándome suavemente por la cintura, Peter me llevó a un sofá que había en el rincón de la sala, apartándome definitivamente de la reunión de amigos, donde nadie parecía echarme en falta. Además, todos estaban entregados por completo a sus aficiones preferidas, el baile, la comida, la bebida o el flirteo sin tregua. Con una informalidad que sorprendentemente me gustó muchísimo, se recostó en el respaldo y se puso a hacer oes con el humo de su cigarrillo mientras me acariciaba levemente la espalda y los hombros. Su proximidad y el olor de su perfume despertaban recónditos impulsos que me impulsaban a abandonarme por completo en su abrazo, a explorar sus labios, su cuerpo, su corazón. El champán había ayudado a relajar mi resistencia física y psíquica, si es que la había, ante la fortísima atracción que me hacía sentir aquel hombre al que cada poro de mi piel ya había empezado a recibir como se recibe el sabor de un vino recio y conocido.

Sin rodeos, hasta diría que con cierta premura, nos dimos uno a otro la información necesaria por el momento. Le dije que era de origen afgano pero inglesa de nacionalidad, cosa que le despertó la curiosidad así que le referí con detalle cómo mi madre me había dado a luz prematuramente en Londres, tras tropezar y caerse por las escaleras del hotel donde estaban alojados. Por suerte, ella no se hizo apenas daño, pero mi nacimiento prematuro alarmó mucho a mi padre, que se sentía responsable por haberle pedido a mi madre que lo acompañara, tan avanzado como estaba el embarazo, en un viaje de tantos días por Europa. Cuando los médicos le aseguraron

que tanto mi madre como yo nos encontrábamos en óptimas condiciones se tranquilizó y se dedicó a gozar del nacimiento de su pequeña, venida al mundo ocho años después que su primer hijo, mi hermano Nabil.

Peter me contó cómo por motivos de trabajo había pasado varios meses en Kabul y me preguntó mi apellido. Cuál no sería su sorpresa cuando al oír mi nombre cayó en la cuenta de que conocía a mi padre de haber coincidido con él en algunos eventos sociales y oficiales de organismos gubernamentales e internacionales, en Afganistán y en Pakistán. En calidad de alto representante de una organización humanitaria, su trabajo lo llevaba a distintos países del mundo en los que el gobierno y sus superiores consideraran necesaria su presencia, así que viajaba mucho, aunque su lugar fijo de trabajo estaba en Londres.

Intercambiamos información, dándonos datos imprescindibles sobre nuestras vidas, aunque el sitio no era el más adecuado para dar detalles, eso tendría que dejarse para después, o al menos es lo que deseaba de todo corazón.

Llevaba un rato viendo que Nina me hacía señas cómplices, pero sin acercarse para no interrumpir un flirteo que evidentemente iba cada vez a más.

El final de la velada nos encontró bailando abrazados, completamente ajenos a cuanto ocurría a nuestro alrededor y entregados a la aventura de ir descubriéndonos el uno al otro. Habíamos dejado de prestar atención a los demás. Lo único que nos importaba era ese contacto, esa electrizante atmósfera de magia que existía entre nosotros, y que yo deseaba vivamente que durase una eternidad. Era mi primera experiencia en un ámbito totalmente virgen para mí, pero que desde aquella noche sentía la necesidad de explorar exhaustivamente para descubrir hasta sus últimos rincones, sus emociones y todas las sorpresas que seguro me depararía. Me había entregado en cuerpo y alma a un forastero, ignorando ingenuamente cualquier precaución y abriendo mi corazón al despertar del nuevo amor, poniendo en alerta todos mis sentidos para dar la bienvenida a una atracción que hacía imposible cualquier reserva o reticencia. En mí tuvo el impacto del rayo que deja caer toda su fuerza en un punto, convirtiéndome en el canal de su todopoderosa y venerable fuerza.

Fueron para mí momentos únicos de la entonces mujer inexperta, inocente y romántica que yo era; momentos que serían el primer estadio en la seducción y la pasión por el nuevo dios al que habría de adorar sin yo buscarlo: el Amor.

Fuimos de los últimos en irse. El tiempo había pasado volando y esa velada de ensueño ya había tocado a su fin. Aunque no solí beber, esa noche había bebido con sed inesperada, por eso sentía cierta espesura de miembros, un mareo dulce y una percepción relajada de lo que ocurría a mi alrededor. Pero no sólo estaba ligeramente ebria de champán, sino sobre todo por la expectativa de un nuevo horizonte, un destino imprevisto que respondía al nombre de Peter. Me encontraba ante la sima de lo desconocido, dando extasiada la bienvenida a lo porvenir, decidida y dispuesta a la entrega.

Ni siquiera me di cuenta del momento en que nos despedimos de los anfitriones y de los demás invitados. La expresión y los gestos de Nina, que me hacía gestos intentando pasar desapercibida por mi acompañante, me parecía una mímica que ni podía ni quería descifrar porque Peter se había ofrecido a acompañarme a casa y yo había aceptado encantada. Guardaba en mi bolso como un tesoro la tarjeta con sus teléfonos y él a su vez el papel con los míos en el bolsillo exterior de su chaqueta.

Poco después ya yo estaba en la puerta de la casa esperando a que trajera el coche. Hacía bastante frío. Había una bruma grisácea y baja que cubría de una espesa capa de niebla las sombrías figuras de las casas. La débil luz de las farolas causaba un extraño efecto como de estar envueltas en una nube continuamente trémula. Las ráfagas de aire helado no me afectaban en absoluto, ebria como estaba de vino y de felicidad, sumida en nuevas reflexiones, ardiendo de febril impaciencia. Me sentía dominada por la excitante curiosidad que me llevaba hacia el umbral de un gran sueño: el del descubrimiento de mis instintos e impulsos femeninos y la llegada progresiva de una novedosa y seductora realidad.

Un jaguar de color oscuro se detuvo delante de mí. Cortés y protector, Peter me tendió la mano para ayudarme a ocupar el asiento del copiloto. El lujoso vehículo y el olor de su piel se apoderaron de mis sentidos. Él se puso al volante y me pidió que me abrochara el cinturón. Tras decirle dónde vivía arrancó el coche y se lanzó a las desiertas avenidas de la ciudad. Conducía con una mano en el volante y con la otra cogida fuertemente de la mía. Nos quedamos en silencio, no queriendo ninguno de los dos estropear la magia de esos momentos con conversaciones triviales.

Sumiso el volante bajo su mano firme, el coche corría a una velocidad constante, dejando atrás los kilómetros a la velocidad del rayo. Su tacto, suave y firme al mismo tiempo, prolongaba la felicidad de la velada. Las calles del centro, adornadas con miles de luces navideñas, aunque sin un alma, se sumaban con su brillo a una fantástica fiesta de ensueño, la de mi propio ensueño. Aprovechando que él estaba concentrado en la conducción, miraba de reojo su perfil admirando su nariz recta y su mentón atrevido. Dos o tres veces que nuestras miradas coincidieron nos echamos a reír.

En un momento dado el coche se detuvo frente a mi casa. Peter apagó el motor y

me miró fijamente a los ojos. Deslizando su mano sobre mis cabellos me acarició el cuello, las mejillas. Luego se acercó a mis labios y me besó suavemente, jugando con ellos tiernamente y disparando mis sentidos. Cuando culminó el beso apasionadamente dentro de mi boca me derretí como la cera, sintiendo cómo me invadía una ola de auténtica felicidad. «Dulces primeras experiencias... ¡Ojalá duraran una eternidad!», pensaba. Susurrándome palabras tiernas que mi oído no se saciaba de escuchar volvió a acariciarme el cabello.

«Es hora de que los niños se vayan a dormir... ¡Es muy tarde!», me dijo con voz grave y cariñosa.

Después, salió del coche con rápidos movimientos, abrió la puerta de mi asiento y me ayudó a salir. Me abrazó por un instante y me besó suavemente en los labios. Luego, me acompañó hasta el portal.

«Hasta mañana», me dijo sin dar opción a discrepancias.

Una vez dentro del edificio, lo seguí con la mirada hasta que volvió a montarse en el coche. Le mandé un beso con la mano y él hizo lo mismo sonriendo. Subí volando al apartamento, encendí la luz y fui corriendo a la ventana dejando la puerta abierta y todo; quería verlo una vez más antes de que se fuera. Sólo cuando vio que había luz en la casa se marchó.

Seguí pegada al cristal contemplando cómo se alejaba y se perdía calle arriba. Sin embargo, la magia, el éxtasis, seguían ahí. No se habían ido.

Los tibios rayos de sol del amanecer iluminaron levemente mi silueta en el cristal de la ventana, mientras avistaba los árboles desnudos de hojas y el progresivo despertar de la vecindad. Un entusiasmo casi infantil me mantenía en plena excitación. Me sentía ligera como una pluma tan sólo de pensar en este nuevo mundo que abría sus puertas ante mí para mostrarme algo único, real y emocionante. ¡Cuán extraordinario ha de ser cada día que amanece cuando la noche te ha obsequiado con una experiencia así de maravillosa! De repente sobreviene un imprevisto que da la vuelta a todo, poniendo patas arriba tu organizada, meticulosa vida, sin darte margen para pensar en nada en absoluto, ni siquiera en tus obligaciones. Todo pasa a un segundo plano. Un nuevo sentimiento, que te gobierna y reclama tu atención en exclusiva, funciona ya como un bote salvavidas que te libra de resignaciones y compromisos. Y eso es lo que sentía en cada rincón de mi ser, por eso desechaba de mi mente todo lo que no tuviera que ver con esa etapa de mi vida, que había comenzado a atraparme con fuerza y a brindarme las más dulces perspectivas.

Una tormenta llena de rayos interrumpió el vagar de mi mente. Indiferente a ella, me tumbé en la cama esperando inmóvil la llegada del sueño, con la esperanza y la íntima ilusión de volver a vivir los mismo hermosos momentos mientras dormía.

El timbre del teléfono de la mesilla de noche me despertó bruscamente. Medio dormida, lo tapé con la almohada, pero no por eso dejó de sonar como un poseso. Al final contesté a regañadientes. Un torrente de preguntas y comentarios al otro lado de la línea irrumpió en mi cabeza resacosa. Me llevé la mano a la frente casi por instinto, pues el dolor de cabeza parecía golpearme por dentro. Del otro lado del auricular, Nina me pedía que le diera detalles de la noche anterior, impaciente por saber hasta dónde había llegado con Peter.

«Ay, Nina, por Dios, déjame, que tengo mucho sueño. Luego te llamo yo y te cuento», gruñí con voz de cansancio.

El «bueno, vale» resignado de mi amiga no me echó para atrás, así que me volví a dormir enseguida. Cuando abrí los ojos y miré la hora vi que era ya la una.

«¡Ay, Dios!, ¡si ya es mediodía!», murmuré para mis adentros saltando de un brinco fuera del edredón blanco de pluma.

No solía despertarme tarde porque no me gustaba perder el día ni aun cuando no tenía nada especial que hacer. En la universidad había vacaciones de Navidad y al hospital en donde trabajaba de enfermera unas horas a la semana no tenía que volver hasta después de las fiestas, dado que en realidad era más una práctica que un trabajo con horario fijo.

Se cumplían entonces cinco meses de mi llegada a Londres desde la otra punta del mundo donde estaba mi país, Afganistán. Había ido a estudiar medicina, al igual que mi hermano Nabil. Anhelaba ese momento desde hacía años; las muchas horas de estudio, la disciplina, las noches en vela preparando exámenes me ayudaron a pasar con éxito los exámenes de ingreso en la universidad. El colmo de la satisfacción fue cuando, después de hacer una cola de horas junto con otros estudiantes de primer curso, tuve en mis manos el carné de estudiante universitaria.

Pero no había llegado hasta allí sólo por voluntad propia. Mis padres se habían entregado por completo a la educación de sus hijos; nos habían buscado siempre a mí y a mi hermano los mejores profesores. Además de las asignaturas del colegio, recibimos infinidad de clases particulares de idiomas y de música en nuestra casa. Yo hablaba inglés, francés y alemán con la misma soltura con que hablaba mi lengua materna, y lo mismo Nabil.

En un principio la idea era que ingresara en la Universidad Balh, en la ciudad de Mazar-e Sharif, la única institución de enseñanza de mi país que aceptaba también a mujeres. Mi madre, en cambio, se opuso y exigió que también yo estudiara en el extranjero, quizá no tan lejos como mi hermano, que había ido a estudiar a los Estados Unidos, pero sí en Europa. Así es como llegué a Inglaterra. Yo era muy buena estudiante, no faltaba a una sola clase y me pasaba horas y horas en la biblioteca para ampliar materia y cubrir mis lagunas.

Justo el primer día de clase conocí a Nina. Éramos compañeras de curso, aunque

ella era dos años mayor que yo porque había pasado un tiempo antes de ser admitida en la universidad.

Teníamos muchas cosas en común, pero éramos diferentes en otras, pues cada una tenía su personalidad y sus peculiaridades. Nina era alegre, cariñosa, conocedora de mundo, digna de confianza, muy segura en sí misma. Yo en cambio era más bien tímida, cerrada, inexperta, una chica que intentaba adaptarse a un mundo completamente nuevo, donde las mujeres eran tratadas con respeto por parte de los hombres. Mi amiga me incorporó a su numerosa pandilla de amigos de alto nivel de vida. En poco tiempo nos habíamos convertido en uña y carne.

Pertenecíamos más o menos a la misma clase social, siendo como éramos las dos hijas de grandes empresarios ricos, sólo que de diferentes países. Su amistad y su bondad me daban seguridad. Gracias a ella me sentía bien acogida en un país extranjero, me adapté rápidamente al modo de vida europeo, fui poco a poco expulsando los rasgos hiperconservadores que anidaban en mí y me convertí en fiel defensora de una cultura que iba mejor con mi forma de ser y con mis planes y mis ilusiones de cara al futuro.

Como despreciaba con verdadera vehemencia las limitaciones y la obediencia ciega a cualquier persona o cosa, asimilaba esa libertad de movimiento intensamente, como aire fresco y nuevo. Estaba encantada en mi nuevo país, donde se me abrían horizontes sin barreras y se me daban opciones que como mujer no podía tener en la machista sociedad de mi lugar de origen. Tenía la íntima convicción de que todo me iría bien, no ya sólo en tanto que individuo sino en especial como mujer.

Se me ensanchó la sonrisa al recordar los acontecimientos de la noche anterior. De repente todo había adquirido un nuevo matiz, una nota de alegría que hacía más brillante mi entorno y más luminosa la esperanza de que lo que había comenzado ayer tan bien siguiera siendo maravilloso en el futuro.

Y, en efecto, así fue. A la media hora Peter estaba llamándome para invitarme a quedar por la noche. Acepté. Cuando volví a verlo, me resultó exactamente igual de atractivo con su chaqueta deportiva *beige* tipo *tweed* y un pantalón a juego. Claro que yo me había pasado horas vaciando el armario y poniendo toda la ropa encima de la cama para ver qué me pondría.

En el pequeño restaurante italiano donde quedamos citados no prestamos atención ni a la carta ni a la gente que había a nuestro alrededor. Estábamos totalmente entregados a conocernos mejor, a contarnos todo el uno al otro, como si fuera posible referir brevemente y en tan corto espacio de tiempo las experiencias de toda una vida.

Los días siguientes volvimos a quedar. O bien salíamos solos, o bien en grupo, y yo me sentía como si participara en una fiesta de dicha y plenitud.

Nina estaba entusiasmada y no dejaba de repetir que qué buena pareja hacíamos. Mi vida fluía como en un sueño, por eso no dejaba de temer que despertaría y que

nada sería igual. Peter me protegía, o más bien me mimaba como si fuera una niña, envolviéndome en algodones con su cariño y su ternura, al tiempo que con admiración, idealizando mi persona en cuerpo y alma. Todo parecía gustarle de mí y no escatimaba halagos que yo, claro, no me cansaba de oír. Cuando llegó la bendita hora en que me abrió su corazón y me dio a conocer sus sentimientos, diciéndome lo muy enamorado que estaba de mí y lo mucho que me necesitaba, yo estuve a punto de volverme loca de felicidad. Lo quería mucho, muchísimo. Para mí lo único que contaba era estar a su lado, observarle, tocarle, besarle.

Pasado un tiempo prudencial, me entregué a él con absoluta adoración, concediéndole mi entera confianza y mi deseo insaciable hacia él. Con ternura y amor, me colmó como mujer, haciendo con infinita paciencia y maestría de amante experto que llegara a necesitarlo como a una droga y que me sintiera feliz sólo si sus manos exploraban cada palmo de mi cuerpo antes de perderme en un universo de placer inefable, hasta entonces desconocido para mí, en el momento en que nos entregábamos a nuestra inagotable pasión. Mi casa se convirtió en su casa. El tiempo que no estaba conmigo era un tiempo de sufrimiento y de infinita soledad y ansia, hasta que volvía a perderme en su abrazo desconectada de todo y de todos.

Yo rara vez iba a su casa, quizá porque me sentía incómoda en presencia de Bill, o tal vez porque lo quería exclusivamente mío en el entorno conocido de mi terreno. Siempre estaba pendiente de colmar todos mis deseos. Me mimaba muchísimo, y eso me encantaba. No dejaba de decirme que cuando yo quisiera nos casáramos o que, si quería terminar primero mis estudios, me esperaría pacientemente cuanto hiciera falta. Pero a mí lo de la boda no me importaba especialmente. Me bastaba con que me quisiera y me amara. Quería saber dónde me encontraba en cada momento, inquieto por si me pasaba algo; el mínimo malestar que tuviera ya se convertía en una preocupación seria para él.

Mi fe en aquel hombre iba creciendo día a día. Durante casi tres años fue mi dios terrenal, y no pasaba por mi cabeza pensamiento alguno que no consultara con él. Me daban igual las consecuencias que pudiera tener el que se enteraran en mi país de nuestra relación; no me importaba lo más mínimo ni aunque tuviera que pagar con mi vida. Vivía únicamente por y para él, en un éxtasis que temía que la suerte envidiosa acabara por arrebatar-me.

Y, de hecho, así ocurrió. Todo en mi vida dio un giro y el sueño se convirtió en pesadilla. Un hecho natural en la vida de una pareja fue suficiente para que invadiera el miedo a quien poco antes me engañara jurándome amor y entrega eternos y que repentinamente se había dado a la fuga de manera inmoral, echando por tierra su idolatrada imagen, pisoteando mi dignidad, haciéndome añicos como persona y humillándome como mujer. Me había abandonado sin ni siquiera una explicación.

Tonta de mí, ingenua, insensata Maraima. Te lo tienes merecido...

Hundida como estaba en la rememoración del pasado, no oí a Nina entrar en la habitación. Al ponerse detrás de mí y apoyar su mano en mi hombro di un respingo sobresaltada como si me hubiera dado un calambre. Mi amiga me miró sorprendida. Después, su mirada siguió la huella de mis ojos empañados de lágrimas y se fijó en la fotografía. Se ruborizó y me dio un abrazo.

«Perdóname, yo tengo la culpa... No me había fijado en los que estaban en la foto, créeme», me dijo con la cara demudada.

La creí. Cerré el álbum bruscamente, intentando cambiar de tema por no ver a mi amiga tan afectada.

«Esta historia ha terminado, ¿no? Pues eso. Lo que pasó pasado está», le dije con toda la naturalidad que pude, añadiendo que me daría un baño para relajarme y que me prepararía para cenar.

Nina, aliviada, me dio una pila de toallas recién lavadas que poco antes Vicky había dejado sobre la cama. Cogí dos de ellas y entré en el enorme baño de mármol cerrando la puerta tras de mí. Cuando abrí el grifo de la ducha dejé que mis lágrimas corrieran por mis mejillas libremente junto con el agua que las limpiaba, intentando así limpiar mi espíritu y mi cuerpo, que sentía contaminados y vejados por el engaño y la traición de aquél que hasta ayer parecía adorarme.

Después del baño, dediqué bastante tiempo a secar mi larga cabellera. Me puse un pantalón celeste y un jersey de cuello vuelto del mismo color. Me pinté un poco para disimular la palidez del rostro. De esta forma, conseguí que mi exterior en absoluto reflejaba mis sentimientos, que no obstante empezaron a serenarse poco a poco, gracias al ambiente tan acogedor de la casa, con los sofás de alegres estampados en amarillo, a juego con la misma tela de las cortinas, la cómoda e inmensa cama blanca con el cobertor liso en turquesa y la hermosa alfombra de Aubisson, los elegantes cuadros y las preciosas figurillas de porcelana.

Desde la puerta, Nina me llamó en tono desenfadado: «Van a servir la cena, ¿estás lista?».

Contesté que sí. Mi amiga llevaba un pantalón negro y un jersey rojo vivo. Estaba guapísima. Se lo dije y reaccionó con alegría infantil. Ese franco y estimulante entusiasmo por las cosas más insignificantes era lo que la hacía tan querida por todos fuera adonde fuera, y lo que me hacía quererla tanto.

Al momento, bajamos la recia escalera de madera para ir al comedor. La chimenea ardía en el gran salón con altas llamas anaranjadas que lamían los gruesos troncos con manifiesta avaricia. Normalmente la encendían las tardes de lluvia para alejar la humedad de la casa. El ardor del fuego contrarrestaba la melancolía de las cubiertas de madera, reforzando la nota desenfadada de los anchos sofás en tonos pasteles. Las lámparas daban una luz suave y las flores recién cortadas expandían su fragancia y sus colores dando hermosas pinceladas que levantaban el ánimo.

Habían puesto la mesa con dos platos, cada uno a un extremo. Las copas reflejaban el brillo de los candelabros de plata y la vajilla de porcelana Wedgwood nos daban la bienvenida con su hermosa decoración en tonos azules. Había en el aire un leve olor a la cera con la que habían barnizado los muebles.

Nos sentamos la una junto a la otra. George, que hacía también las veces de mayordomo, nos sirvió un viejo vino francés. Al ir a brindar con las copas en alto, Nina, muy en su estilo, me dijo: «Deséame que me vaya bien con el Paul de la foto». Así lo hice. Ella, a su vez, me deseó que las cosas me fueran mejor y que se solucionaran los malentendidos con Peter. Brindé por ello, aunque en mi fuero interno no había ni una pizca de esperanza.

La señora Owen se había propuesto cuidar bien de nosotras. Como entrante, tomamos alcachofas rellenas; de plato principal, un tierno solomillo con champiñones y delicias de patata como guarnición, además de una exquisita ensalada de verduras recién salidas del huerto de la finca. Un postre ligero, hecho con moras silvestres, completó tan espléndida cena. Para mi sorpresa, lo devoré todo con gran apetito, pese a que antes de sentarme a la mesa tenía la sensación de que no iba a poder probar bocado. Cenar así me sentó bien al ánimo, ya que empecé a sentirme más repuesta y con más fuerzas para asumir la realidad con la cabeza y con el corazón.

George nos sirvió café junto a la chimenea. Me sentía bastante relajada y notaba que mi mente se negaba a aceptar los pensamientos desagradables que me asediaban insidiosamente tratando de perturbar con su intrusión mi momentánea calma. Me pareció oportuno comentarle a Nina lo de mi posible embarazo. Ella me dijo, sin perder la sangre fría, que cuando volviéramos a Londres iríamos juntas a su ginecólogo, en Harley Street, que era toda una autoridad en su especialidad y le pediríamos consejo. Así que no tenía por qué preocuparme. Podía contar con ella.

Pero, ¿acaso no era eso lo que estaba haciendo?, ¿no la estaba utilizando como tabla de salvación, como punto de apoyo en mis desgracias sentimentales, que tal vez estuviera dramatizando por mi falta de experiencia?

Seguimos charlando un poco de temas irrelevantes, cuando de repente Nina propuso que fuéramos a bailar a un club de Brighton para «distraernos un rato y de paso quemar algunas calorías», dijo con cierto énfasis. No puse ninguna objeción. Sin cambiarnos de ropa, dando tan sólo un repaso con el lápiz de labios, nos metimos en el *jeep* y en un momento llegamos a la puerta del club. Varios grupos de gente joven estaban esperando impacientes a que abrieran la puerta, quejándose cada vez más por la tardanza en dejarles entrar. Nosotras, como el portero conocía a Nina, entramos sin problema y nos sentamos al instante en una de las mesas.

Nina localizó con su mirada de lince a dos o tres amigos suyos a los que nos unimos enseguida. También yo me dejé arrastrar a la pista, donde sin parar de bailar eché fuera de mí la tensión acumulada, que salía como si fuera agua hirviendo de una olla que justo antes de explotar se destapara. Mi mente se limpió de todo pensamiento negativo y mi cuerpo respondía solo y exclusivamente a los ritmos de la música, unas

veces más fuerte, otras más suave.

Volvimos a casa de madrugada, con el ánimo pletórico, y antes de que Nina metiera la llave en la cerradura, ya George había abierto la puerta, impertérito. ¿Había alguna expresión de desaprobación en su rostro? No estaba segura. Entre risas y quizá demasiado alboroto subimos a nuestras habitaciones para sumergirnos en un sueño favorecido por la bebida y el cansancio.

Los demás días pasaron igual de placenteros. Dimos largos paseos por la playa, pero como el agua estaba congelada, nos limitamos a bañarnos en la piscina cubierta de la casa. Además de con esos paseos interminables, matábamos el tiempo haciendo visitas y charlando con amigos y conocidos en los bares de moda, además de con bailes y las comidas espléndidas de la señora Owen.

El día antes de marcharnos, mientras tomaba un té en una cafetería a la espera de que Nina saliera de la librería de al lado, donde había entrado en busca de unos libros y a saludar a la librera, vi que enfrente del café donde estaba había una farmacia. Sin pensarlo dos veces, fui allí y entré con cierta timidez, tal vez cobardía, para pedir un test de embarazo. Me apresuré a cogerlo y a guardarlo bien oculto en mi bolso. Volví a esperar a Nina, ya con impaciencia. Tenía prisa por volver a casa. Con su melena rubia al viento, mi amiga se me acercó cargada con algunos paquetes de libros. Los puso en el asiento trasero y emprendimos el camino de regreso. Eran las tres del mediodía. Cuando llegamos a la casa, Nina me dijo que iba a tenderse un poco antes del té y me propuso que hiciera lo mismo. Yo, deseando quedarme a solas, acepté de buen grado.

Cuando entré en mi habitación, cerré con cuidado la puerta y me cambié de ropa. Vestida con una bata cómoda, busqué ansiosa dentro del bolso hasta encontrar el test. Rasgué el envoltorio y me puse a leer las instrucciones. Me impulsaba una necesidad interior de saber qué me estaba pasando, de despejar de una vez por todas la incertidumbre y dejar de posponer decisiones de semejante envergadura. Sin poder separar la vista del indicador, observaba cómo iba cambiando de color con un nudo de ansiedad en la garganta.

Sí. El color y el marcador se habían quedado fijos al fin. Me doblé en dos como si me hubieran dado una fuerte patada en el estómago. Un miedo indescriptible me sacudió brutalmente. Lágrimas de desesperación me empañaron la razón. El resultado, implacable, era positivo. Estaba embarazada.

La confirmación de mis peores temores explotó como una bomba en mi conciencia, hiriendo con su metralla mi corazón, alterando aún más mis nervios, activando la alarma que fustigaba mi autoengaño, aniquilándolo definitivamente y poniéndome en la tan penosa situación de la fragilidad total.

«¿Qué voy a hacer, Dios mío?», exclamé desesperada.

Era lo peor que me podía pasar en esos momentos, el golpe que acabaría conmigo sin piedad. No podía aguantar más. Corrí como una loca a la habitación de Nina y golpeé la puerta.

Nina abrió asustadísima, con el pelo revuelto y mirándome con los ojos completamente abiertos de asombro.

«¿Qué te pasa, mujer?, ¿qué ocurre?», me preguntó.

«Que estoy embarazada, ¡embarazada!», dije de un grito, deshaciéndome en incontenibles sollozos y abrazándome a ella.

Me llevó al sofá, intentando inútilmente calmarme y pidiéndome explicaciones. Con la voz entrecortada, que a duras penas se sobreponía al llanto histérico, le informé del resultado del test de la farmacia. Se quedó callada por un momento, pero recuperó enseguida el control de la situación y me trajo un poco de coñac para hacerme volver en mí. Después, como si fuera una niña pequeña, me llevó de la mano al baño y me mandó que me echara agua fría en la cara.

Obedecí a rajatabla las órdenes que me daba en un tono en verdad autoritario. Me sentía depender enteramente de ella. Mi cerebro había dejado de funcionar, conmocionado por la tristemente inapelable revelación.

Nina puso un cojín en el sofá y me dijo que me tumbara. Después fue al teléfono, consultó su agenda pasando las páginas con unos chasquidos que en mi estado nervioso resultaban insufribles y una vez que encontró el número que buscaba, lo marcó. Habló en voz baja, aunque yo la oí concertar una cita con su ginecólogo para el día siguiente por la mañana.

«No te preocupes. Todo va a ir bien. Enseguida pasará esta racha tan mala», me dijo acariciándome el pelo.

Yo me aferraba a sus palabras como a una tabla de salvación. Nunca había vivido una situación tan desesperada, peor incluso que la muerte. Ella era la única persona con la que podía contar y nadie más que ella.

A la mañana siguiente salimos temprano hacia Londres. A las once teníamos la cita con el médico. Tras entrar en la sala de espera de la consulta, sencilla pero muy moderna y bien decorada con mobiliario caro, una enfermera muy amable nos condujo puntualmente al despacho del doctor. El ginecólogo de Nina era un señor alto, elegante, de bondadosos ojos castaños y sonrisa tranquilizadora. Le expliqué lo que me pasaba mientras él iba apuntando fechas y no sé qué más en una hoja de papel. A continuación, procedió a explorarme en la habitación contigua. Me embargó

una mezcla de miedo y de pudor al contemplar la camilla metálica donde tenía que tumbarme, con soportes para las piernas y una sábana blanca cubierta con papel de enfermería. Como si leyera mis pensamientos, me explicó que la exploración no iba a ser dolorosa y añadió que terminaríamos enseguida. Entonces, con una larga bata blanca que me había dado la enfermera, me tumbé y me puse a mirar a la pared para ocultar mi vergüenza. El frío instrumento que introdujo en mí me hizo daño y provocó un estremecimiento en todo mi cuerpo.

«No te contraigas, relájate», me dijo con voz suave.

Intenté seguir sus indicaciones, no fuera que con el miedo me resultara más molesto. Terminó enseguida y después me sacó sangre para una analítica. Al despedirnos, nos dijo que pasáramos por la consulta en tres días para recoger los resultados, aunque podíamos estar seguras de que el test que había hecho yo por mi cuenta era bastante fidedigno.

Y de hecho, lo era. El papel con los resultados corroboró la situación de embarazo.

«Está usted embarazada de ocho semanas», sentenció el ginecólogo en la siguiente consulta. «Dígame, ¿qué es lo que piensa hacer?».

Seguramente Nina le había explicado todo. Mi respuesta sonó cortante e inapelable:

«No voy a continuar con el embarazo, doctor. Ni puedo ni quiero».

Intentó convencerme con distintos argumentos para que lo reconsiderara, porque se trataba de una decisión muy seria, pero yo me mantuve inflexible. Le pedí una cita para abortar. Me citó para la mañana del lunes siguiente y me dio algunas instrucciones. Al salir de la consulta, nos dijo que deseaba que de allí a entonces hubiera cambiado de opinión.

Yo no cambié. Fuertemente cogida del brazo de Nina, que compartía la misma opinión del médico, llegué puntual a la clínica. Mi amiga se había ofrecido para avisar a Peter, pero se lo prohibí categóricamente. Después de su aborrecible comportamiento, no quería que participara ya ni en mi vida ni en decisiones que concernían exclusivamente a mi cuerpo y a mi futuro.

La intervención no duró mucho tiempo. «El asesinato de un niño a manos de su propia madre», pensé con desesperación y tal vez también con algo de cinismo, «dura lo mismo que un empaste dental». Una vida humana había acabado tirada en un cubo y yo, desalmada, insensata de mí, era la autora moral y material de esa acción criminal.

Un dolor como de puñalada me atravesó las entrañas, dándome de lleno en el alma, asestando una herida irreparable a mi existencia. Sentí un desprecio profundo por mis actos y por mi miserable vida, y aún mayor por quien me había abandonado tan cruelmente, dejándome en día aciago dar muerte no sólo al inocente embrión sino

también a mi propio ser. ¡Mal rayo lo partiera!

Cuando llegamos a mi casa, Nina me ayudo a tenderme. Luego, fue a por los antibióticos prescritos por el médico y por algunas cosas al supermercado. Al volver, como no quería dejarme sola, se instaló en la habitación contigua. «¿Qué haría yo sin ella?», me decía a mí misma en silencio. En un momento dado, dio al botón del contestador automático para oír juntas los mensajes, albergando tal vez la esperanza de que Peter hubiera llamado. Sin embargo, no había sido así. Se oyó sólo la voz de mi madre preguntando si estaba bien y las simpáticas tonterías de algunos amigos que llamaban para quedar. Ninguna de las dos hicimos comentarios. Además, qué importancia tenía: hubiera o no llamado Peter, ya era demasiado tarde.

Mi amiga se quedó conmigo un par de días. Yo estaba totalmente en deuda con ella; en esos dos días me ayudó a superar impulsos autodestructivos que me hacían castigarme por errores cuyas consecuencias se consideraban gravísimos pecados en mi religión y mi cultura. De hecho, ya yo me había arrepentido amargamente por lo que había hecho, y rogaba a Dios que me perdonara, pero sin creer ni por un instante que eso fuera posible.

Cuando empezaron de nuevo las clases en la universidad, Nina insistió muchísimo en que no dejara de asistir, diciendo que tenía ese deber para conmigo misma, para con mis padres y para con mi propio futuro. Convencida por tan razonables argumentos, fui retomando poco a poco mi antigua rutina, sin ganas, sin ilusión, cumpliendo sin más con mis obligaciones por pura inercia. Había perdido el apetito por completo, la piel del rostro tenía un tono ceniciento, con los ojos indefectiblemente oscurecidos por enormes ojeras. Mis amigos me preguntaban si es que estaba enferma, pero yo los tranquilizaba sin dar mucha importancia. No quería dar explicaciones sobre lo que había pasado. En un momento dado, les dije que mi relación con Peter había terminado y ellos adoptaron hacia mí una actitud respetuosa, evitando cualquier referencia que pudiera afectarme.

Los días pasaban; yo cumplía con mi deber, utilizando reservas de energía que ni yo misma imaginaba que pudiera tener. Solamente Nina se daba cuenta de mi frágil estado de ánimo. A veces me regañaba cariñosamente. No quería que sucumbiera al miedo, los remordimientos y la desesperación. Así pues, inventaba a cada momento nuevas cosas que hacer para mantenerme ocupada y me recordaba continuamente a mi familia, a la que sabía muy bien cuánto quería. Procuraba darme motivos para vivir. También yo iba sintiendo que tenía que salir de esa vida desgana, hostil y sentimentalmente estéril. Tras interminables conversaciones, Nina me convenció de que mis desgracias no debían volver hosco mi carácter ni arruinar mi fe en la vida y de que, pese a mis pecados, al parecer tan habituales entre las mujeres de todo el mundo, no debía permitir que saliese perjudicada mi original inocencia de espíritu y la bondad con que hasta entonces me había relacionado con todo el mundo. Muy al contrario, esas experiencias debían fortalecerme, hacerme más resistente y más

resuelta. Pero, ¿lo conseguiría?, ¿dejaría la depresión de mortificarme y de amargarme la existencia? Así lo esperaba, quizá en un futuro. Por el momento, me parecía difícil.

Incluso a mi familia le contestaba con monosílabos; ya no me salía contarle las cosas con los detalles con que antes los abrumaba. «¿No sería que ya no eran tan fuertes los lazos de unión entre ellos y yo?».

Pues claro que no. La verdadera razón era otra. Yo me había inhibido al no haber compartido con ellos la felicidad vivida con Peter, temiendo interiormente una reacción violenta, aunque explicable, por parte de ellos. Así pues, mantenía celosamente oculto mi secreto. Entre aquéllos a los que más quería no había nadie capaz de comprenderme, de compadecerme por mi sufrimiento, por haber elegido el camino de la transgresión enamorándome insensatamente de un extranjero. Mi madre, tan discreta como siempre, no hizo ningún comentario sobre mi actitud a pesar de haberse dado perfecta cuenta de cuánto había cambiado. Lo mismo optaron por hacer mis abuelos; mi padre llamaba muy de vez en cuando y siempre hablaba poco y sin mostrar demasiado interés, sin embargo, estaba segura de que Nabil, mi hermano, sabía que algo me pasaba. En sus últimas llamadas me preguntaba insistentemente si necesitaba algo y me aseguraba que en ese caso iría inmediatamente a mi encuentro. Llena de remordimientos, lo tranquilizaba diciéndole que era sólo el cansancio y el agobio de los exámenes y las clases. Parecía quedarse convencido. Y así lo deseaba yo de corazón: no tenía ningún interés en alternar sus vidas.

Tres meses más tarde, ocurrió algo que me disgustó sobremanera. Había salido de compras con una amiga mía y estábamos en los grandes almacenes Harrod's cuando de repente me topé con Bill, que iba con una chica morena muy guapa. Nuestras miradas se cruzaron y no tuve más remedio que hacer el amago de dirigirme a él, pero entonces él miró para otro lado y se alejó. Mi amiga, que también lo conocía, no salía de su asombro.

«Pero bueno, ¿qué le pasa a ése?, ¿qué mosca le ha picado?», me preguntó.

«¡Bah!, no le hagas caso», le dije ocultando mi enfado tras una máscara helada de indiferencia.

De vuelta en casa, llamé a Nina y le conté la escena.

«¡Menudo cerdo!» exclamó indignadísima. «Olvídalo. No merece la pena que te preocupes por él».

Fue la última vez que vi u oí algo relacionado con él o con Peter en Londres.

Había conseguido retomar las riendas de mi vida: estudiaba, iba al hospital, de vez en cuando salía con los amigos. No había nada, en cambio, que me diera alegría. Sentía que todo había perdido cualquier interés o encanto, que nada me emocionaba como antes. Muchas veces me enfadaba conmigo misma por mi debilidad. Pero,

aunque hacía esfuerzos por conservar la sangre fría, las circunstancias habían cambiado radicalmente para mí. Empecé a añorar mi país y a mi familia y no se me caía de la cabeza la idea de dejarlo todo para volver a casa.

Un buen día, una llamada repentina de mi hermano me hizo reaccionar. Llamaba para comunicarme que nuestro padre había resultado gravemente herido en el pecho por la explosión de una mina antipersonal. Sus acompañantes habían muerto y sólo él había sobrevivido gracias a que caminaba unos pasos por detrás de ellos. Su estado era tan grave que me pedía que fuera a Kabul para llegar a tiempo de verlo vivo. Debía coger un vuelo a Pakistán porque el aeropuerto de Kabul no era nada seguro a causa de los ataques continuados de los insurgentes. Allí, él en persona me estaría esperando para llevarme en coche a casa. Al colgar el teléfono, me sentí desfallecer. «Dios mío, no castigues a mi familia por mis pecados», supliqué entre lágrimas.

Atenazada por los nervios, dejé una vez más que Nina se hiciera cargo de todo: el vuelo, los billetes, las maletas, dejar la casa recogida. Dentro de mi desdicha, me sentía afortunada por tener a mi lado desde el primer momento a una persona tan extraordinaria, firme como una roca en cada vicisitud de mi vida.

Hasta el día de mi partida, el estado de salud de mi padre permaneció estable, aunque igual de crítico. Luchaba por su vida en la unidad de cuidados intensivos, con Nabil a su lado cuidándolo día y noche junto con los otros médicos del hospital, según me informó mi madre. Yo no tenía palabras para describir mi agonía. Sólo de pensar que no lo alcanzaría con vida me angustiaba terriblemente.

Cuando Nina, visiblemente apenada, me llevó al aeropuerto y, con su habitual eficacia, dejó facturado el equipaje y me entregó la tarjeta de embarque, sentí un dolor casi físico al apreciar, casi por vez primera después de todo lo sucedido, los buenos, inolvidables momentos de mi estancia en ese hermoso país que me había acogido como a uno de los suyos, haciéndome consciente de mis cualidades y mi valor como individuo, recordándome día a día el lugar especial que deben ocupar las mujeres en la sociedad y lo mucho que las respeta y las honra el sexo contrario en comparación con lo que ocurre en mi país y en los demás estados musulmanes. Con el corazón en un puño, dije adiós a mis sueños de ser médico en pocos años, de ver crecer a mis hijos en compañía de Peter, tal como me decía cuando estábamos juntos, y de proseguir con la magnífica y desinteresada amistad de una persona excepcional como Nina. Ya, según se había desarrollado todo, me parecía imposible que nos volviéramos a ver.

Cuando anunciaron por megafonía la salida de mi vuelo, nos abrazamos entre lágrimas en un último adiós, prometiéndonos la una a la otra que nos comunicáramos con frecuencia. Yendo hacia la puerta de embarque, vi a un grupo de jóvenes que corrían hacia donde yo estaba. Emocionada, reconocí en ellos a mi alocado grupo de amigos que habían ido en bloque a despedirme y que estuvieron diciéndome adiós

con las manos en alto hasta que tuve que doblar el pasillo y alejarme de su vista.

Con el corazón más tormentoso que las nubes que cubrían el cielo, subí al avión y ocupé mi asiento junto a la ventanilla. Finalizaba un capítulo de mi vida, en el que había vivido, aprendido y perdido muchas cosas. Ahora daba comienzo una nueva etapa de funestas perspectivas, que me encontraba en un momento de pesadumbre y frustración, con la sensación de tener las alas cortadas. Tenía que encontrar fuerzas para enfrentarme a mi destino, para acabar con la desdicha y dar un giro a las dolorosas circunstancias que habían oscurecido mi hasta hacía poco despreocupada, privilegiada existencia.

El vuelo fue largo, monótono y cansado. Sentía el cuerpo entumecido y bastante revoltura de estómago por culpa del aire de la cabina; los oídos unas veces me dolían y otras me pitaban. No veía la hora de llegar de una vez. A ratos echaba una cabezada y me despertaba al instante sobresaltada por recuerdos desagradables. Me parecía estar oyendo la voz de Peter cuando nos conocimos, contándome su vida, sus problemas, sus temores y sus sueños.

Volví a revivir nuestra complicidad de esos momentos, mis caricias para aliviarle el dolor procedente de una infancia difícil. Lo veía con total nitidez agachar los ojos de pena y contarme sucesos que lo habían dejado marcado para siempre. Su padre, un aristócrata frívolo, había abandonado a su madre cuando él no era más que un bebé y ella, delicada de salud, había muerto dos años después, dejando tras de sí a un huérfano de cuatro años de edad. Él pasó a manos de infinidad de niñeras, creciendo en una soledad que no lograban contrarrestar los succulentos cheques que continuamente le mandaba su acaudalado padre, interesado tan sólo en el dinero y las mujeres. Más adelante, el aislamiento en los internados para niños de familias bien. La frialdad de las vacaciones de Navidad y de verano, pululando a solas por las desapacibles mansiones de su padre, sin alegría, sin la presencia de su único progenitor. Paulatinamente se fue alejando de su padre, hasta que éste murió en un accidente de coche junto con su grupo de amigotes y le dejó una gran fortuna además de numerosos traumas. Tras terminar brillantemente sus estudios, lo único que realmente lo motivaba, dado lo mucho que había sufrido de niño, era calmar el sufrimiento de las demás personas. Por eso buscó trabajo en una organización internacional de ayuda humanitaria, como salida a su problemática existencia y como fuente de satisfacción al procurar consuelo a los necesitados.

Pero, por lo visto, ninguno de los rasgos que ponían de manifiesto su gran sensibilidad y que a mí tanto me gustaban era auténtico. Yo también lo necesitaba y sin embargo no me había dado su apoyo. Había salido huyendo, exactamente igual que su padre. De tal palo tal astilla, ¿no?... ¿Acaso se había parado a considerar mi dolor, la dignidad de mi persona, pisoteada por él?

En nuestra relación todo había sido polvo de estrellas, brillo y resplandor fugaces, hasta que me encontré con mis sueños hechos pedazos y convertidos en ceniza. Dejé que me quemara sin ofrecer ninguna resistencia, apretando su mano con amor, fe y confianza.

Intenté rehuir cualquier tipo de pensamiento retrospectivo porque no me aportaba más que sufrimiento y ansiedad. Era preciso que controlara mis sentimientos y la querencia al pasado que me dominaba: todavía la herida estaba abierta. Ahora tenía que permanecer junto a mi padre agonizante. Ésa era mi principal voluntad, y mi deber.

Con una última sacudida, el avión aterrizó en el aeropuerto de Peshawar. Esperé

con impaciencia a que los pasajeros, en su mayoría asiáticos, cogieran su equipaje de mano y descendieran a tierra. Un nudo en la garganta me impedía respirar bien. A lo mejor era por la falta de oxígeno, o por la cantidad de gente que había y que hacía el ambiente aún más asfixiante.

Cuando entré en la zona de llegadas, clavé mi mirada en la muchedumbre en busca de mi hermano. Y allí estaba, su familiar figura sobresalía entre la masa de gente. Nos abrazamos con infinito cariño. Una emoción a duras penas contenida empañaba sus ojos. Yo, en cambio, me eché a llorar abiertamente, sacando afuera un cúmulo de sentimientos que ahogaban mi interior. Torpemente y lleno de ternura, me secó las lágrimas con su pañuelo y una vez medio repuestos fuimos a por el equipaje. Me fijé en que llevaba doblada en la mano una prenda de vestir; le pregunté qué era y me dijo con cierto titubeo que era el burka, prenda obligada para las mujeres en Afganistán. Si no me la ponía, no nos dejarían salir a la calle.

Me quedé de piedra. Tres años en Europa habían valido para borrar de mi mente hechos y situaciones que siempre me molestaron cuando vivía en Kabul. Me había influido tantísimo el modo de vida occidental que semejantes limitaciones a esas alturas me ofendían terriblemente como individuo y me hacían sentir que aprisionaban mi personalidad y mi libertad. Pero era consciente de que no había elección. Profundamente molesta, me puse la sofocante prenda por encima de los vaqueros y la camisa que llevaba. Enseguida noté un calor agobiante que me cortaba la respiración. Mis ojos se llenaron de nuevas lágrimas, pero por suerte las ocultaba la red que me cubría la cara. No quería que Nabil me viera y se pusiera triste.

El control policial fue exhaustivo y exasperante, aún más insoportable por la cantidad de gente que había, los empujones, la tensión nerviosa de los viajeros y de los familiares que los esperaban. Por fin, terminada la inspección, nos montamos en el coche y nos pusimos camino de Kabul. Al traspasar la frontera en Kaiber Pass, con sus escarpadas cordilleras vecinas, y entrar en Afganistán sin ningún percance, me conmovió la visión de los paisajes de mi país, que llevaba tanto tiempo sin ver. Al pasar por pueblos desiertos, visiblemente afectados por las interminables guerras, con casas derruidas por los bombardeos y calles masacradas por bombas y balas de mortero, veía a los pocos pobladores que quedaban matándose a trabajar en las labores agrícolas. Con la cabeza al descubierto, sin turbantes, los veía trabajar en el campo y secarse el sudor con los fajines. Las mujeres les echaban una mano y los niños cuidaban los rebaños mientras pastoreaban los restos de la cosecha en los prados.

En dirección contraria a la nuestra, hacia Pakistán, iban colas y colas de personas en carros en los que llevaban sus pocas pertenencias, en busca de alimento y protección en el país vecino, que durante todos esos años de conflictos armados había estado ofreciendo asilo a miles de refugiados para salvar sus vidas. Las condiciones de vida en los campos de refugiados eran durísimas, pero menos que las que tenían en su lugar de origen, donde si no los mataban los proyectiles, las minas antipersonales o

las luchas intestinas, seguramente morirían de hambre.

Cuando salí del país para estudiar, en 1988, Afganistán era un hervidero. Las batallas contra la Unión Soviética, existentes desde 1978, no habían disminuido en intensidad por parte de los insurgentes, hasta que cambios internos en la política soviética obligaron a Moscú a firmar el Tratado de Ginebra, mediante el cual se garantizaba la retirada del ejército ruso un año después. Pero cuando eso ocurrió, ya habían huido a Irán o a Pakistán cinco millones de afganos en calidad de refugiados. Los rusos pusieron fin a la guerra, pero no los afganos. Mis compatriotas, impasibles, continuaron la guerra civil para ver quién se hacía con el poder, agravando así las terribles condiciones de vida de los habitantes, no sólo del campo sino también de las ciudades. Al ver aquellas caravanas interminables de camiones cargados de animales y gente, viendo hombres, mujeres, ancianos, niños, amontonados junto con los animales y los miserables restos de sus bienes, sentí cómo se apoderaba de mí la honda preocupación que siempre había sentido por el futuro de mi país y de sus desgraciados ciudadanos. Preocupación y remordimientos a un mismo tiempo porque yo me había ido, porque mi única implicación durante los tres años que había pasado fuera había consistido en interesarme por mi familia y en expresar mi pesar a salvo, en la distancia.

«Qué fácilmente —pensaba— nos acostumbramos a la buena vida, con qué egoísmo nos olvidamos, en la comodidad de nuestro bienestar, de que otras personas viven durante interminables años en la otra cara de la realidad, la dura, la inhumana, la peligrosa, sin tener las opciones que otorgan el dinero y una buena posición social...». Sentí vergüenza de mí misma y me ruboricé. Nabil, a mi lado, como si me hubiera leído el pensamiento, remató mis divagaciones expresando su deseo de que en un futuro todo fuera a mejor.

Cuando comentamos la terrible experiencia de mi padre, me impresionó su mirada sombría, más de médico que de hijo. Claro que sabía que estaba en una situación crítica, pero ahora veía que prácticamente no había esperanzas. En voz baja, le pedí que pasáramos antes que nada por el hospital. Asintió con la cabeza, apretándome la mano.

A la entrada de Kabul, me deprimió ver tantos edificios destruidos por completo, las calles y los puentes de la ciudad aniquilados. Una vez en el hospital, aparcamos el coche y continuamos andando hacia la entrada a través de grupos de soldados. El lugar estaba saturado de enfermos, de soldados heridos acompañados por sus familiares. Había que abrirse paso por entre colchones y catres que ocupaban incluso los pasillos. Había un olor irrespirable a desinfectante, enfermedad y muerte. Me impresionaron muchísimo el abandono y la suciedad que había por doquier. ¿Cómo era posible que hubiera personas ingresadas en semejante situación? Los médicos corrían de acá para allá tratando de hacer frente a la gigantesca demanda, sin dormir, pálidos y con ojeras, pero entregados en cuerpo y alma a los enfermos y los heridos, soldados y civiles. Yo me empecé a sentir fatal.

Por fin, llegamos a la unidad de cuidados intensivos. Nabil, como era médico del hospital, tenía acceso a cualquier parte. Me dio una bata blanca para que me la pusiera por encima y me dijo que veríamos a mi padre tan sólo unos minutos. Nada más entrar en la habitación y ver a mi padre totalmente vendado y entubado, se me llenaron los ojos de lágrimas. Tenía las mejillas hundidas, los ojos cerrados. Aproximándome a él, acerqué suavemente los labios a su frente y le dije en voz baja: «Aquí estoy, papá».

Deseaba que pudiera sentir mi presencia. Me quedé con él el poco tiempo que me permitieron y después le apreté cariñosamente la mano. Nos fuimos dejando atrás a todas esas personas que luchaban por mantenerse en vida. Era ya hora de ir a casa.

Poco después estábamos ya frente al imponente edificio antiguo de tres pisos que ocupaba toda la manzana. En los muros exteriores de piedra había pequeños ventanales enrejados con vistas al río, mientras que las grandes ventanas de las habitaciones daban al patio interior de la casa. Una ancha galería cubierta por un techo de madera ocupaba toda la superficie del primer piso. Plantas cuidadas por manos expertas y flores de todos los colores en grandes macetas de barro decoraban la estancia colocadas a los pies de cada una de las enormes vigas de madera. En mitad del patio había un gran pozo profundo con abundante agua, fuente de frescor y de vida para la casa, especialmente si cortaban el suministro de agua de la ciudad, algo bastante habitual a causa de la guerra. Seis palmeras altas en dos filas daban sombra a la apertura del techo, formando con sus tupidos abanicos un toldo de protección para los habitantes de la casa, que descansaban al frescor de su sombra en las horas de más calor del mediodía afgano. Había parterres alargados a todo lo largo y ancho del patio que hacían del lugar un paraíso terrenal lleno de flores y perfumes. Una fuente enorme con surtidores de cristal lanzaba chorros de agua que con sus gotas refrescaban el ambiente. Las losetas de cerámica formaban un dibujo de rombos gris y *beige*, del mismo color de las piedras con que se había construido la casa, o mejor dicho, la mansión.

Quienes vivían en ella, sobre todo las mujeres y los niños, pasaban muchas horas del día si hacía buen tiempo allí en el patio, lejos de las miradas indiscretas de los vecinos. A ello contribuía, por otra parte, la estudiada arquitectura de la casa. En la parte trasera, cerrada por una alta tapia, había una extensión abierta de tierra, una parte convertida en huerto y la otra plantada con limoneros y otros árboles frutales. Cinco portezuelas de hierro daban a un callejón poco frecuentado en el que sólo dos casas se habían salvado de los bombardeos: la de Abdul, el ingeniero, y la de Ahmet, el médico, amigo íntimo de nuestra familia.

La planta superior de la casa estaba distribuida en apartamentos de dos habitaciones y un salón de estar con suntuosas chimeneas. En el sector oriental residían junto con sus hijos las mujeres de la familia que se habían quedado viudas a consecuencia de la guerra. Nuestra familia, como la mayoría de las familias afganas, era de carácter patriarcal. Cualquier miembro que quedara desvalido, mujeres y niños

en especial, pasaba a beneficiarse de la protección del patriarca dirigente, el cual las tomaba a su cargo. En el caso en cuestión, mi padre era el que mandaba y ejercía su poder a cambio de una obediencia y un respeto absolutos por parte de todos los de la casa.

La parte occidental de la casa estaba destinada a acoger a los numerosos huéspedes que recibía mi padre. Las alas norte y sur albergaban las habitaciones privadas de la familia íntima, es decir, los de mi madre, mi padre, mi hermano y mío. El primer piso constaba de espaciosos recibidores, el despacho de mi padre y un comedor para cincuenta invitados, cuya mesa había sido un encargo especial hecho a una famosa firma de Inglaterra. Sólo unas pocas habitaciones, en las que mi padre se reunía con sus socios locales, estaban amuebladas al estilo tradicional afgano. El resto de la casa había sido amueblado y decorado, por deseo expreso de mi madre, de acuerdo con los cánones occidentales. Los baños y las cocinas procedían de Italia, los mármoles de Grecia, las cortinas y las colchas de China y de India; los objetos de plata y la lujosa porcelana expuestos en las vitrinas de los recibidores los habían comprado a elevados precios en subastas de las casas Christy's y Sothby's. En los vestíbulos predominaban el turquesa y el blanco, aunque había algunos sofás cubiertos con telas estampadas en flores con bonitas combinaciones de blanco, rosa y añil. En el despacho de mi padre destacaba el azul, su color preferido. En combinación con los sofás Chesterfield de color miel, esparcidos aquí y allá, la enorme alfombra persa de color azul con escenas de caza y las tupidas cortinas azules que cubrían las ventanas al patio decoraban la biblioteca, con sus paredes llenas de libros, raros ejemplares adquiridos por los patriarcas de tres generaciones por línea paterna, que constituía para mi padre no sólo un lugar de trabajo y estudio sino también de toma de importantísimas decisiones y proyectos políticos ejecutados en el pasado o referidos al futuro inminente del país.

En la planta baja se encontraban las habitaciones de servicio, un total de treinta sirvientes a los que, en caso de fiestas y banquetes, se sumaban algunos extras como refuerzo. En el sótano había diferentes despensas y trasteros así como habitaciones especialmente preparadas para refugiarnos en ellas durante los bombardeos o ataques enemigos, en caso de no tener tiempo de huir a la montaña, donde teníamos cuevas convertidas en refugios, completamente equipadas con lo necesario para sobrevivir un largo período de tiempo.

Durante las largas temporadas de guerra, muchos puntos de la casa habían sido alcanzados por las bombas, pero mi padre, justo al día siguiente, encargaba a los obreros que repararan los daños hasta que la casa volviera quedar como estaba. Desde que yo tenía uso de razón fue parte inseparable de nuestras vidas ese ir y venir casi imperceptible y en absoluto molesto de obreros trabajando en los andamios. Gracias a un cuidado ininterrumpido, la casa se había mantenido en óptimas condiciones.

Con una emoción imposible de disimular, intensificada por la carga emocional que me provocaba el delicado estado de salud de mi padre, acaricié con la mirada la

añorada vivienda, donde salieron a recibirme con los brazos abiertos en cuanto que Nabil tocó el claxon y los sirvientes abrieron de par en par la regia, fornida, puerta principal. Allí, a la entrada de la casa, mi madre, mi abuela y mi abuelo esperaban visiblemente ansiosos por abrazarme; un poco más atrás, otros parientes me saludaron efusivamente mientras los sirvientes se apresuraban a recoger mi equipaje para colocarlo en mis aposentos. Mi madre me dijo que fuera a refrescarme y a cambiarme para ir a comer a su comedor privado.

Ya en mi habitación, comprobé con satisfacción que no había cambiado lo más mínimo, como si no hubiera pasado ni una hora desde que me fui a Inglaterra. Ropa, libros, objetos, todo estaba en su sitio a la espera de mi regreso. Me sobrevino un sentimiento de paz interior, una extraña sensación de protección, a pesar de que los motivos de mi regreso no eran ni mucho menos los mejores. Estaba en mi casa, rodeada de personas queridas, para quienes yo sin duda significaba mucho.

Me di un baño rápido y me puse un vestido largo estampado de color rosa fuerte con un fular a juego y nada más, ya que en nuestra casa las mujeres no se cubrían el rostro. A paso rápido atravesé el interminable pasillo hasta llegar al comedor. Los encontré a todos sentados alrededor de la gran mesa, esperándome. Sobre la mesa había zumos de frutas, teteras y variados canapés. Todos me dieron una calurosa bienvenida, dejando a un lado por el momento la dolorosa cuestión de la herida de mi padre. La abuela Wida me instaba a comer las exquisiteces de las numerosas bandejas, diciéndome que estaba muy delgada y que tenía que reponer fuerzas. Le acaricié la mano sin dejar de mirar a mi madre, que me seguía con la mirada llena de ternura, sin perder ni una palabra de lo que iba contando sobre mi vida y mi trayectoria en Londres.

Después del plato principal —un delicioso cordero relleno, una comida que me encantaba— los seres queridos allí presentes me expresaron su deseo de que mi padre se restableciera pronto para que pudiera volver a Londres a seguir con mis estudios. Brindé por ello sin mucho convencimiento. No quería ni entonces ni nunca más ir a ningún sitio. Quería estar en mi casa, con mi familia, y la sola mención de Londres me hacía revivir recuerdos amargos y me trastornaba. Volviéndome hacia Nabil, comprobé que me estaba mirando atentamente con expresión inquisidora. Habíamos estado siempre tan unidos que no se le escapaba el menor cambio en mi ánimo o en mi actitud. Le dirigí una mirada tranquilizadora acompañada de una sonrisa, pero no pareció convencerse. Mi madre, aunque se había percatado de nuestra comunicación no verbal, se abstuvo no obstante de intervenir. Solamente se reflejó un indefinible desasosiego en sus enormes y expresivos ojos.

El resto de la conversación se dedicó naturalmente a mi padre y a hacer común la intención de hacer cuanto estuviera en nuestras manos para salvarle. Rezamos todos juntos a Alá rogándole que le ayudara a vivir y que nos diera fuerzas para estar a su lado y cuidarle hasta que volviera de nuevo con nosotros, sano y orgulloso.

Mi nueva estancia en Kabul había empezado en una fase de mi vida de especial fragilidad, de falta de sosiego anímico, con la estancia en Londres como referente continuo, que me hacía propensa a revivir las experiencias traumáticas sin poder evitarlo. Convencida de mi incapacidad para dominar esa crisis personal, y mucho menos la familiar, me refugiaba desesperada en la oración, rogando favor y piedad para mi padre. La atención diaria que le dispensábamos todos llenaba nuestro tiempo. Junto con mi madre, pasé días interminables a su lado, intentando dar un giro a los negativos informes médicos por medio de la fe, nuestra presencia y la cariñosa atención al enfermo.

Había pasado ya un mes desde el día de mi llegada, un mes agotador, angustioso, sin saber qué traería el día siguiente. Los especialistas traídos por Nabil desde Pakistán trabajaban metódicamente y sin descanso, hasta que ocurrió el milagro y un buen día Nabil nos anunció feliz que nuestro padre estaba fuera de peligro y que podrían darle el alta, con lo que lo alejaríamos de la caótica situación del hospital, confiándolo, claro está, a la estrecha vigilancia de nuestros médicos.

El día que salió del hospital, mi madre lo condujo emocionada a los aposentos privados de mi padre, débil, consumido hasta los huesos tras una hospitalización de cuatro meses e irreconocible a causa de las heridas. Con resolución y constancia, cuidamos de él cumpliendo severas guardias hasta que pudo ponerse en pie por sí mismo y recuperar poco a poco un ritmo de vida normal. Festejamos con una comida familiar su primer intento de dar un pequeño paseo. A partir de ahí, todo volvió a su cauce habitual y todos nosotros, aliviados y agradecidos a Dios, volvimos a nuestras ocupaciones cotidianas.

Yo salía a la calle con bastante frecuencia de paseo por los barrios de Kabul, envuelta en el burka y acompañada siempre por algún varón de la familia. El corazón se me encogía de ver la lucha de aquella gente, de mi gente, por la supervivencia.

Mujeres cuyos maridos habían muerto en la guerra o habían sido capturados como rehenes caían en la peor de las humillaciones, la de mendigar sentadas en las aceras de las calles más transitadas o en los puentes para poder alimentar a sus hijos y vivir un día más. Bebés desgañitados por el llanto trataban desesperados de mamar de pechos que no eran más que pellejos, incapaces de dar una gota de leche.

Con insólito masoquismo por mi parte, observaba a esas luchadoras que honraban el título de madres, sufriendo en sus carnes los mayores tormentos con tal de poder salvar a sus hijos, mientras que yo había retrocedido asustada por la responsabilidad y las posibles consecuencias de mis actos, para salvar el pellejo y el buen nombre mío y de mi familia, privando a un feto inocente del derecho de venir al mundo. Después de una acción tan mezquina e indigna, no tenía por qué confiar en la conmiseración divina. Como madre, había abandonado la lucha incluso antes de que comenzara.

Me avergonzaba sobremanera de mis actos, me estremecía de impotencia por el

crimen cometido y me castigaba a mí misma cada vez que veía a esas madres heroicas en su gigantesca lucha cotidiana. Lo único que podía hacer era rogar a Dios para que escuchara mis plegarias de que las ayudara y protegiera para que tuvieran un mañana mejor. Pero, ¿qué mejoría podía haber para ellas, carentes de recursos, dado que el sistema les prohibía trabajar? Además, ¿cómo iban a encontrar trabajo en semejante caos político y económico? «¿A cuántos de estos hambrientos, niños, ancianos e inválidos se puede ayudar —pensaba impotente— si el estado no funciona, si hay ingentes hordas de mendigos, invadidos por la suciedad, el hambre, la enfermedad, procurando librar un día más de esperanza para sus desdichadas familias?». Y al día siguiente, ¿qué ocurriría al día siguiente?... Todo mi dinero y todos los alimentos que podía sacar de las despensas de casa los repartía cuidadosamente entre familias que no tenían ya con quién contar. Pero eran tantísimas y mis medios tan escasos para cubrir sus necesidades...

En un momento dado, mi padre se percató de mis actividades y con tono severo me prohibió volver a tocar las provisiones de la casa, diciendo que también allí había muchas bocas que alimentar. Ordenó poner cerrojos en las despensas y yo me quedé con las manos vacías y llena de amargura. Ya no podía ofrecer nada a los pobres niños del mercado, que en lugar de estar jugando se dedicaban a comerciar con lo poco que tenían en un desesperado intento de reunir un puñado de monedas con que llevar a su boca o a la de sus familias un mendrugo de pan. Los cabezas de familia no podían mantener a los suyos porque o habían muerto o seguían de soldados en una guerra que no hacía más que cambiar de signo o de bandos tribales o de objetivo. Me irritaba ese despreciable juego de poder que en absoluto favorecía los intereses del pueblo afgano, sino que, por el contrario, empeoraba su situación llevándolo a tal punto que no quedaba más solución a sus problemas que la de huir para mantenerse con vida por no se sabe cuánto tiempo más.

El año 1991 tocaba a su fin y la situación no parecía mejorar para nadie. En mi familia no había problemas de subsistencia inmediata, pero mi incapacidad de ayudar a los demás me hacía sentirme culpable. A menudo hablaba con Nabil y con mi madre, que compartían de lleno mi punto de vista, en busca de posibles soluciones que nos permitieran seguir ofreciendo algo a nuestros arruinados compatriotas. No había esperanza alguna de sacar de allí más provisiones. Al menos mi hermano ofrecía sus servicios día y noche en el hospital, salvando vidas o por lo menos aliviando a las víctimas de su sufrimiento y de la enfermedad. Su abnegación me hacía sentirme orgullosa de ser hermana de un joven así, entregado a su deber como hombre.

Tan sólo mi padre se mostraba distanciado de nuestras preocupaciones. Cuando le solicitamos algún dinero para poder seguir ayudando a los que no tenían ni lo más elemental, nos respondió diciendo que ya ayudaba bastante económicamente a reforzar las fuerzas militares del país.

«Nuestro ejército —dijo— es el que necesita el apoyo de los empresarios para

vencer al enemigo, no los ciudadanos».

En una búsqueda desesperada de salir del callejón sin salida en que me encontraba, necesitando como necesitaba aportar también yo algo en esta lucha, anuncié a mi madre que me había propuesto hacerme socia de la RAWA, la Unión Revolucionaria de Mujeres de Afganistán. Se trataba de una organización fundada en 1977 por una mujer de ideología feminista y de izquierdas, cuyo objetivo era el de poner fin a la represión y el desprecio hacia las mujeres, prácticas que convertían a Afganistán en una nación indigna a los ojos de los países civilizados. Esta organización feminista montaba escuelas, se preocupaba por la formación de las niñas, ayudaba a refugiadas políticas, reunía dinero mediante la venta de artesanía y otros objetos para ayudar a familias desintegradas, aspiraba a erradicar el analfabetismo y el oscurantismo proporcionando información a las desdichadas mujeres de mi país, fomentando su autosuficiencia e instándoles a tener sus propios objetivos. Las mujeres de la organización estaban muy amenazadas, pero irónicamente se servían del burka, la prenda que simboliza la esclavitud y la anulación de la mujer, para transportar libros y demás objetos prohibidos sin riesgo de ser descubiertas. Muchas de ellas solían cambiar de burka en los lugares que visitaban para evitar así ser localizadas o despertar sospechas. De esta manera su labor seguía adelante, pues cada vez más mujeres, la mayoría con formación académica, se sumaban a la organización con fe y total entrega.

Consideré que había llegado el momento de que participara yo también en esa labor altruista y de apoyarles en su difícil reto.

Mi madre, tras escucharme, tomó mis manos en las suyas y me dijo: «Hija mía, tu abuela y yo somos miembros de la RAWA desde que se fundó. Yo misma me ocuparé de que entres a formar parte si ése es tu deseo. Únicamente has de guardar en secreto nuestras actividades de cara a tu padre. Nabil, en cambio, está al tanto de todo y nos ayuda siempre que lo necesitamos».

Fue una grata sorpresa. A partir de la siguiente semana empecé a ir adonde me llamaban, tomando, eso sí, todas las precauciones necesarias. Gracias a mis conocimientos de medicina, podía ofrecer mis servicios en diferentes campos de refugiados atendiendo a enfermos, heridos y niños. Empezaba a sentirme útil de nuevo después de mucho tiempo, volvía a tener un motivo importante para vivir. Mi queridísimo primo Rachid me llevaba en coche de un sitio a otro y me mantenía a salvo de la policía religiosa. Entre mis obligaciones estaba el sustituir de vez en cuando a algunas maestras de escuela, enseñando cuentas y escritura a las niñas que no tenían la posibilidad de asistir al colegio.

Mi padre no se daba cuenta de nuestras salidas, ya fuera porque se encontrara de viaje de negocios o porque se encerrara horas y horas en su despacho a estudiar documentos. Otras veces, participaba en interminables consejos revolucionarios junto con otros ciudadanos destacados y muchas veces se ausentaba de la casa durante semanas.

Pese a que estaba sobrecargada de obligaciones, muchas veces me evadía trasladándome mentalmente al pasado, escarbando en las antiguas heridas aún sin cerrar. La sonrisa había desaparecido de mi rostro y la tristeza se había instalado permanentemente en mis ojos. A menudo sentía la mirada de los míos, excepto de mi padre, examinarme como si se dieran cuenta de que me algo muy grave me habría tenido que ocurrir. Mi negativa a regresar a mis estudios les creaba sospechas, pero evitaban insistir. Mi madre no ocultaba su preocupación, pero siempre había sido tan respetuosa que, aunque la acuciaran las dudas, no intentaba siquiera trasmitírmelas, tal vez por no hacerme daño. A lo mejor estaba esperando a que diera yo el primer paso cuando me sintiera preparada para ello.

Nabil, en cambio, a quien atormentaban mis evasivas a la hora de referirme a la época en que vivía en Londres, no se contuvo mucho más tiempo. Un día en que estábamos descansando junto a la fuente del patio, al cabo de una semana de muchísimo trabajo, me miró fijamente y me dijo: «¿Seguro que no tienes nada que contarme? Sé que lo estás pasando mal. No olvides que soy tu hermano y que me preocupo por ti. Desahógate conmigo para que pueda ayudarte lo mejor que pueda».

Yo necesitaba apoyarme en alguien, exteriorizar mis sentimientos después de tanto tiempo, en especial, el dolor y la humillación que todavía sentía, y me constaba que no encontraría mejor confidente que Nabil. Así pues, con voz temblorosa entrecortada por los sollozos le conté todo lo ocurrido con Peter.

Nabil se quedó demudado. A medida que avanzaba en el recuento de lo sucedido, las facciones de su rostro se iban haciendo más severas. Yo veía que se esforzaba en contener su enfado, pero el centelleo de sus ojos lo delataba.

Me escuchó sin interrumpirme. Al terminar, me dijo con absoluto autocontrol y una voz que a mí me pareció serena y tranquilizadora: «Tienes que olvidarlo todo. Lo sucedido ya forma parte del pasado. Ese individuo no te merecía, así que tienes que empezar desde cero; eres muy joven y tienes toda la vida por delante. Todos vamos aprendiendo en la vida de los errores que cometemos. ¿Acaso crees que yo he hecho las cosas mejor que tú en lo que respecta a mi vida privada?».

Se estaba refiriendo a la relación que tuvo cuando vivía como estudiante en los EE.UU., donde se enamoró de una chica americana con la que había estado a punto de casarse y continuar allí una brillante carrera médica. Accidentalmente, descubrió que lo engañaba sistemáticamente con uno o más de sus compañeros, así que rompió con ella y se volvió a Afganistán herido, anímicamente destrozado, encerrado en sí mismo y decidido a olvidar tan desagradable experiencia. Desde entonces había sido mucho más cuidadoso en sus relaciones y no se había querido comprometer seriamente con nadie.

Al terminar de contárselo sentí que desaparecía el peso que llevaba tanto tiempo oprimiéndome el pecho y cómo de alguna manera se aliviaban mis sentimientos de angustia, vergüenza y ansiedad. Sabía que Nabil estaría siempre de mi lado, velando por mí y defendiéndome, apoyándome con el cariño, la generosidad y la fuerza que

emanaban de toda su persona. Siguiendo su consejo, debía hacer borrón y cuenta nueva, empezar de cero con fuerzas renovadas y con la esperanza de que todo fuera mejor en un futuro.

Desde mi primera semana de estancia en Afganistán, Nina no cesó de enviarme largas cartas en las que me informaba de la vida de cada uno de los amigos. Su relación con el chico de la fotografía, Paul, seguía adelante. Incluso le había pedido que se casara con él. En su carta me decía que sus padres estaban conformes con que se casara porque les parecía que era el único hombre serio de los que les había presentado hasta el momento. En la universidad, en cambio, no le iba bien; había suspendido los exámenes. «No valgo para médico, Maraima —me escribía—. Además, Paul vive en América, y si me caso con él no quiero seguir estudiando, sino tener hijos y formar una familia».

Se me hacía un poco difícil imaginar a Nina de esposa y madre de familia, pero por lo visto el enamorarse de verdad la había hecho cambiar radicalmente y la había llevado a hacer lo que en el fondo quería: casarse con la persona a la que amaba y vivir una vida que la hiciera feliz. Yo se lo deseaba de todo corazón. Me decía también en su carta que Peter y Bill habían desaparecido, que nadie tenía la más mínima noticia de ellos. Con desagrado, comprobé que con sólo mencionar el nombre de Peter se me encogía el corazón. «Dios mío, ¿cuánto tiempo me va a atormentar esta pesadilla?», pensé descorazonada.

La difícil situación política seguía haciendo muy dura la vida de los atribulados ciudadanos. A través de diferentes artículos e informes de observadores extranjeros, que registraban los acontecimientos teniendo como primera base Pakistán, tuvimos noticia —gracias a unos conocidos de Nabil— de cómo reaccionaba la opinión pública ante las conspiraciones en mi país. Los rumores y las habladurías debilitaron la poca fe que quedaba entre los afganos. Ya no sabíamos en qué confiar. Una de las facciones enfrentadas presentaba la situación desde su punto de vista, la otra desde el diametralmente opuesto. Los unos decían que todo el conflicto se debía única y exclusivamente al deseo de unos pocos astutos de controlar, por una parte, el monopolio del cultivo de tulipanes, de los que salían las grandes cantidades de opio que se comerciaban en el mercado internacional y, por otra, el control del tránsito de los gasoductos del territorio afgano. Los otros decían que el Ejército Revolucionario se alejaba de sus objetivos originales para servir a los intereses de particulares que ambicionaban hacerse con el poder.

La guerra contra los rusos había derivado en una cruenta guerra civil entre diferentes clanes que sumaba aún más daño a los ya padecidos por los ciudadanos, quienes morían de hambre, huían como refugiados y morían. Muchos de los campos de cultivo habían tenido que ser abandonados por culpa de las minas terrestres. Accidentes y miembros mutilados eran el pan de cada día. El invierno era duro y había poquísimos o ningún combustible. Hombres, mujeres y niños se echaban a los

cauces secos de los ríos, de los arroyos, o a los pies de la montaña en busca de un poco de la leña que hubiera quedado de la anterior invasión o para cortar ramas de los árboles raquíticos que quedaran en pie, expuestos al maltrato de la naturaleza y los humanos. ¿Cómo iban a cubrirse las necesidades de tantas personas con una fuente de energía tan escasa y tan difícil de encontrar? La gente, escuálida y mugrienta, andaba de acá para allá con la mirada perdida, en busca de soluciones que en su fuero interno sabían que no iban a encontrar. El agua de las fuentes había empezado a heder y tenía que hervirse para ser potable. Los alimentos escaseaban. Kabul no podía alimentar a su gente ni proteger a las víctimas inocentes de los ataques enemigos. Los cadáveres aumentaban día tras día y a nadie parecía importarle.

En ese período de tiempo la guerra entró en una segunda fase. Los grupos de rebeldes, que en realidad nunca habían formado un frente unido e inquebrantable contra los comunistas, continuaban la lucha contra el gobierno marxista de Kabul. El doctor Mohamed Najibullah, antiguo jefe de la policía secreta afgana, había sucedido en el poder en el año 86 a Karmal, dirigente hasta ese momento de los mujaidines.

El enfrentamiento civil se recrudecía en todos los puntos del país y la realidad para la población civil era peor que la más terrible de las pesadillas. El crudo invierno de ese año hizo aún más difícil la supervivencia; el nuevo año, 1992, no cambió en nada el escenario de horror y muerte.

Y llegó el mes de abril. El día 15 de ese mes, fuerzas de la resistencia liberaron la ciudad de Kabul. Najibullah, tan pronto hubo caído la capital, buscó refugio en el cuartel militar de Naciones Unidas. Todo el mundo, loco de alegría, se echó en masa a la calle a celebrar la liberación.

Pese a que llegué a creer que entonces terminarían por fin los sufrimientos de todos y que la vida volvería a su ritmo normal, algo dentro de mí me impedía unirme a los festejos. No podía dejar de contemplarlos desde detrás de los altos ventanales de la casa, desde donde podía observar las frenéticas manifestaciones de la gente con reserva, con un nudo apretándose el corazón. Con la poquísima confianza que tenía en los dirigentes de mi país y en los extranjeros, temía que las esperanzas de paz se vieran frustradas de nuevo.

Por desgracia, mi corazonada se hizo realidad. Estaba escrito que esa situación de dicha no duraría más de un mes. En mayo, toda Kabul se conmocionó con explosiones de misiles. El mercado central de la capital fue alcanzado. Las calles se llenaron de cadáveres, se oían por todas partes alaridos de dolor y gritos de los heridos y de sus familiares. La gente, llevada por el pánico, corría a refugiarse en cualquier sitio. Las pérdidas alcanzaron cifras trágicas.

Desde aquel mismo día se instauró un régimen basado en el terror. Todos estaban de acuerdo en que la culpa era de Mohamed Najibullah, al mando de los Hezb-I-Islami, bandos de insurgentes sólidamente armados, quien de este modo conseguía abrirse camino hacia la presidencia del país. Mientras tanto, entre numerosos grupos de rebeldes se había formado una coalición de gobierno con el nombre de «Consejo

de los Mujaidines» y se había elegido a Burhanuddin Rabani jefe de estado por un año, dando comienzo su mandato en diciembre de 1992.

Su presidente de gobierno, Gulbudin Hekmatyar, resultó ser especialista en aterrorizar y diezmar a la población. A nuestros oídos llegaban terribles testimonios que nos hacían sentirnos a todos en peligro. Nuestras salidas de casa eran reducidísimas.

Allá por agosto, unas dos mil personas, la mayoría de ellos civiles, según nos dijo mi hermano, murieron bajo el fuego ininterrumpido de los hombres del presidente. A Nabil le llegaba información de la Organización de Derechos Humanos, y gracias a ella nos hacíamos una imagen más o menos completa de la dimensión de la tragedia, pues de otra manera sólo teníamos noticias aisladas y poco fidedignas. Lo malo es que el interés de la comunidad internacional se había esfumado y que por tanto el enfrentamiento civil había dejado de preocupar a los extranjeros. El país se encontró, inmerso en tan horribles circunstancias, al borde de la total destrucción mientras que la población civil padecía resignadamente sin saber dónde buscar ayuda, sin comprender por qué los afganos se estaban matando entre sí.

Hekmatyar acabó superándose a sí mismo en ataques terroristas y bombardeos sobre objetivos no militares. Cortó el suministro de electricidad de la capital, sumiéndola en la oscuridad. La gente empezó a arramblar con todo tipo de lámparas, velas y cualquier cosa que pudiera alumbrar. Como si eso no fuera suficiente, cortó también el suministro de agua. ¿Cómo calmar la sed de toda una población, cómo cocinar o lavarse? Pero el cómo sobreviviría la gente no le importaba lo más mínimo al gobierno. Si los propios dirigentes afganos utilizaban en contra de sus compatriotas armas financiadas por los americanos o los árabes, no era asunto que importara a la opinión internacional. La responsabilidad de tantas atrocidades recaía sobre el ejecutivo afgano, lo cual nos dejaba aún más desvalidos.

El presidente fue todavía más allá. Su odio, al parecer, tenía raíces profundas en él, porque poco tiempo antes, el Consejo de los Mujaidines había privado de poder de decisión a las minorías islámicas chiítas y a los grupos armados de los Hezb-I-Islami, cuyo dirigente era el propio Hekmatyar. Precisamente él, que había luchado enardecidamente durante la guerra contra los rusos con la desinteresada ayuda del vecino Pakistán y el importante suministro de armamento de última generación por parte de los Estados Unidos, no parecía dispuesto a aceptar ser excluido. Como rudo guerrillero urbano que era, había comenzado su andadura mucho antes del golpe militar de la Unión Soviética. Los grupos de sublevación a su mando habían arremetido también contra el gobierno del presidente Daoud. Hasta ser nombrado presidente, no dejó un solo momento de combatir. Una vez tomado el poder, mostró al pueblo afgano su rostro más despiadado. Cometió otras salvajadas, como la construcción de campos de tortura para las tribus rivales y para cualesquiera disidentes. Cuantos osaban expresar su disconformidad o una simple protesta eran conducidos a prisión y de ahí en adelante se dejaba de tener noticia de ellos.

Nabil nos dijo que, durante los bombardeos sobre el hospital, los médicos residentes y la famosa organización no gubernamental Médicos sin Fronteras, que ofrecía sus servicios con total abnegación, habían trasladado los quirófanos de la superficie a los sótanos, por lo que se veían obligados a trabajar en condiciones difícilísimas, pues, según nos dijo, los sótanos eran muy peligrosos. En todos los órdenes de la vida regía el caos. Kabul parecía una ciudad fantasma. Los habitantes estaban deshechos. Deambulaban por las calles hambrientos, sin un techo donde resguardarse, congelados de frío, esperando con resignación el próximo golpe, el próximo misil o la mina terrestre que acabara con ellos.

Nuestra casa, como las de los demás afganos, se había visto afectada por tres ataques. Los obreros trabajaban sin descanso para reparar los daños. Entonces fue cuando mi padre nos ordenó salir de Kabul e irnos un tiempo a nuestra otra casa, a las afueras de Peshawar, pero como ésa era más pequeña, aconsejó a los familiares que se alojaban con nosotros que fueran a refugiarse en las cuevas de la montaña que habíamos habilitado como guaridas para cuando, como era el caso, se recrudeciera la ofensiva. Y así lo hicimos. Nos llevamos sólo unas cuantas maletas con cosas personales y mi madre, mi abuela, mi abuelo y yo traspasamos la frontera con Pakistán.

Harta ya de los ruidos estridentes de las sirenas que avisaban de las inminentes incursiones aéreas, me echaba a temblar cada vez que sentía los bombarderos sobrevolar nuestras cabezas. Una explosión ensordecedora era como un fantasma negro y amenazador que invadiera las habitaciones de la casa, dejándome sin habla, inerme ante el peligro. Las paredes se tambaleaban como si estuviera revolviéndose el interior de la tierra, a mí me parecía que una fuerza subterránea las agrietaba y que de un momento a otro se harían añicos sobre nosotros, dejándonos sepultados bajo moles de piedra y cemento, sin posibilidad de ser rescatados. Una oscuridad impenetrable, cada vez que se iba la luz en esos casos, nos impedía calibrar nuestros movimientos e intentar resguardarnos de la metralla que caía sobre nosotros y de los cristales y ventanas que reventaban con un ruido estremecedor. Nos tirábamos al suelo a esperar, incapaces de reaccionar, conteniendo incluso la respiración, en un intento desesperado de evitar que cundiera el pánico y de mantener la sangre fría.

A pesar de que las luces estaban casi siempre apagadas, el resplandor de muchos fuegos incontrolados y los focos de las escasísimas ambulancias, coches de bomberos o de policía alumbraban una ciudad desértica, solada. Cuando conseguíamos acercarnos a las ventanas tan pronto como pasaba lo peor, tratábamos de distinguir algo por entre la espesa niebla causada por la ingente polvareda de los edificios derruidos, pero lo único que veíamos era muerte y destrucción, la escalofriante visión de fosas abiertas al cielo repletas de víctimas inocentes; el aire desprendía un olor ya familiar a pólvora y a carne humana achicharrada. La gente, en un estado continuo de histeria, rabia y terror, salía a la calle gritando, llorando, buscando a familiares la mayoría de las veces en vano. No había nada que pudiera calmar mi miedo a lo que

pudiera pasarme a mí y a los míos en aquellos días horribles. Por eso, esa huida provisional a Peshawar me quitó una losa de encima al alejarme de una guerra terrorífica, salvaje y absurda.

Nabil se negó a venir con nosotros. Iría a nuestro encuentro tan pronto como tuviera algún respiro. Nosotros respetamos su decisión, pese a ser conscientes de los peligros que corría.

Las cosas eran bastante más tranquilas en Peshawar. Poco a poco el miedo fue quedando atrás. Por fin conseguimos dormir sin que nos despertaran bombas o balas de mortero. Necesitaba de verdad esa seguridad, aunque fuera temporal, necesitaba dejar de dar sobresaltos de terror ante la pesadilla de morir en uno de los continuos bombardeos y de pasar noches enteras en vela.

Una semana después, vino también mi padre. Últimamente lo sentía distanciado, sin tomar parte de los asuntos familiares, indiferente hacia mi madre y hacia mí, siempre con apariencia de estar pensando en otras cosas, más allá de nosotros. Tal vez ese cambio se debiera al accidente que había tenido y que desde entonces viera las cosas con otro prisma totalmente diferente después de haber estado a punto de morir.

Empezamos a tener vida social de nuevo, invitábamos a amigos a casa y correspondíamos a las visitas de familiares o colaboradores de mi padre. Por supuesto, el tema de conversación por excelencia era el de la guerra, ante la que cada cual expresaba su particular opinión y punto de vista, defendiendo al clan del que fuera descendiente. Lógicamente, con esas conversaciones interminables, que a mí me resultaban inútiles, no se llegaba a ninguna conclusión ni a ningún acuerdo constructivo. Cada vez que podía, iba con mi madre y mi abuela a los campos de refugiados. Mi abuela vendió una de las casas que tenía en París para comprar comida con la que ayudar momentáneamente a los hambrientos, con la esperanza de que las organizaciones internacionales se sensibilizaran e hicieran lo posible para ayudar a la población civil.

Recuerdo —no sin remordimientos, ya que yo me divertía lejos del peligro mientras que mis compatriotas sufrían lo indecible— que el día de Noche Vieja de 1992 estábamos invitados a la casa de un miembro del gobierno pakistaní. La casa, de reciente construcción, se hallaba en un barrio con mucho verde a las afueras de Peshawar. Nabil, que había podido escaparse un par de días para ir a vernos, después de dos meses de trabajo intenso, también iba a asistir a esa fiesta. Todos los «poderosos», tal como los llamaba mi padre, estarían allí, junto con numerosos representantes de embajadas y emisarios extranjeros.

Yo no tenía ningunas ganas de ir. Cuando se lo dije a mi padre, me miró furioso y en tono autoritario me dijo que tenía que hacer lo que me él mandaba. Accedí a regañadientes porque no tenía otra opción, pero me molestó el tono de su voz. Nunca

antes me había dado órdenes tan tajantes. Siempre habíamos conversado normalmente sobre lo que teníamos que hacer, expresando nuestras objeciones si las teníamos y aceptándolas por lo general ellos. Mi madre, al verme enfadada, me hizo señas para que no siguiera la conversación. Sabía que tenía razón, así que me callé.

Para la noche de la fiesta decidí ponerme un vestido largo, abierto, de color azul con un estampado de minúsculos ramos de florecillas color rosa, ajustado por arriba y por las mangas, dejando al descubierto solamente el cuello. De cadera para abajo caía en forma de pliegues ladeados hasta los pies. Iba a juego con un chal largo, también de seda natural. Los largos pendientes de oro tenían incrustaciones de lapislázuli con las que se ponía de relieve la blancura de mi piel. Mi madre se puso un vestido completamente rojo con un pañuelo a juego en la cabeza y la abuela Wida un conjunto de pantalón ancho verde de seda y una túnica hasta la rodilla. Su chal multicolor tenía como fondo un verde oscuro. Siguiendo órdenes de mi padre, las dos se pusieron joyas de gran valor y prestaron especial atención y tiempo al recatado maquillaje. Hacía mucho tiempo que no las veía tan guapas y arregladas. Lo curioso es que los dos hombres de la familia se vistieron de traje de etiqueta y pajarita según la costumbre occidental. Aunque me sorprendió, me abstuve de hacer comentarios.

Cuando estuvimos listos para salir, mi padre ordenó al chofer que llevara al coche los regalos con los que íbamos a obsequiar a los anfitriones. Después, girándose para mirarnos, nos pasó revista de la cabeza a los pies.

«Vais muy elegantes las tres», comentó, y dirigiéndose hacia mí añadió: «¡Cuánto has crecido, Maraima!».

Mi madre y mi abuela intercambiaron una mirada rápida cuyo significado no pude entender.

Al llegar a nuestro destino, nos encontramos con decenas de coches aparcados en las calles colindantes y en el patio interior. Nuestros anfitriones nos recibieron cariñosamente y los sirvientes se apresuraron solícitamente a atendernos. Era la primera vez que iba a un evento de esa categoría fuera de Afganistán. La casa ya estaba llena de invitados. En la parte inferior del gigantesco salón había muchísimos hombres. Un grupo de bailarinas jóvenes atravesaban el lugar danzando con movimientos etéreos y atrayendo hacia sí la mirada de la concurrencia masculina. En la parte superior, separada del piso principal por cinco escalones anchos de mármol, estaban sentadas las mujeres, todas ellas con el rostro descubierto. Iban vestidas con trajes de noche de brillante purpurina, escote pronunciado y hombros al aire, o con trajes de chaqueta y pantalón muy ajustado, más apropiados tal vez para fiestas como las que se celebran en los países occidentales. Además, por todas partes se veían peinados estilizados, abundante maquillaje y muchas joyas de oro.

Numerosos altavoces dispersos por todos los rincones hacían sonar a todo volumen una música tradicional, una mezcla algo extraña de timbales y címbalos. Ya algunas mujeres se habían lanzado a bailar sensualmente, con los brazos levantados por encima de las cabezas, contoneando las caderas con movimientos incesantes,

voluptuosos. Ninguna llevaba puesto el chador; las que íbamos vestidas más decentemente éramos sólo mi abuela, mi madre y yo.

Tras unas breves palabras dirigidas por el anfitrión a los invitados, la fiesta dio comienzo oficialmente, con un grupo de mujeres que interpretaron la danza del vientre con inigualable maestría y gracia. Algunas mujeres endulzaban el ambiente con sus canciones. A éstas les siguieron otras bailarinas, vestidas también con ropa multicolor y con bordados de oro. La gente parecía entusiasmada. Al momento comenzó la procesión de muchas y variadas bandejas desde la mesa corrida del bufé a una sala dispuesta a tal efecto, junto al salón principal.

Mi madre y mi abuela hablaban con algunas conocidas suyas mientras yo, sentada en un ancho sofá, observaba con interés todo cuanto veía a mi alrededor. La casa estaba amueblada al estilo italiano. Los sofás eran de tonos pasteles, amarillos o blancos con rayas amarillas. Largos cortinajes cubrían las grandes cristaleras. Cientos de pies descuidados maltrataban las caras alfombras con sus patadas, sus movimientos o simplemente su indiferencia.

De un vistazo, distinguí de entre la multitud a mi padre y a mi hermano mientras charlaban al fondo de la sala inferior con tres hombres, dos de ellos de la edad de mi padre y un tercero más joven. Por cómo gesticulaban e intentaba cada uno imponer su punto de vista sobre los otros, me pareció que estaban discutiendo. Sólo Nabil y el chico joven permanecían impasibles. Poco después, concluida la acalorada discusión, mi padre mandó a Nabil que me llamara. Quería presentarme a alguien, me dijo. Yo no tenía ganas de conocer a gente nueva, pero no me atrevía a contravenir el deseo de mi padre, así que seguí a Nabil.

Me acerqué a ellos con cierta timidez. Mi padre me presentó primero a los de mayor edad, que me sonrieron cordialmente haciendo comentarios halagadores a mi padre, y después al más joven, que se llamaba Omar. Era alto y delgado, de unos treinta y tres años, guapo, con ojos y cabello negros como la noche. Al sonreírme, unos dientes blanquísimos resaltaron en su rostro moreno, dándole un aire de lo más atractivo. Tenía finos modales y una voz profunda y serena. También él iba vestido a la occidental, como todos los demás hombres de la sala, a excepción de algunos ancianos que vestían ropa tradicional de Pakistán. Me dedicó varios piropos y a continuación, casi con precipitación diría, Nabil me tomó por el brazo y me condujo detrás de la sala de las mujeres para volver inmediatamente en compañía de mi padre. Mi madre vino hacia mí y me dijo que me había estado buscando. Le dije dónde estaba y a quiénes me habían presentado, pero no hizo ningún comentario. Se quedó pensativa unos instantes y después, con una sonrisa en su rostro, continuó la conversación con sus conocidas.

Nos quedamos en la fiesta hasta altas horas de la madrugada. Los invitados se habían ido yendo cansados ya de tanto hablar, estar de pie, bailar y abordar sin cesar las bandejas de plata de los extraordinarios canapés. Los anfitriones se despidieron de nosotros efusivamente y mi padre los invitó a ir a nuestra casa dos semanas más

tarde. A la entrada nos encontramos con Omar y su grupo de amigos. Me saludó haciendo un gesto con la cabeza. Todo el rato que esperamos a que el chofer trajera nuestro coche noté su mirada clavada en mi espalda, pero no me volví a mirar ni un solo momento.

Las dos semanas siguientes pasaron volando, dedicadas principalmente a los preparativos de la reunión que tendría lugar en nuestra casa. Mi padre dio órdenes de que se preparara una cena excelente como para setenta personas, dejando claro que tendría carácter oficial. Nos explicó que esperaba que asistieran personas muy influyentes y que a lo largo de la velada se tomarían decisiones de capital importancia. Trabajamos febrilmente hasta que llegó el día señalado para la cena. Por la tarde, mi madre inspeccionó una vez más la casa, la cocina y al personal de servicio, completamente satisfecha de la labor de todos. Luego, me llevó a sus aposentos para elegir juntas nuestros trajes de noche. Para ella, eligió un vestido amarillo pálido bordado a mano y un chal de red bordado en oro. Cuando llegó le tocó el turno a mi armario, mi madre encontró el vestido de noche blanco que llevaba puesto la noche en que conocí a Peter.

«Éste sería ideal para esta noche», afirmó.

Un escalofrío me recorrió la espalda de la cabeza a los pies. Le dije de forma más o menos cortante que precisamente ese vestido no quería ponérmelo. Me miró extrañada, pero pasando por alto mi evidente disgusto pasó a sugerirme otro de color rojo y otro completamente negro con bordados de oro en las mangas y los bajos. Elegí el negro con su chal dorado a juego y mi madre elogió mi buena elección.

A las nueve ya estaban allí los primeros invitados. En primer lugar vino nuestro vecino Abdul, que vivía exactamente en la casa de enfrente a la nuestra en Kabul. No tenía ni idea de qué estaría haciendo en Peshawar; tal vez lo hubiera invitado mi hermano Nabil o mi padre. A pesar de haber crecido juntos y de conocernos desde que éramos niños, jamás pude sentir hacia él el cariño que emana del contacto diario. Teníamos formas de pensar radicalmente opuestas en todo, pero no era sólo por eso. Desde siempre, había ido tras de mí de forma agobiante, como si hubiéramos apalabrado un compromiso entre nosotros y yo lo hubiera infringido unilateralmente, provocándole una rabia injustificada cada vez que algún joven me dirigía la palabra. ¡Cuantísimas veces habíamos discutido por ese tema! Y él siempre acababa sentenciando: «Por si no lo sabes, Maraima, algún día serás mi mujer».

A mí me sacaba de quicio semejante impertinencia, pero no llegaba a mayores para no perturbar la relación amistosa de años que había entre nuestras familias. Cuando poco antes de marcharme a Londres me pidió formalmente que me casara con él, le respondí suavemente que no quería casarme ni con él ni con ningún otro. Quería que siguiéramos siendo amigos y le pedí por favor que no sacara nunca más ese tema. Echando chispas por los ojos de puro enfado, me dijo que me arrepentiría seriamente de esa decisión. Sus amenazas y su exasperante insistencia en que accediera a su petición me lo hicieron aún más antipático. Desde entonces, mantenía

una postura fríamente educada ante él, que continuó también después de mi regreso de Londres. Incluso en las visitas que solía hacernos en calidad de vecino yo me limitaba a un trato estrictamente cortés y siempre procuraba que hubiera otras personas presentes para librarme de su disimulado rencor.

Siempre que había algún acto en casa y él notaba que alguien intentaba acercárseme en busca de algo más que una mera relación social —y he de confesar que eran muchos los que habían expresado a mis padres su deseo de casarse conmigo— lo miraba con hostilidad y no se apartaba de mi lado, dando la impresión a los otros de que tenía ciertos derechos sobre mi persona, a fin de que no tuvieran la mínima ocasión de captar mi interés, sino muy al contrario, con la intención de alejarlos de mí fuera como fuese. Tres meses antes, en una discusión que tuvimos los dos en mi casa, totalmente harta le prohibí terminantemente que interviniera en mi vida, y le recomendé que aprendiera a respetar las decisiones de los demás y que dejara de ofendernos a mí y a mi familia con su comportamiento porque de lo contrario le cerraría para siempre la puerta en las narices.

Al parecer, de algo sirvió mi ultimátum porque la verdad es que en lo sucesivo fue más cuidadoso. Sin embargo, yo tenía la impresión de que no se tragaría tan fácilmente lo que para él era una ofensa, es decir, mi negativa a convertirme en su esposa. Con el paso del tiempo dejé de preocuparme por él, pues tenía otras muchas cosas en que pensar más importantes que el herido egoísmo de Abdul o de los otros pretendientes. Lo último que deseaba en ese momento de mi vida era encontrar marido. No tenía fuerzas ni de pensar en ello.

Sobre las diez, la mayoría de los invitados se habían sumado ya a la fiesta. Entre ellos, descubrí con cierta sorpresa a Omar, quien al verme se apartó de sus amigos, vino hacia mí y se puso a hablar conmigo. Me impresionaron su cultura y sus vastos conocimientos de arte, de historia y de política internacional, su manejo incluso de noticias mundanas que ocurrían en las grandes capitales de Occidente. En un tono cercano y cariñoso, me confesó que no había dejado de pensar en mí durante los quince días anteriores y que, por volver a verme, había pospuesto un viaje importantísimo a Irán.

La verdad es que su galanteo, tan respetuoso y al mismo tiempo halagador, me hizo recordar de nuevo mi condición de mujer y me animó a desenterrar a la muchacha inteligente y atractiva que, según decían los demás, había en mí, y que había pasado tanto tiempo en un doloroso letargo. Omar era seductor. Las mujeres se lo comían con la mirada y seguían cada uno de sus movimientos, intentando llamar su atención a toda costa, a pesar de haber tantísimos otros hombres a su alrededor. Pero él no parecía percibir su éxito con el sexo contrario y se mostraba más bien indiferente ante ellas.

Como con tanta gente hacía bastante calor, muchos invitados se refugiaron en el frescor de nuestro patio. Omar me preguntó si quería dar un paseo con él por fuera, para tomar un poco el aire. Al salir del salón, miré hacia donde se encontraba mi

padre, que, curiosamente, no parecía molesto por verme todo el tiempo en compañía de Omar. Al contrario, nos sonrió abiertamente y continuó su charla como si nada. Se me pasó por la cabeza que tal vez lo habían apanado así nuestras familias para acercarnos más y, Sorprendentemente, esa idea no me molestó, como hasta entonces sí me habían irritado los infructuosos y repetidos intentos de mi padre por proponerme ricos maridos.

Paseando bajo las copas de las altas palmeras, bellamente decoradas con bombillitas invisibles, y al paso de las innumerables gotas que nos salpicaban saltando como luciérnagas desde la fuente, fui sintiéndome cada vez menos angustiada y tensa, y empecé poco a poco a sentirme incluso contenta. Estuvimos hablando de muchísimas cosas además de sobre la guerra y la situación en Afganistán, hasta que la conversación derivó, como era de esperar, en nuestras vidas. Me dijo que sus padres habían muerto cuando él era muy pequeño en la guerra contra los rusos. Su tío, uno de los señores mayores que me había sido presentado en la fiesta del otro día, le dio refugio en Irán. Pertenecía a la etnia pashtun, que representaba las dos quintas partes de la población afgana. Su etnia, según me explicó, se había adherido casi en su totalidad al movimiento Talibán. Él mismo era talibán y, además, un alto cargo militar.

Cuando su tío lo llevó a los campos de refugiados de Irán para proteger su vida mientras aquél estuviera en la guerra, conoció allí a muchos talibanes que se habían quedado huérfanos tras los interminables combates contra los rusos. Esos niños habían mamado desde pequeños la ideología de los colegios religiosos para varones, en los que, al igual que Omar, habían estudiado. Me contó que allí nunca tuvo contacto alguno con mujeres, sino que crecían solos, sin madres ni hermanas. Privados de cualquier manifestación de cariño, habían aprendido a vivir absolutamente desintegrados de la familia y de la sociedad. Omar había salido de Irán ya de mayor, cuando su tío lo llamó a las filas del ejército talibán, y había ido ascendiendo sin cesar de grado militar. El objetivo de los talibanes era convertir Afganistán en un estado unificado con un fuerte gobierno central, que velara por el mantenimiento de las tradiciones y por la unificación de los distintos grupos étnicos mediante el firme cumplimiento del Corán. Sólo así —decía— Afganistán sería tenido en cuenta como potencia y conduciría a los demás países de religión musulmana a una potentísima unión de estados confesionales, impidiendo la injerencia de los extranjeros, cuyo único deseo era hacerse con las fuentes de riqueza mediante excusas obvias. Hizo hincapié en que su lucha iba por buen camino y que pronto el desarrollo de los hechos les daría la razón.

Yo seguía muy atenta sus explicaciones sobre los planes de futuro para nuestro país y su ideal de un nuevo Afganistán. Sus ojos brillaban mientras gesticulaba a cada frase y escenificaba las ilusiones de las que hablaba con tantísimo entusiasmo que casi podría llamarse fanatismo, pensé yo con algo de imperceptible temor. La verdad es que aquella noche yo acabé convencida de que Omar respetaba y amaba a Dios y

que defendería con verdadera pasión a su patria ante cualquier adversidad. No puedo negar que su dinamismo y sus proyectos de unificación étnica en para bien del pueblo afgano me impresionaron hasta el punto de ver a ese joven apuesto y responsable con mucha más simpatía de la que le tenía al principio.

Levanté la vista por encima del banco donde estábamos sentados cerca de la fuente para echar un vistazo a los invitados y me topé con la mirada envenenada de Abul. Al principio me enfadé, pero decidí ignorarlo e informar a mi hermano Nabil de su enojosa conducta en ese mismo instante.

A esa reunión formal siguieron bastantes visitas informales a nuestra casa de Omar y las personas cercanas a él. Mi simpatía hacia él fue aumentando tanto que terminaba deseando casi con impaciencia su siguiente aparición, casi siempre condicionada por sus muchas obligaciones. Por supuesto no pensaba que mis sentimientos llegarían nunca al punto de enamorarme de él, pero me bastaba con sentirme bien en su compañía, nuestro mutuo respeto y la forma en que me halagaba tratándome como mujer y como persona. Me decía que yo era de las poquísimas mujeres a las que consideraba de igual valía intelectual que los hombres y que no dejaba de sorprenderlo con mis conocimientos sobre múltiples temas. Me confesó que toda su vida había estado esperando encontrar a una mujer como yo para casarse con ella tan pronto como estuviera seguro de poder estar a la altura de un matrimonio semejante.

Así pasaron otros tres meses.

Una tarde, mi padre me llamó a su despacho y me dijo que el tío de Omar había pedido mi mano en matrimonio de parte de su sobrino y que, naturalmente, él había aceptado. Sentí cómo la sangre me subía a la cabeza de ira, no porque no quisiera a Omar como marido, sino porque mi padre había dado una respuesta afirmativa sin ni siquiera consultarme. Por vez primera nos hablamos uno a otro con dureza, hasta que me ordenó ir a mi habitación y me advirtió que no osara poner objeciones.

«De lo contrario...».

«¿Qué sentido podría tener oponerse?», pensé. Si me oponía, tendría que marcharme de casa a escondidas, convencida de que mi padre me haría encerrar en mis aposentos, práctica habitual para con las mujeres que se negaban a cumplir la voluntad de sus padres. Me era imposible incluso pensar en la posibilidad de volver a Londres ocultamente para continuar con mis estudios y encontrar algún trabajo allí. La herida no había cicatrizado aún. No estaba dispuesta a pensar en volver al entorno que me recordaba la desdicha y la humillación por las que había pasado. Al menos allí contaba con el arropo y el cariño de los míos, la familiaridad del lugar en el que había crecido y la satisfacción de poder aportar algo a mis compatriotas. Ya me sentía más o menos liberada, o por lo menos eso quería creer, de las dolorosas y desagradables experiencias del pasado, tras enterrar el dolor en lo más recóndito de

mi ser y haber pasado página en lo concerniente a mi vida privada.

Nabil y mi madre se interesaron abiertamente por saber mi opinión acerca de lo de la boda con Omar. Mi hermano, claro está, me dijo que si yo no quería casarme con él, hablaría con mi padre para que actuara en mi favor anulando el acuerdo matrimonial. Les dije que no se preocuparan. Omar me resultaba simpático. Les informé de que pensaba aceptar y al día siguiente así se lo comuniqué también a mi padre, quien se mostró especialmente satisfecho.

La boda se fijó para mediados de septiembre de 1993, una vez que hubieran disminuido los calores asfixiantes del verano afgano. Los preparativos comenzaron a ritmo frenético. La boda y el banquete tendrían lugar en Kabul, en la casa paterna. Parte de la luna de miel la pasaríamos Omar y yo en su casa, a dos horas de distancia de Peshawar, y el resto en Cannes, Venecia y Ginebra, adonde tendría que ir Omar a mediados de octubre para velar por los negocios de su tío que, en el fondo, no eran sino negocios del propio Omar, puesto que su tío no tenía ningún otro familiar al que dejarlos en herencia.

Se había puesto en marcha todo lo necesario para el gran día. Mi abuela y mi madre no dejaban de prestar atención a todo, incluido el más mínimo detalle, desde el ajuar hasta la última servilleta para la mesa del banquete nupcial. Las cosas se calmaron un poco cuando por fin estuvieron listos los trajes de boda, completamente hechos a mano por hábiles costureras y por las mejores bordadoras de Pakistán y Afganistán, conforme al deseo de mi padre y de Omar de que la boda fuera al estilo tradicional. Como de todas formas no me escucharían, no puse ninguna objeción.

Hablando con Nabil, le pregunté si creía que debía mencionar a Omar lo de mi noviazgo con Peter. Él creyó correcto que hablara a mi prometido de esa relación anterior, pero omitiendo que se tratara de un extranjero y, por supuesto, silenciando lo del aborto. Me dijo que en su opinión era algo que concernía exclusivamente a mi intimidad. Si Omar reaccionaba mal ante la mención de la existencia de otro hombre en mi vida antes que él, seguramente se anularía la boda y ya veríamos qué se haría.

Cierta tarde que Omar vino de visita, reuniendo todo el valor del que era capaz, le pedí hablar con él en privado. Salimos de paseo al patio y allí le confesé que había tenido otra relación sentimental en Inglaterra y que me sentía en la obligación de decírselo. Añadí que no me tomaría a mal que le molestara. Le pedí perdón por no haber tenido el valor de habérselo dicho antes y me quedé esperando su reacción con cierta ansiedad. Él echó hacia atrás la cabeza soltando una carcajada y me dijo: «Sería rarísimo que una chica tan guapa como tú, después de vivir tres años en Inglaterra, no hubiera tenido una relación, seria o no. Tu vida anterior te pertenece sólo a ti, como a mí mismo la mía».

Dicho esto, me besó suavemente en la frente y en la cabeza, dándome un golpecito en el hombro. Sentí que se me iba un gran peso de encima y me noté contenta de pronto. Mi hermano se mostró igualmente aliviado cuando más tarde le conté cómo me había ido.

Los planes de boda en Kabul se vieron alterados tras los rápidos acontecimientos del verano de 1993. Las dos familias estuvieron de acuerdo en que tal vez la casa de Kabul no fuera segura para acoger a tantos invitados, sobre todo a los representantes

de misiones extranjeras y del ámbito gubernamental de Pakistán y de Afganistán. Así pues, nos vimos obligados a cambiar el lugar de celebración de la boda y del banquete de Kabul a Peshawar.

Las noticias que llegaban a nuestros oídos desde Kabul y a través de medios de información extranjeros habían pasado de ser inquietantes a ser descorazonadoras. El 24 de julio del 93 leí un artículo en *The Economist* de Londres que confirmaba que el número de muertos en Kabul sobrepasaba los treinta mil y el número de heridos los cien mil. Me quedé estupefacta. Nabil nos decía que en el hospital había tantos heridos que los médicos no daban a basto. Por eso, tanto él como sus compañeros y los miembros de Médicos sin Fronteras no habían tenido más remedio que dedicarse solamente a los casos graves. Era tal el agotamiento, físico y psíquico, que la mayoría de ellos estaba a punto de venirse abajo. Sólo el cumplimiento de su deber y la compasión que sentían por el prójimo los mantenía en pie.

Por si no bastaba con la cantidad de heridos que quedaban sin recibir asistencia, cada día eran más y más los habitantes de la capital víctimas de las acciones del gobierno. En la ciudad no había ni luz ni agua salvo unas pocas horas a la semana según fuera el humor de Hekmatyar.

Los proyectiles y las balas de mortero no habían dejado en pie prácticamente nada. A lo largo del verano de 1993 la población había sido diezmada día tras día. En la frontera con Pakistán, el observador de Naciones Unidas declaró: «Casi todos los refugiados que vienen ahora son de Kabul, personas con formación que bajo el régimen comunista vivían en la capital pero que ahora se ven obligados también ellos a emigrar a causa del hambre y del riesgo de morir en algún bombardeo, además de por ser acusados de traición y de colaborar con el enemigo». Los rumores se canalizaban hábilmente y se hablaba de los «nostálgicos del pasado» bajo la dictadura comunista, que ya formaba parte de la historia. Los mejor informados, al menos, teníamos la sensación de que la propaganda conseguía hasta cierto punto presentar lo blanco como negro y que algunos astutos afianzaran sus puestos de poder, haciendo ostentación de una hipócrita aversión hacia cuantas atrocidades ocurrían a su alrededor. Condenaban vehementemente los crímenes cometidos por sus enemigos, pero cerraban ojos y oídos cuando los culpables pertenecían a su propio ejército. Su desfachatez y su falsedad nos aturdí, nos tenía confundidos y en vilo, incapaces de ver, al menos por el momento, una solución. Y los días se sucedían unos a otros sin que hubiera ningún cambio sustancial, sin la más mínima mejora de la situación.

Yo seguía los acontecimientos resignadamente, como espectadora, pues me encontraba lejos del infierno en que se había convertido Kabul. Tan sólo mi ocupación diaria en los campos de refugiados me hacía sentirme útil. No me importaba trabajar sin descanso horas y horas porque me sentía en el deber de ayudar a mis semejantes.

15 de septiembre de 1993. Había llegado el gran día. Los ruidos de la casa me despertaron temprano. Mi madre, atareadísima, daba órdenes sin parar a las tropas de ayudantes y sirvientes mientras que a cada momento se oía llegar algún vehículo para descargar o bien los últimos regalos, que eran conducidos con cuidado a una habitación aparte junto con las tarjetas de presentación de quienes los enviaban, o bien provisiones complementarias de pescado fresco y verduras. Ya llevaban funcionando desde temprano los hornos de refuerzo puestos fuera de la cocina, así como los modernos electrodomésticos de dentro de la casa. Deliciosos olores llenaban ambiente, al tiempo que filas de asadores dispuestos sobre brasas permanecían listos para asar ni yo misma sabía cuántos corderos. Manos diestras colocaban bellísimas flores exóticas por todos los rincones de la casa. La tarima sobre la que se celebraría la unión, rebosaba de orquídeas blancas, nardos y azucenas. Habían puesto una alfombra de seda natural con destellos dorados, acorde con el color de mi traje de novia, sobre el espacio reservado a los novios y a lo largo del pasillo que conducía a la tarima.

En esa parte del jardín habían dispuesto asientos en orden y en otro sector alrededor de la piscina habían puesto largas mesas decoradas con preciosos manteles de color rosa y extraordinaria cubertería que esperaban impecables a los numerosos invitados. Guirnaldas de mil flores blanquísimas adornaban toda la casa y el jardín.

En un día tan importante en la vida de cada mujer, no podía dejar de pensar con pena en cómo sería todo de diferente para mí si en el lugar de Omar se encontrara aquél a quien tanto había amado. Albergaba la esperanza, al menos, de que con esta boda mi frágil corazón pudiera olvidar el pasado y se sintiera con ánimos de afrontar serenamente los deberes de mi nueva vida junto a aquel hombre que parecía bueno y honrado. «Que Dios nos ayude», deseé con toda mi alma.

A las cuatro de la tarde empecé a arreglarme para la ceremonia. Manos hábiles se encargaron de mi aseo, me lavaron el pelo con mimo y me pintaron las uñas de los pies y las manos. Dos peluqueras convirtieron mi cabello en una larga melena rojiza que atraía todas las miradas. Esteticistas expertos dieron realce a mis rasgos con un maquillaje magistral. Al ponerme el traje, que resplandecía desde el espejo donde estaba colgado por el oro y las piedras preciosas con las que había sido bordado, una exclamación de admiración salió de los labios de las mujeres que me asistían. Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas y mi abuela no hizo ningún esfuerzo por ocultar o enjugar las lágrimas que hizo brotar en ella la emoción.

«Dejad de llorar, que vais a hacerme llorar también a mí y me echaré a perder el maquillaje», dije riñéndolas cariñosamente.

Se abrazaron fuertemente a mí y se limpiaron con un pañuelo las lágrimas.

Dos horas después, los invitados ya estaban esperándonos. Tras ponerme el lujoso

collar de diamantes y el maravilloso anillo que me había regalado Omar, mi padre a mi derecha y Nabil a la izquierda me condujeron hasta el entarimado rodeada de familiares. Omar estaba esperándome junto al clérigo Omar. Le favorecía mucho la elegante ropa tradicional que llevaba. Me tomó cariñosamente de la mano y me puso de rodillas a su lado. Yo seguía la ceremonia como desde un sueño, perdiendo algunos de sus detalles y sin percibir apenas las palabras.

Un beso suave en la mejilla me hizo volver en mí al tiempo que retumbaban en el aire los vítores y deseos de larga vida en boca de los invitados. Omar me levantó cuidadosamente el velo y besándome de nuevo en la frente susurró: «Te quiero, Maraima».

A continuación, me llevó hacia donde estaban los invitados, que se nos acercaron para darnos su enhorabuena dándonos fuertes apretones de manos. Mi madre me seguía a cada paso con los ojos llorosos de la emoción, mis abuelos se enjugaban discretamente alguna lágrima de alegría, mi padre presumía de mí profundamente satisfecho. Mi hermano me sonreía pero, ¿acaso con cierta inquietud en la mirada? Al menos eso me pareció.

Finalizadas las efusivas muestras de cariño y los parabienes de conocidos y amigos, dieron comienzo la música y el baile. Bailarinas hindúes se deslizaban como sombras entre el público haciendo figuras mientras que finas voces de muchacha unían sus voces a los trinos de los pájaros. La brisa, impregnada del olor embriagador de las hermosas azucenas mezclado con el perfume de las mujeres, hacía sentir una ligera y agradable embriaguez.

Todos se pusieron a comer y a bailar, mujeres y hombres por separado, pues según la tradición no les está permitido mezclarse o tener contacto físico.

De la mano de Omar, fuimos uno a uno saludando a todos los invitados, intercambiando palabras amables, buenos deseos y cumplidos. El jardín tenía un aspecto grandioso, iluminado como estaba por los suaves rayos de una luna completamente llena y por las cientos de lucecitas colocadas entre los matorrales y el follaje de los árboles. Aunque no se servían bebidas alcohólicas, salvo a los diplomáticos extranjeros y a los miembros de otras misiones, entre todos reinaba la euforia, como si una mano divina hubiera transformado las jarras de zumos y refrescos helados en champán que se subiera a la cabeza y alegrara los ánimos. Omar me tenía agarrada suavemente, con sus ojos negros relampagueantes cuando posaba la vista sobre mí. Me hacía sentirme cómoda y halagada. Mis familiares no dejaban de abrazarme y besarme, transmitiéndome su felicidad de todas las maneras posibles. Mi padre en persona, siempre tan parco y contenido, y aún más los últimos años, me besó en la frente deseándome todo lo mejor y muchos descendientes varones.

El tiempo pasó rápido entre tanta fiesta y alborozo, hasta que llegó la hora de retirarnos por fin para ir a nuestra propia casa tras despedirnos de todos, amigos y parientes, que nos acompañaron envolviéndonos en una nube de pétalos de rosa y dirigiéndonos sinceros deseos de felicidad.

Nos subimos al coche entre risas. El conductor nos saludó con una reverencia y se puso al volante. Con ímpetu el coche se puso en marcha por las calles desiertas a esa hora de la madrugada cercana al amanecer en la que la gente se queda a solas, entre sueños, con sus penas, sus alegrías y su anhelo.

Durante las dos horas de trayecto hacia la casa de Omar, contemplé sobrecogida la inmensa extensión grisácea de la carretera de la colina cuya pendiente bajábamos a gran velocidad. En más de una curva el conductor se vio obligado a esquivar hábilmente a pastores recién levantados que trataban asustados de apartar de la calzada a sus rebaños. A nuestro paso nos saludaban alzando la mano los campesinos que, con la gavilla sobre sus cabezas, comenzaban desde antes del amanecer la dura jornada. A nuestro ojos, se alzaban pequeñas nubes como de espuma que ocultaban los montes antes de deslizarse como blanco oleaje por los valles, arrastradas por los soplos de un viento tenaz.

No sé por qué se apoderó de mí entonces una tristeza unida a un sentimiento de insignificancia, que me hizo sentir tremendamente desvalida. Me sentía como un pedrusco arrojado a un océano desde oscuros bosques, como empujada por una fuerza hacia un horizonte vacío, como las cosas extrañas que arrastra el mar hasta una orilla nunca vista. Inquieta, volví la mirada hacia donde estaba mi marido, que descansaba con la cabeza apoyada sobre asiento, cogido fuertemente a mi mano. Tenía los ojos cerrados, así que preferí no molestarlo. Me di otra vez la vuelta y seguí mirando por la ventana, tratando de distinguir las casas encaladas, con sus vigas de madera envejecidas por el tiempo, de los pueblos por los que íbamos pasando así como algún rastro de vida que diera la bienvenida a la tenue luz del alba. La noche aterciopelada que nos había arropado hasta ese momento se retiraba ahora ya cansada, retirando del cielo una a una sus relucientes estrellas y conminando a la luna remolona para que se alejara poco a poco tras la línea del lejano horizonte. Una a una se fueron apagando las luces de las casas y la débil luz de los faroles de los transeúntes se perdía con el resplandor de los primeros rayos de sol. Sin darme cuenta, me quedé dormida.

Me despertó el brusco frenazo del coche al parar frente a un imponente edificio color blanco. Era la primera vez que iba a casa de Omar, tal vez porque estaba lejos de la nuestra o tal vez porque sencillamente nunca le había pedido que me llevara a ella. La luz de los faros del coche se deslizó por los muros aún oscuros de la casa, ensombrecidos por las tupidas copas de altísimos árboles. Cinco sirvientas impecablemente vestidas de uniforme y sari se apresuraron a recibirnos y a hacerse cargo de nuestras cosas. Pasando su mano suavemente por mis hombros, Omar me condujo a través de espaciosos salones hacia la recia escalera de madera que llevaba a nuestras habitaciones privadas. Tras entrar en el dormitorio, lo primero que vi frente a mí fue una gigantesca cama de ébano adornada con serpientes talladas en el cabecero y cubierta con una mosquitera de red que colgaba de una enorme argolla de bronce situada en el techo.

Sin saber muy bien por qué, en lugar de verlo como un lugar de reposo y

tranquilidad, lo vi como si se tratara de un altar especialmente erigido para el culto a los sentidos. Sin querer se me pusieron los vellos de punta, mientras que con la razón trataba de expulsar de mí sentimientos encontrados y pensamientos extraños. Además, era la primera noche de bodas, mi actitud tenía que ser la adecuada a las circunstancias. Omar me mostró con delicadeza todos los rincones de la habitación, ordenó a los sirvientes que echaran las gruesas cortinas para no dejar pasar los rebeldes rayos de sol que ya penetraban en la estancia y se adentró hacia algún lugar del fondo. Entré en el baño para darme una ducha vivificadora, quitarme el maquillaje y cepillarme el pelo para quitar los pétalos de rosa que todavía tenía. Con un camisón hasta los pies color melocotón, entré descalza en la habitación. Al ver que estaba sola, me senté en un sillón mullido y me serví un poco de zumo de los muchos y muy variados que había en jarras de plata. Me sentía confusa. Iba a estar cara a cara a solas con Omar por primera vez, ya que a lo largo de nuestro noviazgo siempre nos habíamos encontrado en compañía de alguien más, a fin de mantener las costumbres ancestrales y evitar habladurías acerca de la novia y su familia.

Mi nerviosismo no se debía a que no tuviera experiencia. Pensar que ese hombre que había pasado a llamarse mi esposo iba a hacerme el amor me alteraba y me amedrentaba al mismo tiempo. Si no hubiera existido Peter en mi vida, tal vez me sintiera afortunada y dispuesta a comenzar mi nueva vida llena de sueños e ilusiones. Ahora, en cambio, me sentía acobardada, llena de temores, sin saber a ciencia cierta qué actitud adoptar, si la de la recién casada inexperta que espera que su marido la instruya en los juegos del amor o la de la mujer marcada por una amplia experiencia sexual.

¿Y cómo reaccionaría Omar, siendo como era un severo cumplidor de la moral musulmana, cuando descubriera que «su pequeña flor» era de todo menos inmaculada y pura? ¿Habría comprendido o no del todo la confianza que le había hecho o tal vez la consideró como un intento de sincerarse por parte de una muchacha que sencillamente había tenido un flirteo superficial, sin repercusiones en la integridad de su virginidad y de su honor?

Incapaz de hallar respuesta, sentía una opresión en el estómago a la espera de ver cómo reaccionaría mi marido ante la evidencia. Decidí aceptar lo que me depararan los siguientes instantes y me puse a contemplar los objetos que me rodeaban. Antes de acabar de pasar revista a la habitación, entró en ella Omar vestido con un pijama de seda totalmente blanco y una bata artísticamente bordada igualmente blanca. Me quedé admirando su esbelta figura, sus cabellos brillantes, algo mojados, se diría que azulados bajo la penumbra. Cuando abrió sus brazos para estrecharme en ellos, hice un esfuerzo inmenso por despejar de mi mente cualquier pensamiento desagradable y entrelacé tímidamente mis manos alrededor de su cuello. Había comenzado la primera noche de nuestra nueva vida.

Desde el primer abrazo de quien ya era oficialmente mi esposo, sentí con horror cómo mis huesos chirriaban hasta hacerme gritar de dolor.

«¡Despacio, que me haces daño, Omar!», le dije mientras intentaba escabullirme de la asfixiante atadura de sus brazos.

Esperaba que me pidiera perdón y que me soltara, pero nada de eso ocurrió. Como si ni siquiera hubiera oído mi protesta, se me abalanzó al cuello para besarme. Y menudo beso. Me lamió tan fuerte que creí que se quedaría con mis venas en la boca. Se me saltaron las lágrimas de dolor y le pedí que me compadeciera y me soltara.

Mis ruegos no encontraron correspondencia alguna. Mientras más le suplicaba que no me hiciera daño más se enfurecía él. Coguéndome por la mano, me dobló el brazo detrás de la espalda, causándome un dolor aún más agudo. Me resultaba imposible admitir el giro tan lamentable y repentino que había dado la situación; y, sin embargo, así era. Me había casado con un psicópata y corría peligro de forma inmediata. Empecé a gritar más y más fuerte. Los gritos se oían tan alto en la habitación que me asustaban a mí misma. En ese momento, se abalanzó de nuevo sobre mi cara y me mordió los labios ferozmente. De la herida salió sangre que manchó mi fino camisón. Intenté apartarlo de mí empujándole y girándome, pero me fue imposible. Su delgado cuerpo parecía de hierro.

Levanté los ojos para mirarle y se me heló la sangre. ¿Qué había sido del hasta entonces hermoso rostro de mi esposo? Lo que veía en ese momento era la mirada de un paranoico, con los rasgos transfigurados, unos ojos a los que daba brillo una locura interior y una expresión enfermiza en contra de mí. Bruscamente, me agarró del pelo y me arrastró por el suelo dándome patadas por todo el cuerpo.

«¿Qué está pasando, Dios mío?», pensé aterrorizada. «¿Éste era el castigo que me tenías guardado?, ¿morir así sin más a manos de un monstruoso sádico? ¿Es que no tiene en cuenta las consecuencias, a mi familia, al resto de la gente? Mis gritos han tenido que alarmar a toda la casa y a los sirvientes; no puede ser que no vengan de un momento a otro a salvarme de sus garras».

La esperanza de que alguien de la casa entrara e interviniera me dio nuevas fuerzas. Di un fuerte empujón a Omar desde el suelo dándole una patada en los testículos y me puse en pie de un brinco, con los ojos como platos en busca de algún arma arrojadiza con que derribarle. Lo único que encontré a mano fue una lámpara de la que tiré con fuerza para desenchufarla y seguidamente lanzársela a la cabeza con todas mis fuerzas. Esquivó el golpe ágilmente, pero sin poder evitar que le alcanzara el filo de la base junto al oído y le hiciera una herida profunda que empezó a sangrar enseguida y acabó manchando de rojo su pijama blanco.

Hecho una auténtica furia por el dolor, me agarró por el cuello. Empezó a golpearme brutalmente la cabeza contra el suelo mientras que me estrangulaba con

las manos. Una vez recuperada su ventaja sobre mí, me propinó una bestial bofetada en la cara. Me partió la nariz y empecé a tragarme las lágrimas mezcladas con el sabor salado de mi sangre. El dolor, los nervios y la angustia, junto con la violencia de los dramáticos momentos que estaba viviendo, me dieron el valor de seguir ofreciendo resistencia. Estirando súbitamente el brazo, le clavé las uñas en la cara llenándolo salvajemente de arañazos al tiempo que le daba patadas y empujones tirándole de la ropa para quitármelo de encima. Tras conseguirlo, me puse de pie a toda prisa y me lancé hacia la puerta con intención de huir, pero cuando alcancé el pomo me di cuenta de que estaba cerrada con llave.

Completamente paralizada de terror tomé conciencia de que ni los sirvientes ni personal alguno de la casa acudiría en mi ayuda. Estaban al tanto de las perversiones de su amo y seguramente él les habría pagado generosamente a cambio de su complicidad. Estaba sola frente a un sádico que no era capaz de tener relaciones sexuales si no precedía semejante brutalidad. La violencia, la violencia irracional resultaba ser parte integrante de la relación erótica para ese ciudadano respetable de la alta burguesía. Y yo, desgraciada de mí, me convertía en receptor de su perversa insatisfacción sexual mientras los demás a su alrededor, obviamente, lo toleraban y encubrían.

Había manchas de sangre por toda la habitación. Yo tenía el camisón destrozado, me dolían los huesos y la nariz y los labios seguían echando sangre. Por mi cuerpo empezaban a aparecer moratones donde había recibido los golpes. Alegrándome de su mal, pese a mi miserable situación, comprobé que mi torturador también estaba herido. Tenía la cara marcada por profundos arañazos y no dejaba de sangrarle el oído.

Pero mi satisfacción no duró mucho. Con un súbito movimiento me agarró violentamente y me empujó contra el suelo. Como poseído, me arrancó la ropa. Hundió la cabeza en mis pechos desnudos y de repente me mordió el pezón con tanta fuerza que echó sangre y le salpicó el rostro. La limpió con la manga de su pijama al tiempo que yo forcejeaba tirándole del pelo para librarme de su peso, arañándole y pateando sin cesar, pero sin conseguir gran cosa. Con toda la fuerza de que era capaz pedí socorro, chillando y suplicando a voz en grito. Allí no vino nadie, no había nadie que quisiera ayudarme. En plena excitación sexual, esa bestia humana me abrió las piernas bruscamente y trató de inmovilizarme a base de golpes. Cuando me penetró di alaridos de dolor y no dejé de gritar inútilmente mientras me torturó durante lo que a mí me pareció una eternidad. La brutal penetración, aún más insoportable por el instintivo rechazo de mi cuerpo, me hizo sangrar.

El único consuelo, si es que en una situación así se puede llamar a eso consuelo, era que estaba segura de que mi marido había interpretado de otra forma el hecho de que sangrara, lo cual por supuesto me quitaría de problemas. Sin embargo, en ese momento lo único que deseaba era matarlo, aunque muriera yo a continuación. Cuando lo oí gemir extasiado por la satisfacción de sus perversos deseos, me puse en

pie y con lo que me quedaba de fuerza le arreé una bofetada que retumbó extrañamente en la habitación. Más por humillación que por dolor, echando espuma por la boca de furia, de rabia y de enfado, me cogió del pelo y empezó a golpearme contra la robusta pata de la cama de madera labrada. Alcé la mano para arrancarle los ojos con las uñas, pero él me cogió el brazo y me lo retorció enfurecido. Lo último que oí fue el espeluznante sonido de los huesos de la muñeca al romperse, al tiempo que un insoportable dolor me atravesaba el alma, la cabeza y el cuerpo. A continuación me sumí en un implacable abismo de inexistencia.

El chirrido de la puerta fue lo primero que llegó a mis sentidos cuando recuperé la conciencia. Alguien entraba sigilosamente en la habitación seguido de otra persona. Instintivamente, me arrastré rápidamente hacia la cama y con la mano que podía mover traté de cubrir mi desnudez con el camisón hecho harapos a resultas de la noche de boda.

Temí que fuera Omar y que, así como estaba, con la muñeca rota colgándome del brazo, con el cuerpo amoratado por los golpes y la sangre manando aún de las heridas, me fuera imposible plantarle cara. Pero no, no era Omar. Él se había esfumado del escenario del horror.

Las dos figuras llevaban batas blancas de médico y botiquines de gran tamaño. Con la poca fuerza que me quedaba, me puse en pie y con lágrimas de esperanza en los ojos les dije: «¡Sálvenme, se lo suplico! Avisen a la policía y a mi familia. En esta casa ocurren cosas espantosas».

Mi súplica no fue atendida. Ni me dirigieron la palabra ni tampoco trataron de calmarme, como suelen hacer los médicos que hacen frente a espectáculos así de bárbaros y abominables. Se me acercaron, abrieron sus botiquines, sacaron de ellos varios instrumentos, gasas y desinfectantes, y se pusieron a curarme las heridas con diligencia y en silencio, después de haber encendido todas las luces de la habitación.

Entonces vi que se trataba de dos mujeres. Una de ellas, de rostro alargado y severo, surcado de profundas arrugas, cumplió prontamente con su cometido: en cuestión de segundos me puso puntos en la comisura de los labios tras ponerme anestesia local y a continuación, después de examinar mi mano detenidamente y ponerme otra inyección, la enyesó y la dejó entablillada en mi hombro. La otra, más joven y gordita, probablemente su ayudante, en cuanto terminó su trabajo la mayor me ayudó a sostenerme en pie y haciendo que me apoyara sobre ella me llevó hasta el baño. Allí me lavó cuidadosamente, me secó con una toalla grande y me llevó de nuevo al dormitorio, donde las dos se pusieron a desinfectarme las heridas de todo el cuerpo y a cubrirlas con gasa y esparadrapo. Luego, como si se conociera la casa como la palma de su mano, la gordita fue al armario, donde el personal de servicio había colocado mis cosas, sacó un camisón limpio y me lo puso por la cabeza. Intenté suplicarles de nuevo que informaran a alguien sobre lo ocurrido, pero también entonces sin éxito. Era como hablarle a la pared. Sin poder aguantar más, exploté en un grito de rabia: «¿Qué clase de médicos son ustedes, que viendo lo que están viendo actúan como si no ocurriera nada? Ustedes dos, cómplices de su amo, son igual de monstruosas que él, pero ya me ocuparé de que reciban su merecido, par de canallas...».

Me miraron llenas de una indiferencia que se iba haciendo más y más irónica mientras más las maldecía yo entre amenazas y blasfemias. Después de recoger sus cosas, dejaron un bote de analgésicos sobre la mesilla de noche y fueron hacia la

puerta. Al salir, oí que echaban de nuevo la llave en la cerradura.

Me habían encerrado otra vez. Intenté localizar con la mirada el teléfono que había visto en la habitación la noche anterior. Por mucho que busqué, no lo encontré por ningún sitio. Me fui hacia el ventanal. Con la mano hábil traté de abrir el cierre, pero era imposible.

Alzando la vista me di cuenta de que cerca del techo había dos claraboyas alargadas y estrechas que servían para ventilar la habitación, pero estaban demasiado altas y no podía alcanzarlas. Todas las demás salidas estaban cerradas, clausuradas más bien, en ese lugar desolador. La luz del sol, que a esa hora se hundía por el horizonte completamente rojo, no me hizo sentir mucho mejor. Me costaba creer lo que me había sucedido, mi razón se tambaleaba con sólo pensar que era la presa de un desequilibrado.

«Dios mío, haz que alguien de mi familia llame a preguntar por mí, sácame de este zulo en el que me ha metido el perturbado con el que me acabo de casar», suplicaba en voz alta.

Grité con todas mis fuerzas pidiendo auxilio, con la esperanza de que me oirían a través de los tragaluces. Por mucho que oyeran mis gritos los de la casa, nadie en absoluto se acercó a mi celda.

No sabía cómo afrontar mi drama. Me echaba a temblar ante la posibilidad de un nuevo encuentro a solas con el loco. Estaba segura de que esa vez me acabaría asesinando.

Maldije mi suerte desde lo más hondo de mi corazón, pues no había consistido más que en ir de lo malo a lo peor. Como si no bastara con la dolorosa experiencia de Londres que me había derrumbado psíquicamente, ahora caía en las redes de un perverso que me había destrozado físicamente, sin saber cuál sería el siguiente paso... Quizá mi total aniquilación. Me sentía tan agotada que en esos momentos carecía de fuerzas para luchar.

Sin poder evitarlo, me atormentaba la comparación entre los dos hombres que habían marcado mi vida. El uno, gentil, experto y aparentemente muy enamorado, iniciaba el encuentro amoroso colmándome de alegría y satisfacción. El otro, sin escrúpulos, perverso, enfermo mental, no podía tener una relación sexual normal si previamente no hacía de ella un violento, cruel y peligroso juego sádico. Y al parecer no era yo el primer caso en la vida de ese maníaco con el que me había casado. Pero la cuestión era qué podía hacer yo, cómo tendría que ingeniármelas para salir de allí.

Dentro de mí aumentaba la esperanza de que de un momento a otro mis padres llamaran por teléfono y pidieran hablar conmigo o verme. Omar no podría mantenerme aislada para siempre. No estaba sola ni desvalida en el mundo. Era la hija de uno de los empresarios más importantes de Afganistán, y no sólo eso. «No puede ser que los hijos de la gente importante —pensé con cierto cinismo— desaparezcan así como así, sin que los responsables den cuentas a nadie...».

Por muy loco que estuviera cada individuo como Omar en el mundo, recapacitaría

antes sobre las consecuencias de sus actos.

Tranquilizada por mis propias reflexiones, me senté en un sillón totalmente deshecha, esperando estoicamente lo que estuviera por venir, intentando combatir mis miedos. «Enseguida pasaría algo que cambiaría el curso de los acontecimientos», me decía a mí misma para calmarme.

Y de repente, en medio de un absoluto silencio, el timbre del teléfono que sonaba en algún lugar del interior de la casa me hizo dar un brinco y poner alerta todos mis sentidos. Al rato, oí que alguien descorría la cerradura de la puerta e inmediatamente un Omar completamente demudado hizo su entrada en la habitación.

«Es tu madre al teléfono», me dijo. «Ten mucho cuidado, desgraciada, de no decirle lo más mínimo porque si no te mato en el acto y dejo tirado tu cadáver donde no puedan encontrarte jamás. Diré que te largaste y que no tengo ni idea de dónde estás. Le vas a decir sólo que has tenido un pequeño percance y que te has roto la mano al caerte por las escaleras. Si no...».

Con el monstruo de mi marido de pie junto a mí como si fuera un verdugo sobre mi cabeza, cogí el teléfono. La voz de mi madre al otro lado de la línea me pareció alegre. Un sentimiento de rabia me llenó los ojos de lágrimas, que contuve rápidamente bajo la mirada salvajemente amenazadora de Omar. Intentando mantener firme la voz, respiré hondo para evitar que mi madre notara el temblor del miedo y le conté exactamente lo que segundos antes me había ordenado decir Omar. Intranquila por la noticia, se interesó por saber qué había dicho el médico. Después, pidió que se volviera a poner Omar. Él, sorprendido, cogió de nuevo el teléfono. Por los gestos y el fruncir de cejas de su cara me daba cuenta de lo desagradable que le resultaba lo que estaba oyendo. Con la voz, en cambio, mantenía un tono amable para no levantar sospechas.

Tras colgar el teléfono, se volvió y me miró muy enfadado. «Tu madre quiere venir a verte o que te lleve yo a su casa. ¿Pero quién se ha creído que es? El que manda soy yo, y sólo yo. En cuanto a ti, no olvides una palabra de lo que te he dicho. La ley me otorga el derecho de hacer lo que me dé la gana con mi esposa, sin que nadie tenga derecho a intervenir. Ya sabes lo que te espera como desobedezcas mis órdenes», me dijo tajante.

Era el colmo de la vileza. La insolencia de su comportamiento me dio el coraje necesario para plantarle cara de inmediato. Llena de cólera, le dije que no le tenía miedo, que podía matarme en ese mismo instante si quería. Una vida así no la quería para nada. Y, volviéndome hacia él, añadí con toda mi furia: «Quiero que me lleves a casa de mis padres ahora mismo. No podrás esconderte eternamente. Mi padre y mi hermano te encontrarán estés donde estés».

Esperaba una reacción violenta por su parte, pero se limitó a apretar con ira los labios y los puños y a decirme que fuera a arreglarme. Me dejaría un tiempo en casa de mi familia, en Peshawar.

Por dentro me sentí desbordante de euforia por mi victoria, pero no la manifesté

para no provocarle, no fuera a ser que cambiara de opinión. Mirando las señales de mis uñas en su cara y la oreja medio rota, me preguntaba cómo explicaría él sus heridas. ¿Qué diría, que también él se cayó por las escaleras?

«Por fin ha llegado tu hora, malnacido», pensaba para mis adentros alegrándome de su mal e impaciente por vengarme.

En una hora mis cosas ya estaban en la limusina. Omar se sentó a mi lado y yo me alejé de él todo lo que pude arrimándome a la ventanilla para que ni siquiera me rozara.

El chofer miró un momento hacia atrás por el retrovisor, sin expresar con los ojos la más mínima extrañeza, lo cual confirmó mi suposición de que todos estaban al tanto del comportamiento anómalo del señor de la casa y que no era la primera vez que tenían delante un espectáculo similar o incluso peor. Formaban parte de una conspiración cruel en contra de víctimas inocentes e ingenuas que caían súbitamente en su despiadada trampa. Eran cómplices de una banda encubridora de la locura y la perversión. Alguien tenía que poner fin a semejante horror. Tenía la esperanza de encontrar el coraje de hacerlo yo.

Tras un recorrido relativamente breve, dada la velocidad de vértigo con que conducía el chofer paquistaní, que había estado a punto varias veces de pasar por encima de animales y viandantes, llegamos por fin a mi casa. Mis padres habían visto llegar el coche, así que mi madre nos esperaba impaciente en la entrada.

Al verme bajar del coche e ir hacia ella medio arrastrándome por los dolores que tenía en todo el cuerpo, vino corriendo como loca y mirándome de arriba abajo soltó un grito de preocupación.

«¡En el nombre de Dios, hija!, ¿qué te ha pasado?», exclamó con lágrimas en los ojos.

Me dio un abrazo con todo su cariño y pasando mi brazo por su hombro me llevó hasta la casa sin prestar atención a Omar. En el inmenso zaguán, mi padre nos estaba esperando de pie junto a dos criadas. Cuando vio lo mal que estaba, con un movimiento impaciente de manos las hizo salir de la sala. En ese momento, entró Omar. Mi madre le dirigió una mirada interrogante asombrada también por las señales de arañazos en su cara y el vendaje en la oreja. Yo la veía ponerse más y más lívida, con la respiración entrecortada.

Mi padre, con expresión más de profundo desagrado que de preocupación, se volvió hacia Omar y le preguntó qué había pasado para que tuviéramos los dos un aspecto tan lamentable. Entonces, mi marido, mirándole a los ojos, le dijo que me había negado a acostarme con él y que le había atacado como una gata salvaje. Que al salir huyendo de la habitación, y él detrás de mí intentando calmarme, me había caído rodando por la escalera principal y me había lastimado en varias zonas del cuerpo, rompiéndome la mano al apoyarla para amortiguar el golpe.

Yo me quedé mirándole estupefacta. No sólo estaba loco sino que era además un mentiroso de primera.

«¡Mentira!, ¡mentira!», grité desesperada.

Mi padre me dijo que lo acompañara a su despacho, dejando a los demás allí en el vestíbulo. Sentados frente a frente en el sofá, le conté punto por punto todo lo ocurrido, rogándole que me salvara de esa pesadilla. Me era totalmente imposible seguir viviendo en esas circunstancias ni un día más.

Me impresionó la impasibilidad con que escuchaba mis palabras. No había ni rastro de pena o de enfado en su rostro, no se leía emoción o compasión alguna en su mirada. Noté que un sentimiento extraño me oprimía el corazón. Cuando terminé de hablar, sin consolarme ni tranquilizarme en absoluto, me dijo que lo siguiera.

Reunidos ya todos en el salón, adonde mi madre había llevado a Omar con una expresión gélida, rígida como una estatua, mi padre se dirigió a mí diciendo:

«De acuerdo con los preceptos del Islam, tú perteneces a tu marido, de forma que sus deseos habrán de ser también los tuyos. Le prestarás una obediencia ciega. No volverás a darle ni un solo disgusto más ni nos pondrás en ridículo ante los demás. Casada como estás, ya no tienes más cabida en mi casa que como visitante y siempre que lo permita tu marido».

«Pero, ¡el muy pervertido me va a matar!», grité llena de indignación.

«Te haga lo que te haga, ahora él es tu dueño y señor», me contestó con frialdad.

Miré a mi madre suplicando su ayuda. Ella corrió a abrazarme angustiada, gritándole a mi padre: «¿Cómo puedes ser tan cruel con tu hija, viendo cómo está por culpa de ese bárbaro? No pienso permitir que vuelva a tocarla».

Y entonces sucedió lo que jamás había sucedido en nuestra casa. Mi padre se le acercó, la arrebató de mis brazos bruscamente y dándole un empujón la encerró en su dormitorio. La oí aporrear la puerta para intentar abrirla, implorándole que tuviera compasión de mí y que no me abandonara en las garras de Omar. Su instinto de madre le había hecho darse perfecta cuenta de lo que ocurría y trataba de ponerme a salvo, pero todo fue en vano. Mi padre me dijo que debía volver con mi marido a su casa y ser una esposa comprensiva y obediente, que todo iría estupendamente.

Lanzando una mirada de odio a Omar, vi un fulgor de triunfo en sus ojos negros y una sonrisa sarcástica asomando a medias por entre su boca hinchada por los golpes que yo le había propinado. Paralizada por la desazón y el terror, no quería creer cuanto estaba ocurriendo en mi casa, ni que la persona que me trataba con tanta indiferencia, sin apiadarse de mi miserable estado, fuera ni más ni menos que mi padre, la persona que me dio la vida, me crió, a quien había admirado y amado durante todos aquellos años. ¿Qué había sido de su ternura, de su amor, de su constante atención e interés por mí? No me cabía en la cabeza que todo eso pudiera haberse perdido de la noche a la mañana, no podía dar crédito a que me estuviera entregando a los brazos de mi torturador, poniendo en peligro mi vida misma.

Me invadió un sentimiento de desgarró y odio al mismo tiempo. Todos mis principios, toda mi fe en los vínculos irrompibles de la familia, yacían hechos trizas ante mis ojos cargados de lágrimas. Cualquier trasto viejo tenía más valor que yo,

víctima de la supremacía del varón en la tradición musulmana. Yo era un cero a la izquierda, un guiñapo a merced de la voluntad de mi marido, de mi padre y de cualquier hombre, sólo por el hecho de haberles sido otorgado el gran privilegio de pertenecer al sexo masculino.

«Prefiero tirarme por la ventana antes que vivir así», pensé. «Los detesto a todos. No quiero tener nada que ver con este padre desalmado».

Sentía además una pena inmensa de pensar en mi madre incomunicada, encerrada y despreciada ahí en su habitación. En una hora había caído por tierra la imagen que tenía de quien me había engendrado después de la puñalada recibida de sus propias manos. Ya no tenía adónde ir, no tenía a nadie a quien acudir. Por lo visto, y sin saber por qué, mi madre había perdido la influencia que siempre había tenido sobre mi padre. Seguro que ella tampoco podía explicarse su injustificable conducta.

La voz de mi padre rompió mi ensimismamiento. Estaba diciéndole algo a Omar en voz baja pero en tono categórico mientras que éste asentía con la cabeza inclinándose en una reverencia. No pude escuchar lo que decía. Cuando dieron por terminada su conversación, le dijo tajantemente a Omar que me llevara a nuestra casa y, sin mirarme ni por un momento, se dio la vuelta y se perdió en el pasillo en dirección a su despacho, sin una despedida, sin un adiós.

«He aquí el fin», pensé y fui tras Omar, arrastrándome con mucho esfuerzo hasta llegar al coche. Tras abrirme el chofer la puerta, me dejé caer en el asiento como un saco de patatas, desparramada e indolente. Mi marido, como si yo no existiera, se puso cómodo y encendió un cigarro que me levantó el estómago, saboreándolo al igual que su total victoria sobre toda mi familia.

Viaje de vuelta al campo de exterminio, probablemente para acabar del todo con mi cuerpo, porque mi alma estaba ya completamente muerta.

Cuando llegamos a la casa, Omar me llevó sin decir ni una palabra a una nueva habitación. Me eché encima de la cama como una marioneta rota, intentando apartar de mí la angustia para poder dormir, pues me escocían los ojos de tantas horas en vela. La cabeza me dolía tanto que me parecía que pesaba una tonelada y desde diferentes puntos de mi cuerpo me invadía el dolor. Debí de quedarme dormida, porque cuando volví a abrir los ojos me sentía un poco mejor.

En ese momento, una criada entró en la habitación con una enorme bandeja de plata llena de comida. No tenía hambre, aunque llevara sin comer bastantes horas. Sin embargo, cambié de idea por puro instinto de conservación. Tenía que mantener íntegras mis fuerzas físicas, así que comí un poco de carne con verduras y me quité la sequedad de la boca con un poco de zumo. La criada, sin decir nada, cogió la bandeja y se marchó.

Poco después volvieron las dos mujeres médicas para cambiarme las gasas y ayudarme en el aseo íntimo. Por la noche, mi madre llamó por teléfono. En esa ocasión fui yo quien contestó y la tranquilizó. Le dije que estaba bien, que había comido, que había dormido y que mi marido no me había puesto la mano encima.

Y de hecho, durante una semana entera Omar no se acercó a mi habitación. Pero a la octava noche, cuando ya me encontraba mucho mejor, vino y se acostó a mi lado reclamando sus derechos conyugales, esta vez sin violencia. Temiendo que me pegara de nuevo, cedí al repulsivo contacto con la persona a quien odiaba y despreciaba. Cuando quedó satisfecho, se fue a dormir a otro sitio, lo cual me alivió sobremanera, pues su mera presencia me daba ganas de vomitar.

A partir de ese día empezó a venir cada noche a mi cuarto, yéndose más o menos al cabo de una hora. Apretaba los dientes y me resignaba pacientemente a soportar ese martirio. Había decidido someterme a su gusto para ganar tiempo hasta que me encontrara totalmente recuperada, sin correr el riesgo de despertarle la ira o sus tendencias sádicas. Atribuía el cambio de su conducta a la conversación que tuvo con mi padre en nuestra casa de Peshawar. De alguna manera, al margen de las declaraciones formales que había hecho delante de mí, mi padre le había hecho prometer que no volvería a practicar conmigo esos hábitos.

Al menos por ese hecho, tenía motivos para estarle agradecida.

En los días siguientes, también llamó alguna que otra vez Nabil, seguro que no queriendo llamar más veces por no molestar a los recién casados en su luna de miel. Estaba claro que nadie le había informado de lo sucedido y que mi padre habría obligado a mi madre a guardar absoluto silencio sobre el tema. Las llamadas de mi familia eran siempre breves. Además, Omar alegó compromisos urgentes de trabajo y aplazó el viaje al extranjero para mi gran satisfacción. No tenía ganas de ir a ningún sitio con alguien a quien aborrecía. Mientras menos lo viera, tanto mejor para mí.

Me pasaba todo el tiempo leyendo y dando paseos por el jardín, bajo la vigilancia

incesante, claro está, de los sirvientes de la casa, que seguían cada uno de mis movimientos desde la distancia. Me ahogaba ese sentimiento de estar encarcelada, pero tenía miedo de expresar cualquier malestar u objeción a Omar. Los dolorosos recuerdos de la primera noche juntos habían dejado mi alma marcada para siempre. No podría soportar hacer frente a otras aventuras por el estilo.

Un buen día, mientras leía algunos periódicos y revistas extranjeras sentada más o menos cerca de la casa, a pocos metros vi una figura femenina deslizarse deprisa hacia la puerta de salida del jardín. Creyendo que se trataría de alguna criada, la llamé para pedirle que me trajera otra jarra de zumo. Al oír mi voz se detuvo en seco. Seguramente no me había visto al pasar por delante de la fila tupida de arbustos y se volvió hacia mí sorprendida. Cuando vio quién era yo, se levantó velozmente el extremo del sarong para cubrirse el rostro. Pero ya era tarde. Había alcanzado a verle los moratones de los ojos, la cara hinchada por los golpes y la boca herida. Era una chiquita paquistaní, de poco más o menos catorce años. Conmocionada, sentí por ella una profunda compasión, pues sabía quién había sido el autor de semejante fechoría.

Di unos pasos hacia ella para expresarle la pena que sentía y consolarla. La pequeña, aterrorizada, como un ciervo asustado, echó a correr a toda prisa. Había tenido que vérselas con el dueño; no iba a tener que soportar encima la furia de la esposa, pensaría.

De repente lo vi todo clarísimo. No era posible que un vicioso como mi marido hubiera desatendido o prescindido de sus anomalías sexuales sólo porque alguien con la autoridad de mi padre le hubiera dado determinadas instrucciones. Sencillamente las había practicado con muchachitas indefensas como la que acababa de ver, que eran la fase preliminar a sus visitas al lecho conyugal. Sentí tanto asco que no pude evitar vomitar al pie de las pobres flores que adornaban el jardín. Tomé la seria determinación de acabar con ese hombre. Debía encontrar la manera más rápida de librarme de su odiosa presencia, de huir cuanto antes de ese ambiente enfermizo.

Ojalá que por una vez, aunque fuera la primera y la última, me ayudara el todopoderoso Dios...

Omar me hizo saber que quería que en lo sucesivo cenáramos juntos en el comedor. Me sometí a su voluntad, tratando en lo posible de mantener un trato fríamente formal. Odiaba sus visitas nocturnas y muchas veces me había sorprendido a mí misma, no sin remordimientos, deseando que tuviera un accidente, que lo matara una mina terrestre o acabara asesinado por las facciones rivales. Todas las noches volvía a casa, sano y salvo, y tenía que padecerlo con un desagrado que, a pesar de la evidente pasividad con que me comportaba en los encuentros de alcoba, él parecía ignorar, como dándole completamente igual mi reacción una vez que me había convertido en objeto de su pertenencia.

Así pasó, pues, la para mí dolorosa «luna de miel».

Hacia finales de octubre, una mañana me telefoneó Nabil desde Kabul para decirme que pensaba ir a verme el fin de semana y para consultarme dónde prefería que nos viéramos, si en la casa familiar o en casa de mi marido. Informé a Omar y éste me dijo que podía aprovechar para ir a Peshawar y ver también a mis padres. Él sabía que, desde el día en que me había sentido abandonada por mi padre, no le había llamado por teléfono ni una sola vez, y tampoco había preguntado por él a mi madre. Tal vez se sentía superior por haber sido capaz de derrotarme y de deteriorar mi relación con mi padre, además de haber distanciado a mi madre de su esposo.

Parecía informado de cualquier cosa que ocurriera en nuestra casa. Sin duda, el personal a su servicio grababa mis conversaciones telefónicas, tuviera yo cuidado o no a la hora de hablar por miedo a él o a sus chivatos. Ya me habían quitado el yeso del brazo, así que perdí de vista a las desagradables enfermeras que me asistían.

El sábado por la mañana, el chofer y un criado me acompañaron a la casa de mis padres. Me quedaría allí hasta que Omar regresara de Egipto al cabo de cuatro o cinco días. Cuando, después de tanto tiempo, volví a ver a mi madre y a Nabil, me abordó un sentimiento de calidez y amor a ellos que endulzó mi corazón.

Nos pasamos horas charlando. En un momento dado mi madre me susurró al oído que Nabil no sabía nada de lo mío y que no debía contar nada de mi relación con Omar delante de mi hermano. De hecho, respondía con generalidades a sus preguntas y esquivaba hábilmente cada escollo. A escondidas, confirmé a mi madre que mi marido no había vuelto a pegarme. Pero no podía engañarla en relación con mis sentimientos. Leyó en mis ojos el desprecio y el odio que sentía hacia él, sin que ninguna de las dos pudiera hacer nada. Éramos dos mujeres desamparadas, simples peones en manos de los hombres y sus leyes. Así pues, intentábamos apoyarnos la una en la otra con todo nuestro amor y reunir fuerzas para el día de mañana.

Me confesó que mi padre se había vuelto un fanático partidario de los talibanes, fuertemente influido por el tío de Omar, a quien veía con mucha frecuencia. Su cambio en todos los órdenes de la vida era tan manifiesto que había dejado de reconocer en él al hombre con quien había compartido tantos años de su vida. No se extendió más sobre sus relaciones con él, pero noté que se había creado un abismo entre ellos que difícilmente podrían ya salvar, porque día tras día se iba haciendo más y más profundo. Deseaba que las cosas le fueran a mejor, pero no tenía fe en que fuera posible. A mí también me había afectado ese cambio de mi padre. El amor y el respeto que había en él habían cedido su lugar a la maldad y la indiferencia. Tampoco sentía necesidad de verle, de oír su voz, y me alegraba mucho que él no se encontrara en casa. Después de cómo me había herido, incluso pensar en él me resultaba doloroso.

Estaba profundamente desencantada. Mi matrimonio, que pensaba que podría ser para mí el inicio de una nueva vida, si no feliz sí al menos estable y sosegada, había resultado ser el principio del fin del viaje que con tanta ilusión había emprendido. Las puertas del tren que iba a llevarme hacia mis sueños se habían cerrado, dejándome

sola e indefensa en una estación inhóspita y desierta.

Pese a haber prometido una y otra vez a mi madre que no le diría nada a Nabil, un rato en que nos quedamos a solas los dos, el trastorno emocional, el miedo y su insistencia en hacerme preguntas llevado por su interés de hermano, me hicieron venirme abajo. Él veía que yo no estaba bien y sabía que en algún momento se me acabarían las evasivas. Cuando supo sobre él, por otra parte, tan bien afamado esposo mío, su primera reacción fue ponerse de pie de un brinco y gritar: «¡Yo a ese canalla lo mato!».

Le hice sentarse otra vez junto a mí e intenté calmarlo con estas palabras: «No se adelanta nada si perdemos la sangre fría, hermano. Tú conoces los preceptos del Islam, y también los conoce bien Omar. Lo único que podemos hacer por ahora es tener paciencia. No quiero que nadie se dé cuenta de que estás al tanto de la situación. Lo que tenemos que hacer es encontrar, con la ayuda de mamá y de los abuelos, la manera de hacerme salir de Afganistán camino de París, donde podría quedarme en alguno de los apartamentos de la abuela, o donde mejor creáis. Ya no deseo seguir viviendo con ese individuo».

Nabil me dio su palabra de que haría lo que fuera para ayudarme y apoyar mi intención de huir de allí. Yo confiaba en él plenamente. Sabía que movería cielo y tierra por mí. No quedaba sino que llegara por fin el bendito momento de levantar el vuelo libre, lejos de la prisión en que me hallaba.

Pero ese día no llegó nunca. Cuando Omar volvió de su viaje y regresamos juntos a casa, empecé a sentir náuseas todas las mañanas, y no acababa de llegarme la regla.

Con el resultado de la analítica se confirmaron mis sospechas de embarazo. Al principio la noticia me partió en dos. No quería traer al mundo la semilla de un depravado al que odiaba y rechazaba con todo mi ser. Pero la inocente criatura que habría de nacer se ganó mi compasión y sustituyó con ilusión los otros malos sentimientos. Ya había cometido una vez el error de renegar de mi hijo y Dios me había castigado por ello. No cometería la misma falta por segunda vez; tal vez era incluso una señal del Todopoderoso, el hilo que me ataría a la vida y me daría una razón para existir.

Debía olvidarme del sueño de la huida. El niño tendría que vivir también con su padre, fuera como fuese éste. Quién sabe, tal vez la llegada del niño haría a Omar mejor persona en el futuro.

Así lo razoné ante mis seres queridos cuando les informé de todo. Mi madre estuvo de acuerdo, pero Nabil no las tenía todas consigo.

«La decisión última es tuya y solamente tuya», dijo sin más.

Ya estaba preparada para dedicarme de lleno a la nueva vida que llegaría en pocos meses. Estaba dispuesta a prescindir totalmente de mis deseos y de abandonar mis esperanzas de vivir en tanto que ser humano y en tanto que mujer, y no como objeto, a fin de preservar la vida que llevaba en mi seno.

Omar se mostró entusiasmado con la perspectiva de tener un descendiente. Incluso se diría que su conducta era la de una persona normal. Siempre que hacía referencia al bebé lo llamaba «mi pequeño», «mi hijo», «el continuador de mi linaje». Y eso a mí me sacaba de quicio.

«¿Y si resulta que es niña?», le pregunté enfadadísima en una ocasión.

Me lanzó una mirada sombría, dejándome el silencio por respuesta.

Aquella mañana me encontraba en el jardín cogiendo flores para poner en los jarrones de mi dormitorio y del salón. En el momento en que me agaché para coger una rosa roja por el tallo, un dolor punzante en la cintura me paralizó hasta creer que me desmayaría, al tiempo que noté muerta de miedo que había roto aguas.

Llamé de un grito a las criadas, que vinieron corriendo y me llevaron hasta el coche mientras mi doncella bajó rápida como el rayo mi maleta con mis cosas y la ropita del bebé, preparada por lo menos desde hacía un mes. Además, avisaron rápidamente al ginecólogo y llamaron al hospital para decir que iba de camino.

Durante el trayecto al hospital, los dolores empezaron a hacer su aparición a intervalos regulares. Yo me moría de miedo de sólo pensar que daría a luz en la parte trasera del automóvil o de que hubiera alguna complicación. Sentía pánico a esa nueva experiencia y sentía un dolor insoportable. Cuando llegamos al hospital, me llevaron enseguida a la sala de partos. Antes, logré ver a mi madre y a mi abuela, que ya estaban allí y me dieron ánimos con fuertes apretones de manos.

«Todo va a salir bien», me decían deseándolo desde lo más profundo de sus corazones.

El parto se desarrolló con total normalidad, como era de esperar tratándose de una mujer joven y sana, pero aún así duró bastantes horas.

Hacia el atardecer, el nuevo ser llegó al mundo. Había dado a luz a una niña preciosa. Cuando me la enseñaron, lloraba sin parar y se chupaba su minúsculo dedito.

Mi corazón se llenó de orgullo, las lágrimas se me saltaron de emoción cuando la tomé en mis brazos por primera vez, llena de gozo maternal. Mi familia estaba feliz de saber que el bebé había nacido completamente sano y que yo me encontraba bien. Mi padre no dio señales de vida, pero tampoco Omar apareció por el hospital para ver a su hija o para apoyarme durante el parto.

El día antes de recibir el alta médica, Nabil vino desde Kabul a verme. Rebosaba de felicidad mirando a su sobrinita y tratando de sacarle el parecido. El bebé era exactamente igual que su padre. El día que salimos del hospital, el coche nos estaba esperando allí mismo y dentro de él la puericultora que habían contratado. Mi madre me dijo que por supuesto se quedaría conmigo durante las primeras semanas para ayudarme en lo que fuera, sin importarle en nada que mi marido pusiera o no objeciones. Lo último que me importaba a mí en esos momentos, claro está, era saber lo que opinara Omar de la estancia de mi madre en casa. Lo que quería era reponerme cuanto antes para dedicarme a cuidar del precioso bebé, de mi bebé. Como por arte de magia, ya todo era diferente.

Plena de ilusión y felicidad por el nacimiento de una nueva vida, me concentré en la pequeña criaturita que se aferraba a mi pecho con sus pequeñas manos y se envolvía serena en mi regazo. En el hospital maternal, me pasaba el día

contemplándola absorta, colmándola de caricias y besos y arrullándola con nanas hasta que las enfermeras me la quitaban de las manos, sonriéndome con paciencia si me ponía a protestar.

De vuelta a casa, nos topamos con Omar cuando iba saliendo camino del trabajo o de sus habituales «diversiones».

Esperaba que viniera corriendo hacia nosotras, que cogiera en brazos a su hija y que diera la bienvenida a nuestra familia a ese nuevo ser. En lugar de eso, se detuvo un momento, nos saludó con un movimiento de cabeza y sin decir palabra se dirigió al coche y dio orden al conductor de que arrancara.

Yo me quedé mirándole como petrificada. Su indiferencia no ya hacia mí, que bien poco me importaba, sino hacia el bebé, me dejó con la boca abierta. A mí y también a mi madre. Sentí una opresión dolorosa en el estómago. Desde ese mismo instante empecé a sentir pena por aquella criatura inocente. El desprecio que Omar sentía hacia mí o más bien hacia la totalidad del sexo femenino alcanzaba ahora a su propia hija, sangre de su sangre.

Arrebatada de furia, apreté fuertemente los dientes y sólo cuando me percaté del chirrido que hacían volví a mí tratando de recuperar mi autocontrol. En esos momentos, me irritaba incluso la mirada apenada de mi madre. Salí aprisa del coche y subí a mi habitación con el bebé, que como si intuyera el rechazo paterno, había empezado a chillar desconsoladamente.

La habitación del bebé era contigua a la mía. Me había pasado meses amueblándola y decorándola hasta el último detalle, desde la cunita, las cortinas con dibujos infantiles y los peluches en las repisas blancas de la pared, hasta la última prenda de su ajuar.

Pero como si no se sintiera bien recibido ni siquiera en el espacio dedicado a él, no dejó de llorar ni al darle de mamar, ni cambiándole el pañal, ni cantándole nanas durante un buen rato. Por fin consiguió quedarse dormido, pero con la carita todavía congestionada de tanto llorar. De pie junto a su cuna, me juré que jamás permitiría que nadie hiciera a mi hija el daño que había sufrido yo.

Mataría con mis propias manos a quienquiera que pusiera en peligro su integridad. Mi madre, que oyó las amenazas que pronuncié en voz alta, me miraba sin ocultar su profunda tristeza. Por un momento la oí murmurar refiriéndose probablemente a la inadmisible actitud de Omar: «Es un impresentable, ¡un impresentable!».

No hice ningún comentario. No había nada que añadir a la evidencia.

Por la noche, Omar nos hizo llamar para la cena. Me negué a bajar. Al momento, llegó hecho una furia y se quedó de pie junto a la puerta de la habitación de la niña. «Baja inmediatamente», me gritó. «De lo contrario, te bajaré yo a rastras».

Llena de cólera, le contesté diciéndole que jamás volvería a sentarme a la mesa con él, sobre todo después de cómo se había comportado ante el bebé. Ya se iba a ir de las manos cuando mi madre se puso en medio y con voz de hielo le pidió que se

marchara enseguida de la habitación antes de que fuera demasiado tarde. La contundencia con que lo dijo y la amenaza de que avisaría a su tío y a Nabil, le hizo echarse atrás y alejarse apretando los puños de ira.

«¿Así es como será de ahora en adelante mi vida y la de mi hija?», pensé desesperada. No, pasara lo que pasara no estaba dispuesta aceptarlo. El nacimiento de mi hija, mi necesidad de protegerla, me daba nuevas fuerzas. Aspiraría por todos los medios a una vida normal para las dos, le gustara o no a su cruel y desalmado padre. La lucha empezaba en ese mismo instante.

Mi madre se quedó en casa más o menos un mes. Durante ese tiempo, Nabil y mis abuelos nos visitaron en tres ocasiones. El que brillaba por su ausencia era mi padre. No sólo no había pedido ver a su nieta, sino que ni siquiera había llamado por teléfono para dar su enhorabuena y preguntar por ella. Naturalmente, ignoraba si había hablado o no con Omar. Mis abuelos me manifestaron abiertamente la indignación que sentían.

Mi madre se sentía totalmente impotente, pero ni por un momento trató de justificarlo. Yo me sentía como si me hubiera borrado de su vida y era incapaz de encontrar un solo motivo para comprender su actitud. Incluso aunque fuera una delincuente, en algún rincón de su corazón debía de seguir teniendo sentimientos paternales, un mínimo de cariño al menos. Su incomprensible menosprecio me dolía y me hacía sentirme traicionada, pero desde el momento en que había venido al mundo mi precioso bebé, di de lado a mis preocupaciones personales y me entregué en cuerpo y alma a criarlo lo mejor que pudiera. Semana tras semana veía los cambios en su carita y cómo iba creciendo, poniendo peso y colmándome de felicidad. Vivía por y para ese don que el cielo me había dado, entregándome a ella con una seguridad en mí misma que provenía precisamente de las fuerzas que me daba el verla habitar mi limitado mundo.

Durante todo ese tiempo, Omar no se acercó ni al umbral de la habitación de la pequeña. La pena que sentía al principio se había convertido en un odio profundo e incontrolable hacia semejante monstruo. Le deseaba el peor de los castigos.

Sobre la situación en Kabul, sabíamos lo que nos contaba Nabil, que seguía de cerca las noticias por el canal de televisión Al-Jazira y por la prensa internacional. Estábamos consternados. Ya desde comienzos de 1994, los ataques de la artillería y el lanzamiento de misiles habían ido a más, provocando así una segunda oleada de refugiados que superaba los ciento cincuenta mil. Según los medios de comunicación, unas mil personas habían muerto en sólo unas pocas semanas.

En declaraciones de la periodista Molly Moor, se trataba de una cifra estremecedoramente alta en comparación con el número de muertos de Sarajevo, donde había habido el mismo número de muertos a lo largo de ocho meses de guerra. De los supervivientes, más de la mitad salieron del país en calidad de refugiados.

Según estimaciones de la Cruz Roja, la población de Kabul había descendido, de los dos millones de habitantes que había en 1992 a setecientos mil, de los cuales había a su vez trescientos mil refugiados. La mayoría de ellos era de clase media, población pacífica que se limitaba a vivir sin meterse con nadie.

«Decenas de miles de personas viven en terrenos sin cultivar plagados de minas antipersonales, sin poder refugiarse del frío invernal y sin nada que llevarse a la boca.

Esperan atenazados por el miedo, con el fantasma del hambre ante sus ojos y los de sus familias, ya que los pistoleros de Hekmatyar roban los cargamentos de trigo y alimentos e impiden a los comerciantes el acceso a la ciudad», anunciaban las agencias extranjeras de prensa.

Yo era incapaz de ayudar en nada, dedicada como estaba a cuidar del bebé.

Se me pasaban ideas absurdas por la cabeza, como por ejemplo que Omar podía hacerle algo malo. No me apartaba de la pequeña en ningún momento del día a fin de protegerla a todas horas. Durante todo ese tiempo, Omar había subido, y con evidente desagrado, tan sólo una vez a la habitación del bebé. En aquella ocasión, echó un vistazo a la cuna desde la puerta, sin acercarse a verlo, a cogerlo en brazos como padre que era, aunque fuera sólo por curiosidad.

Entre tanto, no había vuelto a pedir que asistiera al comedor a la hora de cenar ni me había vuelto a tocar, para mi gran tranquilidad. Tan sólo cuando había invitados me ordenaba que me encargara de organizar la recepción y exigía mi presencia.

Lo que sí me molestaba era que hubiera contratado a una nueva criada, Sima, que reemplazó a mi silenciosa doncella. Sima era una muchacha muy guapa algo altiva, que entraba y salía de mis aposentos cuando le venía en gana, provocando consecuentemente mi enfado. Cuando le ordené que no volviera a poner el pie en mis recintos privados, tuve que enfrentarme con la indignación de Omar, que me prohibió atreverme a dar órdenes de nuevo en su casa y dictaminó que la chica permanecería en su puesto.

Comprendí que cumplía otras funciones además de la de espía. Era su nueva amante, por la que me había sustituido a mí y que evidentemente ejercía sobre él una influencia mayor que la de otras queridas, ya que había acabado instalándose en la casa. Me miraba siempre de manera provocativa, tratando de enojarme, dando a entender con su actitud que era ella quien movía los hilos ahora en la casa de mi esposo.

Decidí ignorarla por completo. Sin embargo, no dejé de observar sus movimientos cada vez que me visitaba alguien de mi familia, no fuera a ser que nos escuchara desde detrás de alguna puerta, como hizo una vez que vino a verme Nabil. Cuando mi hermano la descubrió con el oído pegado a la puerta, por poco no le da una paliza.

Desde entonces empezamos a tener mayores precauciones, tanto a la hora de hablar como de actuar. Sobre nuestros planes futuros hablábamos únicamente al pasear con el bebé por el inmenso jardín.

Omar pasaba cada vez más tiempo fuera de casa en interminables reuniones con miembros del movimiento talibán o tomando parte en sus operaciones militares. Su tío había enviado regalos carísimos para mí y para la pequeña, hija de su querido sobrino, pero en cambio no vino ni una sola vez a vernos.

Se limitó a llamar por teléfono desde Kandahar para darme la enhorabuena de rigor, diciéndome que estaba desbordado de trabajo y de asuntos relacionados con la guerra y que no tenía tiempo de ir a Pakistán. A mí me importaba bien poco verlo o no. No tenía lugar en mi corazón para nadie que no fuera mi hija o mis seres queridos.

Entre tanto, ya desde enero de 1994, Gulbudin Hekmatyar se había aliado con el general Abdul Rachid Dostom con la intención de derrocar al presidente Burhanuddin Rabani, que había sido cabecilla de la facción de los Jamaat-I-Islami durante la guerra contra los rusos, así como con su ministro de Defensa, Ahmet Sah Massud. Dostom había comenzado su carrera como general del ejército, comandando las tropas de los uzbekos al norte de Afganistán durante la etapa de la ocupación soviética. En 1985 se unió a Najibullah. En 1992 volvió de improviso a los grupos de resistencia islámica de los mujaidines.

En las batallas que siguieron, murieron unos veinticinco mil ciudadanos de Kabul. Hasta 1994, diferentes ejércitos y grupos paramilitares, así como las milicias urbanas de los antiguos mujaidines, combatían entre sí prácticamente a lo largo y ancho de Afganistán, y gobernaban en las regiones que sometían como auténticos generales, pero sin que hubiera cohesión entre ellos ni tampoco un núcleo representativo capaz de gobernar el país.

En 1994, los talibanes empezaron a ganar terreno. Acabaron derribando a los gobernantes locales, después de numerosos ataques con los que se granjearon fama por su disciplina, su capacidad de organización y sus victorias militares.

Pakistán empezó pronto a apoyarlos, fundamentalmente con vistas a colaborar en la instauración en Kabul de un gobierno estable y amistoso para con su país.

Lo único molesto para los paquistaníes eran las interminables oleadas de refugiados que se agolpaban en las regiones cercanas a la frontera, obstaculizándoles las relaciones comerciales y abarrotando las instalaciones en que eran acogidos.

Antes de acabar el año, los talibanes tomaron por asalto Kandahar con un espectacular despliegue militar, apoderándose así de grandes provisiones de armamento de última generación que incluían aviones de combate, tanques y helicópteros. De esa forma se hicieron dueños de la mitad sur del país. Su ideología fue aceptada por bastantes afganos, al principio con mayores reservas y más tarde con entusiasmo al considerar la adhesión a los talibanes el único medio de unir a las diferentes etnias. Soñaban con la creación de una poderosa potencia interior que fuera objeto de respeto y admiración por parte no sólo de los ciudadanos de Afganistán

sino también de los demás pueblos del mundo.

Yo no sabía hasta qué punto eran acertadas o no esas perspectivas y lo que hacían en nombre de ellas. Lo que sabía con certeza era que el talibán con el que había cometido el tremendo error de casarme era lo peor de lo peor. Pero tampoco resultó ser mejor que él mi padre. El cambio de carácter tan radical que dio tras unirse a los talibanes me había decepcionado profundamente y me había causado una herida incurable.

Eso no significaba, claro está, que todos los musulmanes o talibanes se comportaran de igual modo. Había conocido en persona a familias en las que había respeto mutuo, amor y ternura entre sus miembros, tal como había sido la mía tiempo atrás.

Ahora todo eso parecía quedar muy lejos. El cabeza de nuestra familia, mi padre, nos daba a conocer una faz desconocida y cruel. Tendría que conformarme con mi hermano, mi madre y mis abuelos. Además, tenía como prioridad a mi pequeña, que me llenaba de alegría y plenitud, aportando a mi vida sentimientos que no había experimentado desde que me había casado. Por miedo a que pudiera ocurrirle algo a mi hija, dejé de acudir a los campos de refugiados.

De todas formas, con sólo intentarlo sabía que mi marido y sus hombres me lo impedirían.

1994 acabó y cedió el paso a 1995. Antes de finalizar el mes de enero, los talibanes llegaron a las puertas de Kabul tras dejar a las fuerzas armadas de Hekmatyar en clara desventaja. Desde ese momento hasta la caída final de la capital en septiembre de 1996, los talibanes presentaron muchos frentes contra muchos otros generales y milicias urbanas, logrando una victoria absoluta sobre todos ellos. Su supremacía constituía la cuarta fase de la devastadora e ininterrumpida guerra civil.

Massud y el presidente Rabani se retiraron al norte junto con sus tropas, pero con la determinación de no abandonar la guerra contra los talibanes.

Los soldados de Hekmatyar, incapaces de enfrentarse al arrojo y la buena organización de sus enemigos, se vieron obligados a salir de la capital y a limitarse a atacar de forma puntual en el resto del país. Los combates más sangrientos se debieron a los Hezb-I-Wadat y otra facción de los mujaidines, los Itihad-I-Islami, quienes guerreaban en los barrios de clase media de Kabul causando numerosos muertos y desapariciones tanto de soldados como de civiles inocentes.

Mi hija, entre tanto, no paraba de crecer. A finales de junio de 1995 celebramos su primer cumpleaños entre amigos y familiares. Omar y mi padre asistieron, pero mostrando su indiferencia y dando la impresión de que la fiesta no iba con ellos. Mi hija no recibió ese día ni un solo beso ni una sola caricia de parte de su padre. Omar le dio sus regalos dándole unos golpecitos en la cabeza y se apartó para seguir charlando con su tío y sus socios. Mi padre se acercó a la niña, dio orden a su ayudante de que pusiera sus regalos delante de ella, farfulló dos o tres palabras y se marchó hacia el fondo de la sala.

Me hervía la sangre de ira y odio. A duras penas pude contenerme para evitar montar un escándalo.

Una desconsideración tan evidente hacia mi hija, una parte de indignación, me llenaba la cabeza de ideas disparatadas de venganza, imposibles de llevar a cabo por el momento. Estaba segura de que se comportarían de forma radicalmente diferente en caso de que fuera niño. Y aun así, pensaba con honda amargura que cuando yo nací mi padre me acogió con amor y cariño, me cuidó y me atendió sin darme un trato diferente del que había dado a Nabil.

¿Por qué mi marido y mi padre trataban así a mi hija? ¿Qué se había apoderado de ellos y los había convertido en criaturas insensibles? Era algo más que seguro que influirían negativamente en la vida y en el futuro de mi hija. «Otórgame, Dios mío, la fuerza necesaria para afrontar con templanza algo tan absurdo. Guíame para que tome las decisiones correctas», rezaba fervorosamente en mi interior.

Mi vida cotidiana, insignificante en comparación con lo que estaba ocurriendo a mi alrededor, no me hacía estar ajena a la evolución política de los acontecimientos.

Aprovechando la situación de caos que había por doquier en Afganistán, los talibanes, comandados por el clérigo Mohammed Omar, un antiguo combatiente de

los mujaidines que volvió a su pueblo tras la caída del régimen de la Unión Soviética, avanzaban como los nuevos «Atilas» de Afganistán.

Los talibanes, los «estudiosos del Corán», trajeron al país un nuevo tipo de dogma islámico, de un extremismo y una brutalidad que de seguro no aparece en el Corán. Las mujeres dejaron de tener derecho a trabajar fuera de casa o a ir a la escuela. Miles de mujeres fueron expulsadas de sus puestos de trabajo, perdiendo consiguientemente su independencia económica y sus libertades individuales. Los hombres debían dejarse barba y seguir regularmente las ceremonias religiosas.

Tras la histórica toma de Kabul en septiembre de 1996, las cosas pasaron de ser difíciles a ser extremadamente peligrosas, sobre todo para las personas con formación, que se veían anuladas como individuos por aquel movimiento fanático. La televisión, la música de origen occidental y cualquier cosa que tuviera influencias de otras culturas quedaron prohibidas. Omar, pese a que nosotros vivíamos en Pakistán, mandó retirar los televisores de la casa y los puso junto con los aparatos de música bajo llave en el sótano. Únicamente nos dejaba escuchar programas radiofónicos con himnos patrióticos, música tradicional u oraciones.

Me prohibió comprar libros, revistas o periódicos extranjeros y ordenó quemar todas mis posesiones que tuvieran el sello de la influencia extranjera. En mi armario no quedó ni un solo vestido no tradicional, ni un complemento ni un perfume. Desde mi ventana vi cómo lo quemaban todo en el jardín, tal y como quemaban a las brujas en la edad media. La radical ruptura con el mundo occidental, tan presente en mi educación y mi formación académica, me hizo llorar de inquina y de pena.

Me daba perfecta cuenta de que con esos fanáticos estaba dando comienzo una etapa fatídica de oscurantismo que no sabía hasta dónde nos llevaría. La crueldad de la que hacían gala los talibanes contra sus oponentes, o contra cualquiera de quien temieran que pudiera sembrar cizaña perturbando la fe de sus seguidores, era proverbial. No dudaban en exterminar sobre la marcha o hacer desaparecer a quien creyeran peligroso, por muy alta que fuera su posición social. Cientos de personas de alta y distinguida cualificación desaparecieron sin dejar rastro. Sólo quienes consiguieron huir ponían al tanto de los sucesos a los que se encontraban en el campo de refugiados Jiva y éstos a su vez hacían correr la voz entre otros refugiados. La situación me hacía tener miedo en todo momento, sobre todo por mi hija, porque yo tenía al talibán, al desalmado talibán, dentro de casa. Me sentía vulnerable no ya sólo frente a la brutalidad de Omar, sino también ante las facciones de oponentes en la implacable lucha por el poder.

Un día Omar entró colérico en mi habitación y me dijo que quería divorciarse de mí porque le molestaba mi presencia. Constituía una vergüenza para su familia por mis continuas muestras de desobediencia y mi carácter poco dócil. Pensaba casarse con Sima. Quería que mi hija y yo le dejáramos el campo libre.

Sus palabras me colmaron de alegría. La solución a mis problemas se presentaba como caída del cielo. Sin exteriorizar lo más mínimo, di gracias a Alá por iluminar a mi marido y hacerle tomar esas decisiones que me devolverían la tan ansiada libertad.

Pero no habría de alegrarme por mucho tiempo. La reacción de mi padre ante la decisión de mi esposo fue para mí un jarro de agua fría. Al parecer, no estaba dispuesto a aceptar bajo ningún concepto la humillación social que comportaba que su hija fuera repudiada por su marido. Sería una ofensa para el honor de la familia que no estaba dispuesto a consentir jamás. No tengo ni idea de qué pasaría entre mi padre, Omar y su tío, pero lo cierto es que Omar abandonó sus intenciones y cedió a las disposiciones de mi padre.

Se olvidó del divorcio y de su nueva boda, borrando también mis esperanzas de huir hacia la independencia.

Se empezó a comportar de forma más rara aún. Las pocas veces que estaba en casa, escuchaba voces y a veces gritos desde las habitaciones de la planta baja. Alguna vez que me lo encontré al bajar en dirección al jardín, o bien iba como loco dando voces y órdenes de acá para allá o bien lo veías totalmente atontado. Los rumores que buenamente llegaban a mis oídos de boca de los sirvientes me confirmaban que era adicto al opio. ¿Qué pasaría cuando mi hija creciera y empezara a darse cuenta de todo?

Entonces se me ocurrió una brillante idea. Pedí una audiencia con mi padre por mediación de mi madre, igual que si se tratara del presidente del gobierno. Aproximadamente al cabo de un mes me recibió en nuestra casa de Peshawar.

Haciendo uso de mi astucia femenina, le conté lo que sabía sobre Omar y las drogas y le puse al día de la situación en casa, haciendo hincapié en el hecho de que nuestra familia quedaría en ridículo si algo de eso se llegara a saber en nuestro círculo. La única solución era que yo me fuera a vivir con la niña a la casa de Kabul y que Omar fuera a vivir con nosotras cuando no lo requirieran sus compromisos profesionales. Allí no osaría hacer lo que hacía y disminuiría el riesgo de que salieran a la luz cuestiones que dañarían la imagen de nuestra familia.

Por primera vez en mucho tiempo vi a mi padre dejar a un lado su frialdad y tomarse en serio algo que me atañía a mí. En su rostro se reflejaban la preocupación y el disgusto que le causaba la eventualidad de verse expuesto socialmente por culpa de las anomalías de su yerno. Se quedó pensativo un rato largo. Cuando por fin habló, me dijo exactamente lo que esperaba escuchar.

En una semana me iría con mi hija a Kabul. Omar, en cambio, —declaró mi padre—, no renunciaría a ningún derecho. Elegiría a la mujer que él quisiera y yo no pondría ninguna objeción.

Lo único que le importaba es que no hubiera divorcio, que no salieran a la luz las perversiones de mi esposo y que yo siguiera siendo una esposa en regla. Me dijo que, naturalmente, se hacía obligada la presencia de mi madre en la casa de Kabul para evitar dar pie al escándalo...

Al salir de su despacho, por poco no di un grito de alegría. Corrí a los aposentos de mi madre para darle cuenta de todo.

«Me parece que es buena solución por ahora, hija mía», dijo ella. «Pero las cosas no serán fáciles en Kabul. Todos correremos peligro. Todavía no ha terminado la guerra, aunque ya que lo deseas tanto, puedes contar conmigo».

Una semana más tarde, mis abuelos, mi madre, la niña y yo emprendimos el viaje en coche a Kabul. Nuestro chofer preguntó a las tropas de las guarniciones fronterizas hasta dónde podíamos avanzar, cuándo y dónde debíamos parar, para no exponernos a ser atacados por el camino. En el siguiente control, con sólo identificarnos pusieron a nuestra disposición dos camiones de soldados para que nos acompañaran el resto del camino y llegáramos a salvo a nuestra casa.

A mis manos llegó, después de mucho tiempo, un paquete lleno de cartas de Nina. Mohammed, el fiel servidor de mi madre, las había ido guardando para dármelas a escondidas. Obviamente se había percatado de que las cosas habían cambiado en nuestra familia y no quería ponerme en un aprieto o que tuviera una disputa con mi padre. Así pues, había tomado la iniciativa de no entregar mi correspondencia a nadie excepto a mí misma. Por supuesto que no le reñí sino que le agradecí sus precauciones.

Nina se había casado con Paul, había dado a luz a dos niños gemelos y estaba encantada con su papel de madre y esposa. Estaba muy preocupada por la situación en que se encontraba mi país y me animaba a volver a Europa hasta que acabara la guerra. Le escribí una carta contándole con todo detalle cómo me había ido a mí la vida, el fracaso de mi matrimonio y el cambio de comportamiento de mi padre. La única nota de alegría en todo lo que le escribía eran los párrafos que dedicaba a hablarle de mi bebé. Saqué una foto de la pequeña con mi Polaroid y la metí en el sobre.

Después, oculté cuidadosamente la cámara bajo el suelo, donde Mohammed me había ayudado a hacer un escondrijo, y metí también junto con ella algunos libros, mi *walkman*, cintas de música y dinero. Si mi padre se llegara a enterar de que Mohammed me había prestado su ayuda no sólo lo echaría sino que antes le mandaría azotar. Pero él no le temía. Se había pasado la mayor parte de su vida al servicio de nuestra familia; su cariño y entrega por mi madre y por mí estaban por encima del miedo al castigo. Entregué la carta a Nabil para estar segura de que llegaría a su destino; él me sugirió que le diera a Nina la dirección del hospital para que me enviara allí sus cartas, que él me haría llegar en persona. De esta manera, la correspondencia con Nina continuó sin problemas.

Entre tanto, el general Dostom, enemigo de los talibanes, mantenía en pie la mayor parte de sus tropas en cinco provincias del norte del país, desde las que atacaba con firmeza. Los talibanes le oponían resistencia sin compasión, pero sin conseguir aniquilarlo.

Sin embargo, en el mes de mayo, uno de los cabecillas de Dostom conocido como «Malik», trabó alianza con los talibanes y les entregó la histórica ciudad de Masar-I-Sharif. En ese momento de la guerra, Pakistán, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes reconocieron a los talibanes como legítimos gobernadores de Afganistán. Llegaban noticias contradictorias acerca del papel desempeñado por los paquistaníes en el triunfo de los talibanes, ya que muchos afirmaban que bastantes victorias de estos últimos se habían debido directamente a la intervención armada de Pakistán. En tanto que gobierno legítimo, los talibanes aplicaban su ideario político y religioso con mano de hierro. Quienes lo infringían pagaban caro su desobediencia. Nosotras las mujeres no nos atrevíamos a salir solas a la calle y si en alguna ocasión nos

animábamos a hacerlo íbamos tapadas por el horrible burka, una cárcel física y espiritual, o al menos así lo sentía yo.

El argumento de los talibanes para justificar su extremismo hacia las mujeres era que a cara y cuerpo descubiertos resultaban provocativas para los hombres, por eso tenían que taparse. Ningún otro sector de la población sufrió tanto ni fue tan degradado como nosotras las mujeres durante el gobierno talibán. Muchas habían sido azotadas en plena calle a palos o a latigazos porque los de algún coche patrulla les hubieran visto las uñas pintadas, carmín en los labios o vaqueros por debajo del burka. Mujeres acusadas de adulterio habían sido lapidadas. Cualquier delito, aunque se tratara de un hurto, era abordado con severidad y castigado con penas atroces, independiente de que lo hubiera cometido un niño o un adulto. Todo ello me hacía aún más difícil cumplir con mi labor en la organización de mujeres y con mi trabajo de voluntaria. Como no podíamos acudir a los campos de refugiados, las pocas horas de que disponíamos mi madre y yo dábamos clases a las chicas de las que nos habíamos hecho cargo, clandestinamente, como si se tratara de una profanación.

Me parecía muy injusto que se quedaran sin acceso a la educación tantas muchachas afganas, sin derechos ni futuro alguno, sólo porque unos pocos despreciaban al sexo femenino o porque las consideraban como individuos de segunda categoría, casi como animales. Cuando no había hombres en la casa, salíamos a hurtadillas acompañadas por mi primo Rachid. Nos poníamos de acuerdo mediante notas anónimas que él llevaba de una a otra y a las que prendíamos fuego nada más leer.

A pesar de todo lo dicho por mi padre sobre que Omar hiciera lo que quisiera con sus amantes y su relación íntima con Sima, siempre que venía con ella la acomodaba en la habitación de huéspedes más distante a los aposentos de la familia. No hice ningún comentario al respecto, pero me constaba que mi madre y Nabil habrían hecho todo lo posible para que yo no me sintiera totalmente humillada delante de los sirvientes. Omar, muy de vez en cuando y tan sólo por egoísmo, me exigía el cumplimiento de los deberes conyugales, obligándome a una unión fría, mecánica, que me dejaba vacía, vejada y llena de amargura. Pero no tenía otra opción. A la pequeña, las pocas veces que coincidía con ella a la hora de la comida, la miraba distante y apático, como si no fuera hija suya. Ella no se le acercaba y evitaba dirigirse a él llamándolo «padre», pese a que ya hablaba con toda claridad. Cuando su padre andaba cerca, cerraba la boca, con cuidado de no hacer que posara su mirada en ella. Una vez Omar la tocó por descuido. La niña echó a correr despavorida. Él se dio cuenta y le arreó una bofetada, sin compadecerse en absoluto del llanto desconsolado de la niña. Necesité un buen rato para calmarla sin dejar de abrazarla.

El viernes siguiente vino Nabil y le expliqué lo que había pasado. Me dijo que estaba ideando un plan que tal vez pudiera solucionar mi penosa situación. Le dije que hiciera lo que le pareciera mejor; que yo no tenía ni fuerzas ni posibilidad de enfrentarme como debiera a tantos desatinos.

Todos esos años, por mucho que lo intentara, no pude evitar que el recuerdo de Peter me asaltara una y otra vez. Con un rencor insólito, lo creía el culpable de todos mis males.

Por muchas vueltas que le daba a nuestra historia no obtenía consuelo alguno. Muchas veces me sorprendía a mí misma con pensamientos completamente ajenos al sentido de la justicia, achacándole a él todo lo malo que me había pasado en Londres y las lamentables consecuencias que había tenido en mi vida. Pero en el fondo sabía que no era verdad. Había sido muy feliz con él durante los tres años que duró nuestra relación. El triste desenlace al desaparecer sin dar ninguna explicación era lo que me hacía pensar así.

Además, mi otro yo me traicionaba casi cada noche. Mi subconsciente me hacía revivir en sueños la misma emoción, la misma plenitud que entonces había experimentado en la realidad. Y al despertar, con lágrimas secas en el rostro, volvía a comenzar un día insulso, sintiéndome envejecida psíquicamente y habiendo abandonado mi vida como mujer a los veinticinco años, sin esperanza alguna de que las cosas mejoraran en el futuro. Lo único que me mantenía viva era mi pequeña criaturita. Y así tenía que ser. Debía enterrar mis anhelos por el bien de mi familia. Sin mi hija, seguro que hubiera caído en picado en la depresión y la frustración provocada por las condiciones adversas en que yo misma había cometido el error de enredarme.

Muchas veces me avergonzaba de pensar tanto en mí misma mientras que la gente en Kabul sufría tantísimas desgracias. Pero como humanos que somos acostumbramos a desarrollar mecanismos de defensa para resistir al infortunio. Eso estaría haciendo también yo. Debía dar gracias a Dios por el privilegio de que en mi familia todos estuviéramos bien y por tener medios de subsistencia por el momento. La gente a mi alrededor se estaba muriendo por culpa de la guerra. No era momento de crisis sentimentales y balances inútiles. Tenía ante mí el deber de mirar por el futuro de mi hija y de hacer todo lo posible por alejarla de un mañana incierto y desfavorable en lo concerniente a su vida familiar. Y estaba decidida a hacer lo que fuera por ella y sacrificarme hasta donde hiciera falta.

Cada dos semanas íbamos de visita a la casa de los abuelos mi madre, la niña y yo. Ellos habían vuelto al pueblo donde vivían al norte de la capital, mucho más seguro que Kabul, ya que no había sido tomado del todo por los talibanes. Mi abuela había empezado ya a enseñar francés a la niña. Yo, por mi parte, continuaba con su labor educativa en casa, donde le enseñaba también inglés y a leer y escribir en nuestro idioma. Por supuesto, cuando dije a mi hija que jamás comentara nada a su padre y a su abuelo de lo que nosotras le enseñábamos, se lo tomó como un juego divertido. Lo absorbía todo como si fuera una esponja, escribía, leía y sentada a la mesa miraba a los hombres de una manera algo provocadora, encantada de que ignoraran su gran secreto.

A mí me llenaban de orgullo sus aptitudes, sus buenos modales y la madurez precoz que se adivinaba en su enorme, interrogante mirada. Le había explicado lo mejor que había podido qué estaba ocurriendo con los talibanes y qué es lo que teníamos que hacer a escondidas las mujeres. No hubo necesidad de repetir mis advertencias. La niña, dando muestras de una madurez propia de persona mayor, no reveló a nadie ni uno sólo de nuestros movimientos. Además de a mi abuelo materno, quería con pasión a su tío Nabil, como era normal, y le hacía feliz que la abrazara y se contaran cosas entre muestras de cariño.

La abuela casi siempre tenía invitados en su casa, personas distinguidas, de gran cultura, quienes, al igual que ella, habían pasado gran parte de su vida en Europa o en América. Todos ellos mostraban una notable preocupación por los sucesos que estaban teniendo lugar en el país. Ellos, que habían dejado atrás brillantes carreras en el extranjero y habían vuelto a Afganistán para beneficiar a su país con sus conocimientos, ayudando así al progreso en todos los sectores, veían ahora con desilusión cómo esos ignorantes atrasados nos habían hecho volver a la edad media, sin esperanza alguna de «restauración». No sabían cómo afrontar los hechos. Además, también ellos, en tanto que disidentes, tarde o temprano serían perseguidos por el movimiento talibán. A pesar de todo, estaban decididos a no desfallecer y a permanecer firmes como rocas en la defensa de sus principios y de sus convicciones democráticas.

Yo los admiraba por su actitud y aprendía de su valor y su fuerza interior para sacar también yo ánimos. Tenía especial debilidad por Muhtar, profesor de la Universidad de Kabul, de origen iraní. Había sido profesor en numerosas universidades de todo el mundo; había pasado bastantes años en Bagdad, donde creó una familia de tres hijos tras casarse con una compañera de trabajo, hasta que en 1991, durante la guerra con Irak, tuvo lugar el trágico suceso que marcaría el resto de su vida. El 13 de febrero, los refugios Al-Armiya, donde se habían cobijado su mujer y sus hijos, fueron alcanzados primero por misiles perforadores y a continuación por una segunda detonación que prendió fuego y e hizo desaparecer todo lo que había.

Ese día perdieron la vida cuatrocientas personas. Destrozado por el dolor, abandonó el país y se instaló en Kabul, donde ejerció de catedrático y trató de que cicatrizaran las heridas y le fuera posible olvidar.

No creo que lo hubiera conseguido. Siempre que mencionaba en la conversación algo de su familia sus ojos reflejaban su sufrimiento. Por otra parte, admiraba el valor con que expresaba abiertamente su opinión acerca de quienes consideraba dañinos para el progreso de Afganistán, poniendo en peligro así su propia vida.

Esos encuentros daban una nueva razón de ser a mi monótona existencia y me reafirmaban en la decisión de evitar que mi hija creciera en condiciones tan primitivas.

Además del cambio dentro de las relaciones familiares que afectaba a las mujeres de la casa, se había producido otro cambio gigantesco en cuanto a la decoración. Todos los muebles de procedencia europea se habían llevado a los trasteros y habían sido sustituidos por otros de corte tradicional. La inmensa biblioteca de mi padre había sido tapada de arriba a abajo con tablas de madera a fin de que no se viera ningún libro. De no ser porque mi padre había heredado esos libros de su padre, seguramente los habría mandado quemar junto con los demás libros que había en la casa. Nos dio la orden de no andar por la casa con la cabeza descubierta, tal como solíamos hacer en el pasado, de no maquillarnos en absoluto y de deshacernos de toda la ropa que tuviéramos de tipo occidental, renegando de cualquier cosa que no fuera afgana.

Nosotras estábamos profundamente molestas, pero cuando hicimos el amago de protestar nos amenazó con mandar que nos azotaran a latigazos. No sé si iba en serio, pero, después de haber conocido su crueldad en ocasiones anteriores, no dudaba de que era capaz de hacerlo.

Por eso, tuve que tragarme mi indignación y mi orgullo y acatar sus órdenes. Lo mismo hizo mi madre. Nos sentíamos denigradas, pero por desgracia no teníamos otra opción. Además, nos obligó a servir junto a las criadas en las recepciones que daba para sus invitados, mientras que antes asistíamos a ellas sentadas a la misma mesa y participando por igual en las conversaciones.

«Quién sabe qué otras cosas nos esperan», me dijo un día mi madre consumida por la aflicción.

No supe ni qué decir.

Un mes más tarde, mi padre nos hizo llamar a mi madre y a mí para decirnos que prepararíamos una cena oficial para veinte personas. Sus invitados, representantes de países extranjeros en su mayoría, tratarían con otros dignatarios cuestiones relativas al país, en busca de soluciones para tan grave crisis. Nos exigió estar las dos presentes para supervisar el trabajo de los sirvientes y para servir la mesa también nosotras mismas. Nunca nos habíamos sentido tan pisoteadas como personas. Ya de

por sí atender a los invitados de dentro del país nos resultaba penoso, pero degradarse ante extranjeros con los que hasta hacía poco nos codeábamos en la misma mesa era el colmo.

Mi madre, enojadísima, le hizo saber que no consentiría convertirse en esclava de nadie, ella, que hasta hace poco había vivido como una señora y no como una más del personal de servicio. No tuvo tiempo de terminar la frase. Mi padre casi la tiró al suelo de una tremenda bofetada en la boca, dejándola con sangre en la comisura de los labios. Me abalancé corriendo a sujetarle el brazo por miedo a que volviera a golpearla, pero me derribó de un empujón y caí dando con la cabeza contra la esquina de una mesita baja.

Sin decir nada más, con ojos inundados de ira, nuestro déspota atravesó a grandes zancadas la habitación y se marchó. Nosotras nos quedamos un buen rato abrazadas, de rodillas en el suelo, secándonos las lágrimas, con la sensación de que nuestra familia había sido devastada, igual que una ciudad derruida. No podíamos más. Algo tenía que cambiar, pero ¿cómo? Ninguna de las dos sabía la respuesta.

La semana pasó entre tareas desagradables y agotadoras. No teníamos ganas ni de hablar. Sólo si estaban con nosotras Nabil y la niña hacíamos el esfuerzo de disimular para que no notaran nada. Mi madre me dijo que mi hermano no debía enterarse del violento episodio con mi padre, que no serviría más que para poner peor las cosas, y yo estaba totalmente de acuerdo con ella.

El sábado por la noche empezaron a llegar los invitados. Todo estaba listo. Con chadores que nos dejaban al descubierto sólo los ojos, mi madre y yo, junto con los sirvientes, atendimos a los invitados en la gran mesa de comedor. A duras penas podía contener mi enfado para no gritar de humillación y vergüenza.

Cuando llegó la hora de servir la cena, mi padre nos hizo una señal para que trajéramos las viandas. Omar estaba sentado junto a mi padre, que dirigía la conversación desde la presidencia de la mesa. Nabil llegó con retraso de su guardia en el hospital. Cuando nos vio cargando con las bandejas de plata, nos preguntó sorprendido qué significaba todo eso. Mi madre le dijo que ésas habían sido las órdenes de mi padre. Entonces Nabil se acercó a mi padre y le dijo algo al oído. Aquél, visiblemente enfadado, le ordenó que ocupara su sitio. No queriendo montar una escena delante de extraños, Nabil fue a sentarse a su sitio visiblemente indignado y se puso a jugar nerviosamente con el tenedor con el ceño fruncido. Me dolía ver a mi hermano tan irritado sin poder hacer yo absolutamente nada.

Omar me miró triunfalmente y pasó a ignorarme por completo, prestando oído atento a las conversaciones de los invitados.

Al entrar en el comedor para llevar los últimos platos, sentí cómo se clavaba en mí una mirada conocida desde el otro extremo de la mesa, donde estaba sirviendo mi madre. Junto a un alto cargo de las Naciones Unidas estaba sentado ni más ni menos que Peter.

Ni tocada por un rayo me habría quedado tan inmóvil, como estatua de piedra, mirándole atónita.

No había cambiado mucho. Parecía un poco más delgado y tenía dos profundas arrugas junto a la boca que daban a su rostro una expresión sufrida. Mirándole, incapaz de reaccionar, sentí un verdadero torbellino interior. La tremenda conmoción que sentí al verlo tan de cerca me provocó tal temblor de manos que de repente las sentí flojas como un flan.

La recia bandeja de plata cayó estruendosamente al suelo, llenando la alfombra de comida y platos rotos. Todos dieron un respingo al oír el ruido. Mi padre les pidió que siguieran sentados y ordenó a los sirvientes que lo limpiaran todo, echándome una mirada de auténtico veneno.

Yo, sin mirar atrás, salí despavorida hacia mi habitación para esconderme antes de derrumbarme del todo, pues ya las piernas no me respondían. Nabil salió extrañado tras de mí.

—¿Qué pasa? —me preguntó impaciente.

—¡Peter!...¡Es Peter! —dije en un susurro.

—¿Peter? —volvió a decir en tono de pregunta.

—Está sentado a la mesa con vosotros —le dije con la voz entrecortada por sollozos.

—Ha llegado el momento de rendir cuentas —dijo refunfuñando y se perdió en el fondo del pasillo antes de que tuviera tiempo de impedírselo.

Completamente angustiada por lo que vendría a continuación, deseaba de corazón que mi hermano se contuviera y no olvidara que además de nuestro padre también estaba también presente en la reunión mi marido. Me senté en la cama nerviosa, abatida, tratando de controlar mis sentimientos. Peter era la última persona a quien esperaba volver a ver en mi vida y, menos aún, en mi propia casa. Su osadía no tenía nombre. Como si no bastara con el daño que me había hecho echando a perder mi vida con nuestra ruptura, ahora venía provocadoramente a herirme de nuevo después de tanto tiempo, a humillarme aún más en mi propio espacio, así como si tal cosa.

No podía dejar de admitir que una parte de mí lo había estado recordando todos aquellos años en abstracto, como si fuera un personaje salido de un cuadro que volviera a su pasividad después de abrir viejas heridas y despertar en mí una pasión irrefrenable. Y esas noches en que el espíritu se liberaba de la realidad, venía a seducirme y a subyugarme otra vez desde el principio en sueños engañosos, que a su vez se desvanecían enseguida, como el reflejo instantáneo de un rayo de sol en la superficie del agua. Y me quedaba completamente sola, tambaleándome entre mi amor por él y un odio imborrable que me roía las entrañas.

Moví la cabeza para volver de mi ensimismamiento a la súbita realidad y reconsiderar las cosas con la razón. ¿Qué iba a pasar ahora con Nabil?, ¿qué nuevo mal acechaba desde la sala dónde estaban comiendo los invitados? «Que Dios nos ayude», deseé en voz baja. No sería capaz de soportar más calamidades.

Ni podía ni quería calcular cuánto tiempo había pasado. Esperaba inmóvil, intentando escuchar sin que nada se me pasara desapercibido, con la mirada fija en la puerta entreabierta de la habitación. No sabía lo que estaría ocurriendo ni tampoco quién vendría primero, si Nabil, Omar o mi padre. Al cabo de lo que a mí me parecieron siglos, la puerta chirrió ligeramente. Me puse de pie de un brinco, asustada. Era mi madre. Los sirvientes le habían contado lo ocurrido y había querido venir a ver cómo estaba.

«Ya se han ido todos», me dijo en voz baja. «¿Qué te pasó?, ¿te mareaste o es que tropezaste con algo?».

Le dije que no me encontraba muy bien y que lo ocurrido en el comedor había sido consecuencia de un malestar físico repentino. ¿Qué otra explicación podía darle? Además, ella no sabía absolutamente nada de mi historia con Peter.

Me daba mucha vergüenza contárselo, aunque sabía que mi madre era un ser excepcional, dotado de una infinita capacidad de comprensión.

Se me acercó, me acarició suavemente el pelo y me animó a que me tumbara. Asentí con la cabeza y después se marchó tan sigilosamente como había venido, cerrando prudentemente la puerta.

Volvió a pasar otro buen rato antes de oír un leve golpe en la puerta. Corrí a abrir con el corazón en la boca. Era Nabil. Le pedí que pasara y cerré con llave rápidamente. Las últimas órdenes de mi padre prohibían que ningún hombre visitara las alcobas de las mujeres, ni siquiera aunque fuera un familiar. No quería que alguien lo viera allí y que tuviera problemas con mi padre.

Me volví para mirarle con expresión interrogante, incapaz de pronunciar palabra. No noté ninguna turbación en su rostro. Pese a todo, tenía un gesto extraño que no pude identificar. Le pedí que se sentara en un sillón frente a mí y esperé a que me contara lo que había ocurrido en todo el rato que había pasado.

«He hablado con Peter», comenzó diciendo. Y sin esperar mi respuesta, prosiguió: «Aguardé a que terminara la cena y a que se fueran los invitados. Lo localicé fácilmente por la descripción que me habías hecho de él y le dije que deseaba que nos viéramos a solas después de la cena. Aceptó de buena gana. Nos vimos a la salida y lo conduje a la parte trasera de la casa, donde los limoneros, a buen recaudo de miradas indiscretas».

Al preguntarle la razón por la que te había dejado de esa manera tan impropia me miró apenado y me dijo: «Las cosas no ocurrieron así. Por favor, déjame contarte la historia desde el principio». Le dejé continuar para ver qué clase de excusa inventaría y siguió diciéndome: «Hasta hace poco creía que Maraima me había abandonado de repente, sin dar explicaciones, para casarse con otro. Mi amigo Bill me había dicho que tu hermana le había anunciado categóricamente que no quería que siguiéramos juntos porque estaba aburrida y harta de la relación y que su intención era volver a

Afganistán. No respondió nunca a los mensajes que le dejé en el contestador ni a las cartas que le estuve mandando diariamente a través de Bill para que él se las entregara. No quise insistir más, por mucho que su decisión me había destrozado, porque yo estaba enamorado de ella y he pasado por un auténtico calvario todo este tiempo.

El día de su cumpleaños, en que dio la casualidad de que me tuve que marchar de repente en misión secreta, no pude llamarla porque sólo me estaba permitido llamar en todo caso a mis superiores. Le había pedido por favor a mi amigo y compañero de piso, a Bill, que la informara y le dijera que la llamaría al cabo de quince días. En cuanto me fue posible contactar con Bill, me dijo que las cosas habían cambiado y que Maraima no quería ya seguir conmigo porque había decidido casarse con uno de su país con el que llevaba prometida desde niña, cosa que nunca me había mencionado durante el tiempo que estuvimos juntos. Me recomendó, además, respetar su decisión y no crearle ningún problema. Yo estaba fuera de mí, me sentía herido por el hecho de no hubiera sido sincera conmigo y de que hubiera fingido estar enamorada de mí. En ese momento me hizo polvo lo que yo creía pura hipocresía y no quería volver a verla ni en pintura. Me costó mucho tiempo sacármela de la cabeza, muchos viajes a distintos lugares del mundo, pero en mi interior seguía necesitando una explicación a una conducta tan inaceptable.

Por mucho que me esforcé en olvidarla, no pude. Así pues, con vanas esperanzas, le escribía cartas desde distintos puntos que remitía a Bill para que él se las hiciera llegar. Pero ella no se dignó nunca a llamarme o a darme una respuesta. Cuando volví a Londres, fui al edificio donde vivía pero el portero me dijo que se había ido hacía mucho tiempo. Después supe que se había casado, tal como me había dicho Bill. Intenté contactar con sus antiguos amigos, pero ellos me respondieron con recelo. Alguno de ellos me informó de que habían ido a despedirla al aeropuerto cuando se marchó de Inglaterra. Decidí desistir de encontrarla y dejarla vivir tranquila la vida que había elegido. Así pasaron estos años. Conservé Londres como base de mi trabajo y seguí compartiendo casa con Bill.

Pero hace un mes, un día que mi querido amigo no estaba en casa, necesité un sello de la oficina y fui a buscarlo a su despacho, donde en el fondo de un cajón encontré una fotografía de Maraima que no había visto nunca. ¿Qué podía estar haciendo una foto de mi chica entre las cosas de Bill? Se me pasó por la cabeza que tu hermana hubiera jugado a un doble juego, es decir, que hubiera mantenido relaciones conmigo y al mismo tiempo con Bill. Lleno de curiosidad y de rabia, abrí los demás cajones. Y allí estaban: un montón de cartas escondidas. Una fuerza superior a mí me llevó a ver quién era el remitente. Y era yo. Las cartas estaban sin abrir. ¿Por qué me había mentido Bill diciéndome que le había dado todas mis cartas a Maraima? Algo no cuadraba, y tenía que averiguar qué era. No llamé por teléfono a Bill porque quería mirarle a los ojos en el momento en que le mostrara las cartas y la fotografía. Tres días estuve esperándolo, exasperado hasta no poder más, hasta que al

fin llegó a casa, le puse por delante las cartas y le exigí indignado que me explicara qué significaba todo eso.

Él, al principio atemorizado pero después en tono desafiante, me dijo que la fotografía la había robado de la casa de tu hermana, que no se había presentado el día del cumpleaños de Maraima y que jamás la había llamado para informarle sobre mí ni le había hecho llegar ninguna carta. La había dejado creer intencionadamente que yo la había abandonado. Así se explicaba la actitud hostil de los amigos comunes y la frialdad con que habían respondido a mis preguntas. El muy canalla me había destrozado la vida, porque esa noche yo pensaba pedir formalmente a Maraima que se casara conmigo. Fuera de quicio, le pedí que me explicara porqué había sido tan canalla. Con un cinismo nunca visto, me respondió que no soportaba que una tercermundista le rechazara desde el momento en que él mismo tenía ganas de acostarse con ella y que total, que qué importancia tenía, no íbamos a rasgarnos las vestiduras a esas alturas por una afgana que seguramente andaría liada con unos y con otros...».

No le dejé que terminara de hablar. Le di la paliza que se tenía merecida y lo eché de casa. Cuando al día siguiente me acusó en la oficina de haberle agredido injustamente, expliqué a mi superior lo que había hecho Bill conmigo e inmediatamente lo destinaron a otro puesto en un país africano. Eso, con todo, no me sirvió de consuelo, ya que tu hermana pertenecía ya a otro hombre. Solicité en mi sección ser enviado a Afganistán únicamente para verla por última vez, explicarle lo ocurrido y salir definitivamente de su vida, sin querer crearle problemas de ningún tipo. Siento haberla perturbado, pero no quería que me recordara como a un miserable estafador. Explícaselo tú todo, por favor, y dile que me perdone por haber confiado en un tipo como Bill. Yo necesitaba venir hasta aquí para dar con ella e intentar explicarle las cosas, pero me parece que no ha sido voluntad de Dios que fuera así. Ya es demasiado tarde, porque he sabido que tiene incluso un hijo. «A pesar de todo, le deseo que sea muy feliz toda la vida».

Nabil guardó silencio y me miró. Yo no hice ningún comentario. No tenía nada que decir. No pude exteriorizar la conmoción interior que sentía. No solté ni una lágrima. ¿Tan severo había sido Dios al castigarme? ¿Tan grande había sido mi culpa como para que se burlara el destino tan cruelmente de mí y me aniquilara sin motivo?

Mostrándose verdaderamente apenado, mi hermano me apretó fuertemente las manos heladas y me dijo:

—Ánimo, mi niña. Dime qué quieres que haga y lo haré.

—Deseo verlo por última vez, te lo pido como un favor —le contesté—. Sé que es inútil y bastante arriesgado, pero te lo ruego, ayúdame. Encuéntralo y dile que se reúna conmigo un momento en tu despacho del hospital o en algún otro lugar seguro. No soporto la idea de que se vaya sin que podamos hablar, así, sin despedirnos.

Nabil se quedó pensativo unos segundos.

—De acuerdo —me dijo—. Lo intentaré. Mañana te diré si he conseguido algo.

Dicho eso me dio las buenas noches y salió del cuarto. Yo volví a quedarme enteramente sola, maldiciendo mi suerte por haber sembrado mi vida con los despojos de mis relaciones personales, sin esperanza de salir jamás de la ciénaga de sufrimiento y amargura en que me veía ya hundida irremisiblemente.

El sonido del paso de un papel por debajo de la puerta me sobresaltó. No había pegado ojo en toda la noche en espera de las noticias de Nabil. Al creer que estaría durmiendo, no llamó a la puerta, sino que echó por debajo una nota. Leí de una hojeada las pocas palabras que contenía: «A las cuatro Rachid te llevará al hospital».

Rompí el papel en trozos minúsculos y los hice desaparecer arrojándolos por el inodoro. Eran las doce. No sabía qué hacer hasta las cuatro. Mi hija estaba en casa de la abuela así que no podía dedicarme a estar con ella para no volverme loca hasta entonces con semejante carga emocional. «Qué fáciles son los errores fatales y qué precarias las relaciones de amistad. Es increíble que haya gente que sin recibir daño alguno de tu parte sean capaces de destrozarte la vida», pensaba inmersa en mi infortunio. El odio y la rabia que sentía antes por Peter los sentía con la misma intensidad ahora contra Bill. Ojalá Dios lo castigara aunque fuera sólo la mitad de lo que nos había castigado a mí y a su «amigo». Era injusto que los malvados, los delincuentes y los envidiosos encontraran la forma de librarse del castigo que rara vez pagaban por sus mezquindades.

Un sufrimiento insoportable ante la desgracia de dos seres humanos por culpa de un individuo sin principios, sin límites, sin respeto ni a lo divino ni a lo humano... La ira me hacía difícil respirar con normalidad y el llanto no aliviaba el dolor de saber que era totalmente imposible que pudiera recuperarme en un futuro.

A las cuatro menos diez, estaba mirando por la ventana de mi habitación cuando vi a Rachid detener el automóvil y salir de él mirando hacia donde yo me encontraba. Le hice una señal con la mano para darle a entender que ya bajaba y me fui corriendo hacia la puerta de la casa. En la escalera me topé de bruces con mi madre, que se dirigía a mi habitación.

«Venía a verte», me dijo. «¿Estás bien?».

Le dije que sí, que tenía que ir con Rachid al hospital porque Nabil me necesitaba.

«Está bien, hija mía», dijo con cierta incredulidad, o al menos eso es lo que a mí me pareció.

Bajé casi rodando las escaleras y en pocos minutos ya estábamos camino del hospital. Miraba impaciente hacia la calle; me parecía que el coche se movía con la lentitud de una tortuga. Inmersa en mis pensamientos, iba como si el resto del mundo hubiera dejado de existir.

Pedí a Rachid que fuera más deprisa. Aceleró con una sonrisa cómplice, pero aun así me parecía que el coche no corría lo suficiente. Cuando por fin llegamos, antes incluso de que parara el coche me eché afuera. La voz de Rachid me hizo volver en mí.

«Pero ¿qué haces, loca?», me dijo en voz baja pero contundente. «Este sitio está lleno de soldados. Espera, haz el favor».

Tenía razón, y no estábamos como para más problemas. Deprisa, uno junto al

otro, atravesamos los pasillos llenos de gente. Abriéndonos camino a empujones, llegamos a la puerta del despacho de Nabil. Rachid llamó una sola vez y de inmediato salió Nabil y me dijo que pasara. Susurró algo al oído de Rachid y éste se fue.

Cuando mi hermano cerró la puerta, lo primero que vi fue una figura esbelta al lado de la ventana. ¡Peter! Mi corazón se aceleró anhelante. Cuando se dio la vuelta y me saludó posando sus ojos azules en mi rostro, todo el amor, el deseo y la confianza que había sentido a lo largo de los felices años que pasamos juntos en Londres volvieron a mí con la fuerza de un ciclón. No dijo nada. Yo tampoco. Se le veían los ojos llenos de lágrimas y un nudo visible en la garganta. Tragó saliva en un intento de hacerse con la situación, pero sin conseguirlo. Cuando se acercó a mí y me tendió la mano en señal de saludo, no pude contener las lágrimas. Nabil nos contemplaba emocionado. Nos dijo que volvería en una media hora; me aconsejó no abrir la puerta absolutamente a nadie y cerró él mismo con llave al salir para que nadie nos molestara.

No nos cansábamos de mirarnos el uno al otro, pero sin atrevernos a abrazarnos. En esos momentos veía sus sentimientos vivamente reflejados en su rostro, como antes, como si no hubiera pasado ni una sola hora desde entonces. Sólo que, ahora, la desazón y el sufrimiento habían sustituido la felicidad del pasado. Pero el amor seguía ahí, atravesándonos en mitad de nuestra desolación. A ninguno de los dos nos resultaba fácil expresarnos con palabras.

«Perdóname», me dijo finalmente con la voz trastornada.

Yo no pude articular ni una sola palabra.

En ese momento en que por fin lo tenía ante mí, la sensación de pérdida era tan poderosa que no tenía ningún sentido perdonarle o no. Ya era demasiado tarde. Dejé que me hiciera preguntas una tras otra sobre si era feliz, cuántos años tenía mi hijo y otras tantas que ni siquiera escuchaba. Las respuestas se me atoraban en la garganta, incapaces de salir en forma de palabras o frases. Se dio cuenta de ello y me apretó la mano diciéndome que no sufriera más. Teníamos poquísimo tiempo para que le contara qué había pasado en Londres, así que pediría por favor a Nabil que le permitiera una entrevista más conmigo siempre que yo lo deseara. Acepté haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

Al momento sentimos un ligero golpecito en la puerta. Nabil abrió con llave y entró. Peter le pidió volver a verme y yo, recuperando mi voz, le supliqué que nos ayudara. Viendo nuestro estado emocional, mi hermano accedió tras dejar de lado las reticencias que seguro tendría, pues temía por nuestra seguridad. Dijo que él llamaría por teléfono a Peter para darle noticias. Lanzando una última mirada al hombre que había marcado mi existencia, fui a encontrarme con Rachid a la entrada del hospital, dejando atrás mi alma en esa pequeña y sobria habitación.

Camino de casa, sentía una parte de mí totalmente aliviada, como si me hubieran quitado de encima un lastre de plomo. No sabía decir si estaba mejor, una vez que mi amor propio herido se había sentido restablecido y ya no me sentía engañada, humillada e insignificante, o si al ver ante mí al primer y único amor de mi vida habían podido más los sentimientos, restando importancia a todo y a todos. Sabía lo arriesgado que era pretender muchos más encuentros con Peter y la posición tan comprometida en que estaba poniendo a mi hermano, pero no atendía a la razón, desoía cualquier intento de mi cerebro por convencerme de que tuviera en consideración las posibles consecuencias de mis actos. Lo único que deseaba ardientemente era ese nuevo encuentro.

No tuve que esperar mucho. Nabil vino a decirme que había arreglado las cosas para que nos encontráramos Peter y yo en casa de Rachid. Sus padres iban a ausentarse diez días en Irán. Rachid le había dejado las llaves con complicidad, en la idea de que Nabil quería llevar allí a escondidas a alguna chica. Le había dicho que también él estaría fuera tres días y que dejaba la casa a su disposición.

«Yo te llevaré allí», me dijo. «Tú sólo tienes que tener cuidado de actuar como si nada para que nadie sospeche. Ya encontraré el momento de explicar a Rachid la verdad. No está bien ponerle en peligro metiéndolo en esta historia sin que esté al tanto de las cosas».

Tenía toda la razón. Sentía remordimientos por andar siempre trastornando la vida de mis seres queridos con mis complicaciones. Me di a mí misma un poco de margen hasta que se aclarara lo de Peter. Estaba llegando el final de mi trayecto; en breve tendría que volver a la existencia mortecina de mi rutina de todos los días, alumbrada por un único rayo de luz: mi hija.

Mi madre notó que algo pasaba por mis conversaciones en voz baja con Nabil, pero no se atrevía a preguntarme abiertamente. Y aunque me preguntara, por supuesto que no le iba a decir nada. No quería involucrarla en mis asuntos. Sería peligroso.

Había llegado la hora de la cita con Peter.

Nabil conducía hacia las afueras de Kabul, en dirección a la casa de Rachid. Antes de apearnos, inspeccionó bien los alrededores. No había ningún peligro. No se veía a nadie ni fuera ni dentro de las casas. Cuando entramos en el jardín, vi en un rincón, escondida tras la alta valla, una figura agazapada, vestida con ropa afgana. Me agarré asustada al brazo de Nabil, pero él se sonrió.

«No te preocupes», me dijo. «Es Peter. Lo he traído a él antes que a ti. Le he dado esa ropa para que se disfrace con ella y no levante sospechas en caso de que alguien nos esté viendo».

Lo había planeado todo al detalle con tal de protegernos. «¿Qué sería de mí sin él?», pensaba llena de cariño y agradecimiento.

Nabil abrió la puerta y entramos los tres en el salón. Se quedó con nosotros un

momento y a continuación dijo que nos esperaría en la habitación de huéspedes, al fondo del jardín. Tocaría el timbre dos veces cuando fuera la hora de tener que irnos.

Una vez más me encontraba a solas con el hombre a quien amaba. Una vez vencidos los titubeos, nos sentamos el uno junto al otro y rompimos a hablar los dos al mismo tiempo, y al darnos cuenta nos entró la risa. Después, me pidió que le contara qué había pasado desde el día de mi cumpleaños hasta ese mismo momento. Se lo conté todo, tratando de evitar dramatizar los hechos sobre lo que él creía mi traición. Le conté lo del embarazo, el aborto, mi boda, sobre cómo era Omar, sobre mi hija y sobre la conducta de mi padre. Cuando terminé, Peter estaba lívido, con las manos tapándose la cara para ocultar su conmoción. Le dejé unos minutos en silencio para que se recuperara.

En un momento dado, recobrando su entereza, me preguntó si quería seguir viviendo una existencia así de anodina, porque si no era ése mi deseo, él estaba dispuesto a reparar el daño que me había causado sin querer. Le respondí que no soportaba más vivir en ese infierno, que me sentía como muerta en vida, aislada, privada de los placeres más elementales de la vida, habiendo fracasado estrepitosamente en mi vida familiar y en la privada.

Al ver sus lágrimas, me daba cuenta de la agitación que le habían causado mis palabras. Le cogí de las manos dejándole que se desahogara.

Cuando se recuperó un poco, me dijo: «Yo tengo la culpa de todo. No pienso consentir que sigas viviendo en esas condiciones. Hasta que consiga ayudarte a huir de tu padre y de tu marido, alquilaré una casa cerca de la tuya y siempre que esté en Afganistán nos veremos, si puedes escaparte sin peligrar. Si no puedes, nos haremos llegar cartas a través de Nabil. Por supuesto, todo sería más fácil si tu padre te permitiera divorciarte de Omar, pero por ahora lo único que podemos hacer es esperar que las circunstancias sean más favorables».

Me abrazó con ternura y me miró a los ojos profundamente, como cuando estábamos juntos.

«Te amo, Maraima, y no voy a perderte de nuevo», me dijo. «Haré lo que sea para que pasemos juntos el resto de nuestras vidas tú, tu hija y yo. Cuídate hasta que llegue ese momento».

Luego me besó suavemente en los labios y me acarició las mejillas.

En ese instante, el timbre sonó dos veces. Teníamos que irnos. De mala gana nos separamos y fuimos hasta la puerta. Nabil le dijo a Peter que ocupara el asiento de atrás. Yo me senté delante, cubierta por el burka.

Una dicha indescriptible me hacía sonreír rebosante de alegría, colmada de felicidad. Tenía cerca de mí al hombre al que adoraba, que me pedía que confiara en él y que me amaba con toda su alma. Tenía la certeza de que haría cualquier cosa por ayudarme y hacerme olvidar mis desgracias. Al cabo de los años, la luz de la esperanza alumbraba de nuevo el horizonte de mi vida. Lucharía con todas mis fuerzas para vivir junto a Peter, librando los obstáculos que me impidieran alcanzar

las expectativas que se nos ofrecían a mi hija y a mí.

En una breve carta que Nabil me entregó en mano, Peter me entregó una llave acompañada de la dirección de una casa, tres calles más abajo de la mía. Me proponía además dos citas diferentes, una a mediodía y otra de noche, para que yo eligiera la que fuera menos arriesgada para mí. Le contesté en una nota que prefería la de la noche. Con los cortes de luz que había, la oscuridad llegaba a ser absoluta en Kabul de manera que no se veía un alma en la calle. Los coches patrulla de los talibanes pasaban a horas fijas que me era fácil calcular. Además, hasta que pasaran de largo podría esconderme entre los escombros de las casas en caso de que me topara con ellos, pues se les oía llegar de lejos.

Esa noche dejé al cuidado de la niñera a mi hija una vez que la acosté. Estuve hablando con mi madre sobre varios temas hasta que sobre las diez ella se retiró a su habitación al otro extremo del pasillo. Esperé a que fueran las once y media antes de ponerme en camino. Desde antes, había dejado sin echar la llave de la cancela del jardín, cogiéndola a hurtadillas del trastero. La cerraría cuando estuviera de vuelta. Con una extraña templanza, esperé a que se alejaran los soldados que pasaban frente a nuestra casa en dirección al puente. Llevaba puesto un burka de color oscuro encima de la ropa y así me fui deslizándome por entre los callejones sigilosa como un gato.

El día anterior había pasado por la dirección que ponía Peter en su carta y había localizado bien la casa. Era una casita humilde en la esquina de la calle, que casi pasaba desapercibida y que curiosamente se mantenía en pie a pesar de los bombardeos que habían echado abajo las otras casas a su alrededor. Por ello, no había vecinos que pudieran verme en caso de que algo se torciera. Echando a correr a toda prisa, llegué al fin a la puerta de la casa. Antes de poner la llave en la cerradura, la puerta se abrió y Peter tiró de mí hacia el interior del oscuro salón. Cerró rápidamente, tomó una lámpara de aceite de un rincón y la prendió. La estancia tenía una camita estrecha con un cobertor de lana tradicional, un baúl bajo y una mesa coja con un ladrillo en lugar de una de las patas. La llama de la lamparilla ardía trémula y reflejaba nuestras sombras en la pared deformándolas grotescamente.

Sin mediar palabra, Peter me dio un fuerte abrazo y me besó apasionadamente. No opuse resistencia. Mi mente se vació al instante de cualquier pensamiento molesto, expulsando de sí los miedos y la vacilación propios de la mujer casada que se da cita a escondidas con su amante. Me encontraba de nuevo entre sus brazos y allí era donde quería estar por siempre, muy lejos de mi sórdida existencia.

De tanta felicidad como sentía, el peligro me parecía insignificante. El sueño de toda una vida estaba ahí, al alcance de mis manos, entre las cuatro paredes de la pequeña habitación que albergaba en ese momento a dos personas injustamente desgraciadas a quienes el destino había vuelto a unir. Deseaba que nos quedáramos así toda la eternidad, a salvo de la desdicha, la pena y los tormentos.

Me costó mucho separarme de él al cabo de unas horas para volver a casa. Nos pusimos de acuerdo en que al menos vendría a Kabul una vez al mes y nos veríamos, hasta que nuestro problema se resolviera definitivamente. Me avisaría, como siempre, a través de Nabil.

Y así hicimos. A aquella noche le siguieron otras muchas sin que encontráramos ningún obstáculo que trastocara nuestros planes. Yo estaba en el séptimo cielo, hasta tal punto feliz que mi hermano me llamó la atención y me advirtió que de seguir así acabaría levantando sospechas. Por supuesto que él sabía a qué se debía mi estado de gracia, pero se abstenía de intervenir o de hacer preguntas. No dejaba de repetirme una y otra vez que tuviera cuidado. Yo le tranquilizaba diciéndole que todo estaba calculado al detalle, que no tenía de qué preocuparse. Pero no lograba tranquilizarlo del todo: él seguía preocupándose.

Mi hija se alegraba de no verme ya apenada.

«Me gusta que te rías, mamaíta», me dijo un día que estábamos sentadas la una junto a la otra en el patio interior, junto a la fuente.

Mi madre, que estaba bordando a mi lado, me lanzó una mirada interrogante.

No la infravaloraba; como madre, intuía que algo estaba sucediendo. Pero como yo había decidido no decirle nada, ella guardaba también un bendito silencio. En el fondo de sus enormes ojos apreciaba sus miedos, pero ni siquiera trataba de calmarlos. Así de egoístamente me había refugiado en mi bienestar y en la expectativa de huir, libre como un pájaro, con el hombre al que amaba y con mi hija. No sentía remordimiento alguno con respecto a mi marido, a quien a medida que pasaba el tiempo más aborrecía, soportando a duras penas su presencia en el mismo lugar en que yo me encontrara. No temía en absoluto desobedecer los preceptos del Islam. Sólo existíamos Peter y yo, y no concebía ya vivir sin él. El tiempo que no estábamos juntos lo pasaba en un estado de ansiedad enfermiza en espera del próximo encuentro.

El único incordio era que Abdul, nuestro vecino, venía a casa para hablar con Omar. También él se había hecho de los talibanes y cada dos por tres encontraba un pretexto para visitar a mis padres y a mi marido. Con todo lo que había hecho en el pasado, Nabil y yo le evitábamos todo lo que podíamos. Un par de veces que lo vi un momento no dejó de echarme miradas de deseo, sin dar ninguna importancia a que Omar estuviera presente. Yo me dediqué a ignorarlo y desaparecí de su vista en cuanto pude.

Los días y los meses pasaban. El año 1997 tocaba a su fin y el 98 dio comienzo con los talibanes en el poder y aún más fanatizados. Tras la toma de Masar-I-Sharif, los talibanes provocaron la enemistad de la minoría chiíta de los jazaros, de convicciones religiosas más tolerantes, al tiempo que el general Malik ponía punto final a la efímera alianza con los talibanes. Como resultado de los enfrentamientos

entre unos y otros, al menos tres mil soldados talibanes fueron capturados y asesinados a manos de los chiítas y el general Malik.

En agosto del 98, los talibanes reconquistaron Masar-I-Sharif y dieron muerte al menos a dos mil chiítas así como a un buen número de ciudadanos iraníes, entre ellos diplomáticos. En consecuencia, las relaciones entre Irán y el gobierno de los talibanes se hundieron. Todos los colegios femeninos de la ciudad fueron cerrados o incendiados. Los profesores fueron perseguidos o ejecutados. Sólo siguieron funcionando los colegios masculinos, con la novedad de que los alumnos a partir de entonces debían llevar turbante y someterse a un lavado de cerebro con grandes dosis de fundamentalismo.

Acorralados por el fanatismo religioso y político, veíamos cómo la situación se hacía cada día más y más extrema.

Una semana después, mi abuela vino a casa con noticias tristísimas. Nuestro amigo el profesor Muhtar había sido ejecutado junto a otros de sus compañeros. Estábamos desconcertados. Yo le lloré como si se tratara de mi propio padre, e insistí ante mi madre, mi hermano y ante mí misma en que no podíamos seguir viviendo en un lugar tan peligroso, en el que no se daba importancia alguna a la vida humana. Ahora eran los propios afganos los que acababan con la vida de sus semejantes, no ya los extranjeros, como ocurrió durante la guerra contra los rusos.

En los siguientes encuentros con Peter, me comunicó que su plan seguía en marcha y que a principios de diciembre me ayudaría a salir del país junto con mi hija. Debía de parecer víctima de un secuestro a manos de tribus rivales, al menos en los primeros días, hasta estar a salvo, a fin de que no sospecharan de Nabil ni de mi madre. En caso de que surgiera algún imprevisto, daría un nuevo planteamiento al plan original.

Estábamos ya a finales de noviembre, cerca del día señalado. Ésa sería nuestra última cita antes de la huida. Dedicamos casi toda la noche a repasar una y otra vez el plan con todo detalle.

Estaba tan entusiasmada que a veces Peter tenía que taparme la boca con la mano para que no se me oyera desde fuera. No me acababa de creer que en pocos días estaría lejos de ese infierno, que mi hija tendría al fin la oportunidad de vivir en un entorno normal, civilizado y pacífico. Cuando me disponía a marcharme, Peter me besó y me dijo que extremara las precauciones en ese último trayecto.

«Ya no será necesario peligrar de nuevo», pensé llena de júbilo. Le di un beso con todo mi amor, abrí la portezuela y me lancé al solitario callejón.

Era de madrugada. Kabul estaba inmersa en el letargo de la noche, cubierta de una espesa oscuridad. Tan sólo el graznido de algún pájaro rompía la calma y me hacía dar respingos llena de zozobra. Aunque acababa de dejar a Peter en su austera vivienda, ya lo empezaba a echar de menos. Me había negado firmemente a que me acompañara. Me parecía que la complicidad con la gélida noche y el viento helado me ponía a salvo de miradas indiscretas. Cubierta por el burka, que en momentos así me parecía un invento maravilloso, me deslizaba con absoluto sigilo por el resbaladizo pavimento, húmedo por el relente de la noche, mirando a un lado y a otro en cada esquina antes de tomar la siguiente callejuela en dirección a mi casa. Procuraba no toparme con ninguna patrulla de los talibanes. No sabía por qué, especialmente esa noche, me sentía particularmente nerviosa, más que ninguna de las noches anteriores.

Mi corazón palpitaba con tal fuerza que me atravesaba los oídos. El frío me hacía temblar, me estaba congelando las articulaciones y me impedía moverme con facilidad. Resbalé un par de veces en el empedrado, lastimándome las rodillas y los codos. El grueso tejido de la ropa no daba ninguna protección. Sin dar importancia a los dolores de la caída, me levanté a toda prisa y seguí corriendo. Estaba a pocos metros de mi casa. Entreviéndola en medio de la oscuridad, no veía la hora de cruzar la portezuela trasera del patio y meterme en mi cuarto.

Por fin, ya estaba allí. Con el sonido de fondo de mi respiración jadeante, di un hondo suspiro de alivio al tocar con mis manos el frío metal de la cancela.

En ese instante, alguien que estaba apoyado en la pared vino hacia mí. Se me heló la sangre en las venas. No podía distinguir quién era; ¿mi padre, mi marido o quién? Al momento escuché la voz del desconocido.

«Más que puta», renegó empujándome bruscamente. «Vas a pagar por tus delitos como te mereces. Estás acabada».

Reconocí la voz de Abdul, mi vecino. Le había llegado el momento de vengarse de mí por rechazarlo y yo se lo había puesto en bandeja. Escupiendo al suelo con desprecio, se alejó.

Muerta de miedo y de angustia, entré a la casa dando tropezones. Atravesé de puntillas el oscuro pasillo, sigilosa cual fantasma. Abrí con cuidado la puerta y me dejé caer en el primer sillón que encontré. El terror me sacudía el alma y me revolvía las entrañas. Con la respiración en un hilo, luchaba por calmar el temblor de piernas y manos y por moderar el rechinar de dientes. ¡Qué poco había durado mi dicha!... Ahora llegaba la hora del castigo.

No me engañaba en absoluto sobre lo que me esperaba. Conocía de sobra a Abdul y sabía cómo era de rencoroso y despiadado. El curso de mi destino dejaba en esos momentos de pertenecerme, pasando irremisiblemente a manos de otros. No sabía si tendría ya un mañana. Era cuestión de pocos días.

Por mucho que intentaba tranquilizarme y pensar con la cabeza no podía. El miedo gobernaba mi ser por completo. Tenebrosas ideas se agolpaban en mi cabeza y me confundían. Tenía que hacer algo y cuanto antes.

Tras poner un poco en orden mis contradictorios impulsos, tomé la decisión de irme, de huir cuanto antes y buscar refugio en la montaña. Allí vería qué podía hacer. Tal vez desde allí pudiera encontrar la manera de comunicar con Peter o con Nabil para solicitar ayuda.

Cogí a toda prisa una sábana de encima de la cama y puse dentro la poca ropa que encontré a tientas. Cogí algo de dinero que tenía guardado en un cofre por si llegaba el momento de necesitarlo y me fui hacia la puerta de la casa.

Bruscamente alguien se me abalanzó y quedé inmovilizada. Quise gritar pero no pude abrir la boca de puro pavor. Me alejaron de mi casa a rastras. Yo sabía quiénes eran y adónde me llevaban. Allí no se hacía favores a nadie, y cuánto menos a una adúltera que había infringido las normas coránicas. Uno de ellos me empujó bestialmente, otro desahogó su ira a base de golpearme la espalda con un garrote. El dolor me anulaba los sentidos. Mi cuerpo había dejado de sentir, como también mi alma se había insensibilizado. Me arrojaron a la parte de atrás de una camioneta y dio comienzo un trayecto penosísimo para mí, dando tumbos de un lado a otro hacia destino desconocido.

Al poco llegamos a la cárcel. Bajamos por unas escaleras mugrientas de piedra que conducían al sótano. Una llave chirrió en la oxidada, antiquísima cerradura. Cesaron de repente las voces, los insultos, las patadas y bofetadas por todo el cuerpo. Alguien me echó con violencia sobre un montón de paja. Al caer, rodé por encima de varios cuerpos que estaban tirados el uno junto al otro. Se cerraron las rejas de hierro de un portazo y el tiempo se detuvo para mí: mi cabeza se estrelló con estruendo contra el suelo de piedra, dejándome sumergida en la oscuridad total de la inconsciencia.

Un grito estremecedor me sacó del desmayo. Con el cuerpo dolorido, di un respingo sobresaltada por los alaridos de un hombre que imploraba a gritos que lo dejaran morir. Al momento, algo más lejos, se oyeron gritos de mujeres, llantos desconsolados, maldiciones, latigazos y otros ruidos inidentificables. Después, silencio. Yo tenía los vellos de punta y chorreaba sudor sobre la suciedad del suelo.

Miré atentamente a mi alrededor, sin apenas poder distinguir nada. La celda estaba mal construida a base de viejos bloques de piedra que se alzaban amenazantes sobre mi cabeza. Grandes ranuras como miradas hurañas se abrían por entre las piedras. Tenía la sensación de que algo horrible saldría de esos agujeros. Por todas partes había un intenso olor a moho y a cerrado. Como si el tiempo hubiera retrocedido y se hubiera quedado congelado siglos atrás. Los montones de paja, medio podridos por la humedad y la porquería, ponían de manifiesto que hacía meses,

o décadas, quién sabe, que no se limpiaba aquel lugar.

Sentí una claustrofobia insoportable, un pánico y una ansiedad irracionales por salir de ese entorno que me machacaba el espíritu y me ponía la soga al cuello. Intenté ponerme de pie, pero mis piernas eran incapaces de obedecerme, de levantar mi peso, así que volví a caer sobre la sucia masa húmeda donde estaba.

«Tranquilízate», me dije. «Dedícate a entretener la mente pensando en cualquier cosa. Los impulsos desenfrenados no conducirán a nada. Dios es grande».

Pero en vano trataba de sacar fuerzas de mis propios pensamientos. Sin saber qué más hacer, me puse a examinar la celda otra vez desde el principio, pero, ¡ay de mí!, nada de lo que descubrí a mi alrededor me ofrecía el más mínimo consuelo.

De pronto, llegó a mi olfato un olor repulsivo: una mezcla de orina y excrementos humanos rebosaban por fuera de un cubo depositado en un extremo, llenando el suelo, la atmósfera y mi propia alma con su suciedad. Vejada y aniquilada en mi ser, agaché la cabeza ante la indignidad del ser humano y ante el exterminio de cualquier amor propio. A la repulsiva inmundicia se añadía el olor rancio del sudor de los cuerpos y de la ropa sucia y el pelo mugriento de los otros reclusos. El burka, a pesar de ajustarse a la cabeza como un guante, dejaba pasar los malos olores que nos disputaban el poco aire que nos quedaba para respirar. No había ventanas por ningún lado. Cada vez que tomaba aire se me revolvía el estómago, ya de por sí debilitado. Cada mirada a mi alrededor era como una bofetada a mi conciencia de persona del siglo xx, un escupitajo al poco de dignidad que me quedaba incólume.

Con indecible amargura, constaté que los fundamentalistas se habían salido con la suya: habían denigrado a los presos en su condición de seres humanos, rebajándolos al máximo antes de darles el castigo definitivo. «Sois incluso peores que animales, indignos de vivir en condiciones humanas, despojos de la misma categoría que los excrementos de ese cubo», me parecía oír cínicamente de boca de los *Knan*, los Jerarcas. Para nosotros los musulmanes, ser privados de la higiene significa ser privados de algo mucho más trascendental: de la oración, de la que quedan excluidos quienes vivan inmersos en la impureza. El rezo a Alá exige pureza de cuerpo y alma, según el Corán, así que ése era también un martirio que aniquilaba aún más nuestra moral y dejaba ver a las claras su desprecio hacia los presos, indignos, insignificantes, lamentables errores de la naturaleza.

Me esforcé por distinguir mejor los rostros de mis compañeros mirando de nuevo en la oscuridad de mi alrededor. Cerca de mí había seis o siete bultos con forma humana. La antiestética silueta del burka dejaba ver que se trataba de mujeres. Se las veía tan aterrorizadas que no se habían atrevido a quitarse esa prenda aunque les cortara la respiración. Algunas lo más que habían hecho era echar hacia atrás el velo enrejado que les cubría la cara.

De repente, desde el rincón más oscuro de la celda empezaron a oírse gemidos. Me arrastré hasta allí para ver de qué se trataba. Tendí la mano para tocar a la criatura que estaba sufriendo y toqué algo pegajoso que al momento reconocí como sangre.

Esa mujer estaba cubierta de sangre. No se le veían las heridas, pero por su llanto se podía adivinar el dolor que sentía. Traté de acariciarla con ternura, susurrándole palabras de consuelo. Al notar mi mano dio un brinco como de animal herido. La pena me partió el corazón. Me sentía inútil por no poder ayudarla en nada con tanto como estaba sufriendo. No contaba ni con los medios más rudimentarios.

Volví la mirada a las otras figuras de la celda, agazapadas ahora en la pared calada de humedad. Poco a poco mis ojos se iban acostumbrando a la oscuridad; podía distinguir los rostros enjutos de cada una de ellas. Les pregunté en voz baja qué había pasado.

«Nos han molido a palos», dijo una voz. «Yo ya no puedo más. Tenía que haberme muerto ya».

Me eché a temblar de pánico; la sordidez que veía entonces no era nada en comparación con lo que me esperaba también a mí en breve. Una a una empezaron a contarme las torturas a las que habían sido sometidas. Una de ellas, Suad, se acercó a rastras a la silueta a la que yo me había acercado antes y se abrazó al cuerpo sangrante.

«Es la pequeña Sanem, hija de mi hermana. Ni siquiera ha cumplido todavía los dieciséis», sollozó Suad. «En la montaña donde se había refugiado de los bombardeos junto con su familia, la raptaron y pidieron un montón de dinero como rescate. Sus padres, temiendo que la mataran, reunieron el dinero que les pedían vendiendo la casa. Pero mientras estuvo en poder de sus secuestradores, la violaron una y otra vez hasta que quedó embarazada. A pesar de que muy pronto se supo quiénes habían sido y de que los padres denunciaron los hechos a las autoridades, nadie hizo nada por apresarlos. Los dejaron inmunes seguir con sus atrocidades. Por el contrario, poco más tarde los talibanes detuvieron a la pequeña, que como es de la minoría chiíta, acabó pagando los crímenes de los otros. No se compadecieron en absoluto del horror por el que había pasado a manos de aquellos cuatro salvajes. No se apiadaron de la pequeña, cuyo cuerpo había pasado de las garras de uno a las de otro durante tres días con sus noches hasta quedar destrozado. A base de correazos en la espalda había quedado extenuada, incapaz de oponer resistencia, sin que ellos además se compadecieran mínimamente de sus ruegos.

Cuando la abandonaron, saciados sus apetitos animales y con el dinero del rescate en sus bolsillos, parecía una masa inerte. Sus pobres padres la recogieron y corrieron a esconderla en la casa de unos parientes, tratando de que al menos salvara la vida. Fue realmente un milagro que sobreviviera. Las repetidas denuncias que pusieron ante la justicia no sólo caían en el vacío, sino que además los amenazaros por ellas diciéndoles que si no cerraban la boca sus otros hijos y familiares padecerían cosas aún peores. Los pobres, aterrorizados, desistieron. Sólo de pensar que a sus otros hijos pudiera pasarles también algo parecido a lo que había sufrido la pequeña Sanem, les hizo tragarse sus protestas. Lo único que les importaba ya era salvar a su hija, aliviarle las heridas de su cuerpo y su espíritu y huir cuanto más lejos mejor.

Pero el destino les deparaba otras sorpresas. Al cabo de cuatro meses, alguien denunció al gobernador el lugar el embarazo en soltería de la pequeña, así que la desdichada cayó de nuevo en manos de los salvajes fanáticos. Debía pagar por incumplir los preceptos del Islam. Ella y el fruto de su violación.

La sometieron a interrogatorios inhumanos, extenuantes, vejatorios y terriblemente dolorosos. Estaba claro que sus torturadores habían decidido de antemano qué sería de ella. Juzgaron insuficiente su testimonio y dieron por falsas las pruebas aportadas en contra de los delincuentes. Así pues, la condujeron a prisión. Yo, que soy su tía, no fui capaz de ayudarla en nada porque también estaba totalmente destrozada por los malos tratos. Según nos contó la propia Sanem, en el lugar de los interrogatorios dio comienzo para ella un nuevo martirio. La estuvieron azotando día tras día durante una semana colgada de una soga. Fingiendo que la iban a colgar, la tiraban salvajemente del pelo y le metían la cabeza en una pila de agua sucia y no la sacaban hasta que no veían que se le iban a reventar los pulmones. El último día, dos barbudos le rasgaron la ropa ensangrentada hecha harapos para vejearla aún más. Luego le dieron de patadas en el vientre hasta que se cansaron. Cuando dieron por concluidas sus crueldades, la vistieron de nuevo con sus harapos y arrojaron aquí su cuerpo, en esta celda, dejándola en el estado en que la estás viendo ahora».

La pobre mujer enmudeció de amargura.

Al cabo de unas horas, una hemorragia incontenible empapó la ropa de Sanem encharcando el suelo en que estaba tendida. Asistíamos impotentes a un aborto espontáneo, a dolores terribles y a la extenuación y la desesperación que expresaban sus sollozos.

«No creo que pase de esta noche», se oyó decir trágicamente a Suad.

Y así fue. Cuando volví a acercarme a ella arrastrándome como pude para ver cómo estaba, su cuerpo no reaccionó en absoluto cuando lo toqué. Quité el pañuelo de encima de su rostro para ayudarle a respirar mejor, pero ya la muerte había congelado los bellos rasgos de la muchacha y en su rostro sólo quedaba como testimonio de la tragedia un hilo de sangre seca que salía de la nariz y una herida tremenda junto a la boca machacada a golpes.

Una furia animal me llenó el pecho. Cegada por el odio y la ira, si hubiera estado en mi mano, habría descuartizado yo misma con uñas y dientes a los canallas que le habían hecho eso y a todos sus superiores, que eran los que otorgaban a esas bestias la potestad de llevar a cabo sus abominables crímenes.

Sin darme cuenta, un grito desgarrador salió de mi interior, resonando de manera estremecedora en la cerrada estancia de la celda. Los ríos de lágrimas que salieron de mis ojos, de ira, de dolor y desesperación, se sumaron a los lamentos de las demás mujeres y al desgarrar de la que era su tía. Gritamos al unísono en espera de que llegara algún vigilante. Nadie nos respondió. Alaridos, llamadas de socorro, rezos, maldiciones y llantos eran manifestaciones demasiado habituales entre los presos

como para que llamaran la atención de los carceleros. La pesada puerta maciza del sótano, hecha de hierro, permaneció herméticamente cerrada.

Cuando se apagó el llanto general, nos quedamos todas en silencio, cogiéndonos de las manos unas a otras para darnos ánimos y acompañar al cadáver de Sanem. Más tarde, sentí un dolor imperioso bajo mi vientre que pedía urgentemente ser aliviado. Hice esfuerzos sobrehumanos para evitar hacer mis necesidades en presencia de la difunta, suponiendo que se la llevarían de la celda de un momento a otro. Intuía que lo mismo les estaba pasando a mis compañeras de prisión, que no paraban de moverse inquietas y de lanzar suspiros. La única que estaba inmóvil y muda como una estatua era Suad, petrificada por la pena y la conmoción sufrida a raíz de la pérdida de su sobrina. La dejamos en paz sin molestarla, respetando su dolor.

Me puse a gritar de nuevo con toda la fuerza de que era capaz, sin importarme que mi vocerío enojara a los guardas y me aplicaran el castigo correspondiente. Esa vez se oyeron pasos firmes, la puerta se abrió y aparecieron tras la verja dos carceleros de aspecto huraño y amenazante. Alguna de nosotras les dijo lo que había pasado. De mala gana, descorrieron el cerrojo y se abrieron paso a base de patadas. Levantaron por un extremo a la muchacha y sin ningún respeto la arrastraron y la cogieron en volandas pasándola por encima de nuestras cabezas. Deseaba desde el fondo de mi alma que entregaran el cuerpo de la pobre Sanem a sus padres a fin de que recibiera los últimos honores y pudieran enterrarla para que descansara en paz bajo una lápida con su nombre, pero por mucho que así lo deseara dudaba de que lo fueran a cumplir. Sabía por otros muchos casos que se deshacían de los cadáveres de los presos o desaparecidos dejándolos tirados por ahí como si fueran perros muertos o bien los sepultaban en fosas comunes que nadie sabía después localizar. Con un suspiro, dimos un último adiós mentalmente a nuestra joven compañera, esa pequeña flor marchita antes incluso de llegar a florecer.

Un quejido quedo comenzó a elevarse como un murmullo, primero de parte de su tía y luego de todas nosotras, lamentando las gracias de que no había gozado la pobre niña, un plañido por la injusticia y las desgracias que le tocó vivir hasta el último momento, un lamento porque hubiera muerto así de maltratada, privada de todo y enteramente sola. Pero no era sólo una explosión de sentimientos por la muchacha. También era el miedo ante lo que nos esperaba, conscientes como éramos de que nuestro final no sería muy diferente del de Sanem.

Un frío helador, una rigidez de muerte gravitó durante un buen rato en la mazmorra. Me rondaban ideas sombrías en la cabeza. ¿Quién me libraría de esa pesadilla? Poco a poco fui tomando conciencia, dentro de la confusión y la desorientación en que me hallaba, de que nadie vendría a ayudarnos. Con la boca reseca por la sed, apenas podía respirar, ahogada además por la angustia de no poder comunicar con los de fuera. ¿Se habrían enterado mis padres de lo sucedido? ¿Cómo actuarían? La imagen de mi marido pasó fugazmente por mis pensamientos.

Los dos carceleros volvieron a bajar al poco rato. Me cogieron bruscamente y me llevaron entre insultos groseros a otra celda al fondo de un pasillo a media luz. La luz enfermiza que entraba desde una claraboya mugrienta daba a entender que ya era de tarde. De un empujón violento me arrojaron a un banco de madera desvencijado. Un hombre mayor de mirada agresiva estaba sentado en una especie de mesa de oficina. Uno de los carceleros me ató fuertemente las manos con una cuerda gruesa. Había llegado la hora del interrogatorio. El viejo me preguntó quién era mi amante y dónde estaba escondido; y sólo remitirme a Peter fue como un bálsamo para mi espíritu. Sus ojos, azules como cielo de primavera, se aparecieron ante mí en el pensamiento, parpadeando como un niño y dándome ánimo y apoyo con palabras cariñosas.

Me propuse firmemente que no logaran sacarme una sola palabra sobre él hicieran lo que me hicieran.

Y lo conseguí. Yo era una tumba, no abrí la boca ni para tomar aire, con tal de no traicionar el sueño de toda una vida. Me machacaron la espalda a latigazos, me golpearon sin cesar con una vara la planta de los pies; de la nariz y la boca me salía la sangre a borbotones. No podía soportar más el dolor. Mis gritos me llegaban como si fueran de otra persona y desde mis adentros rogaba a Dios que me llevara cuanto antes, no fuera que mi débil carne cediera y lo confesara todo. De vez en cuando me echaban por la cabeza cubos de agua sucia y helada para sacarme de los desmayos, los pocos instantes en que me escapaba de alguna manera del terrible suplicio.

No sabía cuánto tiempo había pasado, si una hora o un siglo. En un momento dado se ve que se cansaron y lo dejaron. Uno de ellos me llevó a rastras de nuevo, tirándome a la celda como si fuera un peso muerto. El escozor por todo el cuerpo era absolutamente insoportable. La espalda me dolía tanto que no podía apoyarme en ningún sitio para tratar de descansar. Estaba completamente exhausta. Y encima, como si no fuera suficiente, la sed y el hambre se burlaban cínicamente posándose en mi boca y en mi estómago, que habían dejado atado con cuerdas como si fuera un ovillo.

Con la mirada borrosa miré a mi alrededor. Vi que faltaban otras dos mujeres, pero no tenía fuerzas para preguntar dónde se las habían llevado. ¿Acaso no sabía ya la respuesta? Totalmente deshecha, di media vuelta y me sumergí en un sueño inquietante, lleno de pesadillas que me impedían descansar. Tras despertar, los gemidos de las otras mujeres me lastimaban los oídos. No había necesidad de intercambiar absurdas palabras de consuelo. Éramos incapaces de ayudarnos las unas a las otras. Cada una tendría que llevar su cruz. Así, acurrucadas, sin decir ni palabra, pasamos las horas siguientes. ¿Cuántas? Ninguna tenía la menor idea.

Al cabo de mucho rato, se oyeron pisadas fuertes en dirección a nuestra celda. La reja se abrió y dejaron en el suelo unos recipientes metálicos con mazorcas frías de maíz y una palangana con agua de dudosa procedencia. Arrastrando cada una de su cuerpo, nos acercamos y nos pusimos a devorar el alimento como animales. Con la garganta destrozada por el llanto y los gritos, empezamos a tragar el maíz casi sin

masticar, para calmar el hambre que nos desgarraba las entrañas. No quedó ni un solo grano. Una de las mujeres abrió el tronco y se puso a roerlo con los dientes, haciendo un ruido que me puso los nervios de punta, pero no dije nada.

Debía de ser ya de noche, porque se había dejado de sentir el ir y venir de pisadas por la planta de arriba y el ruido lejano de los disparos. Tampoco se oían ya los alaridos de dolor en el sótano, donde nos habían encerrado. Puede que los presos estuvieran lamiendo sus heridas en un intento de curarlas o al menos aliviarlas durante la noche, a fin de tener un poco de reposo en sus miserables lechos. No querrían, como tampoco yo, pensar en el mañana. Sabían que sería igual de mortificante que el día que acababa de pasar. No querrían hacerse conscientes de que sus vidas habían entrado en la recta final, que recibirían el golpe de gracia definitivo tras una vida de tormentos. Tal vez albergaban un destello de esperanza, de que algo podría desviarles del camino hacia la aniquilación. Quién sabe. También yo estaba en la misma encrucijada.

Ninguna noticia por ahora de los de fuera. El recuerdo de mi hija me asaltaba y me hería el corazón. Los remordimientos, como airadas *Erinias*^[1], me punzaban el alma y me dejaban en un estado de confusión y angustia. La sensación de haber fracasado como madre por haber colgado a mi hija el lastre de una madre adúltera me hacía estremecerme de dolor. Me atormentaba también el hecho de saber que ella no contaría con el apoyo de su padre, quien la despreciaba y la ignoraba abiertamente únicamente por ser niña.

¿Qué estaría haciendo en esos momentos mi pequeña?, ¿cómo reaccionaría cuando se enterara de la triste noticia? Me acuciaba el sentimiento de culpa, no por mi relación, que era asunto mío y volvería a tenerla mil veces más aunque me condenaran a muerte otras tantas. Mis convicciones y mi fe en el derecho que tenía a un poco de felicidad no se tambaleaban con nada. Sin embargo, el hecho de que mi hija sufriera al ver que su madre no había vuelto a casa me llenaba de angustia. Sólo me podía tranquilizar el pensar que estaba con ella mi madre, que la adoraba y haría lo que fuera por restarle preocupación y no dejarle pensar en cosas feas que seguro que atormentaban su inocente cabecita.

Yo no podía hacer absolutamente nada. Mi futuro dependía de la voluntad férrea de esos miserables que se creían superiores a Dios, embriagados de poder y brutalizados por su fanatismo, envanecidos por creerse con infinito dominio sobre la vida y la muerte. Incumplir los preceptos del Corán, osar expresar oposición al absolutismo, ya fuera de los gobiernos anteriores o del de los talibanes, o contemplar con aversión las salvajadas que estaban haciendo sufrir al país los «salvadores» de la patria, eran delitos que se pagaban con persecuciones, tortura, malos tratos, encarcelamientos, chantajes y muerte. Tanto en Kabul como en las demás ciudades bombardeadas, con las heridas abiertas al aire, el ambiente era irrespirable. Un espectáculo penoso para los ciudadanos maltrechos de tanta guerra, que llevaban años y años sin saber si seguirían vivos el día de mañana. Tan insufrible como mi celda y

las sombrías perspectivas que tenía de futuro.

Cada vez me sentía más vulnerable y aturdida. ¡Qué no daría por posar mi mirada borrosa en el rostro de algún ser querido!, ¡qué no daría por tocar una mano amiga que me animara a afrontar el inevitable y terrible viaje que me esperaba! Por el momento mis deseos no eran sino esperanzas vanas que pasaban de largo como sombras fugaces que se rieran de mi desgracia al pasar la frontera entre la consciencia y la inconsciencia. La respiración agitada de las demás mujeres me daba a entender que su sueño estaba siendo tan convulso como el mío, incapaz de hacer descansar ni el cuerpo ni el espíritu.

Totalmente despierta, con los ojos escociéndome como llagas, me quedé sentada como ausente del mundo, descolgada de la vida sobre la tierra y bajo ella, llorando por todo lo que había dejado de existir para mí, por cuanto había sufrido y me quedaba aún que sufrir. Sacudí la cabeza como queriendo salir del atolladero de autocompasión que se había adueñado de mi mente, pero lo único que conseguí fue sentir mareos y náuseas. Agarrada a los fríos barrotes de la celda, traté de que el aire helador del mugriento pasillo me hiciera volver en mí. Lancé una mirada al horrible corredor. A duras penas distinguí las celdas de enfrente cerradas a cal y canto, donde se amontonaban los otros pobres presos, los varones. Me impresionó comprobar que veía su infortunio con una indiferencia escandalosa, casi sin percibir sus lamentos, sus desvelos, sus idas y venidas a las salas de tortura, porque ya nada tenía importancia para mí, ya iba perdiendo día tras día mi capacidad de compadecer al prójimo, endureciéndome hasta el límite de la insensibilidad.

No sé cuánto tiempo tardé en recuperarme un poco, en recuperar parte del dominio de mí misma. Me puse de pie, disponiéndome a dar unos cuantos pasos indecisos para estirar las piernas y sacarlas de su entumecimiento, cuando de repente pisé algo blando. Me acerqué para ver de qué se trataba y descubrí a mis pies el hatillo con mi ropa. Reí con ironía al darme cuenta de por qué no lo habían tocado los carceleros, y es que no habrían querido tocar nada que perteneciera a la impura, la miserable infiel, no fuera a ser que se infectaran ellos con los microbios de la ignominiosa culpa, de la degenerada pecadora que yo era para ellos. Busqué rápidamente a tientas allí donde había puesto el dinero. Todo estaba en su sitio. A toda prisa, me quité la ropa, me puse ropa interior limpia, al menos como alivio provisional, porque tenía el cuerpo pegajoso de mugre y de sangre coagulada. Hice un gurreño con el burka y la ropa vieja y lo dejé tirado en un rincón. No quería volver a ponerme esa humillante prenda que anulaba mi personalidad convirtiéndome en un bulto celeste.

¿Qué otros castigos me esperaban? Ya había sido inculpada de los delitos más condenables y me habían sometido a indecibles torturas. Me metí cuidadosamente el dinero en el pecho por debajo de la ropa por si podía necesitarlo en un futuro, aunque en mi situación semejante probabilidad más bien parecía dudosa, cuando no completamente absurda.

Gritos, ruido de cascos de caballos y órdenes como disparos de metralla me sacaron del estado de somnolencia en el que había caído en espera del día que estaba por venir. Cuatro guardias armados irrumpieron en nuestra celda y en las otras para sacarnos fuera al pasillo. Al momento todo apareció lleno de horribles figuras humanas, en su mayoría hombres, abatidos, medio dormidos, sobresaltados aún por el súbito y brusco despertar. Otros dos guardias llegaron con una manguera verde, echaron un líquido amarillento en el interior de las celdas y empezaron a limpiar las paredes y los suelos. Un desagradable olor a desinfectante me penetró las fosas nasales. El agua salía a presión barriendo a su paso roña, vómitos, excrementos y coágulos de sangre. Un río de desperdicios pasó con ímpetu a nuestros pies hasta perderse por la alcantarilla de hierro, al fondo del corredor. Alcancé a salvar mi ropa, la sucia y la limpia, y me eché de nuevo atrás a toda prisa, sin comprender del todo qué me había llevado a hacerlo.

Luego nos ordenaron a nosotras las mujeres ir hacia el fondo. Allí nos dijeron que nos desnudáramos, nos dieron una pastilla de jabón y nos mandaron meternos bajo una especie de duchas primitivas, hechas con palanganas oxidadas agujereadas. Para nuestra sorpresa, el agua estaba templada, así que más o menos pudimos lavarnos y quitarnos de encima las chinches. Nos dieron ropa limpia que ponernos. Yo me puse la que ya tenía de mi casa. Después, nos llevaron a un lugar donde había dos pilas y nos mandaron lavar a mano los burkas y el resto de nuestra ropa, cosa que hicimos casi con gusto. A continuación tendimos la colada en una cuerda gruesa.

Después, seguidas por los guardias, fuimos desde el sótano hasta la planta superior, a una celda con paredes encaladas en la que el suelo estaba relativamente limpio y había incluso un camastro donde poder echarse. Arriba en el techo, un pequeño tragaluz entreabierto dejaba pasar algo de aire limpio y unos pocos rayos de sol. Nos parecía una ventana abierta al mundo, el único contacto que nos era posible tener por el momento con esa realidad. La escasísima luz que entraba nos hizo sentir un alivio infinito y el nuevo espacio nos daba una sensación de lujo indescriptible después de haber pasado por las siniestras salas del sótano. Aún mayor consuelo sentimos cuando nos llevaron a un aseo, un agujero hecho en el suelo, y nos vimos liberadas del asco y el horror del cubo de los excrementos.

No sabíamos qué era lo que pasaba. Preguntamos a los guardias, que no se quisieron dar por aludidos. Entonces, desde la celda contigua a la nuestra oímos una voz que nos dijo: «Se ha desatado una epidemia en la ciudad. Tienen orden de desinfectarlo todo para ponerse ellos a salvo».

Sin querer se me escapó una sonrisa. «Qué lástima —pensé— no habernos contagiado ni ellos ni nosotros, para acabar con todo de una vez».

Pero no acabó. Nos volvieron a hacer interrogatorios, a mí y a las que estaban presas conmigo. Su imaginación para inventar torturas no tenía límite. Un dolor

humanamente insoportable, alaridos, gritos, maldiciones, sangre. Un escenario de violencia y terror que no hay palabras que lo puedan describir. Los muy canallas, perversos y cobardes, daban salida y satisfacción a sus instintos sádicos en los presos maniatados, incapaces de defenderse.

Sentía cómo iba perdiendo la razón, sin poder apenas articular la voz para quejarme, sin lágrimas ya en los ojos. Lo mismo ocurría también a los demás, hombres y mujeres, apiñados a lo largo de las celdas inmundas que había en frente de la nuestra.

Cada vez que nos llevaban de vuelta a la celda, auténticos andrajos ensangrentados, lo único que nos consolaba era pensar en morir cuanto antes. Nos enteramos de que habían cortado la cabeza a dos estudiantes que habían preferido morir a delatar a sus compañeros de lucha en los boicoteos y la inflexible oposición en contra de los talibanes.

Yo también lo prefería. Con una calma difícil de imaginar entre tanto dolor, aguardaba la venida de la muerte como si se tratara de un amante a quien abrazarme para que me llevara a la otra orilla, en la que sufrir un poco menos, o nada en absoluto.

Así pasaron uno tras otro los días, sórdidos, insanos, insidiosos, tal vez semanas o meses. El paso del tiempo había dejado de tener sentido para todos los que estábamos encerrados allí. Cada día que amanecía era una nueva pesadilla y una esperanza menos de sobrevivir. Pero aún peor era la certeza de que nadie preguntara por mí, de que nadie supiera qué me estaba ocurriendo. Ni un mensaje, ni una palabra, ni la más mínima información sobre mi familia o sobre mi futuro. Cada vez que intentaba sonsacar a los guardias dándoles algo de dinero, me contestaban con risas sarcásticas, empujones y silencio. Cogían el dinero, pero no me daban ninguna respuesta. Ese silencio me estaba enloqueciendo. Estaba completamente sola, abandonada como tierra yerma. Día tras día me enfrentaba a solas con el pelotón de ejecución que eran la angustia, la postración, la inseguridad y una profunda desilusión.

Así hasta que un día lluvioso y húmedo, un grupo de hombres armados vino a por nosotros. Por mí, por las demás mujeres y por bastantes de los varones que había encarcelados. Nos montaron en unos furgones con rejas y nos trasladaron a un antiguo edificio un poco más allá del centro de la ciudad. Nos condujeron a una pequeña sala repleta de hombres. El consejo judicial de jerarcas se hallaba alineado a cierta elevación con respecto al auditorio. Había llegado la hora de la verdad.

La esperanza de tener un juicio justo se esfumó tan pronto como la lógica de las cosas nos insinuó, fríamente y sin compasión alguna, que nos preparáramos para lo peor. Yo seguía la vista, brevísima y grotesca, como un autómata. Las penas de muerte para los traidores de la revolución y los disidentes estaban dictadas de antemano. La defensa pasaba desapercibida por el tribunal, que no prestaba la más mínima atención. Sus rostros mostraban más hastío que interés por la justicia.

A cada condena a muerte seguía una explosión de júbilo en la sala, que se llenaba de vítores y algarabía para festejar una victoria demencial, tremendamente injusta.

Cuando me tocó a mí, me trataron con un desdén y una indiferencia tan insólita que las palabras que pensaba decir se me quedaron atravesadas en la garganta, hechas un nudo. Tragué saliva para poder respirar. En unos segundos el veredicto para la mujer abyecta, «que tendría la maldición de Alá, para quien no había castigo capaz de limpiar la deshonra de su vergonzosa acción» cayó como un hachazo que el público acogió con regocijo y gritos de alegría.

«Lapidación hasta morir y entregar mi sucio espíritu», fue la sentencia, la misma que para otras cinco mujeres y ocho varones inculpados de máxima traición. La ejecución tendría lugar quince días más tarde en el céntrico estadio semiderruido de Kabul, junto al mercado.

A diferencia de las otras condenadas, que quedaron aterrorizadas por el carácter cruel e irreversible de la pena capital, yo acepté con dignidad el anuncio de mi condena a muerte, sin protestas, sin aspavientos ni lamentaciones. Además, teniendo en cuenta el funcionamiento de los consejos revolucionarios, teníamos la seguridad

de que cualquier apelación o recurso acabaría exactamente igual que el juicio, es decir, en un total fracaso. Nada de lo que hiciéramos serviría de nada. Lo único que podíamos hacer era convencernos de que la decisión de los jueces era imposible de modificar.

Volví indiferente la mirada y observé la chusma que se agolpaba alrededor, reprimiendo mi desprecio por su primitivismo, su mentalidad cavernícola y el atrasado sentido de la justicia que la caracterizaba.

De repente, en un rincón de la sala, se clavó en mí una mirada conocida. El corazón me dio un vuelco de alegría. Reconocí en ella los ojos de mi hermano, de Nabil, que intentaba decirme algo. Una mezcla de amor, compasión, cariño y angustia se reflejaba en esa larga mirada. Intenté descifrar el significado de sus gestos, pero sin lograrlo. Me empujaban, tiraban de mí, me daban golpes y patadas para hacerme salir.

El burka me estaba asfixiando y me impedía responder con la mirada a Nabil.

Blasfemando en voz baja, sentí que el gentío me arrastraba a empujones hacia la calle. Los guardias me cogieron violentamente y me arrojaron al furgón donde ya estaban los otros condenados. Intentaba por todos los medios no perder de vista el rastro de Nabil entre la multitud y allí estaba, junto a la puerta, mirando hacia donde yo me encontraba.

Junto a él había otra figura cubierta por un burka celeste. Mi corazón se llenó de anhelo y alegría al intuir quién estaba bajo aquella túnica: mi madre. Su zozobra se hizo una con la sofocante nube de polvo que levantó el furgón blindado al arrancar, clavándose en mí como punza envenenada. Con el rostro lleno de lágrimas, que empapaban también el velo de red que me cubría, quedó mi corazón amargamente herido. Al girar el vehículo perdí de vista a los dos últimos lazos de unión que me quedaban con el mundo. Me giré de lado totalmente hundida, explotando en lamentos y susurrando palabras incomprensibles.

De nuevo en la celda, de nuevo en el infierno. Había comenzado la cuenta atrás. Parecía haberseme metido en la cabeza el tic-tac de los segundos, mientras recogía lenta e inexorablemente el hilo de vida que me quedaba. Me pasaba la mayor parte del tiempo callada, abstraída en mi soledad. El mismo silencio guardaban mis compañeras de destino, condenadas también a la lapidación.

Una vez al día nos tiraban, como si fuéramos perros, un poco de *nan-pan*, un poco de arroz y algo de *mast-yogur*. Compartíamos con indiferencia el agua y la comida. ¿Qué sentido tenía conservar nuestro cuerpo? En cualquier caso, éramos muertas en vida. Los carceleros no nos prestaban ya atención. Y ése era el único consuelo en nuestras últimas horas; aceptábamos conformes su menosprecio y la decisión de no perder su valioso tiempo con nosotras, las mancilladoras.

Yo, como las demás, estaba literalmente en los huesos, me sobresalían y me lastimaban si me tumbaba de lado a descansar. Sólo tenía aún algo de barriga, extrañamente hinchada. O bien me pasaba el tiempo totalmente ida con la mirada perdida en el minúsculo tragaluz o bien enfurecida deliraba de ira contra todo lo divino y lo humano.

Incluso los ataques frecuentes del ejército de la Alianza del Norte me dejaban indiferente. El ruido sordo de las bombas sobre la ciudad de Kabul movilizaba por unos instantes a los jefes revolucionarios, que echaban a correr despavoridos como de costumbre para responder a su vez a los ataques. Oíamos a los soldados correr de un lado a otro dentro del edificio. Después, otra vez silencio.

Desde que la capital cayó en manos de los talibanes en septiembre del 96, mis oídos se habían acostumbrado a las funestas detonaciones, tan frecuentes, grandes o pequeñas, y mis ojos se habían familiarizado con la horrible visión de cadáveres mutilados de combatientes y civiles, amontonados en los escombros y en las calles. Lo que en ese momento deseaba, a finales de marzo de 1999, era que una de esas bombas me fulminara y me llevara al olvido del mundo subterráneo, rápidamente y sin dolor. Pero el Dios, mi cruel Dios, me tenía reservado otro destino.

Dentro de mi enajenación, que cada vez se apoderaba de mí con más frecuencia, unas veces me Lo imaginaba amenazante, con ojos relampagueantes de ira, y maldiciéndome con el castigo eterno; otras, Lo veía esquivo, fatigado, una enorme figura que me daba la espalda y se perdía entre las sombras. Y yo Le gritaba lo que pensara en esos momentos en voz alta, unas veces con lágrimas en los ojos, otras llena de rabia: «¿Cómo puedes llamarte Dios misericordioso, si no escuchas la voz de las víctimas inocentes, si has privado a la mitad de tus fieles, las mujeres, de derechos otorgando todos los privilegios a los hombres, que juzgan y condenan sin piedad escudándose en Tus leyes?, ¿cómo puedes quedarte impassible cuando un hermano mata a otro hermano, cuando hay niños lisiados por las minas, jóvenes violadas, raptadas y desaparecidas, invadiendo de luto a sus familias; cuando se desintegran

familias, cuando posesiones adquiridas con el esfuerzo de interminables años de duro trabajo se convierten en piedras y polvo en pocos minutos, cuando toda una nación sufre bajo la cuchilla y la crueldad de quiénes se autodenominan enviados Tuyos? ¿Por qué razón me castigas Tú, mi Dios, que lo único que me has dado ha sido una vida de sometimiento y privación de los derechos más elementales, de castigo ejemplar por cosas tan insignificantes para otros pueblos como el que se me vea un poco la cara o que me pinte las uñas, o elegir al menos con quién quiero vivir? Yo soy una mujer normal y corriente, que lo único que pedía era tener derecho a vivir y a ser feliz. No pedía que aniquilaran mi personalidad, que ignoraran mi presencia en el mundo, someterme a sátrapas que me consideran igual que a un animal. No pedía vivir en oscuros alcantarillados, sin ser vista, sin ser oída, sin ser tenida en cuenta, sin expresar mis sentimientos, sin ser al fin y al cabo...».

Otras veces, totalmente trastornada, suplicaba perdón entre lágrimas de remordimientos y de miedo por mi familia y por las consecuencias de mis actos, diciendo: «Tú que has creado mi cuerpo, Dios mío, con sus virtudes y sus defectos, con sus debilidades y las tentaciones en que caen todas Tus criaturas humanas. Tú, Dios mío, eres quien me ha dado la vida y sólo Tú puedes quitármela. Son infinitos mis errores, como también infinito es mi sufrimiento en cuerpo y alma. He sido esclava de mi carne, pero confío en que mi alma y mi inagotable y verdadero amor de espíritu me salvarán. Ayúdame, Dios mío, a culminar dignamente mi paso por el mundo, da fuerzas a mis seres queridos para soportar la deshonra, la angustia, las desgracias mías y tuyas. Concédeles a ellos mejor suerte que a mí...».

Me pasé días enteros arrodillada como un mendigo, suplicando el perdón de Dios y Su piedad. En ese estado de desesperación estuve hasta la víspera de la ejecución. Los guardias nos ordenaron que nos laváramos y nos cambiáramos de ropa porque nuestros familiares vendrían a vernos por primera y última vez.

En esa ocasión, el agua estaba congelada, el jabón escaseaba y la piedra pómez difícilmente podía completar el último aseo antes de morir. Pero todo eso carecía de sentido. Mi cuerpo entero se estremeció con rechinar de dientes, los brazos amoratados y las piernas temblonas. A duras penas terminé de asearme como pude y me llevaron de vuelta a la celda, donde me quedé en un rincón esperando con el alma en vilo a mi familia.

Hasta que por fin llegaron. Nabil y mi madre hicieron su aparición con un bulto en las manos. El guardián descorrió la cerradura, me dijo que saliera al pasillo y se quedó aparte indiferente. Un poco antes, mi hermano le había dicho algo al oído y le había metido algo en el cinto. A mí me importaba bien poco lo que pudiera haberle dicho, lo que quería era tocarlos después de cinco largos meses. Me habían apresado en noviembre y no me juzgaron hasta marzo.

Mi madre se descubrió el rostro. Su belleza se había esfumado. Profundas arrugas le surcaban las mejillas y la frente, los pómulos le sobresalían y su piel mostraba un color ceniciento. Sólo sus ojos, agrandados por la delgadez, conservaban su encanto.

Me miraba con un amor infinito, con sufrida adoración, desasosiego y pena. Me abrazó con fuerza y yo me abandoné a ella, deseando más que ninguna otra cosa en el mundo quedarme para siempre en su regazo. Me sentía miserable por haberlos puesto en semejante situación. Y sin embargo, ellos me trataban como si no me tuvieran rencor alguno. Al contrario, sus miradas dejaban entrever un destello de orgullo que me supuso un poco de consuelo.

Mi madre me señaló el bulto de ropa y me dijo en voz baja que al día siguiente me pusiera esa prenda que me había traído. La miré con curiosidad y me dijo que era cuestión de vida o muerte. Esbocé una triste sonrisa y le di mi promesa de ponérmela. Después le entregué yo mi hatillo, en el que había vuelto a dejar el dinero. Ya no lo necesitaría. No me hicieron ninguna pregunta personal, ni una sola alusión a mi amante. Me dijeron que habían movido cielo y tierra para que les dejaran visitarme, pero sin conseguir nada. Mi padre no quería oír ni mi nombre y no había movido un dedo para ayudarles. Es más, les había amenazado con darme muerte él mismo en caso de que no lo hicieran las autoridades, tal como mandaba la ley. Yo para él había dejado de existir; renegaba de cualquier relación con una miserable adúltera.

Nabil tomó mis manos en las suyas y me dijo que él y mi madre cuidarían de mi hija y que ésta le había pedido que me dijera que me seguiría queriendo siempre y que siempre estaría orgullosa de mí. Los sollozos me entrecortaban la respiración. Mis lágrimas empaparon la ropa, las manos, sus hombros. Nos quedamos un buen rato así, abrazados.

No pregunté por mi padre ni me interesé por su salud. Sabía cuál era su opinión, cómo era de fanático y partidario de los talibanes y no aspiraba a que me comprendiera o que me perdonara. De todas formas, nuestra relación hacía tiempo que se había roto irremisiblemente. Tampoco pregunté por mi marido, ni me importaba saber cuál había sido su reacción. Había echado por tierra mis esperanzas, mi dignidad y mi propia alma desde el mismo día en que contrajimos matrimonio. Su presencia en mi vida me había supuesto muchísimo sufrimiento y había marcado el rumbo hacia el horrible fin que me esperaba. No me sentía orgullosa de mis actos. Lo único que quería era irme de este mundo con el vivo recuerdo de la caricia de mi madre y mi hermano, de sus lágrimas de compasión unidas a las mías y de la calidez irremplazable de su abrazo en mis últimas horas.

Finalmente, llegó el momento del último adiós. Un último abrazo y las dos figuras queridas se perdieron al final del pasillo, dejándome sin sangre en las venas, sin vida ya dentro de mí. Me quedé ahí parada, sin hablar, vacía como un despojo seco, a la espera de enfrentarme con mi destino a la llegada del nuevo día.

Gran parte de la noche estuve entre el sueño y la vigilia; tan pronto como mi cuerpo maltrecho empezaba a perderse en el mundo de los sueños, imágenes fantasmagóricas de mi hija y de Peter se adueñaban de mí sucesivamente. Abría mis brazos ansiosa para recibirlos y ellos me sonreían, me besaban, me consolaban. Una y otra vez aparecía la pequeña enseñándome sus avances orgullosa de sus logros infantiles y Peter me tenía una y otra vez en su cálido abrazo, susurrándome al oído palabras de amor, tiñendo con ellas de color púrpura los sórdidos rincones de la celda, en donde las dos figuras se arremolinaban como hojas al viento hasta desaparecer, como si fuera una danza de recuerdos amargos, dulces, placenteros y dolorosos como la propia pérdida.

La oscuridad se llenó de voces mientras mi cerebro reconstruía escenas del pasado, de mi pequeña historia mundana, que más parecía un puente derruido por el que pasaba una vez más de la mano de mis seres queridos, abriéndose mi corazón como claro del bosque, hasta el cielo, suavizando así la crueldad de la espera. Las palabras de mi pequeña me llegaban como trinos de pájaros risueños, su risa alegre entibiaba mi sangre como un sol, el tacto de sus minúsculas manitas era como caricia de las manos de un ángel. El amor de mi pequeña niña me llegaba a través del aire que soplaba desde la ventana entreabierta. Mentalmente le enviaba mi última voluntad: «Mi niña, cuando mires al cielo, olvida las heridas que hayan dañado tu corazón y piensa en que las vivencias tristes te enseñarán a mitigar el dolor y el odio que sientas por los que me mataron, mostrándote al final horizontes nuevos y abiertos».

La voz grave de mi amado me arrullaba suavemente, despertando recuerdos de pasión, intensidad y ternura, más allá de los estrechos horizontes de las pocas horas que me restaban de vida. La absorbía como bálsamo tranquilizador que apaciguara mis miedos y domeñara mi pavor. Sabía que Peter me estaría esperando en algún lugar. No había duda ni desconfianza capaz de ensombrecer mi certeza. Para mí era el único, el irremplazable amor. Me iría de este mundo llevando conmigo la dulzura y la inocencia de mi hija como último consuelo, me iría también con mis ojos puestos en los ojos del hombre que había amado, manteniendo vivos los momentos de nuestro amor perseguido en el momento en que me sobreviniera la muerte. «Dame fuerzas, Dios mío, dame un poco de Tu fuerza...», susurraba sin apenas aliento.

Los primeros rayos de sol atravesaron el tragaluz y mis párpados. Me desperté sobresaltada y vi que las demás ya estaban preparadas, cubiertas por los burkas grises. A mis oídos llegaba un llanto quedo. Como una autómatas, me vestí con la ropa que me había traído mi madre poniéndome por encima el burka celeste. Me sorprendió ver que por delante y por detrás tenía una especie de anillo bordado de color oscuro. En la parte alta de la cabeza, alrededor de la red, y también a la altura de los oídos, habían puesto un material compacto como de almohadilla, cosido con

tanta maestría que sólo se notaba una vez puesto. No comprendía por qué lo habían hecho, pero sin darle mayor importancia abracé con cariño a mis compañeras de infortunio, deseándoles buen viaje. Lo mismo me desearon ellas con las voces ahogadas en llanto.

Ya quedaba menos. Ya empezaban a oírse los motores de los coches que nos conducirían al estadio. También se oían disparos en la lejanía. Pero nada tenía ninguna importancia. Yo estaba como drogada. Nada podía sacarme del estado de indolencia en que me había vuelto a sumir. Cinco hombres bien armados y visiblemente impacientes nos agarraron bruscamente y nos llevaron junto con los otros presos de las celdas de enfrente. A los hombres les ataron las manos a la espalda y a nosotras las mujeres nos ordenaron cubrírnos el rostro. Nos sacaron a empujones hasta la salida, donde nos estaban esperando una serie de furgones desvencijados y un buen número de hombres armados. Nos hicieron subir a golpes y se montaron después también ellos, cerraron la reja y arrancaron.

A pesar de ser muy temprano, había bastante gente en la calle. Los pocos rayos de sol desperdigados que había visto antes del amanecer habían quedado cubiertos por una capa de niebla espesa. A lo lejos se oía acercarse una tormenta. Como escenario, estaba totalmente acorde con la melancolía de ese último trayecto. Me gustaba que fuera a caer una tromba de agua. Me hacía creer que alguien lloraría conmigo, compartiría mi dolor, refrescaría mi rostro empapado en sudor de miedo y de angustia, empapando el odioso burka. El cielo era el único amigo con el que poder contar en esos momentos terribles de la cruel condena.

Mis ojos tras el velo de red no perdían detalle de las últimas imágenes que tendría ante mí. Nunca antes los movimientos cotidianos y las labores de los fatigados ciudadanos me habían parecido tan interesantes, de tanto valor. El aislamiento de meses me hacía ver ahora cualquier cosa con diferente perspectiva. Los gestos de la gente, su prisa, el agolparse en los puestos del mercado, el vocerío, la actividad de los comercios, la charla improvisada en medio de la calle, eran cosas que de repente adquirían a mis ojos muchísima importancia. Eran las únicas, las últimas impresiones que llevaría conmigo en mi viaje al otro mundo. Tenía necesidad de esas escenas corrientes, que me acompañaban de alguna manera en mi absoluta soledad.

El trayecto se me hizo corto. Las calles conocidas me traían al recuerdo escenas de mi infancia, en la que cada esquina, cada recoveco, había tenido su importancia. Los recuerdos, compasivos, trataban a su manera de animarme y darme consuelo, haciéndome ver que también había vivido momentos felices en el pasado.

Y, enseguida, apareció el estadio. El mismo estadio en que en otras épocas retumbaban las risas y el griterío de la gente cuando había partidos de un deporte parecido al polo, el *busaki*, en que dos equipos de hombres a caballo competían en agilidad y velocidad para meter los primeros en un cerco el cuerpo degollado de un ternero. A cada acierto, miles de personas que seguían el espectáculo desde las gradas estallaban en aplausos y vítores.

Me sorprendió ver que también ahora, a hora tan temprana, estaba lleno hasta los topes. No me esperaba que a tantísima gente le interesara ver morir a unos pocos conciudadanos suyos. Por lo visto a la chusma le gustan los espectáculos violentos. Recordé episodios de la historia de diferentes culturas que mi madre y mis maestros me hicieron estudiar cuando era pequeña; los circos romanos, por ejemplo, donde el público vociferaba frenético cuando las fieras descuartizaban a los cristianos o cuando se obligaba a los gladiadores a enfrentarse a ellas en una lucha desigual para alcanzar la libertad en recompensa. A mí no se me daba esa opción. No podía luchar por defender mi vida. En mi caso las fieras se hallaban a unos pocos metros de distancia, ni siquiera me pondrían la mano encima...

Los furgones atravesaron la puerta de entrada y avanzaron hasta donde se encontraba la tribuna de los Jerarcas. La multitud clamaba, moviéndose en masa adelante y atrás, de derecha a izquierda. Empecé a sentir mareos. Había chadores y burkas de todo tipo. Una multitud de maridos, padres y hermanos acompañados de sus mujeres habían ido para que se deleitaran con el espectáculo y tal vez también para que de paso tomaran ejemplo.

A lo largo de la primera fila se veían pequeños montones de piedras que en breve se convertirían en armas letales a manos de los anónimos verdugos. Los guardias nos hicieron bajar en mitad del estadio, no lejos de las gradas reservadas a las autoridades. Primero pusieron en fila a los hombres. Un grupo de soldados armados se les acercó. Aún tenían las manos atadas a la espalda. Los hicieron arrodillarse y al momento empezaron a oírse ráfagas unidas a la algarabía del gentío que aplaudía extasiado ante los cuerpos sin vida. Una vez que todos hubieron caído al suelo, uno de los soldados les dio oficialmente el tiro de gracia en la cabeza con una expresión de complacencia, como de satisfacción por llevar a cabo un deber grato a los ojos de Dios. Yo estaba temblando de pavor. Las mujeres junto a mí comenzaron a chillar y a gemir enloquecidas por el pánico, corriendo a un lado y a otro como tratando en vano de escapar. Violentos empujones, patadas, bastonazos y culetaos de los guardias las llamaron al orden. Yo, petrificada como una estatua, observaba la escena, muda y aterrada.

«Dios mío, ayúdame», supliqué sumida en la desesperación. Como respuesta, se nos echó encima una nube de piedras acompañada de escupitajos, maldiciones e insultos. La primera me alcanzó en la barriga. La segunda en el costado. «¡Dios mío, es el fin! Adiós, queridísima pequeña; adiós, Peter; adiós, seres queridos», musité casi inconsciente, despidiéndome por última vez de cuantos amaba. Al volverme para mirar a mis compañeras vi que habían caído de rodillas al suelo. Seguramente las piedras les habían alcanzado en la cabeza. Habían tenido suerte...

La lapidación continuó aún unos instantes. Una extraña sensación me hizo sentir como si todo aquello le estuviera pasando a otra persona y no a mí. Me pareció que mi alma había abandonado mi cuerpo y que lo contemplaba todo con curiosidad, tal vez incluso con indiferencia, como un espectador más, sin ninguna implicación,

como si ya nada la uniera al cuerpo que había dejado tras de sí. No me quedaba ni una pizca de fuerza. Estaba completamente exánime. Un zumbido ensordecedor, como si se tratara de millares de abejas, me atravesó los oídos y la vista se me nubló hasta hacerme verlo todo como en una escena a cámara lenta. Las alucinaciones me provocaban visiones terribles. La muerte estaba ganando terreno, se me acercaba exultante, riendo a carcajadas, mostrando ante mí su rostro huesudo y las cavidades huecas de sus ojos. El terror me había enloquecido. No me sentía con vida, ni siquiera sentía ya el dolor. Tal vez estaba muerta.

Súbitamente, como si se tratara de una protesta divina, el cielo se abrió en dos lanzando un destello aterrador. Un ruido como de terremoto acalló todos los demás ruidos, conmocionando al estadio entero. Se empezó a oír de cerca un rumor de artillería. Bombas y balas de mortero rasgaron el cielo y aterrizaron en diferentes puntos del estadio, reventando la arena y las gradas, haciendo saltar por los aires cuerpos, tierra y chapas de metal. El gentío, aterrorizado, envuelto en nubes de polvo, huyó despavorido lanzándose a la estampida entre tropiezos y aullidos.

En ese momento, herida y casi desmayada, al girar a la izquierda para tratar de escabullirme aprovechando la confusión, una piedra me golpeó en la sien junto al oído. Y como anticipo del mañana futuro, que era ya un ayer, perdí la conciencia del mundo, perdí mi propia vida...

Abrí los ojos y miré a mi alrededor llevada por la curiosidad. No podía creer que estuviera viendo de nuevo el mundo ante mis ojos. No podía creer que estuviera viva. Intenté mover los labios, pero no proferí sonido alguno. Probé a mover la cabeza, pero me pesaba como si fuera de plomo. Bajando la mirada, vi que la mayor parte de mi cuerpo estaba vendado y escayolado. Un dolor agudo me atravesaba el pecho cortándome la respiración. Enseguida sentí un dolor parecido en la rodilla derecha, en el brazo y en la cadera. Intenté de nuevo pedir auxilio, pero sin lograrlo. Estaba completamente sola en una pequeña habitación en penumbra, con las cortinas cuidadosamente echadas. No recordaba haber estado nunca antes allí. Me quedé forzosamente inmóvil a la espera de que alguna señal de vida o de movimiento me diera alguna pista que me ayudara a ubicarme.

Por suerte, al momento sentí que la puerta se abría y que alguien se deslizaba dentro de la habitación. Miré hacia esa figura y me llené de contento al ver que era mi madre.

«¿Cómo te encuentras, hija mía?», me preguntó con voz suave.

No conseguí responderle. Era incapaz de articular palabra. Únicamente conseguí mover los ojos para hacerle entender cuánto me consolaba su presencia. Al darse cuenta de que no podía hablar, se me acercó, se sentó cuidadosamente en el borde de la cama y me acarició la mano con cariño.

«No te esfuerces, hija, tenemos mucho tiempo por delante para hablar. Ahora descansa, tienes que recuperar fuerzas», dijo.

Después, apretándome suavemente las manos, se fue de la habitación. Y yo, con el alma fatigada pero aliviada al mismo tiempo, me entregué a un sueño profundo, reparador, como hacía muchísimo tiempo no tenía...

Había atardecido cuando me desperté. Un pequeño candil y unas pocas velas encendidas daban luz al lugar, proyectando sombras trémulas en la pared. Fuera se oyeron pisadas ligeras y al momento se abrió de nuevo la puerta y dos cabezas miraron hacia donde yo estaba. Eran Nabil y mi madre. Con los ojos y una leve sonrisa les invité a entrar. Nabil llevaba un bote de recambio en la mano.

«Hay que cambiar el suero», dijo acercándose a la barra que había a mi izquierda, de la que colgaba otra botella.

Una vez que lo cambió hábilmente, se volvió para mirarme.

«Hoy tienes mejor aspecto», añadió sonriente.

«¿Te apetecería probar un poco de sopita?», me preguntó mi madre.

Vi que sostenía en las manos una bandeja con un cuenco humeante. Asentí con la cabeza.

Con mucho cuidado, después de que Nabil me ayudara a enderezarme con almohadas a la espalda, mi madre me dio a sorber un par de cucharadas de una exquisita sopa de pollo. Me sentí como un niño pequeño, protegido y mimado,

agradecida a sus cariñosas atenciones. Pero en mi mente acuciaban miles de preguntas a las que sin embargo no conseguía darles voz. Ellos, con su mirada, me daban a entender que comprendían mi desconcierto y mis dudas sobre lo ocurrido, pero que preferían dejar las explicaciones para más adelante. Me aseguraron que mi hija estaba bien y que había empezado a adaptarse a mi ausencia. Me sentí tan reconfortada con sus palabras...

Pasaron bastantes días recibiendo su apoyo y sus cuidados, sin poder dejar de sentirme culpable por darles tanto trabajo. Como si no bastara con haberles puesto en tan difícil situación con mis acciones, encima los sobrecargaba con mi convalecencia y el cuidado de mi hija. Nunca podría compensar todo el bien que me hacían, llenos de dedicación y de cariño. Lo único que podía darles a cambio, que a mí me parecía extremadamente insignificante, era un agradecimiento eterno hasta el fin de mi vida.

Durante los últimos días de mi inmovilidad forzosa tuve tiempo de reflexionar con calma sobre todo lo sucedido, llegando a la siguiente conclusión: no quería seguir viviendo en el país donde había nacido, Afganistán. Amaba mi patria, me compadecía de su gente, víctima siempre de las ambiciones de los extranjeros o de sus propios guerrilleros, pero quería vivir como una persona y no como la esclava de un amo altivo y severo que me menospreciara continuamente, encerrada entre cuatro paredes, privada del derecho a tener opinión y expresarla, a ser al fin y al cabo. No importaba quién fuera ese amo: el padre, el marido, los poderosos o sus leyes. Había traspasado el umbral de la muerte y había logrado salvarme. Una mujer como yo ya no podía temer a personas así. Mi rebelión era definitiva: no volvería a tener en cuenta nada ni a nadie, ni leyes, ni personas desconocidas o de la familia. Lo mismo daba. Cuando has estado a punto de sucumbir a la muerte ya nada puede atemorizarte de la misma manera. Mi único punto débil era mi hija. Estaba decidida a no dejar que viviera en un ambiente así, bajo un régimen tan retrógrado. Ningún sacrificio en el mundo sería lo bastante grande como para disuadirme de huir lo más lejos posible en busca de una vida normal, en condiciones humanas. Ése y nada más que ése sería en adelante mi objetivo.

Tras varias semanas de postración sentí un inmenso alivio al pronunciar unas primeras palabras. Día tras día iba recuperando el habla y dejando atrás el temor de que algún daño en el cerebro me dejara sin habla para siempre. Los dolores eran menos y mucho más soportables; había recuperado también el apetito y probaba con ganas las riquísimas comidas que mi madre me preparaba incansablemente. Nabil, mi queridísimo hermano, me cuidaba con paciencia y destreza de buen médico, moviendo en un gesto de aprobación la cabeza al comprobar que las heridas cicatrizaban y que los huesos iban soldándose a buen ritmo.

Cuando juzgué que había llegado el momento de las explicaciones, les pedí por favor que me lo contaran todo. Accediendo a mis ruegos, recorrieron un poco las cortinas para que entrara un poco de la luz de la tarde y tomaron asiento junto a mí.

«Dime una cosa, Nabil, ¿es verdad que estoy viva?», le pregunté con ansia.

Mi hermano, tomándose tiernamente de la mano, comenzó a referirme lo ocurrido.

«No voy a ocultarte nada, Maraima», empezó diciendo. «La madrugada en que te llevaron presa, tu hija vino por la mañana a decirnos que no estabas en tu habitación. Mamá y yo imaginamos que estarías en cualquier otro lugar de la casa o, en el peor de los casos, que habrías salido a la calle tú sola a dar un paseo, saltándote las reglas tal como se puede esperar de un carácter terco como el tuyo. Dos horas más tarde, al ver que no volvías, nos disponíamos a ir a buscarte, pero antes incluso de atravesar el patio nos encontramos con Abdul, que venía hacia nosotros acompañado de un miembro del consejo local de los talibanes. Nos embargó el temor de que te hubiera pasado algo malo. Le pregunté a Abdul qué pasaba y en su lugar me contestó el otro». «En la madrugada de hoy, tu hermana ha sido arrestada y encarcelada por adulterio. Por desgracia, no conseguimos capturar también a su amante, pero es cuestión de tiempo. Se quedará en prisión hasta ser juzgada conforme a las leyes del Islam», nos dijo en tono oficial. Yo me quedé sin habla. Mamá, aterrorizada, le preguntó que dónde te habían llevado para ir corriendo a verte. «Saben perfectamente que no se permiten las visitas», dijo el oficial. «Semejantes delitos son castigados con la mayor de las condenas. No pueden hacer absolutamente nada hasta que se celebre el juicio», añadió tajantemente. A continuación, él y Abdul se marcharon. Nosotros fuimos corriendo a hablar con papá para contarle lo sucedido. Escuchó mi relato con total frialdad. No me esperaba que reaccionara así estando en peligro su hija, fuera por la razón que fuera. «La muy desvergonzada, ¡nos ha puesto en ridículo! No tiene respeto por nada ni por nadie. Para mí ha dejado de existir», dijo renegando de ti. En vano mamá le imploró su ayuda para que contactara con sus conocidos e hiciera uso de su poder, aunque fuera solamente para sacarte de la cárcel. Pero él fue implacable. «Se quedará allí y pagará por su culpa. No voy a hacerme cómplice de sus delitos. Y a vosotros os cortaré los pies como acudáis en su ayuda. ¡Fuera!, ¡alejaos de mi vista!». Nos dio la espalda y nos echó como a perros.

Lo odié profundamente por haber reaccionado así. ¿Cómo había podido volverse tan rígido y despectivo incluso hacia su propia hija alguien como él, tan culto y tan cortés como había sido hasta hacerse del movimiento talibán y transformarse en un fanático monstruoso? No había justificación posible a su crueldad. Además, era consciente de que los talibanes no sólo atentaban contra los extranjeros, sino contra los propios afganos, contra el pueblo, a fin de hacerse con el poder y aniquilar a sus adversarios. Yo estaba furioso.

Mamá también estaba fuera de sí ante su traición y su peculiar sentido de la justicia. Llevábamos años tolerando y tragándonos la opresión y el salvajismo. Ya no podíamos más, así que tomamos la determinación de luchar por nuestra cuenta, al margen de la ayuda de la familia. Nos pusimos en contacto con amigos influyentes. Ellos nos dijeron dónde te habían metido y que estabas en serias dificultades. Sufríamos lo indecible sabiendo lo que estarías pasando y sin poder hacer nosotros

nada. Además, nos apenábamos por la niña, que no paraba de preguntar por ti. Le explicábamos tu ausencia diciéndole que estabas en los campos de refugiados ayudando a niños huérfanos que no tenían a nadie en el mundo y que pronto volverías para estar con ella. Así fuimos tranquilizándola de alguna manera.

Mi mayor preocupación, sin embargo, era tu marido. La tarde del mismo día en que te llevaron presa, vino a casa desde Peshawar, donde se encontraba por motivos de trabajo. Irrumpió en la habitación dando una patada a la puerta, con los ojos enrojecidos de ira. Te insultó sin reparos delante de la niña, diciendo que nada le gratificaría más que saberte castigada con la máxima pena para ahorrarse él el ahorcarte con sus propias manos. Dijo que se divorciaría de ti al día siguiente, cosa que según supimos llevó a cabo sin demora. Cuando mamá, asustada, se atrevió a preguntarle qué pasaría con la niña, respondió: «Me importa un bledo. Con la guerra con la que me casé ni siquiera sé si es hija mía. No quiero volver a verla ni a ella ni a ninguno de vosotros. A finales de esta semana espero que me sea reintegrado el dinero que di para tomar por esposa a esa miserable. No pienso esperar ni un segundo más». Y diciendo eso se marchó tirando al suelo cuanto encontró a su paso y dando portazos.

La niña se había escondido en un rincón y lloraba en silencio. Cuando por fin se fue su padre, se dirigió a nosotros con una madurez impropia de su edad, diciéndonos: «Yo no quiero a papá. Le tengo miedo. Me pega, y también pega a mamá». Nos desgarró el corazón al decir eso con su carita seria y atormentada. Sentimos grandes remordimientos por no haber hecho nada cuando nos lo pediste hacía tiempo, evitándoos así el drama que habíais vivido tú y tu hija. Teníamos que haberos mandado a Londres mucho antes. Ahora era mucho más difícil. Nos abrazamos a ella para consolarla. Cuando miré a mamá, vi en sus ojos la misma determinación de luchar que sentía crecerse en mí. O te salvábamos o nos moriríamos también nosotros...

Llamamos a muchas puertas, rogamos y prometimos lo habido y por haber, pero no sirvió de nada. Al cabo de unos meses por fin tuvimos suerte. Me puse en contacto con Hamid —¿te acuerdas de él?—, mi compañero de estudios en América. Ahora es un alto cargo de Ahmet Sah Massud, de la minoría de los chiítas jazaros, enemiga de los talibanes. Yo siempre lo había tenido por persona de confianza y por buen amigo. Me vi obligado a contarle lo que ocurría y que en tres días iban a ejecutarte. Se dio cuenta de hasta qué punto estaba desesperado cuando le pregunté si podía ayudarme dejándome a algunos de sus hombres para asaltar por la noche la prisión donde estabas y liberarte. «No va a ser necesario recurrir a algo así. Esa prisión es inexpugnable, de alta seguridad, y además en esa zona de la ciudad los talibanes tienen bastantes soldados y artillería», me dijo y esbozando al mismo tiempo una sonrisa, prosiguió: «Lo que voy a decirte no saldrá de nosotros, amigo mío. Te lo pido por el nombre de Alá». Le di mi promesa de que así sería y él siguió diciendo: «A las seis de la mañana del día de la ejecución tenemos pensado un ataque sobre

Kabul y otras ciudades en poder de los talibanes. Todas las ejecuciones tienen lugar a la salida del sol. Cuando ataquemos, tú estarás en el estadio, en primera fila, cerca de donde esté tu hermana. Seguro que llegamos antes de que comience la lapidación porque normalmente ejecutan primero a los hombres. Ponle en el burka alguna señal para que puedas reconocerla y no pierdas ni un instante. Llevarás contigo un cuchillo con el que cortar la cuerda si está atada de pies y manos y saldréis de allí sin perder un segundo, insisto en eso. Escóndete esta arma debajo de la ropa y no dudes en disparar si es necesario. Si por cualquier motivo aplazan la ejecución, anulamos el plan. Sólo entonces veremos qué otras soluciones hay, si el soborno o el ataque a la cárcel, pero eso únicamente en última instancia. Quiero pensar que todo va a salir bien. En el momento del ataque deberás tener un coche en marcha que os espere para daros a la fuga aprovechando el caos para pasar desapercibidos». No sabía cómo agradecerse. Me dio un golpecito en la espalda y me dijo: «Para eso están los amigos. Tú lo único que tienes que hacer es cerrar el pico».

Sentí cómo volvía a mí la esperanza y una extraña convicción de que era Dios quien me mostraba el camino de tu salvación. Por eso, cuando fuimos a verte a la cárcel, te llevamos el burka con una arandela cosida alrededor para hacerte reconocible a primera vista y con un forro interior que te protegiera un poco la cabeza. Lo dejamos todo preparado para que huyeras a Pakistán o a Irán, eso lo decidiríamos sobre la marcha, dependiendo de qué carretera encontráramos abierta.

La víspera de la ejecución, yo, mamá, el abuelo y la abuela estuvimos toda la noche ultimando los planes hasta el último detalle. Habíamos alquilado una furgoneta en Kandahar, porque temíamos dar nuestros nombres en Kabul. El primo Rachid haría de conductor. No puedes imaginar cuánto nos ha ayudado durante este tiempo. Debo decirte que se ha comportado más como un hermano que como un primo.

A las cuatro de la madrugada, tras tomar todas las precauciones, me dirigí con mamá al estadio. Cogimos sitio junto a los asientos reservados a las autoridades. Agazapados en el hueco de las gradas, esperamos a que amaneciera. Con el corazón en vilo mientras veíamos llenarse poco a poco el estadio a medida que la gente iba viniendo, no dábamos crédito a los miles de personas que se agolpaban en masa para presenciar la ejecución. Cuando llegaron los furgones blindados, nos pusimos alerta. Te localizamos inmediatamente y contamos mentalmente los pasos que tendríamos que dar cuando llegara el momento. Intentamos llamar tu atención alzando las manos, pero no diste ninguna muestra de reconocimiento. Ni siquiera miraste hacia donde estábamos nosotros, a unos diez metros de distancia. Y entonces dio comienzo la ejecución de los hombres. Eran las seis y un minuto. Me invadió el pánico. La salida del sol iba estaba fijada para ese día a las 5:58. Ya tenía que haberse iniciado la ofensiva. Algo había salido mal, al parecer.

Soy incapaz de describirte cómo estábamos, Maraima. Mamá estaba a punto de desmayarse y yo creía que me iba a volver loco de angustia al ver caer uno tras otro los cadáveres de los hombres. Con un esfuerzo sobrehumano me obligué a mí mismo

a contenerme para no abalanzarme hacia ti. No quería echar a perder las escasas probabilidades que quedaban de salvarte. Cuando el oficial disparó el tiro de gracia, mamá empezó a gritar de desesperación y tuve que agarrarla con todas mis fuerzas para impedir que fuera hacia donde tú estabas. Cuando lanzaron la primera piedra contra vosotras, se me doblaron las rodillas de impotencia. «Ya está», me dije dispuesto a correr hacia ti para cubrirte con mi cuerpo. No importaba nada. El plan había fracasado. No sabía por qué, pero habían suspendido la ofensiva. Tú estabas a punto de morir sin recibir ayuda. Entonces, me lancé como loco hacia donde tú estabas con todo mi ímpetu.

No había dado ni dos pasos cuando todo desde los cimientos se sacudió. Perdí momentáneamente el equilibrio, pero me puse en pie y seguí corriendo cegado por la tierra y el polvo que se levantó, tropezando con los espectadores y los guardias, que huían despavoridos buscando salvarse. Tuve tiempo de ver la piedra que iba a darte en la cabeza, pero no pude hacer nada para pararla. Vi cómo caías al suelo y me quedé helado. Me pareció que nunca habría sido tan difícil atravesar diez metros; tenía la sensación de tener los pies atados con plomo, de no poder moverlos apenas. Cuando por fin te tuve en brazos, no sabía si estabas viva o muerta, pero no había tiempo de averiguarlo. El burka estaba manchado de sangre. Te levanté del suelo cuidadosamente por si tenías algún hueso roto además de la herida en la cabeza. Mamá, a empujones y patadas, me abrió el camino por entre la multitud despavorida. Nadie nos prestó atención. Había tantos muertos y heridos que uno más o uno menos no cambiaba el escenario del horror. Todos corrían para ponerse a salvo.

Al cabo de un rato, llegamos a la salida donde nos estaba esperando Rachid. Te metimos en la camioneta y nos pusimos también nosotros detrás para no ser vistos. Nos dimos inmediatamente a la fuga. Entonces pude examinar tus heridas; eran bastante graves, pero aún respirabas. Di instrucciones a Rachid para que nos llevara a la casa de la abuela. No podíamos huir a Pakistán o a Irán encontrándote en ese estado. Ni siquiera estaba seguro de que pudieras sobrevivir hasta llegar al pueblo. Después de un trayecto a todo correr vimos las primeras casas. Rachid dio un par de vueltas despacio para comprobar que nadie nos vería cuando te bajáramos de la camioneta. Alá nos ayudó también entonces. El pueblo parecía abandonado, como sumido en un sueño profundo. Aliviados, te trasladamos todo lo rápidamente posible a un cuarto de huéspedes que nunca hasta entonces habían utilizado los abuelos. Ya ellos se habían encargado de alejar al servicio, exceptuando al fiel Abdulah. Cuando te depositamos en la cama y pude examinarte con más detenimiento, vi que tenías roto el isquion, el brazo derecho, cuatro costillas fracturadas, la cadera abierta y otras tantas heridas y contusiones con hematomas por todo el cuerpo. Pero lo peor era la herida de la cabeza. De ser un poco mayor la piedra sin duda te habría matado. Había sido un gran revés de la fortuna que el ataque al estadio se hubiera retrasado tres minutos de la hora convenida. Pero, ¿qué podía hacer? Al parecer era designio de Dios que pasaras por esa tremenda prueba.

Examinando la herida por fuera me era imposible detectar los daños que hubiera habido por dentro y temía que pudieras caer en un coma irreversible. Necesitábamos urgentemente un especialista, radiografías y un encefalograma. A la máxima celeridad, te puse en cabestrillo los miembros rotos porque no siendo especialista no podía enyesarlos. Entonces, Rachid se ofreció a ir a Peshawar en busca de un amigo suyo, médico especialista, que cuidara de tus fracturas y supiera guardar el secreto. En efecto, el médico vino, te escayoló, me confirmó que los huesos no tardarían mucho en soldarse y dijo que vendría a verte una vez por semana. No dejó de ocultar su preocupación por el golpe que tenías en la cabeza. Estaba de acuerdo conmigo en que era necesario llevarte al hospital, pero recapacitando sobre la situación llegamos a la conclusión de que era bastante arriesgado trasladarte allí y que, después de lo ocurrido en el estadio, sería casi imposible cruzar el país para llevarte hasta algún hospital de Pakistán. Así pues, te mantuvimos aquí a pesar de los riesgos y depositamos toda nuestra esperanza en Dios. Tardaste una semana en recuperar la conciencia, tras días de incertidumbre y agonía para nosotros. Cuando volviste en ti, reconozco que seguía estando intranquilo porque no pudiste hablar en bastante tiempo. Pero con la ayuda de Dios has superado también eso...

Todo el tiempo que estuviste inconsciente, tuvimos que hacer un sin fin de gestiones desagradables, entre ellas la de tu funeral. Mamá y el abuelo se encargaron de todo. Después del ataque al estadio, hubo tal confusión que al principio las autoridades no fueron muy estrictas. Pusimos en el ataúd un burka con relleno por dentro y lo cerramos. Las autoridades expidieron casi enseguida el certificado de defunción, en el que se confirmaba tu muerte por lapidación. Ya estabas oficialmente muerta para tus enemigos, tu marido y nuestro padre. Así llegó el día siguiente, el del entierro. Hasta entonces todo había ido más o menos bien. Estabas viva, y eso era lo único que tenía importancia. Pero todavía quedaba pasar por el sufrimiento de tu entierro y de cómo lo afrontaría la pequeña. No podíamos confiarle la verdad de que no habías muerto porque si se le escapaba lo más mínimo estábamos perdidos. Así pues, decidimos no decirle nada por el momento, a pesar de que nos desgarraba el corazón verla sufrir. Viéndola llorar camino del cementerio llorábamos también nosotros llevados por la compasión, cosa que, por otra parte, hacía más creíble nuestro fingimiento. Pocas personas fueron al entierro. La mayoría habían escapado para salvar sus vidas y los demás intentaban recuperarse de las heridas provocadas por la ofensiva. Nuestro padre se negó a asistir. Cuando fui a anunciarle la hora de la ceremonia, le faltó poco para echarme de casa a patadas. Lo digo en serio, yo ya no quiero saber nada de él. Lo he borrado de mi vida. Que Dios me perdone, pero le odio y le desprecio por haber elegido ser un talibán antes que un buen padre y un buen cabeza de familia.

Lo curioso es que Omar, tu exmarido, sí fue al funeral. Nos siguió a cierta distancia, acompañado de Sima y con una sonrisa cínica en el rostro. Seguramente fue sólo para asegurarse de que te habías ido al otro mundo definitivamente. Me

moría de ganas de partirle la cara, pero mamá me pidió que lo ignorara. No era el momento de armar escándalos y provocar nuevos problemas. El muy canalla ni siquiera se acercó a la niña, viéndola como estaba totalmente abatida de pena. La pequeña lo miraba de vez en cuando, como pidiéndole una caricia, un abrazo, al menos unas palabras de consuelo, pero el muy animal la despreciaba sin disimulos. En un momento dado, la niña se volvió y me miró con expresión de ira. Me cogió de la mano y me dijo las siguientes palabras seguidas de un silencio aún más expresivo: «Ya lo he borrado de mi vida. No quiero verlo nunca más». Y volvió su cabecita hacia la dirección opuesta al lugar donde se encontraba su indolente progenitor, decepcionada y profundamente herida.

Cuando terminó también ese otro sufrimiento, mamá la consoló diciéndole que su madre la iba a seguir queriendo siempre, que seguiría estando siempre a su lado y que desde el cielo la protegería en cada momento de su vida. Dios nos reservaría algo mejor para el futuro, por eso debía tener fe y resignación. Tu hijita creyó sus palabras y se agarró al cuello de su abuela, que de ahí en adelante hizo las funciones de madre para ella.

«Hasta que te repongas del todo y organicemos nuestros próximos planes, de la niña se va a encargar mamá. Ella la cuidará mejor que nadie, de eso no te quepa duda».

Tras decir esto calló y me acarició suavemente la mano. De mis ojos brotaron lágrimas de agradecimiento y emoción, empapando las vendas y haciéndole que me riñera cariñosamente por ello.

«No debes alterarte. Ya ha pasado todo. Además, cuando te pongas bien vamos a operarte para dejarte aún más guapa que antes».

Volví a darle las gracias con una sonrisa en la mirada, pues la emoción me impedía decir nada. Un milagro se había hecho realidad, un milagro inimaginable, del que yo era la protagonista. Alcé la mirada para dar gracias a Dios con todo mi ser, pues por mucho que hubiera castigado mis pecados me había mostrado también su clemencia al salvarme de esa manera tan imprevisible.

Sentía cómo se abrían los caminos de Su misericordia y estaba convencida de que me llevarían a la purificación y la expiación de mis pecados.

La segunda vez que vino Nabil, después de su relato sobre la aventura de mi salvación, hablé con él de Peter. Me lamenté de que hubiera desaparecido todo ese tiempo y de no tener noticias suyas.

«Te equivocas», me dijo Nabil. «Yo he estado en continuo contacto con él y fui yo quien le pedí que no viniera a Afganistán hasta que encontrara la manera de solucionar cuestiones mucho más graves que tu fuga. La presencia de un extranjero y sus posibles presiones para que te liberaran serían un arma de doble filo en caso de que descubrieran que era él tu amigo y no alguien de aquí. No sería peligroso sólo para ti, sino también para el propio Peter y para todos nosotros.

Por mucho que me suplicó, me negué a que empeorara la ya de por sí difícil situación con acciones impulsadas por el sentimiento, que sin duda nos expondrían a riesgos imposibles de salvar. Imagínate que mientras estabas en prisión las autoridades, Omar o nuestro padre, hubieran descubierto quién era tu amante o que sobreviviste a la ejecución. No quiero ni pensar qué habría pasado, y no me refiero sólo a nosotros. Nuestra mayor preocupación era qué sería de tu hija si nosotros no estuviéramos para protegerla.

Lo que tienes que hacer es evitar cualquier contacto con él en caso de que, pese a mis firmes prohibiciones, corra el riesgo de llamarte por teléfono. Os limitaréis a comunicaros por escrito mediante cartas que seré yo quien envíe y reciba. Los dos tenéis que tener paciencia hasta ver en qué para la cosa».

Así lo hicimos. Una vez por semana Nabil me traía las cartas de Peter, el único consuelo en mi soledad y mi aislamiento, tal como estaba inmovilizada en la cama del pequeño desván. A menudo, me vencía el sentimiento de claustrofobia de estar tanto tiempo allí encerrada, como en una cárcel, sin poder abrir la ventana ni asomarme al balcón aunque fuera de noche cerrada, y sin tener absolutamente ninguna actividad. Intentaba animarme pensando en las expectativas de un futuro mejor, soñando con planes e ideas que hacía llegar a mi amado por escrito.

En los días siguientes, empecé a levantarme poco a poco de la cama y a dar unos pasitos por la habitación, al principio con gran esfuerzo pero después con más agilidad a medida que iba recuperando fuerzas. Me recomendaron que no me alejara de esos pocos metros no fuera que alguien me viera inesperadamente. Yo seguía al pie de la letra sus instrucciones por mucho que me costaran, sobre todo en lo de privarme de ver a mi hija. Eso era lo más difícil para mí. Como no me veía capaz de resistir más sin verla, rogué a los míos que me dejaran verla aunque fuera dos minutos.

Mi hermano me dijo tajantemente que eso era imposible, pero viéndome tan desesperada como estaba, ideó lo siguiente: los fines de semana, mi madre empezaría a llevar allí a la niña, a casa de los abuelos. Una vez allí, la pondría a jugar en el patio interior, exactamente enfrente de la habitación donde yo estaba, desde donde podría

seguir sus movimientos. Y eso fue lo que hicimos. Yo la contemplaba emocionada, casi sin pestañear, oculta tras las contraventanas, sin perderme una sola de sus risas, de lo que decía a mi madre, que gracias al eco del patio llegaba perfectamente a mis oídos. Había crecido bastante, se había convertido en una chiquilla inteligente y preciosa. Mi madre se quedaba con ella muchísimo tiempo en el jardín para complacerme y yo, sin moverme del sitio, participaba con el corazón en sus juegos y en sus inocentes conversaciones con mi madre hasta casi no sentirme los miembros de tanto estar de pie.

Últimamente veía a mi hermano bastante intranquilo y me preocupaba porque sabía que era yo la fuente de sus problemas. Una de las tardes que fue a verme y a llevarme algunas revistas y libros nuevos le cogí del brazo y le abordé: «¿Qué pasa, Nabil? ¿Hay algo que deba saber y que no te atreves a decirme? No puedo soportar verte así de preocupado y que no hablemos».

Nabil se sentó a mi lado.

«Tienes razón», dijo. «He estado evitando hablar contigo de algunos temas en tanto que no estuvieras más recuperada, pero ahora que estás mejor debo informarte de algo porque es imprescindible tomar decisiones que te conciernen directamente».

Dando un suspiro hondo, continuó: «Maraima, estás embarazada de cinco meses y medio. ¿Qué piensas hacer? Como médico, debo decirte que si no quieres tenerlo resulta arriesgado que abortes después de haber sufrido tanto físicamente. Estás muy debilitada. Por otra parte, no puedes hacer aparición en ningún sitio público ni en ningún hospital para dar a luz porque oficialmente estás muerta. ¿Qué te parece que debes hacer?».

Lo miré por un momento sorprendida. Todo ese tiempo en que no había tenido la regla lo había atribuido ingenuamente a los malos tratos físicos recibidos, a la tremenda turbación anímica que había padecido y a la brutal pérdida de peso, pero no se me había ocurrido consultarlo con nadie. Y he aquí que ahora volvía a poner en aprietos a mis seres queridos. En comparación con el embarazo de mi hija, mi barriga era muy pequeña, tanto que no me había hecho sospechar nada. «¿Cuándo voy a dejar de ser tan irresponsable y alocada?», pensé avergonzada de mí misma.

Sin vacilar ni por un momento, tomé una decisión. Tenía muy claro lo que quería hacer.

«Voy a tener este hijo, Nabil», le dije. «No es de Omar, porque no he tenido relaciones con él durante el último año. Es de Peter y haré el sacrificio que haga falta para traerlo al mundo. No puedo matar por segunda vez a un hijo suyo. Pero como no quiero estar molestándoos todo el tiempo, me iré cuanto antes de Afganistán con la pequeña y daré a luz en el extranjero. Tienes que ayudarme, por favor».

Nabil me dio un abrazo lleno de ternura.

«Sabes que haré cualquier cosa por ti y por la niña. No quiero que sufras y que te martirices. Te prometo que te voy a ayudar».

Dicho esto, hizo ademán de marcharse, pero lo retuve.

«Dime una cosa, Nabil», le pregunté titubeante, «¿mamá está al tanto de todo esto? Yo nunca he tenido valor para hablarle de mi relación amorosa con Peter».

Mi hermano me contestó poniéndome la mano en el hombro como para tranquilizarme: «Mamá lo sabe todo y está deseando que salgas de aquí. Pero háblale tú también, si quieres».

Tras marcharse, como siempre, con total sigilo y habiéndose asegurado de que no lo viera ningún otro sirviente que no fuera Abdulah, me quedé otra vez a solas con mis cavilaciones y mis miedos.

Por la tarde, cuando vino a verme mi madre, le rogué que se sentara cerca de mí y le conté detalladamente todo lo que me había pasado, hablándole de Omar, de Peter, de mis encuentros nocturnos a escondidas con él, la denuncia de Abdul a las autoridades, las torturas en la cárcel...; mientras me escuchaba me acariciaba las manos y me miraba con ojos cargados de lágrimas de compasión.

«Cuánto siento, hija mía, no haber estado a tu lado en momentos tan difíciles», me dijo conmovida. «Es muy duro para una madre ver sufrir tanto a su hijo sin poder hacer nada por protegerle. Pero quiero que sepas una cosa: decidas lo que decidas, yo siempre voy a apoyarte. Estoy dispuesta a acompañarte allá adonde vayas para ayudarte a superar las experiencias dolorosas del pasado y a que disfrutes, con la ayuda de Alá, de una nueva y dichosa vida tal como te mereces».

Me dio un beso y me abracé a ella aliviada por haberme atrevido al fin a compartir mis secretos con alguien que me apoyaría en cada revés de la fortuna.

Mi madre y mi hermano me informaban puntualmente de la evolución política del país. Además, mi madre me contó que mi padre se había granjeado bastantes antipatías y aún más enemigos declarados gracias a su extraño comportamiento y su radicalismo. Se había visto obligado a duplicar su guardia personal e insistía en que Nabil llevara también guardaespaldas, pero mi hermano se había negado rotundamente. De acceder, acabaría levantando sospechas por la frecuencia con que visitaba a mis abuelos y seguramente me hubiera puesto a mí en peligro. Finalmente, mi padre dejó de insistir haciéndole saber que de ahí en adelante él se desentendería de su seguridad. Así puso punto final al desacuerdo entre ambos.

En las semanas siguientes surgió una nueva contrariedad, totalmente impensada. Omar empezó a mostrar de repente un interés tardío por la niña, según me dijo mi madre. Por supuesto, no porque se hubiera despertado en su interior el instinto paternal, sino porque no soportaba que un objeto de su propiedad, pues así nos consideraba a ella y a mí, estuviera en manos de un tercero, y menos aún si se trataba de mi madre o de mi familia. Su egoísmo no tenía límites. Así pues, a pesar de su inicial negativa a tener cualquier tipo de relación con su hija después de mi ignominiosa muerte, exigió que la niña pasara con él al menos un día a la semana, bajo el cuidado de Sima, su amante. Mi hija se opuso rotundamente, negándose

tercamente a seguirlos en su traslado a la nueva casa de Omar en Kabul.

Mi exmarido por lo visto explotó con toda su furia; pegó de mala manera a la pequeña, obligándole por la fuerza a someterse a su voluntad. Ciega de odio, no supe qué actitud tomar. Deseaba darle muerte con mis propias manos, de forma que no volviera a tocar a la niña. Me sentía también furiosa conmigo misma por haber llevado las cosas a un punto en que me era imposible plantar cara en defensa de mi hija, igualmente sometida a las leyes del Islam y a los mandatos de su padre, como yo misma anteriormente. Le dije a mi madre que aconsejara a la niña que no opusiera resistencia a la voluntad de su padre, que disimulara su odio para no provocar que le pegara de nuevo.

La niña obedeció a su abuela en todo y empezó a mostrarse obediente ante Omar y Sima, ocultando sus sentimientos lo mejor que podía.

A veces, el chofer de Omar traía a Sima a casa de los abuelos y se llevaba con ella a la niña. Yo lo observaba todo a escondidas desde la ventana, llorando de impotencia al ver que la alejaba contra su voluntad del calor y la ternura de los suyos y que yo no podía hacer absolutamente nada. Me mordía las manos para no gritar, consciente de que no podría aguantar mucho más semejante tensión.

La barriga me había crecido sensiblemente. Concluía el séptimo mes de embarazo. Los resultados de los análisis que traía Nabil del hospital, adonde los llevaba naturalmente bajo otro nombre, eran muy buenos. Era un milagro que la lapidación no hubiera creado complicaciones en el embarazo por ahora.

Pero había otro motivo de preocupación. Muchas veces, al mirarme en el espejo, se me encogía el alma al verme tal y como estaba. El lado de la cara en que había recibido la pedrada junto al oído presentaba un aspecto horrible. Al verme por vez primera sin las vendas, odié profundamente a quienes con su salvajismo habían arruinado lo que hasta entonces era para mí un motivo de orgullo: mi belleza. Nabil, que se había dado cuenta de mi aflicción, me dijo que no volviera a llorar por ese motivo, que ya se había puesto en contacto con compañeros suyos en el extranjero, que les había mandado fotografías que él mismo me había sacado con la Polaroid y le habían asegurado que podrían reparar el daño sin mayor dificultad, que volvería a ser como era, que con el pelo podría ocultar las cicatrices imperceptibles de la operación.

Tales perspectivas me calmaron provisionalmente. Sin embargo, me sentía en el deber de informar a Peter sobre mi nuevo aspecto y de decirle que si ya no le gustaba, que lo comprendería. Le envié dos fotografías en las que se veía cómo me habían dejado. Peter me respondió diciendo que su amor nada tenía que ver con la apariencia, que aunque no tuviera ni brazos ni piernas me seguiría amando hasta el fin de sus días, que era la mujer de su vida y que estaba deseando volver a abrazarme aunque fuera la última cosa que hiciera en la vida. Lo único que le importaba es que estuviera bien, que cuidara del bebé que iba a nacer, que me pusiera fuerte y que

estuviéramos juntos por siempre.

Fue la primera vez después de mucho tiempo que lloré de alegría y de emoción. Su amor me daba la fuerza necesaria para esperar con paciencia a que se cumplieran nuestros planes. No tenía nada que hacer salvo esperar.

El invierno se presentó anticipadamente ese año y con el frío tan terrible que hacía mi madre apenas podía sacar a la pequeña al patio para que yo la viera. Así pues, me veía privada aún más de su querida presencia, que me daba ánimos para soportar la reclusión de mi aislamiento.

Peter me siguió escribiendo, diciéndome siempre que me amaba. Le preocupaban mi embarazo y mi estado de salud, así como la situación de mi hija, a la que había empezado a llamar «nuestra hija». A mí me conmovían su bondad y su excelente comportamiento hacia mí, y me convencía cada vez más de que me había enamorado de un hombre cabal, que merecía cualquier sacrificio.

En las largas conversaciones con mi madre y mi hermano, organizamos todo hasta el último detalle. Debíamos partir a la semana siguiente, pues poco a poco se acercaba el momento de dar a luz. Todo estaba arreglado. En los puestos de guardia de la frontera, Nabil declararía ser mi esposo; mi madre había dejado listo todo lo que pudiéramos necesitar en nuestra huida e incluso todo lo necesario para el bebé y para el parto por si se producía lejos del hospital y bajo condiciones difíciles. Nabil había metido en su botiquín de socorro todas las medicinas necesarias. Rachid, por su parte, se empeñaba en acompañarnos pese a las objeciones y protestas de Nabil, que no dejaba de insistir en que no quería involucrarlo en algo que no sabíamos aún cómo iba a acabar, pero Rachid no se dejaba disuadir.

Mis abuelos otorgaron a mi madre y a Nabil plenos poderes para gestionar sin limitaciones todo su dinero y sus bienes en el extranjero, que no eran en absoluto despreciables. Tenían intención de seguirnos inmediatamente después en avión, vía Pakistán, pues a su edad el trayecto por carretera les resultaría insufrible.

Peter, por su parte, me decía en sus cartas que no necesitaríamos nada de eso, que él, gracias a su herencia, tenía bastante dinero como para mantener a las siguientes generaciones. Yo se lo agradecí de corazón, pero me negué a aceptarlo.

El fin de semana mi madre iría a la casa de los abuelos con la pequeña. El lunes a mediodía, cuando el chofer de Omar llevara a Sima hasta allí para que la recogiera, esperábamos estar ya muy lejos, pues el plan era cruzar la frontera al amanecer.

Peter nos estaría esperando en Teherán, adonde llegaría procedente de Palestina, el país de su última misión de trabajo. Él era el encargado de procurarnos la documentación necesaria para el viaje, ya que yo en Afganistán no podía usar mi pasaporte, que además estaba caducado desde hacía cuatro años, ni podía tampoco renovarlo en la embajada británica, porque estaba oficialmente enterrada. Esa cuestión tenía que correr a cargo de un tercero, y ése era Peter. Hacía tiempo que

Nabil le había enviado mi antiguo pasaporte y los certificados pertinentes en relación conmigo y con la niña. Peter nos informó de que todos los documentos estaban listos. No se había topado con ningún obstáculo. La hora de la huida estaba próxima.

Rachid decidió llevar su *jeep* para que yo viajara con más comodidad, estando como estaba de avanzada la gestación. Nabil no estaba seguro de que fuera una buena idea, porque le parecía que un coche tan lujoso seguramente llamaría más la atención, pero al final cedió. Por la noche, sigilosamente, cargaron el equipaje y las demás cosas necesarias, entre ellas, agua, latas de conserva, leche, mantas y cazadoras de abrigo. Todo estaba preparado para la gran huida hacia la libertad.

Entre el embarazo y la falta de ejercicio físico, pues ni siquiera había dado un paseo, durante el último mes había ido sintiéndome cada vez más torpe y fatigosa. ¿Cómo iban a ser suficientes los pocos pasos que daba por la minúscula habitación? Echaba de menos el mundo exterior, el aire libre, aunque fuera helador. Rezaba a Dios para que no se agotara mi paciencia. Nuestro suplicio estaba llegando a su fin, o al menos eso era lo que yo creía.

El sábado, mi madre se instaló con la pequeña en la casa. Llevaba lloviendo sin parar desde muy temprano y hacía un frío que pelaba. De seguir así el resto del día, no conseguiría ver a la niña ni siquiera un ratito desde lejos. ¿Cómo iba a jugar en el patio, lloviendo como llovía y con el frío que hacía?

Hacia el mediodía, el sol traspasó tímidamente las nubes. Yo rogaba desde la ventana que despejara aunque fuera por poco tiempo. Mirando hacia el patio, vi a Abdulah con otras dos maletas hacia el *jeep* de Rachid, donde las metió junto con el resto del equipaje y cerró con llave. No se veía a nadie por la casa ni por el porche. Abdulah regresó rápidamente del coche. En esas maletas estaba casi todo lo de la pequeña, que habían sacado de la casa de su padre con total precaución. Ahora sólo quedaba tener paciencia hasta la noche del domingo.

Sobre las dos de la tarde, el día se despejó. Las baldosas del patio se secaron rápidamente gracias al viento del norte de manera que sólo algún que otro charco daba a entender que había llovido. Vi movimiento en la planta baja de la casa y a la niña salir al momento dando brincos con una pelota de colores. Le seguía mi madre, que miró discretamente hacia donde yo me encontraba, sabiendo que estaría pegada al cristal de la ventana. Tenía tantísima ilusión por ver a mi hija que, agachándome todo lo que me permitía la barriga, salí casi arrastrándome hasta la barandilla del corredor y me escondí detrás de una columna, justo enfrente de la habitación, cubierta por abundante hiedra. Desde allí vería mejor a la niña. Sabía que estaba incumpliendo las reglas, pero no me parecía que hubiera ningún peligro. No había absolutamente nadie alrededor.

Estando allí de pie, inmóvil y congelada por el frío, viendo cómo jugaba mi hija, de repente se abrió la verja de hierro de la entrada a la casa y entró Sima. Me quedé de piedra. ¿Qué estaba haciendo allí? Me reconcomía la angustia. ¿Y si había venido a por la niña?, ¿y si a renglón seguido aparecía Omar? Todos los planes se echarían a perder junto con el esfuerzo de cuantos se habían movilizado para llevarlos a cabo. Se me secó la garganta de nervios e impotencia. Seguía con extrema atención todo lo que ocurría en el patio, tratando de contener el temblor que sentía en todo el cuerpo del frío y la turbación. Ni siquiera se me pasó por la cabeza volver a la habitación por miedo a que notaran mi presencia.

En ese momento, la pequeña, que trataba a Sima con manifiesto desdén, dio una patada fuerte a la pelota, ésta echó a rodar por los aires y la niña fue tras ella para

cogerla. Pero un zapato se le quedó enganchado en el hueco que había entre dos baldosas y le hizo caer al suelo de un traspié, dándose un golpe seco que le hizo dar gritos de dolor. Sin darme cuenta, instintivamente, salí de mi escondite y de mis labios se escapó un grito que se escuchó en todo el patio. Dos miradas se clavaron en mí: la de mi madre, llena de terror, y la de Sima, llena de interrogantes y sospechas.

¿Se habría dado cuenta acaso de que era yo la mujer que había bajo el chador, con sólo los ojos al descubierto?, ¿habría reconocido mi voz? El pánico se apoderó de mí y me eché de un salto atrás todo lo rápido que pude, arrastrándome a gatas hasta la habitación. Salir de ella había sido un error trágico, de irreparables consecuencias en caso de que Sima me hubiera descubierto. Me quedé esperando aterrorizada a ver en qué paraba el incidente. Me angustiaba pensar que la niña se hubiera hecho daño de verdad y que de nuevo yo tuviera que conformarme con ser una simple espectadora de su padecimiento.

Me sobresalté al abrirse súbitamente la puerta de mi habitación y ver a mi madre aterrada.

«Nos han descubierto. Prepárate cuanto antes. Nos ponemos en marcha», me dijo lacónicamente.

Mientras me ayudaba a recoger las pocas cosas que no estaban ya en el coche añadió que había avisado a mi hermano y que él había dado orden de salir inmediatamente. Sima se había ido, pero para volver con Omar, no cabía duda. Por suerte, con las prisas, no pensó en llevarse consigo a la pequeña. La niña, según me dijo mi madre, estaba bien, tenía sólo unos rasguños en las rodillas y en los codos. Rachid venía de camino con Nabil.

Me envolvió rápidamente con los almohadones y la colcha de la cama para calmar el tembleque que tenía a raíz del *shock*, y bajamos corriendo las escaleras. Tenía puesto el burka, así que nadie podría reconocerme. Entramos a toda prisa en el coche; la niña estaba sentada a mi lado pero no preguntó quién era yo. Yo no abrí la boca para no delatarme. Sólo de notar el calor de su cuerpecito junto a mí ya me sentía feliz. Pero hacía falta un poco más de tiempo para explicárselo todo y no asustarla.

Después de unos minutos de angustiosa espera, Rachid y mi hermano entraron en el patio. Rachid se puso al volante sin decir palabra y arrancó el motor del coche con Nabil de copiloto. Se puso en camino y empezó a pisar el acelerador. Los dos mantenían la boca cerrada y la expresión abatida, sin dirigirse para nada a nosotras. La pequeña, como dándose cuenta de que estaba ocurriendo algo grave, no hizo la menor pregunta. Nabil miraba constantemente por el retrovisor de su asiento y lo mismo hacía también Rachid. Mi madre tenía a la niña acurrucada en sus brazos, intentando calmarla con sus caricias. Nos dirigíamos a gran velocidad hacia la frontera con Irán. Una de las veces que miré disimuladamente hacia atrás vi que nos estaban siguiendo a una distancia regular dos camionetas. Mediante gestos se lo di a entender a mi madre y ella a su vez se lo dijo a los hombres.

«Nos os preocupéis. Están a nuestras órdenes, les he pedido yo que nos siguieran para despistar ante algún posible imprevisto», dijo Rachid. «Necesitamos estar cubiertos ante cualquier adversidad. No podemos llevar a cabo un intento de fuga en condiciones tan difíciles sin la protección y el seguimiento de personas de confianza».

El coche empezó a adentrarse por caminos de montaña. Abrí un poco la ventana necesitada de aire fresco que me aliviara el mareo que me provocaba la velocidad. Una ráfaga de aire helado me golpeó el rostro, al tiempo que entraban copos de nieve y se posaban danzantes sobre nuestra ropa. Cerré deprisa para que no se enfriara la pequeña. La nieve se iba haciendo más y más espesa. La luz de los faros encendidos atravesaba la cortina de nieve que impedía la visibilidad del conductor. Rachid aminoró la velocidad al ver que el coche resbalaba a cada bache a causa del hielo que había cubierto la carretera.

Yo me sentía fatal. Una presión constante en la parte baja del vientre me cortaba la respiración. Por mi frente corría el sudor a chorros. Como no podía aguantar más el malestar, me eché hacia atrás el burka para intentar respirar un poco mejor. Mi hija clavó su mirada sobre mí.

«Mamá, mamá, ¿has vuelto del cielo?», dijo en voz alta y se arrojó llorando a mis brazos, agarrándome con sus manitas.

Nos besamos totalmente emocionadas. La niña empezó a hacer preguntas una detrás de otra. Mi madre la abrazó y le susurró algo al oído e inmediatamente su carita se puso seria y cerró la boca. Pero el brillo de sus ojos seguía ahí, poniendo de manifiesto su alegría, y agarrada fuertemente de mi brazo me transmitía su necesidad de confirmar que estaba viva y de sujetarme para que no me fuera nunca más de su lado.

De repente, perdida como estaba en mis pensamientos, abrazando de lado a mi hija tan fuertemente como me lo permitía mi barriga, oí que Nabil decía con una voz fingidamente neutra: «Nos están siguiendo dos camiones del ejército. Maraima, agáchate para que no te vean. Vamos a tener que cambiar los planes».

Mi madre me miró con el miedo grabado en el rostro, sin hacer ningún comentario. Su muda zozobra me hizo perder por un momento la sangre fría e implorar la ayuda de Dios. Rachid, sin volverse, me dijo con una tranquilidad pasmosa: «Tranquilízate, Maraima, todo va a salir bien. He tomado mis precauciones».

Mi hermano lo miró intrigado, pero Rachid mantuvo la mirada fija en la carretera y en el retrovisor sucesivamente. Yo me volvía para observar desde atrás como buenamente podía los coches militares, que ya estaban prácticamente a la altura de las camionetas.

De repente, la camioneta que iba delante hizo como si derrapara y se quedó atravesada en la carretera. La que iba detrás frenó bruscamente, pero no pudo evitar el choque. Los vehículos militares no tuvieron tiempo de frenar y cayeron de sopetón

encima de los otros. Se oyó un estruendo de cristales rotos y chapas estrelladas. Uno de los vehículos militares se salió rodando de la carretera. Luego, no se oyó nada más. La nieve me impedía ver qué había pasado con los que iban dentro.

«Bueno, a otra cosa», oí que dijo en voz baja Rachid. «Por ahora nos hemos librado, pero ya no podremos pasar por las garitas de la aduana. Seguro que estarán sobre aviso y que nos detendrán. Te esconderemos en un lugar seguro que conozco y vendremos a por ti cuando nos sea posible. Nosotros debemos regresar a casa y aparentar que no tenemos ni idea de lo sucedido. Antes, pasaremos por el pueblo a visitar a algunos familiares y dejarles algo de comida para alegar esa excusa como motivo de nuestra salida».

No había acabado de notificarnos los cambios de planes cuando sentí unos dolores intensos bajo el vientre. Solté un grito de dolor que hizo a Nabil sobresaltarse asustado.

—¿Ya me voy a poner de parto?, ¿no se estará adelantando un poco? —pregunté con un hilo de voz.

—No sé —dijo Nabil—. Cuando paremos te exploraré.

—¿Qué vamos a hacer, Dios mío? —dijo mi madre dando un gemido.

La niña se puso a llorar de miedo. Mi madre la acariciaba para intentar tranquilizarla mirándome al mismo tiempo llena de angustia.

Nabil miró a Rachid y dijo categóricamente: «Gira en el cruce a la derecha, hacia la montaña».

Sin replicar, Rachid torció y tomó la dirección de nuestro refugio, la guarida donde nos refugiábamos de los bombardeos durante la ocupación soviética. No éramos los únicos en el país que teníamos ese tipo de albergues. Yo me había quedado allí muchas veces con mis padres, así que conocía la zona palmo a palmo de tanto haber explorado las rocas en las horas de aburrimiento y curiosidad de mi infancia.

«El refugio está totalmente equipado», dijo Nabil. «Abdulah y yo vinimos hace tres días y lo dejamos todo preparado, repusimos las provisiones y los medicamentos y dejamos bastante queroseno para las lámparas. Dejamos también montones de leña apilada, por si acaso nos veíamos obligados a venir aquí a escondernos si el plan no salía bien». Luego, volviéndose a mí, me preguntó: «¿Tienes dolores?».

Le dije que, salvo el primer dolor fuerte, ahora sentía más bien presión y malestar, algo así como una sacudida, pero sin dolores. Me dio la mano tratando de tranquilizarme.

El trayecto duró unos veinte minutos. Rachid detuvo el coche y junto con mi hermano me ayudaron a bajar. Mi madre tomó a la niña en brazos y bajaron. Seguía nevando cada vez más y el frío penetraba hasta los huesos.

Con decisión y desenvoltura, los hombres descargaron el coche y lo metieron todo en el refugio. Rachid encendió los candiles y el sitio se llenó de una luz tenue y suave que acabó con la oscuridad del interior de la cueva. Una pila de leña colocada

en el entrante natural de la roca daba forma a una especie de chimenea que culminaba en una abertura en el techo por donde el humo encontraba fácil salida al exterior, casi en contacto con las nubes que cubrían las cumbres a tan gran altitud.

Mi madre lanzó una cerilla y las ramas prendieron enseguida. La leña crepitaba por el fuego, creando un ambiente acogedor que nos ayudaba a quitarnos la sensación de tener la ropa pegada a la piel de la humedad que había.

Era un espacio bastante amplio, abierto, junto al que había otras dos oquedades contiguas algo más pequeñas. Un sendero escondido tras la roca llevaba a la otra ladera de la montaña, a otra salida. Era un paso abrupto y escarpado, por el que huir sólo en caso de extrema necesidad. Mi hermano y yo lo habíamos atravesado muchas veces hacía años con idea de conocerlo y saber orientarnos en caso de tener que cruzarlo si había peligro. Me acordaba perfectamente del recorrido.

Nabil pidió a los demás que esperaran en la cueva contigua hasta que acabara de explorarme. Encendió una linterna potentísima y después de ayudarme a tenderme sobre un colchón cubierto con típicas mantas afganas, de tejido grueso y confortable, me exploró a fondo al tiempo que me hacía diferentes preguntas y cronometraba.

«Todavía no vas a ponerte de parto», me dijo. «No parece que haya dilatación. Puede que los dolores se debieran al *shock* o a los movimientos del bebé. Estás perfectamente».

Al momento llamó a los demás de nuevo. Rachid parecía preocupado.

«No creo que debamos estar más tiempo aquí. Estamos en peligro. Yo creo que Maraima se debe quedar aquí esta noche y que nosotros debemos volver al pueblo. Sé que es difícil dejarla sola en su estado, pero mañana mismo vendrá alguno de nosotros a ayudarla. Es lo mejor que podemos hacer».

—¿Y no me puedo quedar yo con ella? —preguntó mi madre.

—De ninguna manera —respondió Rachid—. Debemos estar todos nosotros presentes para desengañar a las autoridades, que seguro que nos harán una visita.

—Rachid tiene razón —dije yo—. Debéis regresar inmediatamente. Yo no tendré ningún problema y tampoco tengo miedo de quedarme sola. Aquí me siento completamente segura. Voy a estar estupendamente, así que no os retraséis más.

Me despedí de mi madre y mi hija con un rápido abrazo. Nabil me mostró dónde estaba todo lo que podía necesitar —agua, medicinas, comida— y subieron al coche. Oí el ruido sordo del motor alejarse del lugar. Después, un silencio absoluto.

No era verdad que no tenía miedo. Encendí más lámparas para no ponerme nerviosa con las sombras que se proyectaban en las paredes de la roca y eché más leña al fuego. Puse bastantes almohadones sobre el grueso colchón y me acosté. El olor a leña quemada, el parpadeo de las llamas alrededor de los troncos y sus reflejos anaranjados me adormecieron. Destrozada de cansancio, cerré los ojos y enseguida el sueño se apoderó de mí.

Un ruido como de rugido de animal salvaje me sacó del sueño profundo en que estaba. Asustadísima, traté de distinguir de dónde venía. Tardé varios segundos en darme cuenta de que era el viento que resoplaba por entre las grietas de las rocas, un viento que arremetía furioso contra la resistencia de la piedra.

Me dirigí hacia la entrada del refugio y eché un vistazo afuera. Una nevada tremenda amenazaba con poner el mundo del revés. La nieve caía en espesas capas que la violencia del viento manejaba a su antojo. En medio de la completa oscuridad, veía tan sólo una muestra del cataclismo, lo poco que alcanzaba a ver gracias al escaso reflejo del fuego y los candiles. Me volví al colchón aún más inquieta, rogando a Dios que mi familia hubiera llegado ya a la casa, que la tormenta de nieve no los hubiera atrapado en los accidentados caminos de montaña. Me quedé bastante tiempo acurrucada, intentando vencer el miedo y el nerviosismo, hasta que una sensación desagradable de vacío en el estómago me hizo caer en la cuenta de que llevaba horas sin comer.

Cogí un trozo de pan y algo de queso. Calenté un poco de leche al fuego y me la fui bebiendo a pequeños sorbos que me aliviaban del malestar. Como no tenía nada que hacer, me entretuve echando troncos de leña al fuego. Luego, fui a por más a la cueva de al lado, pero el esfuerzo de cargar con ella me fatigó tanto que volví a tumbarme en espera de que llegara el nuevo día y con él mi hermano, una vez que hubiera escampado la terrible tormenta. De pronto sentí una punzada en los riñones. Bebí rápidamente un poco de agua con que hidratar el organismo, pues me sentía totalmente consumida. Luego, me recosté sobre el colchón para intentar volver a dormir y acortar así la espera.

Estaba la noche bastante avanzada cuando sentí de nuevo el dolor en la espalda. Con el reloj en la mano comprobé aterrada que los dolores se sucedían a intervalos regulares cada vez más frecuentes.

«¡Dios mío, me he puesto de parto!» grité asustada.

Intenté calmarme respirando hondo y mirando azorada a mi alrededor. Dándome ánimos a mí misma, puse agua a hervir en la chimenea, cogí una pila de toallas, acerqué a la cama improvisada el botiquín de Nabil y saqué antisépticos, tijeras y antibióticos. Desinfecté como pude los instrumentos médicos con alcohol, eché el agua hervida en dos palanganas previamente también desinfectadas y puse a la altura de la cabeza del colchón la ropita y las cosas del bebé.

A medida que pasaba el tiempo los dolores se hacían más intensos y más seguidos.

Al poco rato mis gritos retumbaban por la cueva reduplicados por el eco; por mi mente pasaba todo tipo de pensamientos y temores, pero en los momentos de respiro

que me permitía el dolor, me recordaba a mí misma en voz alta la cantidad de mujeres chinas que dan a luz solas en mitad de los arrozales y continúan después con su trabajo, o cuántas a los pies de un árbol, sin asistencia alguna, o en las laderas de las montañas junto a sus rebaños. Pero a mi cuerpo todo eso no le decía nada. Se retorció de dolor como el pez fuera del agua, empapando de sangre las sábanas impecablemente limpias que acababa de poner. Con la mente nublada, de mis labios prorrumpieron maldiciones contra Dios por haberme mandado a mí todos los castigos y sufrimientos imaginables. ¿Por qué tenía que pasar por semejante suplicio sola y sin ayuda, como un animal herido sin nadie alrededor que lo alivie de su padecimiento?

«Tienes que salvar a tu hijo. Y tienes que salvarte tú para cuidar de él», empezó a susurrar en mi interior una vocecilla que enseguida se alzó como campana que resonara en todo mi ser.

Agarrada a un saliente de la roca, mordí una toalla y me concentré en reunir fuerzas para empujar. El sudor se me juntaba con las lágrimas del esfuerzo y la agonía. Enloquecida de dolor, hice un último intento de empujar aún más fuerte. Agachando la cabeza como pude, vi la cabecita del bebé saliendo de entre mis piernas. Profiriendo alaridos traté de liberarlo de la presión de mis ingles. Al cabo de un rato, que para mí fue como una eternidad, otro grito se superpuso a los míos, flojo al principio y al momento más fuerte. Era el llanto del recién nacido.

Con manos temblorosas, afanándome con esfuerzos sobrehumanos, cogí la tijera para cortar el cordón umbilical. Perdiendo de nuevo el control de mis sentidos, me sentía como transpuesta a otra realidad de total sosiego, no sabía si más cerca de la muerte que del desmayo...

El llanto desconsolado de mi hijo me hizo volver en mí. Esforzándome todo lo que pude me agaché para tomar al pequeño, un bulto ensangrentado, en mis brazos. Lo sumergí en el agua para limpiarlo y quitar la costra de su cuerpecito. Lo sequé inmediatamente en una toalla grande y lo abrigué con la ropita tan rápido como me lo permitía mi debilitamiento. Lo dejé llorando tumbado junto a mí, me lavé con el agua de la otra palangana y me puse compresas dobles que contuvieran la sangre que salía del útero. Me tomé dos pastillas de antibióticos, tal y como me había recomendado Nabil. Luego, tirando de la ropa de cama eché a un lado las sábanas manchadas de sangre porque sólo el verlas ya me daba escalofríos.

Cogí en brazos al bebé, que aún chillaba sin parar, y me lo puse en el pecho. Él, como si estuviera amaestrado ya desde antes de nacer, se agarró al pezón y comenzó a mamar de la abundante leche causándome un dolor muy fuerte. Al ver que los músculos de su carita arrugada se iban relajando se me olvidaron el dolor y el esfuerzo y me puse a mirarle enternecida. Era un hombrecito perfecto. Cuando quedó saciado soltó el pecho y abrió por un instante los ojos sin enfocar la vista. Dos lagos celestes se abrieron ante mí, cuyo color sólo otra persona en el mundo poseía: su padre. El hijo de Peter, una copia suya en miniatura, cerró los ojitos y se quedó dormido en mi regazo. Lo puse sobre un gran almohadón mullido, le coloqué un

gorrito de lana y lo tapé con las mantas perfumadas que con tanto cariño había preparado mi madre. A pesar de estar temblando de la extenuación, me puse a tararear una nana para acompañar sus sueños, pero no pude. La cancioncilla se me quedó atragantada en la garganta embargada como estaba por la emoción de haber traído al mundo un bebé sano y fuerte, personificación y encarnación del único amor de mi vida, Peter.

Según mi reloj, había estado de parto más de doce horas. Alcé la mirada al cielo y agradecí a Dios en silencio el haberme permitido salir vencedora del gigantesco trance y el haberme bendecido con el valiosísimo don de esa nueva vida. Después, tras mojarme los labios con un poco de agua, me tumbé y me quedé dormida al lado de mi hijo.

Me desperté al oírlo llorar. La chimenea se había apagado y hacía bastante frío. El bebé tenía la nariz enrojecida, tan fría como la mía propia. Me puse en pie con cuidado y eché más leña a la lumbre, que prendió enseguida, volviendo a lanzar chispas al aire. Cogí pañales con que cambiar al bebé, lo lavé con cuidado y le di de mamar otra vez hasta que la cabecita se le inclinó y se volvió a quedar dormido. Quité de en medio las sábanas ensangrentadas que había dejado a un lado del colchón, y me puse a calentar un poco de sopa de lata para reponer también yo fuerzas. Como me quedé con hambre, me tomé una lata de carne y tres trozos de pan. Después de tomarme dos tazas de leche embotellada empecé a sentirme más recuperada.

Puse a hervir agua para asearme yo y bañar al pequeño. Tomé unas cuantas gotas de un medicamento para contener la hemorragia y reducir así la pérdida de sangre que tanto me debilitaba. Sentía escozor en la vagina desgarrada. Me estremecí de dolor cuando la rocié con desinfectante, pero me tapé yo misma la boca para no despertar al bebé. Deseaba que un buen médico me diera puntos cuanto antes, no fuera a cerrarse la herida de mala manera.

El tiempo avanzaba implacable, sin que nada cambiara ni dentro ni fuera del refugio. La nieve lo había cubierto absolutamente todo, sellando incluso las hendiduras de las rocas.

«Aquí no se pueden acercar ni los pájaros», pensé con el estómago encogido.

Me consumía de ansiedad sin saber cuánto duraría el tan impetuoso estallido de las fuerzas de la naturaleza. ¿Y si mi familia no acababa de llegar?, ¿y si se terminaban las provisiones?, ¿qué iba a hacer si me quedaba aislada con un recién nacido?, ¿y si se acababa la leña?, ¿y si, y si, y si...?

Intenté sobreponerme y conservar la calma. Tenía que expulsar de mi cabeza los pensamientos agoreros y afrontar las nuevas dificultades con seriedad y responsabilidad. Además, no era novata en el juego del peligro y la muerte. No me podía permitir desfallecer ni que me flaquearan las fuerzas: la vida de mi hijo dependía exclusivamente de mí. Así pues, envalentonándome con nuevos ánimos y decisión, cumplía con mi deber cuidando del bebé y de mí misma a fin de mantener la

entereza hasta que llegara la tan deseada ayuda.

Pasé una semana con sus días y sus noches atrapada y angustiada, con el solo consuelo de mi adorado bebé. Observaba llena de temor que los montones de leña, que con tanto esfuerzo y entrega había apilado Abdulah, iban disminuyendo a un ritmo vertiginoso. Me alarmaba ir comprobando que como mucho alcanzaría para otros tres días solamente. Si no nos rescataban pronto, sin duda los dos moriríamos congelados.

Acababa de terminar de darle de comer al pequeño, que se quedó dormido inmediatamente, con las cejitas sonrosadas de gozo, cuando oí algo que me parecieron voces. Corrí sobresaltada a mirar escondida por entre las fisuras de la roca. «¡No quiero ni pensar que hayan dado con mi escondite!, ¿y si resulta que cogieron a mi familia y vienen ahora a acabar conmigo y con el niño?», pensé.

Temblando del miedo que me causaban tales perspectivas, tapé las rendijas con trozos de piedra alargados para que no viera desde fuera el fuego quienquiera que viniera aunque explorara palmo a palmo la cumbre de la montaña y volví a asomarme por un agujero para ver qué pasaba. La tormenta había cesado no sé cuando, porque inmersa en mis preocupaciones y absorbida en el cuidado del bebé, ni siquiera me había dado cuenta.

Alguien se estaba acercando resueltamente hacia la entrada de la cueva. Apoyándose en un bastón y agarrándose en las rocas, venía seguido de otra persona y ésta a su vez de otra que parecía más encorvada. Me dio un vuelco el corazón de alivio cuando reconocí a mi hermano. A los pocos minutos las tres figuras llegaron a la puerta y entraron. Eran Nabil, Rachid y Abdulah. Los tres me dieron besos y abrazos rebosantes de alegría, con manifestaciones de cariño que interrumpió de pronto el llanto del bebé. Se quedaron inmóviles, con la mirada clavada en el pequeño bulto envuelto en mantas de encima del almohadón.

—¡Has dado a luz tú sola! —dijo mi hermano lívido de preocupación.

—No te inquietes, todo ha ido bien —le aseguré con una sonrisa, tratando de tranquilizarlo.

Él, sin mediar palabra, se acercó al bebé y lo examinó detenidamente.

—Parece que está muy bien —dijo dando un suspiro.

Pidió por favor a los dos varones, que estaban pegados al pequeño, admirándolo con inesperada curiosidad, que pasaran a la estancia contigua para proceder a explorarme. Encendió su potente linterna y tomó el botiquín con sus instrumentos. Cuando terminó, me dijo: «La cisura vaginal no está cerrando bien. Te voy a poner anestesia local para hacer un corte más fino y poner puntos. No te asustes, que no te va a doler».

A pesar de confiar totalmente en él, no sólo como hermano sino también como médico, se me puso la piel de gallina. «Hay que ver cómo somos... Yo sola he parido sin ayuda alguna y ahora tengo miedo de una pequeña intervención de quince minutos...». Me ruboricé sólo de pensarlo.

Sin pérdida de tiempo, Nabil realizó hábilmente su trabajo. Lo único que sentí fue el ruido que hacía con los instrumentos. Ni una sola molestia.

«Ya está», dijo satisfecho. «En un par de días estarás totalmente recuperada».

Después, llamó a los otros y fuimos adonde estaba el bebé. Lo cogió en brazos y le dio un beso en la frente lleno de cariño.

«Eres tan guapo como tu padre», le susurró y lo volvió a dejar acostadito en el almohadón.

Luego, se sentaron los tres en torno al fuego de la chimenea y me pidieron que les relatará lo sucedido. Cuando acabé de contárselo todo, ellos me contaron a su vez que cuando llegaron a la casa, después de una bajada infernal, se encontraron con que los estaban esperando las autoridades acompañados de Omar y de Sima.

«Registraron el coche, pero no encontraron nada extraño, porque antes de salir de aquí habíamos vaciado todo cuidadosamente. A las preguntas que hicieron sobre qué habíamos ido a hacer a la montaña Rachid, según lo convenido, les contestó que habíamos ido a ver a unos parientes en el pueblo allá arriba para dejarles alimentos y medicinas y también para que Nabil los viera como médico, porque dos de ellos estaban enfermos. Y de hecho, antes de volver a casa, hicieron ese recorrido para tener coartada. Cuando Sima insistió en que ella te había visto, todos la miramos como si estuviera loca. Omar la insultó de la peor manera por haberlo puesto en ridículo. Después de un registro exhaustivo dentro de la casa, llegaron al desván donde te habías quedado y encontraron la cama sin las sábanas y todo el cuarto como si estuviera abandonado, porque los abuelos se habían encargado de echar polvo por los muebles, los rincones, la bañera y el lavabo. Incluso Sima dio muestras de confusión cuando lo vio. Nos preguntaron si habíamos visto el accidente en la carretera, pero les dijimos que la nieve nos había estado impidiendo la visibilidad todo el camino. Convencidos de que todo había sido producto de la imaginación de Sima, se fueron.

Al día siguiente, Abdulah nos informó de que estaban espiando los movimientos de la casa. Fingimos no habernos dado cuenta y seguimos nuestra vida con normalidad. Era absolutamente imposible pensar en venir a por ti. A los dos días, abandonaron el seguimiento y no volvieron a molestarnos. Pero, por desgracia, seguía siendo imposible venir porque entre tanto estalló una tormenta de nieve terrible que duró varios días y cortó el acceso a la montaña. Dios ha querido que pases también por esta prueba», dijo mi hermano cogiéndome de la mano. «Pero, por suerte, todo ha salido bien».

Me informaron también de que mi hija estaba bien, feliz de saberme viva y deseando verme. Mi madre había estado sufriendo toda la semana, como también los demás, pensando continuamente en cómo estaría yo. Depositaron su confianza en Dios, y he aquí que con su ayuda pude salir adelante sin problema.

Los dos días siguientes se los pasaron los tres cuidando de mí y del bebé, mimándonos como a preciados tesoros. Ya me encontraba bastante repuesta y lista

para dar los siguientes pasos. El tiempo había mejorado. Seguía haciendo muchísimo frío, pero podíamos movernos con el *jeep*, cuidadosamente oculto bajo ramas de árboles para que nadie lo descubriera.

Después de la hora de mediodía emprendimos el viaje a nuestro nuevo destino. Primero, Rachid y el fiel Abdulah llevaron al *jeep* las maletas y las demás cosas, después, Nabil llevó al bebé bien tapadito en su canastillo y, por último, me ayudaron a ir hasta el coche apoyada en dos de ellos. La verdad es que para mí era toda una hazaña caminar por caminos tan resbaladizos; me tropezaba continuamente con piedras punzantes y sentía que los puntos tiraban de la piel y me escocían. Me tuve que contener para que no se me escapara ningún grito.

Por fin, llegamos al coche y me eché aliviada en el asiento trasero, junto a la cesta del bebé. Los hombres habían previsto que me refugiara en una granja cercana, en la casa de unos parientes de confianza que habían accedido a esconderme todo el tiempo que fuera necesario.

Llegamos de noche a la finca. Allí nos estaba esperando un matrimonio mayor, familiares del abuelo, con una olla de sopa humeante y un cordero asado que con sólo olerlo me hizo la boca agua. Después de lavar al bebé, darle de comer y dormirlo, nos sentamos todos a comer junto al fuego. Ésa ha sido probablemente la comida que más he disfrutado en mi vida. Nabil me habló en un aparte para decirme que tendría que quedarme allí al menos veinte días, hasta que pudiéramos llevar a cabo sus nuevos planes. No puse ningún inconveniente.

Al alba, los hombres se fueron y me dejaron con los dos ancianos, que no ocultaban su entusiasmo por tenerme con ellos y por la bendición, como decían, de tener en sus brazos y arrullar a una nueva vida, a mi hijo.

Los días pasaron serenos, sin ningún incidente. Rachid traía provisiones cada dos días y una vez vino a verme Nabil. Mi hija estaba muy bien, encantada con la idea de tener un hermanito. Sabía participar con madurez de la complicidad de los mayores, no decía una palabra a nadie, con una consciencia de la importancia de la situación insólita para una niña de su edad. Mi madre no había alterado en absoluto sus hábitos por miedo a que alguien la estuviera espiando.

Yo ya estaba totalmente bien. Mi hijo no paraba de crecer por momentos, o al menos eso me parecía a mí. Lo miraba mientras dormía en mis brazos y en su carita sonrosada veía el rostro de mi amado, invadida de amor y ternura hacia uno y otro. No veía la hora de poder mostrarle el maravilloso fruto de un amor capaz de superar terribles dificultades y que había marcado tanto nuestras vidas. «Dios mío, concédeme que llegue pronto ese momento», repetía una y otra vez.

Rachid me trajo noticias de la casa y pequeñas cartas de parte de mi hija, que leía y releía con avidez antes de tener que quemarlas. Los abuelos habían pospuesto su viaje en espera de que ultimáramos nosotros los planes para seguirnos allá donde fuéramos. Era imprescindible que se quedaran todavía en su casa para ayudar a mi madre y a mi hija yendo a visitarlas, pues que ellas salieran de casa de mi padre era peligrosísimo teniendo en cuenta que él tenía fieles criados que lo mantenían informado de todos sus movimientos. Además, las frecuentes reuniones de mi padre con Omar y demás colaboradores en su despacho seguro que ponían las cosas más difíciles de lo que ya eran.

Mi primo me contó que estaban buscando la manera de salir del país ilegalmente, evitando cualquier tipo de control policial y de pasos fronterizos oficiales. No podíamos permitirnos dar ningún paso en falso, así que no emprenderíamos la huida hasta que estuviera totalmente garantizada la seguridad de todos nosotros, especialmente después de la visita de la policía a la casa. Nabil había advertido a Peter que no fuera a Irán hasta que no lo tuviéramos todo arreglado. Hablaban solamente desde teléfonos que no entrañaran riesgos y desde uno diferente cada vez que comunicaban. Nabil se había comprometido a informarle una semana antes de nuestra salida para que pudiera tener listos los nuevos visados. Siguiendo las recomendaciones de mi hermano, Peter y yo interrumpimos nuestra correspondencia.

De esta manera pasó un mes entero. Yo había empezado a desesperarme de impaciencia, pero no podía hacer nada por agilizar las cosas. Los familiares con los que me hospedaba me agasajaban sin cesar con su bondad y su generosidad. Mi hijo era un bebé bastante tranquilo, poco gruñón y siempre sonriente. Cuando sus grandes ojos celestes me miraban sentía el corazón invadido de una dulzura como de primavera, y me henchía de amor y de orgullo maternal. Su presencia aliviaba las horas de espera interminable y me hacía olvidar los temores y las dudas sobre si llegaría el momento de ver todo aquello definitivamente como parte del pasado.

Llevaba ya cincuenta días de estancia en la finca cuando Nabil me visitó para decirme que empezara a prepararme, que nos iríamos el jueves siguiente, al cabo de ocho días desde entonces. Me explicó que aún tendríamos que pasar grandes dificultades porque íbamos a viajar de noche, bajo condiciones climáticas adversas, cosa que sería especialmente incómodo para nuestra madre y los dos niños. En algunos tramos, tendríamos que avanzar en mulos para atravesar la montaña. Rachid nos dejaría en un punto determinado desde donde él continuaría a solas hacia los puestos fronterizos y cruzaría normalmente hasta Irán, donde iría a nuestro encuentro. A nosotros nos acompañarían personas que se dedicaban a pasar clandestinamente la frontera cobrando por ello y que conocían el lugar como la palma de sus manos, los posibles riesgos y la manera de afrontarlos.

Al preguntarle a Nabil si confiaba en ellos me contestó que no teníamos otra

alternativa posible, que se los había recomendado gente de confianza que de ninguna manera pondría en peligro la vida de su amigo y de la familia de su amigo. Más tranquila, me preparé para el viaje.

El miércoles nos acostamos muy pronto. Pasadas dos horas de la medianoche, se oyó el motor de un coche que se detuvo frente a la casa. Al momento, el coche que lo seguía se detuvo también. Me desperté sobresaltada y fui corriendo a la ventana. Al ver que eran los míos, me tranquilicé. Habían venido tres horas antes de lo convenido. Finalmente, habían decidido que nos acompañaran el abuelo y la abuela y por eso habían salido antes de que los sirvientes se percataran de que no había nadie en casa. El segundo coche los llevaría a Pakistán y desde allí cogerían el primer vuelo al extranjero. Nosotros iríamos atravesando las montañas.

Abracé a mi hija y mi madre, así como a los abuelos, que se quedaron admirados contemplando al pequeño mientras dormía, completamente ajeno a los ruidos extraños. Nos despedimos de los parientes que nos habían acogido tanto tiempo, agradecidos desde lo más profundo de nuestros corazones. Nos volvimos a abrazar y a besar para despedirnos también de los abuelos y nos pusimos en marcha.

Hacía un frío espantoso. El invierno estaba siendo muy duro ese año y se hacía interminable. Sentí un nudo en el estómago sólo de pensar que mi madre y mis hijos tendrían que cruzar la montaña a lomos de un mulo, exponiéndose a la nieve, al frío y las tormentas. Intentaba no hacerles ver mis sentimientos para evitar que me vieran aterrada. Mis miedos eran totalmente comprensibles, pues ninguno de nosotros había viajado antes en semejantes condiciones ni estábamos tan curtidos por la vida. Me preguntaba si el bebé y la niña soportarían el trago que tenían que pasar por mi culpa y me invadían de nuevo los remordimientos. Mi madre, al darse cuenta de mi angustia, me dio un golpecito tranquilizador en el hombro. Ese contacto me hizo muchísimo bien, pues me decía sin palabras que no estaba sola y reavivaba el valor que necesitaba para no tirar la toalla en esa lucha que esperaba que fuera la última hasta llegar a Teherán.

Después de un día de viaje, divisamos a lo lejos el puesto fronterizo entre Afganistán e Irán. A Rachid le pareció que no había mucho movimiento. Nosotros nos apearamos y tomaríamos un camino sin asfaltar que conducía a un paso secreto bastante alejado del control de idas y venidas al país vecino. Rachid continuaría solo hasta llegar a Irán.

Al cabo de dos horas, llegamos al lugar donde nos estaban esperando ya los guías, algo nerviosos porque habíamos llegado con una hora de retraso. La verdad es que yo les hacía retrasarse porque tenía que ir parando para cambiar al bebé o esperar a que mi hija hiciera un alto en el camino para descansar o vomitar, porque la pobre no estaba acostumbrada a ir por caminos tan llenos de curvas.

Nabil los tranquilizó con buenos modales. Luego nos pidió que nos metiéramos

en una especie de choza hasta que llegara la noche. Él y Rachid se quedaron un rato charlando en un espesor del bosque medio cubierto por la nieve. Después, Rachid se despidió y se marchó corriendo.

Miré a mi alrededor en busca de un sitio limpio donde apoyar el cesto del bebé. El suelo estaba limpio sólo de hierbas y hojarasca; la improvisada cabaña, hecha de ramajes y cubierta con troncos finos, no resguardaba gran cosa del frío. El viento del norte soplaba con furia y entraba por las rendijas haciéndonos temblar. Una estufa grande de leña llena de carbón y de palos se afanaba inútilmente en calentar el lugar. Las manos de la pequeña se habían amoratado de frío incluso con los guantes puestos. Intenté calentarlas como pude soplando con mi aliento y metiéndolas por dentro de mi zamarra debajo de las axilas. Cuando vi que dejaba de titiritar acudí a ver cómo estaba el bebé pero tan pronto como me acerqué se despertó y empezó a dar grandes chillidos. Desde un extremo de la choza, al fondo, del que no me había dado ni cuenta de que existía, salió una señora mayor toda asustada que con su boca desdentada nos ordenó hacerlo callar cuanto antes.

Lo cogí en brazos y me lo puse corriendo en el pecho, pero no dejé de llorar. Los hombres que había visto a la entrada de la choza entraron y nos mandaron tajantemente que calmáramos al bebé antes de que el eco hiciera llegar su llanto a los oídos de alguna patrulla y nos pusiera a todos en peligro. Muerta de miedo y sin saber qué hacer, cambié al bebé todo lo deprisa que pude, le puse mantas debajo del colchoncito para que no sintiera la humedad del suelo y lo tapé con más colchas de las que habíamos traído con nosotros. Mi madre ya estaba preparándole un biberón de leche, esperando a que hirviera el agua que había puesto en un cazo que teníamos en la bolsa de viaje. El niño sorbió la tetina con fruición, y cuando se sació y se quedó al fin dormido, no pude reprimir un suspiro de alivio.

Mi madre puso a calentar más agua para hacer un poco de té a ver si bebiéndolo entrábamos en calor. Nos lo bebimos dando grandes sorbos de las copas que llevábamos también en el equipaje. Nabil repartió succulentos bocadillos de carne y queso, que llevaba en una neverita azul que cargaba a tal efecto junto con las demás provisiones. Abdulah lo había preparado todo a la perfección. Después, mi hermano nos aconsejó dormir para estar descansados cuando emprendiéramos el viaje por la noche. Sólo de pensar que teníamos que quedarnos un poco más en ese primitivo refugio se me ponían los pelos de punta, cuanto más de imaginarnos expuestos a los quince grados centígrados bajo cero que llegaríamos a encontrar a través de los caminos helados. ¿Y si el bebé se ponía a llorar de nuevo?, ¿y si nos cogían los guardias o las patrullas de vigilancia? «Que Dios nos asista», supliqué mentalmente mientras ayudaba a Nabil a colocar las mantas en el suelo. Nos tumbamos unos junto a otros y al momento caímos rendidos por el cansancio.

Un fuerte zarandeo en el hombro me sacó bruscamente del sueño. Un tipo barbudo, con el olor de los animales pegado a la ropa, trataba de despertarnos. Era el momento de salir. Se oían relinchos allá afuera. Con el corazón encogido, cambié

cuidadosamente pero a toda prisa al bebé y le di otro biberón que al momento volvió a sumirlo en un sueño profundo. Lo tapé hasta la barbilla con intención de silenciar sus gritos cuanto antes en caso de que se echara a llorar y le puse la capucha subiendo la cremallera hasta casi el tope, dejando sólo un poco abierto para que pudiera respirar. Mi madre puso a los pies del canasto una bolsa de agua caliente para que mantuviera la temperatura a un nivel llevadero a lo largo de la noche. A la velocidad del rayo, llenó otras cuatro bolsas con agua muy caliente, las envolvió en gruesas fundas para que no nos quemaran y nos aconsejó velar por ellas como si de ellas dependiera nuestra vida, atándonoslas con correas alrededor del cuello y la cintura, debajo de las sucesivas capas de ropa que llevábamos puesta.

Los cuatro hombres del acompañamiento cargaron sobre un mulo nuestras cosas y nos ayudaron a montarnos en los demás. Uno de ellos cogió la cesta donde iba el bebé y se la puso delante de él en la montura, cosa que a mí me hizo dar un grito de terror pensando que se despeñaría, pero Nabil me mandó callar: ellos sabían muy bien lo que hacían, en cambio yo no sería capaz de montar en el mulo y mantener bien cogido el cesto del bebé. Cada uno de nosotros montó a la grupa de uno de los guías, que iban a la cabeza de sus respectivos animales. La pequeña, sollozando de miedo, montó entre Nabil y uno de aquellos hombres. Los brazos de mi hermano a duras penas la consolaban.

Los guías apartaron las lámparas de aceite que tenían encendidas la vieja y una mujer más joven y les dieron la orden de meterse en la cabaña. La fila de los cinco enormes mulos cada uno con dos personas en sus lomos se puso en marcha en la total oscuridad de la noche sin luna.

Al principio, el camino discurría por tramos llanos de montaña que no presentaban especial dificultad, pero poco a poco fue estrechándose y nos dijeron que nos agarráramos bien. Los volúmenes medio grisáceos medio negros de las rocas se alzaban ante nuestros ojos y de trecho en trecho árboles con inclinaciones extrañas aguardaban a la vuelta de las curvas, como fieras desafiantes.

En un momento dado llegamos a un lugar con una vista aterradora: por un lado, nos amenazaba un precipicio en forma de tajo, por el otro, el abismo. Totalmente perpleja, veía cómo los mulos avanzaban lentamente por un sendero resbaladizo y estrecho en forma de espiral, cargados hasta los topes, posando con cuidado sus pezuñas sobre el terreno empedrado. Me parecía increíble que supieran seguir el camino en medio de una oscuridad absoluta. Yo estaba con el alma en vilo, creyendo a cada momento que nos caeríamos al vacío y que desapareceríamos en la inmensidad del abismo que se abría a nuestra derecha. Me dolían los ojos del frío y el viento helador, pero los abría para intentar distinguir a mis familiares y a mis hijos sobre todo. No sentía ya las piernas del frío, pero temía retirarlas del lomo del animal para moverlas y ayudar a que circulara la sangre. En el resto del cuerpo, en cambio, conservaba una temperatura soportable gracias a la ocurrencia que tuvo mi madre de darnos bolsas de agua caliente. Llevábamos la cara bastante protegida, untada con

una vaselina que nos había proporcionado Nabil, con pasamontañas que nos cubrían nariz, frente y boca y encima de éstos gorros con dos forros de lana y chales también de lana gruesa que mi madre nos había dado para que nos tapáramos el cuello.

La cuesta, escarpada y peligrosa, fue llaneando unos metros hasta que tras un pequeño ensanche del camino empezó una pendiente de bajada bastante empinada, que daba a un desfiladero más ancho, con vegetación a uno y otro lado. Nos sentimos un poco más seguros. En todo ese tiempo ninguno de nosotros había abierto la boca de puro miedo, por eso nos sorprendió oír la voz del jinete que encabezaba la caravana diciendo en voz baja: «Hay un puesto de guardias a unos ochocientos metros a la izquierda. Que nadie hable hasta que no hayamos terminado de cruzar la frontera».

No teníamos ninguna intención de hablar. A duras penas podía respirar de la taquicardia, e iba rezando sin pausa para que mi hijo no se despertara y se pusiera a llorar.

Los jinetes, cuya nacionalidad no sabía con certeza, guiaban los mulos con mucho oficio, prudentemente y con calma, a través de espesuras de bosque, curvas, senderos, pequeñas gargantas y alturas considerables.

De pronto, el primero de ellos se detuvo y a continuación los demás. Los jinetes descendieron de un salto y nos ayudaron a nosotros a bajar.

Hice un amago de acudir hacia donde estaban mis hijos, pero de lo que me dolían los muslos y de la insensibilidad que tenía en las piernas no fui capaz ni de mantenerme en pie. El jinete con quien viajaba me llevó en brazos hasta una cueva que había cerca, cuya entrada estaba oculta por un espesor de arbustos. Al pasar, las espinas se me engancharon a la ropa. El hombre me ayudó a ponerme en pie y me dijo que golpeará las plantas del pie contra el suelo para que se desentumecieran. Enseguida pasamos todos al interior de la cueva.

En un rincón había un fuego encendido con leña, que inundaba de olor a humo toda la estancia. Fui corriendo hacia el bebé, lo destapé y lo cogí en brazos un rato. Mi hija parecía pletórica, como si el viaje no le hubiera resultado penoso en absoluto. Nabil me dijo que la mayor parte del tiempo la había pasado dormida entre sus brazos. Suspirando de alivio, fui hacia donde mi madre estaba preparando la leche para el biberón. Como nos habíamos quitado los gorros y las capuchas, aunque seguíamos cubiertos de copos de nieve por todo el cuerpo, pude ver lo pálida que estaba del agotamiento. Le dije que descansara un poco junto al fuego.

En una cazuela de barro que había encima de la lumbre habían puesto algo a hervir. Uno de los acompañantes, Hassan, llenó unos cuencos de hojalata con sopa caliente y trozos de pollo y nos los ofreció. Nabil les ofreció pan y queso de nuestras provisiones y todos nos pusimos a comer hambrientos y en silencio. Luego nos dijeron que nos preparáramos para seguir camino. Preparé a la niña y al bebé y al momento ya estábamos listos. Ese tramo lo haríamos a pie, sujetándonos del brazo de nuestros guías.

El trayecto fue corto. Llegamos a una especie de ensanche donde nos estaba esperando un camión cubierto de lona. Subimos nosotros detrás y mi madre se sentó delante, en medio de dos hombres. Nos adentramos por un camino de tierra lleno de baches por el que el camión cabía por los pelos; en cuanto se desviaba mínimamente del camino destrozaba las ramas de los arbustos que había a los lados. Todavía era de noche. En la parte trasera íbamos dando botes como si fuéramos de goma, sin conseguir mantener el equilibrio pese a ir todos sentados sobre el frío metal.

Mi hija acabó mareándose y Nabil tuvo que sacarle la cabecita por fuera por encima de la puerta trasera para que vomitara. Después se puso a llorar en voz queda, dejando entrever el malestar que sentía sólo por los gemidos que no podía evitar. Me odié a mí misma por todos los sinsabores y dificultades en que se encontraban mis seres queridos y que padecían sin quejarse cuando en el fondo eran responsabilidad y culpa exclusivamente mías. A ver por qué tenían ellos que correr estos peligros conmigo. Sentía tanta vergüenza que de no haber sido por mis hijos me habría gustado morirme en ese instante y liberarlos así de mi presencia y mis desgracias. Abracé a mi hija y le susurré al oído: «Perdóname, mi niña, perdóname. Te quiero muchísimo».

Ella me dio un beso en la mejilla y me acarició la cara con sus dos manitas enguantadas para tranquilizarme.

El camión empezó a disminuir la velocidad y de repente nos vimos cruzando una enorme puerta de hierro macizo que se cerró a nuestro paso de la misma manera que se había abierto. Entramos en el jardín de una casa de una sola planta con mucha vegetación y árboles gigantescos cuyas copas formaban una cubierta corrida. Una verja altísima aislaba la casa del mundo exterior. Hassan llevó el vehículo hasta un techado bajo en el que distinguí el bulto de otro coche. El corazón me dio un vuelco de alegría al comprobar que se trataba del coche de Rachid.

Enseguida, nuestros guías nos ayudaron a descender del camión. La puerta de entrada a la casa se abrió y en medio del haz de luz que procedía del interior apareció una mujer de pelo negro que nos dio la bienvenida con voz serena y nos invitó a entrar sin más demora. Los hombres descargaron nuestro equipaje, lo dejaron en el umbral y se quedaron un rato hablando con Nabil, que les hizo entrega de un sobre con dinero; uno de ellos lo abrió y allí mismo se puso a contar los billetes. Después, dio un apretón de manos a Nabil en señal de acuerdo. Se despidieron de nosotros a toda prisa, montaron de nuevo en el camión y se perdieron en la oscuridad de la noche. Tras de ellos, la puerta de hierro dio un portazo. Habíamos llegado a Irán sanos y salvos.

La casa nos resultó más que acogedora. Michele, su hermosa dueña armeno-francesa, nos invitó a que nos quitáramos la cantidad de ropa que llevábamos y nos pusiéramos cómodos, como si estuviéramos en nuestra casa. Le pregunté si podíamos asearnos e inmediatamente puso a nuestra entera disposición un baño impecable. Lavé primero al bebé, le cambié, le di de comer y tras jugar un ratito con él para que

moviera un poco los músculos, lo puse a dormir. Luego me di un baño junto con mi hija. Al momento, todos estábamos limpios y aseados, sentados alrededor del fuego de la chimenea. La decoración de la casa era sencilla pero de muy buen gusto; sus tapizados y cortinas de ramajes estampados en vivos colores creaban un ambiente muy alegre. Michele era miembro de una organización que ayudaba a refugiados políticos a huir al extranjero. Había preparado varias comidas riquísimas que comimos juntos en torno a una mesa grande, redonda y baja, sentados cómodamente sobre almohadones. Me sentía encantada de estar de nuevo en un entorno confortable y civilizado.

Rachid nos contó que no había tenido ningún contratiempo y que había pasado la frontera sin ningún problema, más fácilmente de lo que pensaba, sin ser interrogado por la estricta policía fronteriza, que se limitó a echar un rápido vistazo a su documentación. Después de charlar durante un rato, la amable anfitriona nos indicó dónde íbamos a dormir. Nada más amanecer, los hombres llamarían por teléfono al hotel de Peter en Teherán para ponernos de acuerdo en cómo proseguir los planes. Todos nos fuimos a dormir agotados así que enseguida caí en un sueño regenerador, abrazada a mi hija y en compañía de mi bebé y de mi madre.

El rumor de conversaciones procedentes de la cocina me sacó de la modorra. Nabil, Rachid y Michele estaban hablando en voz baja, pero se les oía preocupados así que fui corriendo a ver qué pasaba. Todos se volvieron para mirarme y Nabil me dijo: «He llamado por teléfono al hotel donde nos estaría esperando Peter y me han dicho que todavía no ha ido por allí. Y se supone que tenía que llevar ya allí una semana... Volveremos a llamar luego a ver si es que se ha retrasado por algún motivo. No te preocupes, en estos países es normal que ocurran cosas y se trastornen los planes. Seguro que muy pronto tendremos noticias tuyas...».

Los miré como si me hubiera atravesado un rayo. Lo único que no se me había pasado por la cabeza era que Peter no estuviera esperándonos en el lugar convenido. Él era quien tenía nuestros pasaportes, el que se había hecho cargo de organizar la segunda parte de la huida. ¿Qué pasaría si no daba señales de vida? Por un momento se me vino abajo la confianza que había depositado en su persona y me empezaron a atormentar ideas absurdas. ¿Y si se había arrepentido?, ¿y si no quería verse con la responsabilidad de tener dos hijos a su cargo?, ¿y si...?, ¿y si...?

Me quedé lívida de la preocupación y a punto estuve de desmayarme a la vista de todos. Nabil me agarró y me llevo a sentarme a una silla, sin dejar de decirme que no me preocupara, que a lo largo del día acabarían dando con Peter o con algún contacto suyo en los otros dos teléfonos que le había dado. Era cuestión de tiempo que todo se arreglara.

Pero para nada resultó ser así. En el hotel se limitaban a decirnos secamente que Peter no había llegado aún, aunque constaban una reserva a su nombre y el abono de

un anticipo. En el teléfono de uno de sus contactos, una tal señora June, no respondía nadie. Nabil dejó un montón de mensajes en el contestador, pero no obtuvimos respuesta. Semejante imprevisto nos causó a todos un nerviosismo y una tensión que los hombres difícilmente podían disimular ante mí. La cosa parecía clara: nos habíamos metido todos en una casa ajena, con dos niños pequeños además, y no teníamos ni una noticia, ni una sola llamada que nos informara de si había ocurrido algo imprevisto o si es que habían concurrido razones de fuerza mayor.

Nos pasamos cuatro días de total impotencia y espera. Michele se afanaba continuamente en atendernos, pero nosotros no pensábamos más que en una cosa. Al comienzo del quinto día, mientras tomábamos un té en la cocina sin haber pegado ojo ninguno de nosotros en toda la noche, de repente Nabil se puso en pie de un salto.

«Salgo para Teherán. Voy a ver en persona qué es lo que está pasando y os informaré», dijo totalmente decidido.

Rachid le dio las llaves de su coche. Acordaron que Nabil lo dejaría en el aeropuerto más cercano. Amigos de Michele lo traerían de vuelta si fuera necesario, o bien lo dejaría aparcado allí mismo hasta su regreso.

Los demás nos quedamos pegados al reloj, contando las horas y los minutos que pasaban con una lentitud mortificante, ajeno a nuestra angustia y a miles de interrogantes sin respuesta.

Desde el mismo momento en que se fue Nabil yo me vine abajo emocionalmente de tal manera que mi corazón se cernía inquieto como un águila, unas veces sobrevolando a corta altura los malos agüeros y remontándose otras a las inexpugnables cimas de los montes para hacer llegar a oídos de Dios su amargura, sus súplicas y su esperanza.

Me sorprendía a mí misma acobardada, dándole vueltas a todo, ahogándome en un mar de dudas. A veces pensaba que haber mantenido esa relación tan turbulenta e ilícita era como tener un tigre agarrado por la cola: tan peligroso era dejarlo como seguir pegado a él. Sentía que se habían agotado mis resistencias, me costaba la vida esbozar una leve sonrisa para evitar que los niños se inquietaran. Después de tantas penalidades no soportaría otro abandono, que es como había vivido yo mi primera separación de Peter por mucho que las cosas no hubieran sido así. Y es que no es fácil borrar el dolor y la desesperanza de tanto tiempo, tan sólo lo echas a un lado para poder seguir adelante y avanzar a otra etapa de la vida, pero las cicatrices de las heridas son perennes.

Al mismo tiempo, una voz desde el fondo de la conciencia se iba creciendo en mi interior e imponiéndose sin que yo pudiera dejar de escucharla. «Vergüenza debería darte. No dejes que la pena y la incertidumbre te impidan alcanzar tus ilusiones y borren de tu vida la pasión y los ideales». Y entonces me invadían terribles remordimientos por haberlo puesto todo en duda.

Era de madrugada cuando sonó el teléfono en mitad del silencio. Dando un salto de la cama, salimos todos corriendo hacia el vestíbulo. Rachid llegó el primero y lo cogió. Era Nabil. Llamaba para decir que ya estaba en el hotel de Teherán, donde no había ni rastro de Peter. Tenía pensado esperarlo allí otros dos días y, si no venía, ir después a Jerusalén con la esperanza de sacar algo en claro. Nos llamaría en cuanto tuviera noticias. La decepción de todos encontró expresión en el absoluto silencio que se hizo. Nos miramos unos a otros a los ojos y volvimos a nuestras camas para recapacitar en soledad.

Pasaron otros cuatro días sin tener noticias de importancia. Nabil nos llamaba cada vez que podía, pero poco o nada tenía que añadir. La tarde del jueves, habló rápidamente con Rachid para decirle que volvía. Había encontrado a Peter. Mi corazón se sumió en un pozo de ansiedad. ¿Por qué razón no venían de vuelta juntos?, preguntaba yo a Rachid una y otra vez, pero él no sabía nada. Podía ser incluso que volvieran juntos. Al día siguiente Nabil en persona nos lo explicaría todo.

Sobre las cinco de la tarde se oyó el ruido de un motor de coche. Fuimos corriendo todos a la puerta, pero Michele no nos permitió asomarnos. Fue corriendo ella a abrir la cancela del jardín para dejar paso al automóvil. A los pocos minutos, Nabil estaba sentado con nosotros en el salón. Todos nos quedamos mirándolo fijamente, pendientes de lo que fuera a decir.

«Por desgracia, no tengo buenas noticias», dijo Nabil clavándome su mirada. «Peter ha resultado herido de gravedad en un ataque terrorista en Jerusalén, por eso no pudo ir a Teherán...».

Sus palabras se quedaron resonando en mi cerebro, que no pudiendo soportar el golpe de la trágica noticia me sumió en un desmayo; di con la cabeza en la mesa de madera y me derrumbé con todo el peso de mi cuerpo como si fuera de plomo yendo a parar desde la silla donde estaba sentada directamente al suelo. Tras inspirar el alcohol que me pusieron bajo la nariz empecé a vislumbrar a mi alrededor borrosas figuras, entre las que estaba la voz de mi hermano que decía: «No le ha pasado nada, está bien, le he inyectado un poco de ansiolítico y volverá en sí de un momento a otro, no os preocupéis».

Cuando por fin abrí del todo los ojos, vi a Nabil sentado junto a mi cama con el estetoscopio al cuello.

—Dime la verdad, Nabil, ¿sobrevivirá? —le pregunté con voz temblorosa, ronca de la angustia.

Mi hermano me dijo sonriendo:

—De hecho ya está completamente fuera de peligro, hermana. No te oculto que su estado aún es grave, pero no crítico.

Y como si estuviera adivinando mis pensamientos, siguió diciéndome:

«Un día antes de su partida, él y la señora June, su contacto, iban en coche por una avenida céntrica de Jerusalén. A su izquierda, había una cafetería bastante concurrida, sobre todo por gente joven. Peter, que iba al volante, había bajado la ventanilla para decir por señas al conductor del coche de atrás que dejara de tocar tanto el claxon cuando se oyó una explosión tremenda en la cafetería. Muchas personas que estaban allí y otras que pasaban cerca resultaron muertas o heridas.

Como consecuencia de la explosión, Peter perdió el brazo izquierdo del codo en adelante y quedó gravemente herido en el costado izquierdo. Se salvó sólo gracias a que iba en un coche blindado. La señora June, que iba de copiloto, sufrió heridas leves en el cuello y en el lado izquierdo de la cara. Ha estado internada diez días en el hospital, por eso no la localizábamos por teléfono en su casa. Sólo cuando volvió a su casa pude contactar con ella e ir a verla. Ella fue quien me dijo en qué hospital podía encontrar a Peter. Ya ha salido de la unidad de cuidados intensivos, pero todavía tendrá que seguir internado bastante tiempo. En cuanto esté en condiciones de viajar, desde su oficina enviarán un avión a recogerlo para trasladarlo a un hospital especializado de Estados Unidos para que le pongan un antebrazo postizo. Me ha pedido que te lleve a Grecia en lugar de a Inglaterra, a la casa de un íntimo amigo suyo que vive a las afueras de Atenas. Quiere sentirte a su lado y que os caséis allí antes de su viaje siempre que tú, claro, estés de acuerdo. Además, está deseando conocer a su hijo. Debo decirte que pese a todo ha tenido suerte, si es que se puede decir algo así de una persona que ha sufrido semejante experiencia, porque de cuantos se encontraban en la zona del atentado no ha sobrevivido nadie».

Lo escuché sin pestañear, inmóvil, sin que me saliera la voz del cuerpo. Tampoco tenía nada que decir ante esta nueva desgracia. Al parecer, Dios me tenía en su punto de mira y de vez en cuando me saeteaba con nuevos infortunios que me amargaban la existencia. ¿Cuánto más podría aguantar mi corazón las afrentas del dolor y de la adversidad? Había llegado a un punto de desesperación del que difícilmente podría salir airosa. Me imaginaba a Peter sufriendo a solas, sin ningún ser querido a su lado para apoyarle y servirle de ayuda. Pensaba al mismo tiempo en que hacía sólo diez días había dudado de él y me odiaba a mí misma por mi aborrecible falta de fuerza y mi egoísmo.

—¿Yo no puedo ir a verlo? —pregunté a Nabil.

—Ni se te pase por la cabeza —contestó—. No puedes volver a poner el pie en un país musulmán. No olvides que has sido condenada a muerte y ejecutada oficialmente. Hasta el día de vuestra boda y hasta que no se resuelvan varias cosas debes permanecer escondida. Además, hemos sacado a la pequeña ilegalmente del país y aún no sabemos qué habrá hecho en ese sentido Omar. No debemos olvidar que, queramos o no, es su padre. Lo que se impone es salir mañana mismo hacia Grecia, donde tú y los pequeños estaréis a salvo. Peter me hizo entrega de tu documentación. En tu pasaporte, además de tu hija, figura ya también tu hijo. Te pido que lo hagas por Peter y por los niños. Tenemos que prepararnos. El vuelo a Atenas sale a las nueve de la mañana.

Una vez que terminé de preparar el equipaje con la ayuda de mi madre y que terminé de atender a los niños, me senté a escribir una larga carta a mi amado Peter. Toda la conmoción, las dudas, la ansiedad y el amor infinito que se desprendía de cada una de las líneas fueron sellados por mis lágrimas. El «te amo» con el que concluía la carta era el principio y el fin de mi universo, la razón de mi existencia, además de mis hijos, el sueño ansiado de toda una vida. Por fin Dios me premiaba con su favor al unirme para siempre con quien adoraba.

Desde muy temprano todo estaba listo para nuestro viaje. Por fin sentía en mi interior la firme convicción de que ése era el vuelo definitivo hacia la libertad. Con lágrimas en los ojos nos despedimos de Michele, una gran mujer a quien muchos debíamos el seguir vivos y el haber podido huir a Europa.

En el trayecto hacia el aeropuerto, una emoción incontenible me hizo estallar en un llanto quedo, liberador, que purificó mi alma y me dejó serena y expectante frente a un horizonte de esperanza.

Un sol radiante nos dio la bienvenida en el aeropuerto de Helliniko, en nuestro aterrizaje sobre Atenas. Al poner el pie en tierra, sentí después de muchos años una sensación incomparable de libertad que me llenó los pulmones de un aire diferente, como ungido, e hizo rebosar mi corazón de gozo. Sentí que amaba a todo el mundo, a la gente risueña o de gesto preocupado que había a mi alrededor, por quienes me sentía abrazada aunque ni siquiera me tocaran.

El amigo de Peter, George, una persona simpatiquísima de unos sesenta años, nos estaba esperando para llevarnos al verdísimo oasis de su casa en Kifisia. Una vez instalados en ella, llamamos por teléfono a Peter para decirle que todo había ido bien. Al hablar con él, intenté por todos los medios contener el llanto y que me viera fuerte. No quería entristecerle. Habló también por primera vez con mi madre y con mi hija. Poco faltó para que nos echáramos a llorar todos de la emoción cuando la pequeña le dijo en un inglés perfecto: «¿Cuándo vendrás conmigo y con mi hermano, papá?».

Estaba segura de que Peter estaría igualmente emocionado al otro extremo de la línea.

Nos adaptamos rápidamente a los ritmos de la independencia y la libertad de movimientos. Para consagrar de alguna forma mi ruptura con la sumisión y los lazos que habían anulado mi personalidad, mi madre y yo metimos en un gran cubo de basura metálico los burkas que estaban en el fondo del equipaje y les prendimos fuego en una ceremonia simbólica. El pestilente olor de la ropa quemada en lugar de desagradarme me causó una placentera sensación de bienestar parecida a la que da el perfume embriagador del jazmín en las calurosas noches de Afganistán.

«Querida patria: te amo», murmuré como hipnotizada, «pero aborrezco tu esclavitud».

Y apagando las cenizas con un jarro de agua, cerré definitivamente ese capítulo de mi vida.

Sin embargo, como me era imposible ir por ahí enseñando las horribles secuelas de la herida en torno al oído, no pude dejar de cubrirme la cabeza. No veía el momento de que mi adorado Peter se pusiera bien y de someterme yo a la ansiada operación de cirugía estética que borraría del todo las últimas huellas del salvajismo absurdo de que había sido víctima.

Nabil iba a Jerusalén un fin de semana sí y otro no para estar con Peter, que iba mejorando poco a poco, aunque más lentamente de lo que esperábamos. Los niños se encontraban en condiciones óptimas de salud. Mi hijo estaba crecidísimo y robusto, como alimentado por el fragante aire de la hermosa barriada donde nos alojábamos o porque intuyera que estaba próximo el primer abrazo de su padre.

Con nosotros se reunieron también el abuelo y la abuela. A pesar de que George, nuestro anfitrión, insistió muchísimo en que se quedaran con nosotros en la misma casa, que a él, viudo y sin hijos, se le había quedado demasiado grande, ellos

preferieron alojarse en un hotel confortable y cercano. Todas las tardes venían a vernos, así que las pasábamos reunidos en la casa de nuestro anfitrión, cuyo respetuoso interés hacia mi madre empezaba a ser patente.

Rachid había vuelto a Pakistán después de nuestra despedida en casa de Michele. Ya no quería volver a Kabul, más aún ahora que los talibanes se habían apoderado del noventa por ciento del país y gobernaban con mano de hierro ejerciendo sobre la población una crueldad insólita. Ni siquiera sintieron escrúpulos a la hora de aniquilar símbolos religiosos como los Budas de Bamiyan, acción que levantó una ola de condenas en todo el mundo y provocó una intensa repulsa entre los propios musulmanes.

Militarmente, los talibanes seguían ejerciendo presión sobre la Alianza del Norte, a menudo, según se creía, con la ayuda de Osama bin Laden y sus milicias árabes. A principios del mes de septiembre de 2001, el líder legendario de la Alianza del Norte, el tajiko Ahmet Sah Massud, resultó herido de muerte a raíz de un intento de asesinato llevado a cabo por dos árabes que se hicieron pasar por periodistas en misión suicida. Aumentaban los rumores de que el ataque había sido planeado por la organización dirigida por Bin Laden. Pero, en medio del caos, era imposible saber con certeza quién estaba detrás de esos juegos sucios...

Al oír a Rachid hablar de Massud, enseguida acudieron a mi mente los terribles momentos vividos cuando la ejecución de la que acabé saliendo con vida y me sentí agradecida al hecho de que uno de esos muchos ataques fuera precisamente la causa de mi sorprendente salvación.

Mi primo nos dijo que también él se estaba pensando muy en serio huir a Inglaterra y ejercer allí como abogado. Había retomado el contacto con el despacho de abogados en el que había hecho sus prácticas después de licenciarse en el King College trabajando después como abogado brillantemente durante cuatro años. Allí le habían dicho que estarían encantados de tenerlo con ellos de nuevo a partir del año próximo. Nosotros nos alegramos muchísimo de saber que en un futuro próximo viviríamos en la misma ciudad que nuestro querido Rachid.

Durante todo ese tiempo cada vez que pensaba en mi padre, no sin pena, trataba de justificar la inexplicable crueldad con que nos había tratado a mí, a mi madre y a la pobre pequeña, mi hija, para quien su abuelo nunca había tenido una caricia o una muestra de cariño y que encima había tenido que sufrir el infame comportamiento de su desalmado progenitor. Pero racionalmente no podía perdonarlo de ninguna de las maneras. De acuerdo con que a mí me considerara culpable, pero ¿qué culpa tenían su esposa y mi hija para que fuera tan despiadado con ellas?

En el pasado, mi madre y yo solíamos darle vueltas al asunto tratando de encontrar la manera de acercarnos a él y de recordarle lo felices que habíamos sido en otro tiempo como una familia feliz y unida y hacerle ver hasta dónde lo habían llevado el fanatismo y la soberbia. Por su culpa habíamos fracasado como familia. Ya no se dirigía a nosotras si no era para darnos órdenes que nos exigía cumplir a

rajatabla y de inmediato. Habíamos acabado siendo unas extrañas en nuestra propia casa, con la diferencia de que en ella los huéspedes eran mucho mejor tratados que nosotras. Todavía conservo viva en la memoria la escena en que mi madre, totalmente enojada con él, lo amenazó con abandonarle en caso de que no cambiara de actitud y él, sin considerar el hecho de que tenía que respetarla no sólo en tanto que esposa sino también en tanto que madre de sus hijos, la tiró al suelo de un empujón y la golpeó con una vara en la espalda.

Al irse definitivamente de casa, mi madre le había dejado una carta explicándole que las cosas habían ido demasiado lejos y que ya no podía soportar ni tolerar la situación, que no deseaba seguir llevando el despreciable título de esposa de alguien tan salvaje e inhumano como él y que de ahí en adelante le eran del todo indiferentes las acciones que llevara a cabo.

Más tarde supimos a través de los padres de Rachid que había pedido el divorcio de mi madre y que se había vuelto a casar, esta vez con una mujer tres años menor que yo, que era su hija. Nos daba igual lo que hiciera, bastaba con que hubiera roto la relación con nosotros definitivamente. Seguro que terminaríamos olvidando las penas pasadas y que las heridas acabarían cicatrizando. Dios nos compensaría por el terror padecido concediéndonos tiempo con que serenar nuestros espíritus y entonces recuperaría el optimismo que embellecía mis ilusiones cuando era pequeña y volvería a gozar del don de la fe en los vínculos familiares que habían dejado de tener su sentido y su valor por culpa de la intolerancia, el primitivismo y el salvajismo de unos cuantos fanáticos rabiosos...

El verano en Atenas significó para mí una etapa de cambio a mejor, de serenidad e ilusión por la vida. Gozaba con cosas que para la mayoría son insignificantes por tan comunes como son: el verde de la hierba del jardín, el rumor de las hojas en los árboles, el sol púrpura del amanecer, la frescura de la sonrisa de mis hijos; el cariño y la complicidad que tenía con mi madre y mi hermano, la sabiduría y el estoicismo de los abuelos, los momentos en que me ponía a hacer planes para el futuro de mi familia, que siempre me parecían pocos, y sobre todo el preciosísimo bien de la serenidad, del que tanto tiempo me había visto privada y que por nada en el mundo dejaría que nadie volviera a perturbar.

En agosto, un acontecimiento habría de conmocionarnos una vez más. Mi primo nos telefoneó a altas horas de la noche del día 28 para informarnos de que los enemigos de mi padre lo habían asesinado aquella misma mañana junto a los miembros de su guardia personal. Había sido enterrado por la tarde, en Kabul, con los correspondientes honores. Todos nos quedamos de piedra al conocer la noticia. Nos olvidamos por esos momentos del déspota de los últimos años y nos reunimos para velarlo hasta el amanecer del día siguiente, dejando de lado los sentimientos de hostilidad, rencor, e incluso el odio que albergábamos en nuestros corazones, y nos

dedicamos a rezar por él. Nos despedimos mentalmente de él enviándole nuestro perdón por cuanto habíamos sufrido por su culpa y rogamos de corazón que Dios se apiadara de él.

Pocos días más tarde, el 11 de septiembre, nos esperaba otra sacudida: la colisión de los dos aviones contra las Torres Gemelas de Nueva York. Sin despegarnos del televisor, seguíamos las noticias del terrible suceso, de cómo miles de personas morían en cuestión de segundos. Se nos encogía el corazón de ver cómo hubo quienes, atrapados por el fuego en los pisos más altos, saltaron desesperados al vacío uniéndose en su caída al remolino de polvo y cenizas, escombros y cadáveres de tantos trabajadores y peatones a quienes sobrevino la muerte inesperadamente. Eran exactamente las mismas escenas que mis compatriotas y yo habíamos vivido en mi lejano país infinidad de veces, siempre e invariablemente a manos de quienes perseguían hacerse con el poder. Allí la calamidad y la catástrofe eran el pan de cada día. La única diferencia es que nuestros edificios son bajos y humildes, porque el dolor por la pérdida de seres queridos era idéntico al de aquellas personas que esa noche esperarían en vano a que sus familiares regresaran del trabajo. Y lo único que les quedaría a los familiares de esa pobre gente sería el sufrimiento, la impotencia, la pregunta sin respuesta de por qué personas inocentes tenían que pagar a ese precio faltas que no habían cometido. Suplicamos a Dios con lágrimas en los ojos que diera fuerza a las familias de las víctimas y que jamás volvieran a ocurrir semejantes tragedias, que abren profundas heridas a lo largo y ancho del mundo.

«Que Dios tenga en su gloria a las víctimas de una muerte injusta y que alivie el dolor de los que quedaron atrás», rezamos todos profundamente conmovidos.

El tiempo pasó y a su paso fue aminorando el dolor de los momentos vividos, tanto en la vida privada como en la común: la muerte de mi padre, el *shock* de los miles de ciudadanos muertos en Nueva York, así como la muerte de tantos otros miles al día en distintas partes del mundo de los que los boletines de noticias informaban ya casi de forma rutinaria, de corrido, como parte inevitable del día a día, tanto que casi pasaban desapercibidos a los ojos de la gente, siempre ocupada, entregada a sus propias pesadumbres y luchando como cíclopes por superar sus problemas para seguir adelante con la vida.

También yo volví a mi cotidianeidad, a la vida de antes; la pena iba dejando paso poco a poco a las pequeñas alegrías, que reclamaban su derecho a estar presentes.

Y por fin llegó la tan ansiada noticia del restablecimiento de Peter y de que se reuniría con nosotros en diez días. Antes de salir hacia los Estados Unidos, se quedaría con nosotros un par de días en Atenas.

Un día, mientras estábamos en la mesa almorzando, Nabil me dirigió una sonrisa pícara y me dijo de repente: «Ya puedes irte preparando, hermanita. Te vestirás de novia el 10 de octubre. ¡Han llegado los permisos!».

No pude articular respuesta de la sorpresa y también de la emoción. Ni siquiera se me ocurrió preguntar cuándo y cómo se habían gestionado los permisos. No me cabía duda de que todo lo habrían tramitado a la perfección.

Quedaban tan sólo cuatro días para la llegada de Peter, que viví inmersa en un ritmo febril de preparativos y de ansiosa espera. El tiempo discurría desesperadamente despacio. Las noches me las pasaba en vela, contemplando el firmamento y compartiendo con las estrellas mi anhelo, mis esperanzas, mis ilusiones y mis sueños.

Hasta que vino el día en que al fin tendría en mis brazos a mi amado. Tres horas antes de la llegada del vuelo ya estábamos todos en el aeropuerto, esperando en una sala especial que nos habían cedido a petición de la organización en donde trabajaba Peter. Yo no dejaba de mirar fijamente a la puerta, con escalofríos de impaciencia a pesar de la calurosa temperatura externa.

Súbitamente, la puerta se abrió y apareció la persona de mi amado. Con un brinco de alegría y de ilusión corrí como loca a abrazarlo, como si se tratara de un sueño hecho realidad. Lo besé incansablemente mientras él me cogía por la cintura con su brazo indemne, tentaba mi rostro con sus dedos y secaba con sus besos mis lágrimas unidas a las suyas. Mi familia y los dos enfermeros que lo acompañaban observaban la escena a cierta distancia, respetuosos y emocionados. Estaban siendo testigos de por qué habíamos luchado para que este amor se mantuviera intacto y sobreviviera a los durísimos golpes de manos de los hombres y de los sucesivos castigos inclementes de un Dios justiciero.

Cuando abrazados fuertemente el uno del otro, nos acercamos a la concurrencia,

mi hija mostró su hermanito a Peter llena de orgullo. Peter se quedó sin habla unos instantes, contemplando al bebé. Mi madre lo tomó en brazos y se lo puso a él en los suyos. La admiración, el asombro y el orgullo se hicieron patentes en la expresión de su rostro. Dando besos uno tras otro a su hijo me dijo susurrándome al oído: «Gracias, amor mío».

Volvimos a casa exultantes de felicidad, yo incluso pellizcándome para asegurarme de que todo aquello estaba ocurriendo de verdad, que no se trataba de una alucinación mía. Mi familia estaba encantada con Peter. Yo sabía que si algo les hacía felices era ver el amor de Peter por mí y por mis hijos tan claramente reflejado en su transparente mirada. Mi hija no se apartaba de su lado y nuestro bebé le dedicaba las sonrisas más dulces.

Al día siguiente llegó también Rachid para la boda, trayendo noticias de nuestro país. Nos contó que Omar había presentado una denuncia contra mí, contra mi madre y contra Nabil, acusándonos de haber raptado a su hija. En mitad de la confusión, la policía nos andaba buscando cuando se descubrió la desaparición de la niña, pero nosotros ya nos habíamos ido. Cuando Omar localizó a Rachid en Pakistán, éste le amenazó con que si no retiraba la denuncia inmediatamente y no nos dejaba en paz a mí y a la pequeña, para que pudiera crecer en un entorno civilizado y pacífico, le denunciaría públicamente por sus perversiones, el consumo de drogas y demás ilegalidades de las que tenía conocimiento, de manera que su carrera política y militar quedara arruinada para siempre por el escándalo.

Como por arte de magia, Sima, inesperadamente, se puso de parte de Rachid y dejó claro a Omar que si no hacía lo que le estaba diciendo mi primo, ella misma acudiría como testigo de sus cargos. Además, le puso como condición que la tomara por esposa cuanto antes y que se pusiera en manos de un psiquiatra para seguir una terapia. Omar, acorralado, retiró las denuncias y firmó un documento ante notario en virtud del cual permitía que su hija viviera con su madre en el extranjero o donde ésta decidiera.

«He traído conmigo el documento para dejártelo a ti», añadió Rachid.

Abrazamos a Rachid, nuestro ángel de la guarda, llenos de alivio y entusiasmo. Poco a poco todo iba cuadrando y ordenándose con la misma claridad que deseábamos tener en nuestras vidas de ahí en adelante.

El 10 de octubre, día de la boda, amaneció soleado y con buen tiempo. Con la discreta ceremonia culminaba el principio de una nueva vida aceptada como legítima por la familia y la sociedad en su conjunto. De repente mi euforia se duplicó cuando vi ante mí a Nina y a Paul con sus dos hijos, llevando las arras junto con mi hija. Peter la había avisado de nuestra inminente boda y mi querida y fiel amiga vino de nuevo para darme esa sorpresa y estar a mi lado tal y como había estado en todos los momentos de mi vida, buenos y malos. Escuché con auténtico fervor las palabras de quien ofició nuestro matrimonio. Después, al estampar nuestras firmas, me regocijaba pensar que mi hijo ya tenía un padre legítimo y que mi amado era ahora formalmente

mi esposo, mi compañero tanto para lo bueno como para lo malo en el camino que emprendíamos juntos con nuestra unión. Mi hija, una niña preciosa en el cortejo de la boda de su mamá, se volvía durante la sencilla pero tan emocionante ceremonia para mirarme con sus ojos negros llenos de felicidad, consuelo y esperanza.

Mi traje de novia fue el vestido color marfil que llevaba en la fiesta de Nicole la noche que conocí a Peter y que había tenido escondido todo este tiempo cuidándolo como a la niña de mis ojos. Era mi deseo, en ese momento en que nos jurábamos entrega y fidelidad eternas, unirme con lazos indelebles al hombre de mi vida vestida con la misma ropa con la que había dado comienzo la aventura del único y verdadero amor.

Más tarde, abandonada en el abrazo del que ya era mi marido, gocé de la realización de los sueños logrados, aquellos de mis dieciocho años aunque vividos ahora con diferentes sentimientos de seguridad, madurez y decisión, así como con la profunda convicción de que haría lo que fuera en un futuro para que no se acabara esta relación, por el bien mío y el de mis dos hijos.

A la mañana siguiente, mi amiga y su familia se marcharon a Chipre para visitar a sus padres. Quedamos en encontrarnos la próxima vez en Londres, allí donde había comenzado nuestra amistad, tan valiosa para mí, y que desde el fondo de mi alma sabía que habría de durar hasta el final de nuestros días.

Un poco después, por la tarde, al despedirme de Peter, que iba a estar fuera un mes acompañado por Nabil, con la esperanzadora perspectiva de reencontrarnos finalmente en Londres, no podía dejar de pensar en el desenlace tan feliz e inimaginable que habían tenido las cosas en mi vida gracias a la ayuda de Dios.

Dentro de dos días nos iremos a Inglaterra. Allí viviremos en nuestro bonito apartamento de Holland Park unidos en familia como una piña. Pienso continuar mis estudios y cumplir con mi sueño de ser médico para asistir a cuantos me necesiten en un futuro. Mis hijos crecerán en un ambiente civilizado, con derecho a decidir sobre sus vidas como ciudadanos autónomos y totalmente dueños de sí mismos.

Ahora me entristece pensar que yo tuve la suerte de librarme de las garras de quienes me pisotearon en la vida anulando mi dignidad gracias a haber tenido una serie de contactos y los recursos económicos suficientes, pero ¿qué va a ser de las pobres muchachas de mi país, marginadas y sin formación? ¿Qué va a ser de todas esas mujeres a quienes los talibanes, unos tiranos absolutistas, «salvadores de la patria», como cualquier otro arribista de turno, les arrebataron de la noche a la mañana los derechos que habían conquistado a base de tanto tiempo y esfuerzo? El mundo civilizado debe ser consciente de lo que están sufriendo estas mujeres y debe hacer lo posible por protegerlas del oscurantismo y la mentalidad feudal de quienes las llevan tratando todos estos años con menos respeto que si fueran animales, aniquilándolas y haciendo pedazos su dignidad como personas.

Me gustaría que todas las voces se unieran en un mismo grito de protesta que pudiera obligar a semejantes salvajes a hacer caso y reconsiderar su dinámica de

opresión, terror y brutalidad. Ésa será a partir de ahora una de las ocupaciones más importantes de mi vida.

Así terminó su relato Maraima. Fue bajando poco a poco la voz de forma que apenas pude escuchar las últimas frases de su historia, que con tantísima atención había estado escuchando todo ese rato. Daba por bien empleado el dolor de espalda y el entumecimiento en las piernas, que se me habían quedado dormidas, con tal de no perder ni una palabra de cuanto me había contado: tan absorta me había dejado con su discurso. Las horas finales de la tarde se iban confundiendo con la noche, aunque yo apenas me había percatado del paso del tiempo, como si se hubiera detenido para prestar respetuosamente oídos al testimonio de aquella mujer. Parecía que el propio tiempo hubiera retenido los segundos, burlado los minutos, atrapado su propio ser para quedarse quieto e invisible mientras ella nos revelaba su historia.

Cuando la vi por primera vez en el vagón del ferrocarril urbano donde coincidimos casualmente me pareció lejana y cercana al mismo tiempo. Entonces no podía imaginarme la amalgama de sentimientos que provocaría en mí, desde la compasión hasta la indignación sin límites; no podía pensar lo que me afectaría conocerla y las reacciones tan extremas que tendría que dominar para no hacerle ver el terror que me provocaba lo que me estaba contando, no fuera a ser que se detuviera u omitiera algún detalle.

Ahora revivo cada instante de aquel día caluroso de Atenas en que el sol de mediodía abrasaba las aceras y cortaba la respiración, con un calor totalmente insólito para mediados de octubre.

Yo iba en la línea de ferrocarril que comunica Kifisia con El Pireo. El vagón estaba repleto de personas mayores y chavales que bromeaban entre sí con miradas juguetonas, inundando con su alegría de vivir y su despreocupada juventud la atmósfera asfixiante del tren. Los más viejos, con sus arrugas y sus ojos turbios, casi apagados, con las manos marcadas por las manchas de la vejez, lo observaban todo sin implicarse en nada. Se limitaban a mirar hacia fuera, estación tras estación, sin hablar, indiferentes a todo, con el hastío propio de esa edad, como dando a entender que nada de lo que ocurría iba con ellos. El paso del tiempo había acabado con el entusiasmo y había reducido su interés a la estrechez de su entorno más inmediato.

De repente, una voz se alzó por encima de ese escenario tan común.

«¿Hay alguien que hable inglés, por favor?».

Me volví. No había sitio donde sentarse y yo no dejaba de mirar la puerta en cada estación por si alguien se bajaba y podía sentarme al fin y descansar las piernas, tan poco acostumbradas a estar mucho rato de pie. Entonces clavé la mirada en la persona que había hablado y me quedé mirándola sin disimulo, completamente cautivada. La voz era de una mujer joven que estaba sentada en la ventana del lado de la izquierda. Llevaba la cabeza cuidadosamente cubierta con un pañuelo de colores. Nuestras miradas se cruzaron y me topé con unos ojos inmensos, suspicaces, de un color verde intenso con reflejos de luz dorada, ensombrecidos por grandes pestañas

negras, con una curvatura que la mano de la naturaleza había pintado con el más seductor y puro maquillaje. Las cejas arqueadas daban un acabado perfecto al agraciado dibujo. Una nariz recta y diminuta se esforzaba por encontrar algo más de oxígeno. Unos labios del color de las rosas de mayo dejaban entrever el blanco inmaculado de los dientes. Su piel, de un color marfil, resaltaba en los pómulos elevados, en la suave frente y la barbilla audaz que decoraba un simpático hoyito. El cuello, largo y elegante, parecía resplandecer con el contraste del color negro de su vestido.

Preguntó si alguien sabía inglés y se quedó esperando una respuesta, pero era como si su pregunta hubiera caído en el vacío. Los viejos no la oyeron, bien porque no sabían el idioma o bien porque no tenían ganas de salir de su impasibilidad. Los chicos, que seguro que hablaban inglés, no parecían tampoco dispuestos a interrumpir sus charloteos para hacerle un favor a un adulto.

En ese momento, el hombre que estaba sentado junto a ella se levantó y yo me tiré de un salto para sentarme antes de que alguien se me adelantara. Ya sentada, di un suspiro de alivio y tras acomodarme en el asiento me volví a ella para contestar a su pregunta, que había quedado por el aire.

«Sí», le respondí, «yo hablo inglés».

Me preguntó algo sobre una de las estaciones y a partir de ahí empezamos a hablar. Me dijo que era la primera vez que tomaba el ferrocarril urbano en Atenas porque como no conocía bien la ciudad solía moverse en taxi. Me impresionó lo bien que hablaba el inglés; por su pronunciación y su correcta sintaxis se veía que había tenido una excelente escuela. Mientras charlábamos, quedé impactada por el brillo de un enorme anillo de diamantes que llevaba, en el que se deleitaban los rayos de sol a través de los sucios cristales.

Le pregunté de dónde era.

«De Afganistán», me dijo.

El hecho de que procediera de un país que por aquel entonces monopolizaba las noticias a escala internacional provocó aún más mi curiosidad y atrajo todo mi interés, especialmente después de la tragedia ocurrida el 11 de septiembre en Nueva York. Quise saber más cosas sobre ella y sobre su país de origen, que me era prácticamente desconocido.

Yendo de una conversación a otra, al cabo se dio entre nosotras una curiosa familiaridad. Como ninguna de las dos tenía que hacer nada que fuera urgente, decidimos bajarnos en la misma estación y tomar un café juntas. Caminando a su lado por la calle, me sentía más pequeña y casi torpe en comparación con la esbeltez de su talla y su proporcionada figura.

Nos bajamos en Kato Patisia, donde lo primero que encontramos fue uno de los establecimientos de comida rápida de la cadena Goody's. Como yo no los frecuentaba en absoluto me sentía algo incómoda, aunque llevada por un extraño sentimiento, o más bien un presentimiento, me senté como pude en la alargada mesa que ocupamos

con la intención de no moverme de allí. Y entonces empezó a hablarme de ella con una voz grave que me hipnotizó. Yo me mostré toda oídos a cuanto tuviera que decirme. Mis sentidos, completamente despiertos por una fuerza insólita e inexplicable, me ayudaron a no perder ni una sola palabra. Y, en efecto, retuve todas y cada una de ellas...

Cuando terminó de contarme su historia se quedó mirándome. Yo estaba conmovida y atónita, pero hice lo que pude para ocultárselo adoptando una expresión agradable y educada. No lo conseguí. Todo ese tiempo había estado conteniendo las lágrimas que se me agolpaban en los ojos pidiendo que les diera salida, así que ahora que me llenaban el pecho y me anudaban la garganta, tenía que esforzarme mucho para ahogarlas a base de respirar hondo y regularmente. Tenía la impresión de haber participado en un rito para iniciados. Una persona había desnudado su alma ante mí y había puesto su corazón generosamente en mis manos para que yo tocara sus heridas y explorara sus caminos de condena y santidad. Eran instantes sagrados y crueles de una lucha titánica por culpa de una flaqueza, la crónica de un castigo inexorable y de una expiación. El destino me había deparado el privilegio o la maldición de penetrar en los abismos no solamente de un ser humano sino también de otra mentalidad, de una cultura distinta de la mía, con la que sin embargo había un denominador común: la lucha del ciudadano de a pie, su impotencia y su sufrimiento ante los vaivenes de la vida y las adversidades cuando desfallecen sus fuerzas y se siente incapaz de enfrentarse al poderoso, al que lleva las riendas y sabe cómo arruinar al desvalido.

Más tarde, cuando nos dimos la mano para despedirnos en un adiós definitivo, sentí que Occidente lanzaba un puente invisible hacia Oriente. Me sentía sacudida en lo más profundo de mi ser; las pocas palabras que fui capaz de decir en aquel momento sonaron a frases hechas, banales y fuera de lugar. Ella me miró fijamente a los ojos, comunicando con mi alma y con todo mi ser.

«Habla», parecía estar diciéndome con su mirada. «Cuenta lo que está pasando. Haz que la gente abra los ojos, que oiga mi voz. Sabes que detrás de mi voz hay millares de mujeres y no sólo en mi país. Une tu voz a la nuestra y lanza tú también tu grito».

Me sentí invadida por un sentimiento de tremenda responsabilidad. Me había sido confiado un mensaje que representaba a muchísimas mujeres que sufrían en el otro extremo del planeta y también en otros tantísimos países, un mensaje que me sentía en el deber de divulgar, que para mí era tan sagrado como la entrega de un bebé en manos desconocidas para salvarlo de una muerte segura.

Y sí, sentía que era un deber moral y una obligación intentar mantener vivas y transmitir intactas, en la medida de lo posible, las vivencias de Maraima a fin de despertar las conciencias y servir de ayuda a los grupos sociales más desfavorecidos, combatir el salvajismo de los fanáticos de todo el mundo y mandar un mensaje que sirva de aldabonazo a quienes pisotean la dignidad humana en nombre de principios religiosos, sociales o políticos que cuando son impuestos a manos de compatriotas son aún más despiadados, aún más absurdos. Así es como entendía yo al menos el silencioso pero tan elocuente impulso de Maraima.

Por un momento, nos quedamos las dos en silencio. Cualquier reticencia inicial que albergara en el fondo de mi corazón hacia esa mujer había dejado de existir. En su lugar había ahora una fe inconmovible en sus palabras junto a sentimientos de solidaridad, rabia, deseos de hacer yo lo poco o mucho que pudiera para hacer oír su grito. Ya entonces, en el fondo de mi mente, empezaba a tomar forma la idea de esforzarme en escribir cuanto me había contado.

Miré sin mucha atención a nuestro alrededor, que durante esas horas que habían dado cabida a una eternidad había quedado totalmente excluido de mi vista.

Una multitud variopinta entraba y salía del local, una risa chillona y vulgar resonaba en el aire. Había jóvenes y viejos comiendo, bebiendo y charlando despreocupadamente. Había niños brincando, enojando con su alboroto a algunos clientes malhumorados. Me levantaba el estómago el olor a grasa refrita y quemada. Por suerte, entró un poco de aire que me refrescó del bochorno y secó los chorreones de sudor provocados por el calor y la turbación. Era un viento templado, como del sur, que llegaba tímidamente, cargado de voces y resuellos del pasado y del presente, que arrastraba consigo el lamento de los oprimidos y los desvalidos, suspiros de sufrimiento, desencanto, amargura y consuelo como en una secuencia onírica.

Me sentía inmersa en un torbellino de situaciones y acontecimientos. A mi mente acudían imágenes vivas de Afganistán en forma de impetuoso ciclón de polvo y desperfectos, como espoleado por la cólera de la tormenta bíblica, la cólera de las víctimas de la injusticia. Volví a mirar distraídamente alrededor. Montones de hojas amarillentas se arremolinaban a los pies de los troncos de los árboles, intentando inútilmente agarrarse a unas débiles briznas de hierba. Hojas de periódicos olvidados sobre mesas o sillas revoleteaban resistiéndose a los golpes del viento para mantener intacta su integridad.

Una nueva ráfaga más violenta nos sacudió y derribó de golpe nuestros vasos. A Maraima se le desató el pañuelo, con lo que quedó visible la parte izquierda de su rostro, oculta hasta entonces a mis ojos. La marca de la contusión, desde la sien hasta la mandíbula, pasando por el oído, evidenciaba que se había fracturado los huesos de esa zona y que la herida había cicatrizado mal, sin atenciones ni cuidado a tiempo.

Era la prueba fehaciente, la dolorosa marca de los clavos de su propia crucifixión con la que se disipaba cualquier amago de duda por mi parte sobre la veracidad de los hechos. Era la herida que me garantizaba la autenticidad de su historia de forma irrefutable, la señal indeleble de la lapidación, de la piedra con que destrozaron la frescura de su rostro.

No acertó a herir, en cambio, ni su alma ni su espíritu; no pudo arrancar de su corazón al amor de su vida, la ilusión por vivir y la esperanza de un futuro menos doloroso que gracias a su fe y su capacidad de lucha se habían hecho realidad en su vida.

Epílogo

Me levanté del asiento como por inercia, llevada por un sentimiento de rendida admiración, pero más aún de respeto hacia esa mujer resuelta y valiente, un sentimiento de profundo respeto que había sentido por muy pocas personas en mi vida. Le extendí la mano y ella me correspondió con el mismo gesto. Me incliné para besarla llena de ternura y solidaridad, como si besara a un amigo y no a una desconocida que saldría de mi vida tan inopinadamente como había entrado. La besé con el corazón y el alma en la mano, tal como ella se había entregado antes al confiarme su interior. Nuestros dedos se entrecizaron en el último adiós.

«Adiós», la oí decir perdiéndose en el atardecer que iba cubriendo el bullicio de la ciudad.

Recogí aprisa mis cosas y me puse en camino hacia la concurrida estación. Más allá de mis tristezas y problemas, me sentía privilegiada porque Maraima me hubiera dejado hojear el diario de sus peripecias por la alegría, el amor, la soledad y el abandono.

De repente, sentí una necesidad imperiosa de regresar como ave perseguida al calor de mi nido, a mi hogar, de reencontrarme con la cariñosa mirada de mi hija, de apretar con simbólica complicidad la mano de mi esposo y de agradecer humildemente a Dios mi corriente, tranquila e insignificante existencia.



DIMITRA MANTHEAKIS nació en Grecia y pasó su infancia en Esparta. Es uno de los autores más conocidos de *bestsellers* en Grecia hoy en día. Licenciada en Filología Inglesa y Filología Griega, continuó sus estudios en el Departamento de Historia Antigua y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Atenas.

Durante muchos años, trabajó como empresaria y directora de academias de idiomas. Está casada con Alexis Mantheakis, conocido, entre otras cosas, por su labor de consejero y representante ante la prensa de la familia Onassis-Roussel. Reside en Atenas con su marido y su hija...

Notas

[1] *Erinias*: En la mitología griega, las Erinias son personificaciones femeninas de la venganza que perseguían a los culpables de ciertos crímenes (*N. del Ed*). <<